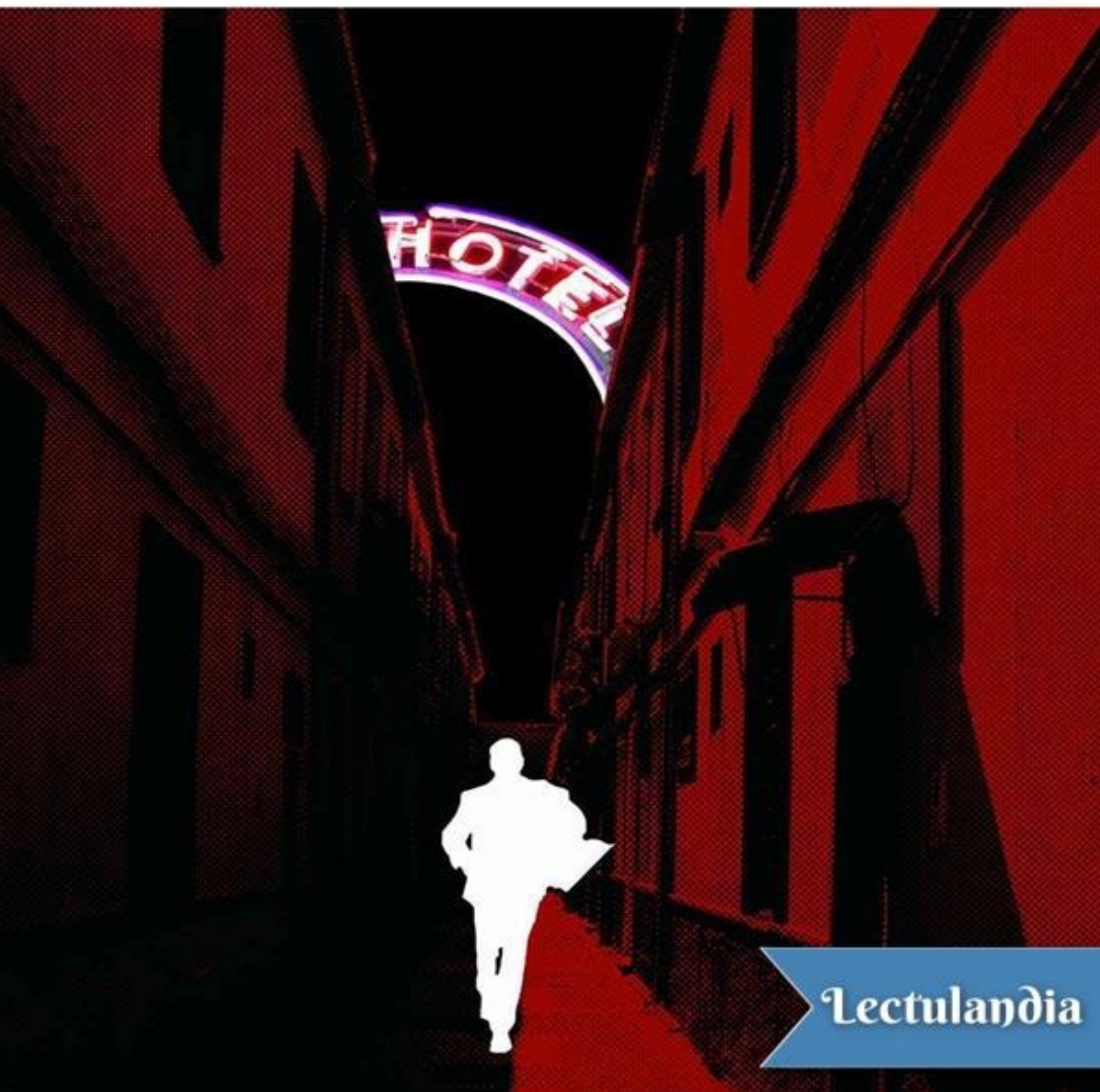


Ramón
Díaz Eterovic

*La oscura memoria
de las armas*



Lectulandia

En *La oscura memoria de las armas*, Heredia viene, nuevamente, a deleitarnos con paseos por un Santiago que se nos muestra lleno de bares y hoteles de mala muerte, por donde circulan los excéntricos personajes que rondan su imaginario. Heredia, un detective privado cincuentón, se encuentra sin trabajos ni casos que resolver, hasta que Griseta, su eterna novia, le presenta el caso de Germán Reyes, hermano de Virginia Reyes, quien fue asesinado por dos sujetos, aparentemente, sin razones ni pistas. Como es de esperarse, nuestro personaje comienza una extraña aventura que incluye fantasmas del pasado, torturas y torturadores de la época de la dictadura, insólitas coincidencias y más. Heredia nos va haciendo parte de sus reflexiones con una prosa rápida y aguda, en donde la novela negra se funde con sus recuerdos y pensamientos, haciéndonos parte de un rica narración que nos habla de la ciudad, del tiempo, de las personas, de las circunstancias y de las muchas vueltas que tiene la vida.

Lectulandia

Ramón Díaz Eterovic

La oscura memoria de las armas

Detective Heredia - 13

ePub r1.0

Trilobites 07.01.17

Título original: *La oscura memoria de las armas*
Ramón Díaz Eterovic, 2008
Retoque de cubierta: Trilobites

Editor digital: Trilobites
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mis amigos del Clan Herediano,
por la buena salud de la amistad.

A Jaime Pinos Fuentes,
por la complicidad en los afanes de la palabra.

El autor agradece al Consejo Nacional del Libro y la Lectura el otorgamiento de la Beca de Creación Literaria Año 2006 que le permitió terminar la escritura de esta novela.

«Tenían, también de sobra, imágenes de horror y miseria humana, relámpagos de una memoria indeseable, y un pasado que nunca será lo suficientemente lejano para olvidarlo».

DANIEL CHAVARRÍA
«El rojo en la pluma del loro».

1

Lo peor era no tener algo que hacer. O casi nada que hacer, porque de tanto en tanto me daba el trabajo de encender un cigarrillo, cambiar de casete en el equipo de música y humedecer mi índice derecho para dar vuelta las páginas del libro que leía, sin dejar de estar atento a los golpes que alguien pudiera dar en la puerta de mi oficina. A ratos, también intentaba comunicarme con Simenon y cuando el aburrimiento me apretaba el cuello, salía del departamento y bajaba al quiosco de Anselmo a conversar sobre los programas hípicas de la semana y de los mejores ejemplares que habíamos visto correr en distintas etapas de nuestra afición por los caballos y las apuestas. Mi principal ocupación, a falta de clientes que llegaran a la oficina, y lo que me permitía ir tirando por la vida junto con las apuestas afortunadas, consistía en reseñar extensos y aburridos libros de política, sociología, economía y otras ciencias ocultas que pretendían explicar el errático comportamiento del hombre desde sus primeros pasos sobre la tierra. Las reseñas iban a dar al boletín de una organización que tenía el pomposo nombre de Instituto de Investigaciones Internacionales, y si alguien las leía era un asunto que estaba lejos de mis preocupaciones. Con un poco de paciencia había llegado a cumplir mis primeros cincuenta años. Una edad tardía para cambiar de oficio en un país donde el paso de los años pesa como una condena al momento de buscar empleo. El trabajo de las reseñas me lo había conseguido un antiguo compañero de universidad. Estaba tranquilo pero no podía asegurar que fuera feliz. Por las noches, mientras hacía esfuerzos por dormir, pensaba en mis investigaciones de los últimos años, y una puntada en un sitio próximo al corazón me obligaba a reconocer que extrañaba las correrías por la ciudad para encontrar fragmentos de verdad tan efímeros como el resplandor de las estrellas fugaces que a veces cruzaban por el sucio cielo de Santiago. Una o dos veces por semana veía a Griseta, la mujer que había conocido trece años atrás, cuando ella era una estudiante universitaria que necesitaba encontrar alojamiento por unos días. Desde entonces había pasado demasiada agua bajo el puente. Momentos gratos y tormentosos, separaciones y reencuentros. Sin embargo, pese a las penas y alegrías, me bastaba mirarla a los ojos para saber que lo nuestro tenía sentido y nos daba la pequeña paz que necesitábamos en el afán de ir sumando un día con otro.

No tenía mucho que hacer y eso, entre otras cosas, me hacía pensar en un sueño que me visitaba algunas noches, puntual y riguroso, apenas posaba mi cabeza en la almohada y cerraba los ojos intentando borrar en un instante los hechos del día, el sonsonete de las horas, las hojas secas del aburrimiento dispersas sobre mi escritorio. Siempre era igual, como si fuera el texto de un guionista interesado en perfeccionar el efecto de una escena clave. Siempre igual, calcado, reiterativo y brutal como un golpe en la oscuridad. Me encontraba de pie junto a la orilla del mar, con los pies enterrados en la arena y la mirada fija en el horizonte donde comenzaba a crecer una ola. Sobre

mi cabeza pasaba una bandada de gaviotas y por un momento el mar dejaba de rugir y podía escuchar los latidos resignados de mi corazón. Luego la ola avanzaba, sinuosa, ágil, gris, con su cresta pintada de misterios. Ola serpiente. Ola rapaz. Deseaba escapar y no podía. En el sueño, abría los ojos y me costaba reconocer el lugar donde estaba. Misterio, todo era misterio y sombras. No importaba mi deseo de huir. El mar siempre terminaba alcanzándome. Era como el pasado, mi pasado y el de muchos otros. Una ola, el mar, su furia de enigmas y verdades confundidas entre restos de naufragios.

Ocupaba buena parte de mis horas en dormir con los codos apoyados en la cubierta del escritorio o fumando con la mirada perdida más allá de la ventana que daba al río Mapocho y al barrio La Chimba, por donde rodaban los fantasmas ebrios de Rubén Darío y Pedro Antonio González, poetas que leí en mi época de estudiante universitario, mientras simulaba seguir con interés los conocimientos inútiles que endiligaba a sus alumnos el profesor de Derecho Romano. Eso pertenecía al pasado y a lo más me despertaba una leve nostalgia por la agilidad de mis veinte años y la cabellera que llegaba hasta mis hombros. Mis cabellos seguían firmes y abundantes, pero las canas que lo matizaban me obligaban a recordar que las hojas del calendario habían ido cayendo con su inevitable rigor. Nada que me preocupara en demasía, salvo cuando me ponía a pensar que la vida era un puñado de arena escurriéndose entre los dedos.

Cerré la calesita de los recuerdos y salí de mi departamento con la intención de dar una vuelta por el barrio. Deseché la idea de abordar el ascensor y me encaminé hacia la escalera de servicios. No cometí la imprudencia de contar los escalones existentes desde el séptimo piso hasta la calle, pero a medida que descendía fui pensando en lo poco que sabía acerca de los residentes del edificio. Recordaba a Stevens, el vecino ciego que me ayudó a resolver una investigación relacionada con fabricantes de bombas y a unas muchachas que entregaban los cálidos servicios de una casa de masajes que terminó clausurada por culpa de los reclamos de una decena de vecinas aficionadas a las prédicas y los escapularios. En cuanto al resto, la mayoría de los vecinos eran un juego de máscaras sin nombres con las que me cruzaba al salir o entrar del edificio. Tampoco tenía quejas contra ellos. De tarde en tarde oía sus disputas verbales o la música chillona que brotaba desde sus departamentos, lo que no era motivo para reanudar la guerra de Troya ni salir a los pasillos a reclamar por mi cuota de silencio.

Mi paseo llegó hasta El Lagar de Don Quijote donde bebí una copa de vino y me entretuve escuchando la conversación entre dos parroquianos que habían pasado mucho tiempo en la compañía de Baco y les costaba reconocer el paisaje existente más allá de sus sonrosadas narices. Después regresé a la oficina con la intención de reseñar uno de los libros que me esperaban sobre el escritorio. Al entrar al edificio, me detuvo el conserje, un hombre bajo y pálido, al que habían contratado recientemente y procuraba por todos los medios a su alcance ganarse la estimación de

los residentes.

—Tiene unas misivas, señor Heredia —dijo, al tiempo que me entregaba media docena de sobres.

—¿Misivas?

—Cartas —puntualizó el conserje con un tono de voz en el que se deslizaba un dejo de compasión por mi posible desconocimiento de la palabra que, hasta donde podía recordar, había visto utilizadas en las añosas novelas de capas y espadas que leía en mi adolescencia.

—¿El cartero ya no sube a los departamentos?

—Recibo la correspondencia en la conserjería y luego la entrego a sus destinatarios.

—Muy eficiente —dije con cierta ironía—. ¿Cuál es su nombre, amigo?

—Félix Domingo Vidal.

—Feliz Domingo.

—Félix, con equis. Como xenófobo y xilófono.

—Xipetotec y Xochicatzin.

—Xilógrafo y Xerodermia.

—Xochipilli.

—Félix, con equis, no lo olvide señor Heredia.

Me despedí de Feliz Domingo y mientras subía en el ascensor, revisé los sobres. La mayoría contenían folletos de entidades financieras que ofrecían el paraíso terrenal a cambio de hipotecar los pulmones por ocho o diez años. De los restantes, uno contenía la invitación a suscribirme a una revista de crímenes inolvidables; otro, la carta y el cheque de un antiguo cliente que agradecía mis servicios y se disculpaba por la demora en el envío de mis honorarios. El cheque no era muy abultado pero alcanzaba para pagar las cuentas del departamento, comprar un par de libros, llevar a Griseta al cine y guardar varios rostros de Andrés Bello en la billetera de piel de serpiente cascabel que me había regalado un amigo mexicano. El último sobre estaba dirigido a alguien que se llamaba Desiderio Hernández y vivía en el departamento 707, a dos o tres puertas de mi oficina. Pensé en regresar al primer piso y hacerle ver el error al eficiente Feliz Domingo, pero la distancia me pareció excesiva y preferí reparar personalmente la equivocación. Al salir de ascensor, el pasillo me pareció más oscuro que en otras ocasiones y me provocó una leve sonrisa observar la placa de acrílico que promovía mi oficio de investigador. La placa lucía descolorida en los bordes pero la leyenda Heredia, Investigaciones Legales conservaba la lozanía de la primera vez que la leí. Llegué frente a la puerta del departamento 707 y presioné el timbre instalado a uno de sus costados. Esperé alguna respuesta y pasado algunos segundos, insistí con el timbre. Sentí el ruido de un cerrojo que alguien descorría con dificultad y enseguida vi asomarse la cabeza de un hombre. Sus mejillas lucían perfectamente afeitadas y algo rígidas, como si las hubieran cubierto con una capa de cerote. Sobre sus labios tenía un bigote negro, teñido. El hombre me observó con

recelo y no demostró ningún entusiasmo por mi presencia.

—¿El señor Desiderio Hernández? —pregunté mientras comenzaba a lamentar mi improvisado trabajo de cartero.

—¿Qué desea? —preguntó el hombre, duro y cortante como navaja de peluquero.

—El conserje me entregó mi correspondencia y por error, entre mis cartas, venía una dirigida a su nombre. Como somos vecinos, pensé en entregársela y...

—Démela —ordenó Hernández sin darme tiempo a terminar la explicación.

Le pasé la carta, verificó que no estuviera abierta y sin decir ni media palabra, cerró la puerta. Volví a oír el ruido del cerrojo y tuve que hacer un esfuerzo para reprimir mis deseos de patear la puerta.

—La amabilidad es moneda escasa en nuestros días —dije en voz alta mientras caminaba hacia mi departamento.

Olvidé el incidente mientras preparaba café. Vivir con otras personas en un mismo edificio no es más que otra muestra del destino caprichoso que nos vincula a desconocidos, a veces con lazos fuertes y otras con hilos tan frágiles como un saludo al pasar o un leve movimiento de hombros. La ciudad impone una vida rápida e impersonal, sin muchas oportunidades para los sentimientos. Nada para preocuparse, salvo que uno tenga vocación de vecina chismosa o de escritor interesado en las pellejerías ajenas.

Me acomodé en mi sillón, frente al escritorio, y después de encender un cigarrillo, abrí el libro que tenía a mi alcance, y cuyo título —La incidencia del nivel educacional en el desplazamiento urbano— me auguraba varias horas de bostezos.

—¿Estás de acuerdo? —pregunté a Simenon.

—¿De acuerdo con qué? —preguntó el gato mientras intentaba cazar a un moscardón de alas negras.

—Últimamente no tenemos mucho de qué conversar —le respondí al tiempo que lo miraba de reojo.

2

El aburrimiento comía mi piel con la voracidad de un sabañón y la lectura del libro que pretendía reseñar continuaba detenida en la primera página, tan seductora como el aliento trasnochado de un caneco. Debía buscar nuevos clientes o acabaría pasando una temporada en la casa de orates, aullando como perro a la luz de la luna. Pero no era fácil. Nadie golpeaba a mi puerta, y como si eso fuera poco, las agencias de detectives privados aumentaban en la guía de teléfonos y algunas de ellas hasta tenían la osadía de deslizar bajo mi puerta volantes en los que ofrecían los servicios de búsqueda de vehículos robados, seguimiento de infidelidades, pruebas de paternidad en laboratorio, supervisión de nanas con micro cámaras, investigación cibernética y búsqueda de antecedentes para juicios. Malos tiempos para un detective que solo podía ofrecer a sus clientes la inseguridad de su olfato y la certeza de sus dudas.

El timbre del teléfono interrumpió mis quejas. Tomé el auricular y luego de escuchar mi nombre, reconocí la apagada voz del Escriba, mi amigo que se dedica a escribir novelas a costa de las historias que le cuento mientras compartimos unas copas en el City o el Rimbaud.

—¿Cómo te tratan las musas? —le pregunté—. ¿Sigues escribiendo acerca de este modesto ciudadano o encontraste otro tema?

—Ni lo uno ni lo otro, Heredia. Paso por una mala racha y necesito urgentemente una de tus historias. Cualquier cosa, por insignificante que te parezca.

—Nada, no hay nada para ti, Escriba. Hace dos meses que a mi oficina no entran ni las arañas. Ni siquiera he tenido la oportunidad de luchar contra molinos de viento, como lo hacía el flacuchento caballero de La Mancha que, dicho sea de paso, celebró sus cuatrocientos años de vida y sigue en la ruta con la misma prestancia de sus años mozos.

—Me acaban de pedir un texto para una antología de cuentos y contaba con tu auxilio para salir del pozo.

—Temo que tendrás que agudizar la imaginación.

—Entonces, invítame una copa. Mis faltriqueras están tan escuálidas como tu negocio —dijo el Escriba.

—Cambia de giro. Vende completos o maní confitado. A poca gente le interesan los escritores y sus libros. La mayoría prefiere gastar sus monedas en hamburguesas o papas fritas. Hay cierta gente que no se salvará del despeñadero. Terminarán obesos y con la agilidad mental de un portón.

—He pensado escribir una novela tuya ambientada en el medio hípico. ¿Qué dices?

—Te advierto que en ese tema es difícil llegar a un final original. En la hípica se gana o se pierde y lo demás es secundario.

—Estás más apocalíptico que nunca. Espero que la próxima vez que hablemos me

tengas una buena historia.

—Lee la prensa, entra a un bar, camina por las calles. Te aseguro que a toda hora y en cualquier punto de la ciudad ocurre algo digno de relatar.

Griseta entró a la oficina, se acercó a mi lado y me besó en los labios. Hacía tiempo que no se peinaba a lo punk ni vestía de negro, como cuando nos conocimos, pero sus cabellos rojos y recortados le seguían dando el aspecto juvenil y despreocupado que me había cautivado al verla por primera vez. Venía acompañada por una mujer morena y avejentada que vestía un traje azul, de dos piezas.

—Virginia Reyes —dijo Griseta, presentándome a la desconocida.

Le indiqué una de las sillas ubicadas frente a mi escritorio y la mujer se sentó sin decir nada. La observé de reojo y algo en la expresión de su rostro me hizo reprimir el deseo de encender un cigarrillo. A los costados de la nariz lucía unas machas oscuras y sus labios, levemente pintados de rojo, estaban rodeados de pequeñas arrugas.

—Virginia fue mi profesora de matemáticas en el liceo —dijo Griseta, en lo que intuí el inicio de una historia que contaba con alguna intención que no tardaría en dejar al descubierto—. Dejamos de vernos cuando terminé mis estudios y hace dos meses nos reencontramos en el supermercado. Quedamos en almorzar a la semana siguiente y un día antes de la cita, me llamó para decirme que había muerto su único hermano.

—Lo siento —dije, instintivamente, sin lograr imprimir un tono de tristeza en mi voz.

Virginia Reyes esbozó una sonrisa comprensiva. Enseguida alisó su falda azul y miró con simpatía a Simenon que acababa de brincar sobre el escritorio y daba la impresión de estar interesado en la conversación.

—Griseta me contó que usted es detective privado y pesquisa cualquier tipo de delitos.

—A veces, cuando puedo o se presenta la ocasión, hago el trabajo que usted dice —dije, al tiempo que me preguntaba si tenía el ánimo suficiente para seguir escuchando la historia de la mujer.

—Siendo así, tal vez puede ayudarme —agregó la mujer.

—¿De qué se trata? —pregunté con el tono desganado de un funcionario a cargo de la ventanilla de informaciones.

—Mi hermano Germán fue asesinado. Dos hombres lo esperaron a la salida de su trabajo y le dispararon. Murió en el lugar, sin que nadie pudiera ayudarlo.

—Un asalto callejero es algo que la policía sabe investigar. Pone a trabajar a sus soplones y no tarda en tener una pista que permite descubrir al responsable.

—El asesinato de mi hermano no fue producto de un asalto común. Creo que los culpables simulaban el atraco para despistar a la policía.

—¿Qué le hace pensar en una simulación?

—No le robaron ninguna cosa, y eso que llevaba su sueldo del mes y el reloj que

heredó de un tío.

—Tal vez eran dos asaltantes inexpertos, a los que luego de disparar les entró pánico y se dieron a la fuga. No sería la primera vez.

—Eso dice la policía. Sin embargo, una semana antes de su muerte, mi hermano me dijo que pensaba que lo andaban siguiendo.

—¿Quién lo seguía?

—Germán había visto a un par de hombres en varios lugares que él frecuentaba. Y también en la calle. Lo concreto es que tenía miedo.

—Aunque se supone que pasó el tiempo de las persecuciones y los asesinatos, al menos por motivos políticos, le recomiendo que interponga algún recurso en los tribunales.

—Dudo que sirva de algo después de su muerte. Mi hermano andaba extraño en el último tiempo. Llegaba a la casa y se encerraba en su pieza. Si tenía algún problema, pienso que se relacionaba con algo que sucedía en la barraca donde trabajaba.

—Específicamente, ¿en qué está pensando?

—Robos, líos con algún compañero de labores. A ciencia cierta, no lo sé. De lo único que estoy segura es de que la policía no le prestó la atención debida a su muerte.

—¿Qué edad tenía su hermano?

—Sesenta y dos años.

—¿Casado?

—Contrajo matrimonio cuando tenía veinticinco años y se separó cuatro años después, sin hijos ni ganas de embarcarse en otra relación por un buen tiempo. Desde hace dos años tenía una amiga con la que comenzaría a convivir próximamente. Se llama Benilde Roos y trabaja de enfermera en un centro médico.

—¿Qué piensa ella de lo ocurrido?

—La verdad es que lo ignoro. La vi en el sepelio y parecía incapaz de pensar en otra cosa que no fuera su pena. Después no la he vuelto a ver. Nunca hemos sido amigas y hasta donde recuerdo, solo visitó mi hogar en una ocasión.

—¿Su hermano tenía algún amigo? Alguien en el que confiara.

—Ninguno que lo fuera ver a la casa. Sé que asistía a las reuniones de un club o sociedad de la que nunca hablaba mucho.

—Su hermano era un hombre de pocas palabras.

—Hablaban lo preciso conmigo y mis hijas. Cuando Griseta me habló de usted, me puse a pensar en lo que podía contarle acerca de mi hermano, y la verdad es que no es mucho. Teníamos quince años de diferencia. Germán era hijo del segundo matrimonio de mi padre y más allá del cariño natural entre dos hermanos, nunca mantuvimos una comunicación muy fluida.

—¿Cómo supo que fue asaltado por dos hombres?

—Hubo un testigo. Darío Carvilio, compañero de trabajo de Germán. Él entregó

su versión de los hechos a la policía.

—¿Puedes ayudar a Virginia? —preguntó Griseta.

Miré el horizonte asoleado que se extendía más allá de la ventana del departamento y no respondí.

—Puedo pagar sus servicios —agregó Virginia Reyes, al apreciar mi aparente desinterés.

—No estaba pensando en mis honorarios, señora. El principal misterio parece ser su hermano.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó la profesora.

—Si descubrimos la causa de su miedo, tal vez podamos llegar a saber quién le hizo daño. Suponiendo, desde luego, que no fue un asalto motivado por el robo.

—¿Vas a tomar el caso? —preguntó Griseta, impaciente.

—Puedo hacer algunas preguntas, sin que ello implique llegar a conclusiones distintas a las de la policía —dije, y luego de una pausa que aproveché para mirar por la ventana de la oficina, le pregunté a la profesora el nombre del lugar donde había trabajado su hermano.

—Barraca León. Queda en las primeras cuadras de la avenida Vicuña Mackenna. Germán trabajaba de cajero en ese lugar.

—También necesitaré ubicar a Benilde Roos y revisar las pertenencias de su hermano.

3

—Gracias por ayudar a Virginia —dijo Griseta—. Es una buena mujer y no sabía a quién recurrir. Por eso me atreví a indicarle tu nombre. Espero que no te haya molestado.

La profesora se había ido y Simenon era el único testigo del abrazo que nos unía mientras la tarde iba dando paso a las primeras sombras de la noche.

—Descuida, reseñar libros me tenía con el ánimo por los suelos. Me hará bien respirar el olor de las calles. Sobre todo si al final del camino me aguarda una doncella orgullosa de mis hazañas.

—¿Doncella? Vivimos en el siglo XXI y no soy la muchacha que conociste años atrás. Además, hace tiempo que las mujeres dejamos de ser el premio de nadie.

—No esperaba tamaña andanada como respuesta a mi broma.

—Prefiero poner límite anticipado a tus arrebatos de macho cavernícola.

—El de la triste figura no es el único con derecho a una dosis de locura —dije, al tiempo que besaba los labios de Griseta—. Y la mina aquella, la del Toboso, tampoco era una muchacha en flor.

Virginia Reyes me recibió en el living de su casa, una habitación pequeña y mal iluminada en la que había dos sillones, una mesa de centro en la que se posaban varios ceniceros de cerámica, y un trinche sobre el cual se exhibía una colección de retratos que supuse pertenecían a ella, su marido y sus dos hijas. Me ofreció un café y mientras lo servía reiteró sus sentimientos de culpa por la incomunicación en la que había vivido con su hermano. Ninguna cosa que no hubiera dicho en la oficina o no tuviera el sello de lo irreparable. Le pedí que me mostrara la pieza de Germán Reyes y mientras me conducía por un pasillo sombrío, me contó que su marido había fallecido seis años atrás y que sus hijas estudiaban pedagogía y asistencia social en la universidad.

—Las pertenencias de Germán están tal cual él las dejó —dijo cuando entramos a la pieza, cuyo principal atractivo era una ventana por la que se podía observar un patio en el que crecían rosales, gladiolos, margaritas y otras plantas de nombres desconocidos para mí. El resto de la habitación y sus muebles tenían un aspecto empobrecido. Una cama con respaldo de bronce, un ropero de dos cuerpos, una silla de madera y un escritorio sobre el que había algunos libros y una radio que perfectamente podía haber tenido espacio en la vitrina de un museo.

—Preferiría hacer la inspección a solas.

—Como usted quiera —respondió la mujer, imprimiendo un leve tono de molestia a su voz.

Lo primero que me llamó la atención fue la foto enmarcada que estaba en el velador ubicado junto a la cama. En ella aparecía una mujer morena y de rostro adusto; y un hombre calvo que lucía una frondosa barba encanecida. Supuse que eran

Germán y su amiga. Saqué la foto del marco y la guardé en uno de los bolsillos interiores de mi chaqueta.

Dentro del ropero encontré un terno arrugado, dos camisas y una corbata descolorida. También unos zapatos cuarteados y una ruma de diarios. Ninguno de esos objetos llamó mi atención, y en el cajón del velador tampoco había nada especial. Algunas aspirinas, dos lápices, monedas de poco valor y un libro de dichos populares. Cerré el cajón del velador y presté atención a los libros que estaban sobre el escritorio, en su mayoría ensayos políticos de autores que desconocía y un par de novelas de Eric Ambler. En los cajones del escritorio encontré una caja con postales amarillentas, una libreta de ahorro del Banco Estado y varias revistas deportivas. El dinero registrado en la libreta no llegaba a los doscientos mil pesos. Al revisar las revistas cayó al suelo la mitad de un volante. Tenía impresa la foto de un hombre gordo, de bigotes espesos y cabellos cuidadosamente recortados. Sobre la foto aparecía una leyenda que decía: Werner Ginelli, médico torturador. Observé el volante por un momento y lo devolví a su lugar, dentro del escritorio. Después me senté en la cama y encendí un cigarrillo que fumé lentamente, tratando de imaginar los sentimientos del hombre que había vivido en esa habitación.

Más tarde, de regreso en la oficina, puse la foto de Reyes sobre el escritorio y escribí en mi libreta las impresiones de la visita efectuada a la casa de su hermana. Lo único que me atreví a concluir fue que Germán era un hombre solitario y que salvo la existencia de Benilde Roos, su vida estaba orientada a cierto aparente abandono o a la idea de alejar de su entorno cualquier cosa superflua. Una especie de asceta perdido en medio de la selva del mercado.

Recordé a Marcos Campbell, el amigo periodista que solía ayudarme en mis pesquisas, y lo llamé por teléfono. Luego de oír sus quejas por su exceso de trabajo, le pregunté si en sus reportajes relacionados con atropellos a los derechos humanos durante la dictadura se había topado alguna vez con el nombre de un médico llamado Werner Ginelli.

—De buenas a primeras, no recuerdo tal nombre.

—¿Puedes revisar tus archivos? —le pregunté, recordando que el periodista tenía el obsesivo cuidado de guardar los artículos y reportajes que escribía, con sus correspondientes respaldos de las fuentes empleadas en su trabajo.

—No puedo hacerlo en estos momentos —respondió Campbell, y luego de guardar silencio por un instante, agregó—: Varios médicos participaron en torturas durante la dictadura y varios de ellos fueron denunciados por el Colegio Médico. ¿En qué lío estás metido, Heredia? ¿Sigues ajustando cuentas con el pasado?

—No es mi culpa que existan tantos túneles que conecten el pasado con el presente. La historia no se puede dejar atrás y menos aún cuando ha sido escrita con trazos débiles —le respondí, y luego de armarme de paciencia, le hablé de mi visita a la casa de la profesora.

—No es más que la mitad de un volante que pudo recoger en la calle o que

alguien dejó en su casa —dijo Campbell cuando le comenté acerca de mi hallazgo en la pieza de Germán Reyes. Tal vez limpió su escritorio antes de morir y lo que tu encontraste son los restos de un papel que se libró del basurero.

—Es probable que mi imaginación me traicione —dije, sin mucho convencimiento—. Pero, de todos modos te agradecería que miraras tus archivos.

—Nada es gratis en esta vida, Heredia. Tendrás que pagarme dos o tres copas.

—Disculpe que la llame a esta hora de la noche —dije después de escuchar la voz de la profesora a través del teléfono—. Cuando algo me inquieta, procuro encontrar rápidamente una respuesta.

—No se preocupe. Estaba viendo unos de esos estúpidos programas de televisión que le gustaban a mi marido. Niñas bonitas, garabatos de grueso calibre y pocos sesos en las cabezas. Pero seguro que usted no me llamó para oír mis quejas sobre la televisión. ¿Tiene alguna noticia?

—Quiero hacerle una pregunta, señora Virginia. Su hermano, días antes de morir, ¿hizo una limpieza a fondo en su habitación? No me refiero simplemente a sacar polvo y barrer. ¿Ordenó documentos? ¿Se deshizo de papeles?

—¿Qué importancia puede tener eso?

—¿Lo hizo o no?

—Tenía altos de revistas y recortes de diarios. Una tarde botó todo y le dio un nuevo aspecto a la pieza. No pude menos que felicitarlo.

—El papel que eliminó, ¿lo tiró a la basura o lo llevó a otra parte?

—Fue a dar a la basura en siete enorme bolsas plásticas.

—En mi oficina usted comentó que a su hermano lo seguían. ¿Cree que esa limpieza estuvo relacionada con su temor?

—Desde que hablé con usted, me he preguntado varias veces si fue correcto asumir los dichos de mi hermano como una verdad absoluta. Tal vez me precipité.

—¿Qué quiere decir con eso? —pregunté, al tiempo que escuchaba la respiración entrecortada de la mujer.

—Hay algo que no le dije cuando conversamos en su oficina. Germán fue detenido después del golpe militar.

—Y eso justificaría su miedo.

—Es probable. Germán nunca pudo olvidar esa experiencia; era igual como si le hubieran marcado con fuego la piel. Y eso no era todo. Estaba obsesionado con el tema de la tortura. Recortaba lo que aparecía en la prensa sobre el particular. Noticias, entrevistas, artículos sobre los juicios seguidos a los militares. Gastaba buena parte de su sueldo en comprar diarios y revistas.

—Siendo así, ¿no le parece extraño que botara sus recortes de un día para otro?

—Dos meses antes de morir me contó que estaba siguiendo un tratamiento con una psicóloga y cuando limpió su pieza pensé que eso era parte de las indicaciones de la especialista. Una manera de poner distancia con su obsesión.

—¿Psicóloga?

—Ya le comenté que él nunca pudo superar definitivamente la experiencia de su detención.

—¿Recuerda el nombre de la psicóloga?

—Lo tengo anotado en la libreta que mantengo sobre el velador. Espéreme unos segundos y se lo doy.

Aproveché la pausa para encender un cigarrillo y acariciar la cabeza de Simenon que seguía atentamente la conversación.

—¿Nunca te has preguntado cómo sería tu vida al lado de un amo que llegue a su casa todos los días, y que lo único arriesgado que haga sea cruzar las calles?

—No jodas, Heredia. Sabes que estoy acostumbrado a tus chifladuras.

A través del teléfono oí el ruido de unos pasos y enseguida volví a escuchar a la profesora.

—La psicóloga se llama Ana Melgoza —dijo y enseguida me dictó un número de teléfono.

Me sentí confuso después de escuchar la despedida de Virginia Reyes. Pensé en un rodamiento oxidado al que lo obligan a girar por última vez antes de ir a dar a la bodega de los deshechos. ¿Por qué investigar una vida que días atrás no significaba nada para mí, de la que desconocía su existencia? Curiosidad, malsana curiosidad que intervenía en mis asuntos con el sigilo de un escarpelo, me respondió. Tenía la sensación de no haber tirado los dados correctamente y que las claves del juego estaban en otra parte, no en el dormitorio de Germán Reyes ni en las palabras quejumbrosas de su hermana. Salí a la calle y caminé hasta el quiosco de Anselmo. Mi amigo escuchaba la transmisión radial de un partido de fútbol. Su calva estaba cubierta por una gorra de cotelé y vestía una holgada camiseta del club Universidad de Chile. Me senté en la banca de madera junto a la entrada del quiosco y encendí un cigarrillo. Desde uno de los bares de la cuadra llegaba el alegre sonido de una cumbia. La noche era plácida y por un instante me imaginé arriba de una lancha, en medio del mar y rumbo a ninguna parte.

—¿No te cansa abrir el boliche todos los días? —le pregunté a Anselmo mientras lo veía ordenar un alto de revistas para devolverlas al distribuidor.

—Es lo que tengo para ganarme la vida. La alternativa sería sentarme en la vereda, extender la mano y convertirme en uno de los tantos menesterosos que pululan por el barrio. ¿A qué viene la pregunta? ¿Va a ofrecerme algún negocio o se ganó el Kino y piensa compartir el premio?

—Me llegó un trabajo y me da un poco de fastidio mover el trasero.

—¿Quién lo entiende, don? Ayer se quejaba por la cesantía y hoy porque tiene pega.

—No me quejo. Tan solo pienso en el crujido de huesos que me acompaña cada día al despertar.

—Mucho tiempo sin trabajo, Heredia. Deje que el entusiasmo vaya haciendo

efecto en su cuerpo, poco a poco, como una droga benéfica —dijo Anselmo—. En mi época de jockey me tocó correr a Pata Grande, un caballo fuera de serie, alto y fornido. Su preparador me decía que no lo exigiera en los primeros metros, que primero lo dejara soltar los nervios. Corría distancias largas porque le costaba una barbaridad entrar en tren de carrera, pero cuando lo hacía era una tromba, imparable. Gané dos clásicos con ese caballo, viniendo de atrás, de atropellada, como los grandes campeones.

—Me gustaría quedarme sentado junto a tu quiosco y dedicarme a ver pasar la vida.

—Paciencia, don. Para llegar a jubilado se requiere un cacho de paciencia. Ya llegará el tiempo de alimentar palomas en la Plaza de Armas. Por ahora, trate de hacer su trabajo de la mejor manera posible. ¿De qué se trata el nuevo caso?

—De un tipo al que mataron a la salida de su trabajo.

—¿Existen testigos?

—Solo uno, al que me propongo interrogar.

—Tómeselo con calma, don. Fumemos unos cigarrillos y después nos vamos a tomar una botella de vino. ¿Qué le parece mi idea?

—No está mal, Anselmo. He oído otras peores.

Apenas puse un pie en la oficina, oí el timbre hostigoso del teléfono. Alcé el fono y escuché la voz ronca y enfadada de Marcos Campbell.

—Quinta llamada que te hago en la última media hora. ¿Dónde andabas, Heredia?

—Comprobando que las estrellas estuvieran en su lugar.

—¿Desde cuándo bebes vino con estrellas en las etiquetas? —preguntó, y sin esperar mi respuesta, agregó—: Ginelli fue médico de la Fuerza Aérea y después del golpe militar se le acusó de participar en torturas en la Base de El Bosque. Al parecer, estaba a cargo de mantener a los prisioneros en condiciones de recibir descargas eléctricas y otros apremios. Incluso se le acusó de haber torturado a sus propios compañeros de armas. Salió libre de polvo y paja, pero hay varias personas que juran haberlo visto en las sesiones de tormento.

—¿Sabes dónde puedo ubicarlo?

—Supongo que en el cementerio. Murió el año pasado.

—Habría preferido tener la oportunidad de mirarlo a los ojos.

—Diría que lo lamentas.

—Es solo una puerta que se cierra. No voy a llorar ni maldecir.

La muerte silencia todo. Víctimas y culpables cubiertos por la misma tierra o azotados por la misma lluvia que deslava las lápidas hasta que no queda nada. ¿Algo había unido en vida a Ginelli y Germán Reyes? El tiempo transcurría y borraba las huellas del golpe artero, el eco del grito, la crueldad del ejecutor, la complicidad de los jueces, la tinta retorcida. Demasiado olvido sobre muertes que eran aplastadas por el paso de los años y las palabras a media voz. ¿Y el dolor? ¿Y el miedo? ¿La humillación? De qué servía la verdad si no revivía al muerto ni anulaba las pesadillas del sobreviviente. En silencio, sin otro testigo más que Simenon, recordé las palabras de Campbell y me pregunté por el significado del volante en que aparecía el nombre de Ginelli. Intuía la existencia de una señal en ese trozo de papel, pero no en la manera simple que había imaginado. El tiempo desfigura las palabras y los hechos. Me prometí recordar esa verdad y sin nada que me alentara a seguir con mis pensamientos, busqué la complicidad de mi cama con la esperanza de cerrar los ojos y olvidar la espesa soledad del departamento.

Simenon acariciaba mis mejillas con una de sus patas y al abrir los ojos vi su gorda estampa sobre mi pecho. Observé sus ojos, acaricié su barbilla y lo oí ronronear.

—Parece el comienzo de un buen día —murmuré—. El sol sigue en su sitio, no hay ningún cobrador a la vista y tengo un trabajo que realizar. ¿Qué más se puede pedir?

—Mi desayuno y el bife que prometiste hace dos semanas.

—Ten paciencia. Estoy esperando conocer a una rica heredera o que las vacas comiencen a brotar de los maceteros.

—Soy paciente desde el primer día que entré al departamento.

—Flaco y hambriento. Te di una lata de jurel tipo salmón y algo de agua. ¿Alguna queja?

Simenon siguió mis pasos hasta la cocina. Saqué una caja de leche del refrigerador y vacié su contenido en dos tazas. Luego busqué la caja de galletas que mantenía en la alacena y dejé un par al alcance de Simenon. El gato las masticó con entusiasmo y luego me miró con renovada expectación. Dos galletas más fueron a dar entre sus patas.

—¿Todo bien, señor Heredia? ¿Su salud? ¿El gato? —preguntó el conserje cuando me vio salir del ascensor y caminar hacia la salida del edificio.

—Todo bien, Feliz Domingo.

—Félix, con equis, no lo olvide.

—Xilofón, Xilógrafo, no lo olvido.

—Que tenga un buen día, señor Heredia.

—Lo mismo para usted, Feliz Domingo —le respondí mientras recordaba la dirección de la Barraca León que había consultado en la guía telefónica.

La barraca ocupaba una manzana completa y su interior era un luminoso laberinto de pasillos y estanterías en las que había maderas de diversos tipos y tamaños, fierros, galones de pinturas y barnices, herramientas, clavos, tornillos y un sinnúmero de electrodomésticos, lámparas y muebles para el hogar. Desde sus entrañas brotaba una mezcla de olores a madera, goma y metal. Arrisqué la nariz al cruzar la puerta de entrada y sin interesarme en la oferta de martillos y alicates que promovía una atractiva morena, seguí mi camino hacia la ventanilla ubicada bajo el enorme letrero que decía: Informaciones. Me puse en una fila en la que había tres personas. Tras la ventanilla un sujeto de aspecto ratonil contestaba rápidamente las preguntas de los clientes. Parecía saberlo todo, desde el rendimiento de un galón de látex sintético, hasta la composición química de la silicona. Cuando me tocó el turno, le pregunté por Darío Carvilio. El ratón parlante abrió los ojos y por un segundo temí que me hiciera ir con mi consulta a otra parte.

—Carvilio, Carvilio, Darío Carvilio —dijo en voz alta mientras pensaba su respuesta—. Trabaja de vigilante y salvo que haya ocurrido algo especial o se encuentre de vacaciones, debe estar entre los pasillos 25 a 30.

Deambulé por los pasillos durante diez minutos y cuando me disponía a volver a la ventanilla de informaciones, divisé a un guardia detenido en el extremo del pasillo 28. Era un hombre alto, robusto y de nariz prominente. Parecía balancearse sobre sus gruesos bototos y mientras caminaba a su encuentro, me pregunté si realmente vigilaba a los compradores o era un sonámbulo al que nadie osaba despertar.

—¿Darío Carvilio? —le pregunté al detenerme a su lado.

El vigilante me observó de pie a cabeza y luego señaló la tarjeta que colgaba de su cuello. Leí el nombre escrito en la credencial y comprobé que estaba en el lugar adecuado y con la persona precisa.

—Me llamo Heredia y quiero conversar acerca de Germán Reyes —le dije—. Me contaron que usted fue testigo del asalto donde él perdió la vida.

—¿Otro policía más? —preguntó con recelo—. El día del asesinato conversé con varios detectives.

—Seguramente, pero ninguno de ellos quedó con la duda que me propongo dilucidar.

—¿Qué clase de duda? No tengo más que agregar a mi declaración anterior.

—Pienso que la muerte de Germán Reyes no fue producto de un asalto común y corriente.

—¿Qué le hace pensar que sus colegas se equivocaron?

—No soy colega de los que conversaron con usted. Soy detective privado y trabajo por encargo de la señora Virginia Reyes, la hermana de la víctima.

—¿Qué pasa si no quiero hablar con usted? —dijo Carvilio, al tiempo que observaba a un cliente que trajinaba un cajón repleto de alicates y desatornilladores.

—Puedo recurrir a unos amigos policías y ellos se encargarán de preguntarle lo mismo. No se complique la existencia, Carvilio. Necesito unos minutos de su tiempo.

Si no me equivoco, usted y Germán Reyes eran amigos.

Carvilio pareció no escuchar mis palabras y volvió a prestar atención al cliente que revisaba el cajón. Era un hombre joven, flaco y de aspecto enfermizo.

—¿Lo conoce? —le pregunté.

—Pedrito, un ratero habitual. Viene, da sus vueltas por los pasillos de la barraca y se lleva alguna cosa oculta entre sus ropas.

—¿Por qué no lo detiene?

—Salió de la cárcel hace seis meses. Tiene Sida y se está muriendo —dijo Carvilio y luego, como para recordar que era uno de los guardias del lugar, miró su tarjeta de identificación y agregó—: Dos o tres alicates menos no provocarán la quiebra de la barraca.

—Me agrada su filosofía, amigo.

—Yo no soy su amigo ni usted tiene facha de ser amigo de la policía. Fui carabinero y me basta una mirada para saber qué puntos calza una persona.

—¿Carabinero?

—Durante diez años. Cuando me informaron que sería trasladado a Calama, decidí buscar otra ocupación. Antes, había sido destinado a las ciudades de Los Angeles y Rancagua. Estaba harto de los traslados y deseaba vivir en Santiago, que es donde nací y espero llegar a la tercera edad, si no es mucho pedir.

—Si es así, está en inmejorables condiciones de ayudarme. Escuche mis preguntas, piense en su amigo Germán, y luego decida si las contesta o no.

—A los jefes no les agrada que uno converse en el trabajo. Mi turno termina en una hora más. Espéreme en el bar que está frente a la barraca. No es un palacete pero podremos conversar tranquilamente.

Daba la impresión de que el lugar había sido amoblado con los restos en desuso de otros bares con más pretensiones. Ninguna de sus mesas era igual a la otra y las sillas, destartadas y desfallecientes, parecían haber sobrevivido penosamente al ataque de una legión de vándalos. Sin embargo, nada de eso parecía importar a sus parroquianos ni a los mozos que corrían de una mesa a otra, como enfermeros socorriendo víctimas en un campo de batalla.

Carvilio llegó a la hora señalada. Portaba un bolso de lona y sin el uniforme de vigilante se veía más joven y delgado. Saludó al mozo que atendía la barra y luego de ubicar mi mesa, se acercó, sin prisa.

—Veo que no ha perdido su tiempo —dijo, indicando la botella que estaba sobre la mesa.

—Pedí una cerveza para acortar la espera. No es de gran calidad, pero al menos está helada.

—Solía venir a este lugar con Germán. A fin de mes, cuando recibíamos nuestros sueldos —agregó Carvilio. Después ocupó una silla, llamó a uno de los mozos y le pidió un fanschop.

—¿Cómo era él? —le pregunté—. Su hermana me dibujó la imagen de un

hombre callado y solitario.

No era muy sociable, pero cuando adquiría confianza, solía conversar largo y tendido. Trabajaba de cajero y los jefes lo tenían bien conceptuado. Cuando nos hicimos amigos le llamó la atención que yo hubiera sido carabinero. A menudo me hacía preguntas acerca de mi antigua ocupación y sobre los funcionarios involucrados en las actividades represivas de la dictadura, como él las llamaba.

—¿Y usted, qué le decía?

—Tan solo lo escuchaba. Me hice carabinero cuando en el país había vuelto la democracia. Los atropellos cometidos anteriormente pertenecen a una historia en la que no participé. Me gustaba la labor policial y si me retiré fue por la causa que antes le expliqué.

—¿No le llamaba la atención que le preguntara sobre el tema?

—Al principio me pareció una conducta majadera, pero con el tiempo llegué a comprender su interés.

—¿Por qué dice eso?

—Alguna vez insinúo que había tenido problemas durante el gobierno militar. Nunca fue muy explícito al respecto ni yo quise hurgar en su pasado. Hay que ser discreto con los dolores ajenos.

—¿Le mencionó que lo estaban siguiendo durante el último tiempo?

—¿Siguiendo? ¿Quién lo seguía?

—Es lo que deseo saber. Germán se lo comentó a su hermana.

—Debió contarme que eso estaba sucediendo —dijo Carvilio—. Podría haberle ayudado a comprobar si el seguimiento era real o producto de su imaginación.

—Usted fue testigo del asesinato de Germán —dije, orientando la conversación hacia el asunto que me interesaba.

—Yo estaba de guardia frente a la puerta de la barraca. Los hombres llegaron media hora antes del término de la jornada, en una camioneta roja, de doble cabina. Vestían pantalones oscuros y chaquetas de cuero. La primera vez que los vi no me llamaron mayormente la atención. Pensé que eran dos clientes que esperaban la entrega de alguna mercadería. Después tuve que ir a la bodega y a mi regreso los hombres seguían en el mismo lugar. En ese momento los observé con mayor detención. Eran tipos mayores, sesentones. Uno era delgado y calvo, y el otro, algo más bajo y grueso, lucía lo que suele llamarse unas canas respetables. Me olvidé de ellos y al rato apareció Germán. Me comentó que iba a visitar a su novia y nos despedimos.

—¿Eso es todo?

—Observé a Germán mientras salía de la barraca y cruzaba la calle. Los dos hombres bajaron de la camioneta y comenzaron a caminar en su dirección. Mentiría si le digo que tuve un presentimiento o algo parecido. Fue todo muy rápido. Los hombres sacaron sus pistolas cuando estuvieron a menos de dos metros de Germán. El tipo canoso fue el primero en disparar. Dos tiros. Germán cayó al suelo y entonces

el calvo hizo uso de su arma. Otros dos tiros. Salí de la barraca y corrí hasta donde estaba mi amigo. Más no podía hacer. Solo portaba una luma y mis esposas. Los asesinos subieron a la camioneta y se dieron a la fuga sin que nadie pudiera detenerlos. Quise retener el número de la patente, pero estaba cubierta de barro. Germán murió en mis brazos.

—Tengo entendido que los asesinos no le robaron.

—Tan solo se preocuparon de que sus balas dieran en el blanco.

—¿Tal vez se asustaron al ver que usted salía de la barraca?

—Esa es la hipótesis de la policía.

Vací mi vaso de cerveza y Carvilio hizo lo mismo con el suyo.

—¿Le parece convincente? —pregunté a Carvilio.

—Me parece la hipótesis de alguien que no quiere pensar ni investigar demasiado —respondió el vigilante—. ¿Por qué iban a robar a Germán? ¿Por qué se iban a dar el trabajo de esperar a que saliera de la barraca? ¿Por la porquería de sueldo que le pagaban?

—¿Germán le comentó que tuviera deudas?

—No, pero no me extrañaría que hubiera tenido alguna. La mayoría de la gente que trabaja en la barraca está hasta el cuello con los préstamos bancarios y los créditos de las tiendas comerciales.

—Estaba pensando en deudas de juego o por consumo de drogas.

—Se nota que usted no lo conoció —dijo Carvilio—. Germán era un hombre sano.

—¿Reconocería a los asesinos? —pregunté.

—De todas maneras. Aún me parece estar viéndolos. Dos tipos viejones vestidos como jovencitos pandilleros.

—El problema es saber dónde se encuentran. Tal vez alguien más los vio. Usted podría hacer algunas preguntas entre sus compañeros de trabajo. Si yo lo hago, será más difícil que quieran abrir la boca —dije, al tiempo que sacaba de mi chaqueta una de mis ajadas tarjetas de presentación.

—Heredia & Asociados —leyó en voz alta el empleado de la barraca—. ¿Trabaja con más personas?

—Un gato remolón y Anselmo, un quiosquero que me mantiene informado de los chismes del barrio. Al reverso de la tarjeta está anotado el número del celular de Anselmo. Si no me encuentra en la oficina y quiere dejar algún recado, puede utilizar ese número.

Más tarde, cuando nos dirigíamos hacia la salida del bar, sentí el peso de una mirada sobre mis hombros. Observé a mis espaldas y vi a un hombre alto que estaba sentado junto a la barra y parecía seguir con interés mis pasos y los de Carvilio.

—¿Conoce al gordo que está sentado en el extremo izquierdo de la barra? —le pregunté a Carvilio.

El vigilante miró de reojo y asintió con la cabeza.

—Se llama Atilio Montegón y trabaja en la barraca desde hace tres meses. Es una especie de asesor del jefe administrativo y nadie sabe a ciencia cierta lo que hace. No me extraña su presencia en este lugar; es bueno para el copete y debe andar buscando un socio para su borrachera del día.

—No llueve pero gotea. A cada rato que pasa, el caso de Germán Reyes me parece más inquietante —dije a Griseta, después de probar el vodka tónica que me había servido Marcelo, uno de los mozos del City.

Habíamos entrado al bar después de ver una película donde Clint Eastwood interpretaba el papel de un entrenador que adiestraba a una muchacha interesada en hacer carrera arriba de un ring. El lugar lucía su tranquilidad de costumbre y compartíamos el salón con otra pareja que conversaba animadamente, lejos de la entrada y de las miradas del mozo.

—¿Tiene futuro la investigación? —preguntó Griseta, al tiempo que abría la agenda donde registraba sus actividades diarias—. Lo único que tienes es el testimonio del guardia y las dudas de Virginia. Tal vez me apresuré en llevar a mi amiga a tu oficina.

—Haré algunas preguntas más —dije, y sin ganas de seguir con el tema le pregunté a Griseta si mantenía la intención de ir esa noche a su departamento.

—Viajo mañana a La Serena y debo estar a primera hora en el aeropuerto. Es un viaje de un día o dos, a lo sumo.

—Deberías decir que necesitas un guardaespaldas o que te dejen de andar enviando de un lado a otro del país, como si fueras azafata de aerolínea. En los últimos tres meses has estado en cinco ciudades distintas.

Griseta acercó su rostro al mío y me besó en los labios.

—Te llevabas mejor con la soledad antes de nuestro reencuentro.

—Hasta los gatos ariscos desean una caricia de vez en cuando.

—No eres un gato ni te faltan caricias. Tú en lo tuyo y yo en lo mío. Parece trabalenguas, pero es la esencia de nuestro acuerdo.

Dejé a Griseta dentro de un taxi y la vi alejarse hacia el sector oriente de la ciudad. La noche estaba cálida y desde el Portal Fernández Concha brotaba la luz de los restaurantes que atendían a sus últimos clientes. En los escaños de la Plaza de Armas permanecían algunas parejas y uno que otro hombre solitario a la espera de adquirir compañía para la noche. Recorrí la plaza y luego orienté mis pasos hacia la calle Puente. Me detuve frente a una vitrina iluminada y mientras encendía un cigarrillo, leí un cartel que promovía las bondades de un nuevo modelo de teléfono celular. Al rato perdí interés en la publicidad e instintivamente miré a mi espalda. Un hombre que cubría sus ojos bajo el ala de un sombrero, parecía estar interesado en el rumbo de mis pasos. No hice nada que delatara mi inquietud. Aparenté seguir interesado en las ofertas de la vitrina y luego continúe caminando. El hombre hizo lo mismo y deduje que esperaría el momento más adecuado para dejar caer sus puños sobre mi humanidad. Pensé que podía enfrentarlo o huir como una rata. El porte del extraño me hizo elegir la segunda alternativa. No estaba de ánimo para hacerme cargo de una riña desigual, por lo que me amparé en mis conocimientos de los callejones y

pasajes del barrio. Al cabo de cinco minutos comprobé que nadie pisaba mi sombra. Respiré aliviado y por un segundo me pregunté si el hombre del sombrero era real o solo estaba en mi imaginación.

Simenon trepó arriba del escritorio y me ofreció su barriga peluda para que le diera su cuota diaria de mimos y caricias.

—¿No te ha ido bien con las gatitas del tejado? —le pregunté.

—Las gatitas corren deprisa y a mí me han empezado a fallar las energías. Supongo que es hora de empezar a vivir de los recuerdos y asumir que catorce años gatunos equivalen a setenta y cinco de los humanos. Deberías comprarme vitaminas o un tónico.

—¿No tienes suficiente con un buen bife a la semana?

—Los dientes, Heredia. Mi problema son los dientes.

—¡Carajo, Simenon! Es hora que nos vayamos a la cama. He tenido un día pesado y hasta llegué a creer que un tipo me seguía.

—Hasta dónde sé, últimamente no le debes un veinte a nadie.

—El arriendo y las cuentas están al día. Debo ser uno de los pocos chilenos que no usa tarjetas de crédito, no pide préstamos en los bancos ni se endeuda en casas comerciales. ¿Me habré vuelto loco?

—Sin deudas no se es nadie en los tiempos que corren, Heredia. Yo, en tu lugar, me preocuparía.

El centro médico tenía la animación de una feria en domingo. Los pacientes o clientes, según fuera el lado del mesón desde el que se mirara la escena, se apretujaban en extensas filas para obtener un pase de atención o los resultados de algún examen de laboratorio. Las enfermeras entraban y salían por puertas que parecían ocultar instrumentales destinados al tormento de los enfermos, y una que otra, mostraba bajos sus delantales blancos la silueta de un cuerpo apropiado para la aplicación de un tratamiento intensivo. El resto eran hombres, mujeres y niños que aguardaban ser atendidos, mientras desde un televisor brotaban las imágenes de un programa matinal en el que un veterinario entregaba instrucciones para el cuidado de las mascotas.

Pregunté por Benilde Roos a un guardia vestido de azul. El hombre me escuchó de mala gana. Cuando le insinué que se trataba de un asunto policial, recién pareció dar importancia a mis palabras y se encaminó hacia una de las puertas que conducía hacia el interior del centro médico. Regresó al cabo de unos minutos y me dijo que la enfermera podría atenderme durante la pausa de su colación del mediodía. Le di las gracias, consulté mi reloj y me senté en la recepción con la resignación de un niño esperando la llamada del odontólogo.

Benilde Roos era una mujer pálida y delgada. Debía estar cerca de los cuarenta años y usaba unos anteojos sin marcos con los que no aparecía en la foto que había encontrado en el dormitorio de Germán. Cubría sus cabellos negros con una cofia de

enfermera. Tenía una sonrisa tímida tras la cual, me pareció, ocultaba una personalidad fuerte. Me invitó a acompañarla a la cafetería del centro médico y luego de dar una vaga reseña acerca del trabajo que realizaba, me escuchó atentamente mientras bebía un jugo de piña.

—Germán está muerto y eso no va a cambiar con lo que usted investigue —dijo cuando terminé de explicarle el motivo de mi interés en conversar con ella—. Nuestros años de noviazgo, los preparativos para casarnos, el futuro común, todo quedó trunco por culpa de los asesinos.

—Respeto sus sentimientos, pero intento hacer mi trabajo —agregué, sin dejarme llevar por la ira entristecida que motivaba las palabras de la enfermera.

—¿Qué pretende Virginia? Quizás sienta remordimiento por el trato que le dio a Germán.

—¿A qué se refiere?

—Germán perdió su trabajo después del golpe militar. Ella y su marido le dieron la espalda. Ambos eran partidarios de los militares, y en su momento consideraron justificable el despido de Germán. Usted debe recordar las mentiras que se inventaban en esa época para confundir a la gente. Que el terrorismo, que el Plan Z, que las armas cubanas, que el oro de Moscú. Virginia y su marido fueron dos de los tantos que cerraron los ojos a lo que pasaba, y hasta entregaron sus argollas de matrimonio cuando la junta militar llamó a colaborar con lo que llamaron la reconstrucción del país. Después, y una vez que los crímenes fueron demasiado evidentes, ella cambió de opinión y su marido tuvo que agachar el moño. Desconozco el motivo, pero lo concreto es que le ofrecieron ir a vivir con ellos. Germán aceptó la propuesta porque era una manera de ahorrar una parte de su sueldo. Pero no tenían una buena convivencia. Virginia y él hablaban lo justo. Y mientras estuvo vivo su cuñado, apenas se saludaban. Por eso no entiendo por qué recurrió a sus servicios —dijo Benilde y enseguida miró a su alrededor como buscando una puerta que le permitiera escapar de sus recuerdos.

—¿Cómo era la relación entre usted y Germán? —le pregunté.

—¿Qué importancia tiene eso para su investigación? ¿O me tiene en alguna lista de sospechosos?

—Solo quiero hacerme una idea acerca de la vida de Germán.

—Era un hombre tranquilo y yo me sentía segura a su lado. Nos conocimos en este mismo lugar. Me tocó tomarle unas muestras de sangre y aunque suene a novela rosa, lo nuestro fue amor a primera vista, o al primer pinchazo, como le gustaba decir a él. Nos llevábamos bien, lo que no significa que no tuviéramos nuestras diferencias y discusiones, como todas las parejas.

—¿Le comentó que creía que alguien lo andaba siguiendo?

—¿De dónde sacó esa idea?

—Germán se lo contó a su hermana y ella me lo dijo a mí.

—Me cuesta creerlo. ¿Quién podría seguirlo?

—Quién y por qué, ese es el problema. Ignoro cuál pudo ser el motivo del eventual seguimiento —dije, y luego de una pausa que ocupé en mirar a mí alrededor, pregunté—: ¿Tenía algún tipo de deudas?

—Ninguna, ni siquiera una pequeña deuda en una casa comercial o en el almacén del barrio. Germán era ordenado y sabía vivir con el sueldo que ganaba en la barraca.

—¿Militaba en algún partido político?

—No le interesaba. Y prefiero no repetir lo que decía sobre los partidos políticos y algunos de sus dirigentes.

—¿Y qué me dice de su pasado? Sé que años atrás fue detenido. ¿Qué me puede contar acerca de eso?

—Estuvo en Villa Grimaldi y como imaginará, le dieron un trato brutal. Afortunadamente, y al contrario de otros compañeros, logró salir vivo de ese lugar. Nunca habló mucho acerca de sus padecimientos. La sola mención de Villa Grimaldi lo descomponía.

—¿Por eso recibía ayuda de una psicóloga?

—¿Cómo está informado de eso? —preguntó la mujer, a la defensiva.

—Buena parte de mi trabajo consiste en hacer preguntas. ¿Qué me puede decir de la psicóloga?

—Trabaja en este mismo centro médico y a Germán lo atendía en su consulta particular —dijo la enfermera, y luego de observar su reloj, agregó—: Como le dije hace un momento, dudo que su investigación tenga sentido, señor Heredia.

—Virginia Reyes no piensa lo mismo.

—Francamente, lo que ella piense me tiene sin cuidado. Debió preocuparse de su hermano cuando correspondía —dijo Benilde y enseguida, alzando la voz, agregó—: Ahora, si no tiene más preguntas, debo volver a mi trabajo.

—¿Germán tenía amigos con los que se reuniera frecuentemente?

—Los días viernes solía juntarse a tomar cerveza con algún compañero de trabajo y dos veces por semana iba al Centro Cultural América.

—¿Qué hacía en ese lugar?

—A ese centro concurren abogados, profesores y estudiantes universitarios. Germán nunca siguió estudios regulares, pero buena parte de su tiempo lo dedicaba a estudiar temas históricos. Tengo la impresión de que participaba en charlas o conferencias.

—¿Usted no lo acompañaba a ese lugar?

—Solo fui una vez, con motivo de la presentación de un libro.

—¿Sabe con quién se reunía en el Centro Cultural?

—Al único que solía mencionar es a Dionisio Terán, el director.

—Deduzco que a pesar de lo bien que se llevaban, había algunos misterios entre ustedes.

—Germán tenía territorios personales en los que no me dejaba entrar. Su pasado era uno de ellos. Al principio me incomodó y después acepté que era parte de su

forma de ser.

Antes de abandonar el centro médico, llamé a la consulta particular de Ana Melgoza y conseguí una cita para el final de la tarde. Mientras regresaba a mi oficina, pensé que Germán Reyes, al igual que la mayoría de las personas, había mostrado diversas máscaras durante su existencia y que solo la suma de ellas permitiría dibujar su retrato con mediana exactitud. Después dejé de pensar en él y concentré mi atención en conducir el Chevy Nova por una ruta repleta de baches y avisos de desvíos que me obligaron a emplear más tiempo del previsto para llegar a la calle Aillavilú.

Simenon no estaba en la oficina. Deduje que andaría visitando el vecindario o estaría en los techos de La Piojera, observando celosamente el ir y venir de sus parroquianos. Me preparé un sándwich de atún y lo acompañé con la última lata de cerveza que sobrevivía en el refrigerador, junto a un pote con mermelada de higo y una manzana. Después, leí parte de un capítulo de La piedra lunar de Wilkie Collins y oí a Joaquín Sabina cantando una canción donde decía: «Me cago en los detectives americanos que viven en Jollivú de las rentas». Por un par de horas me sentí a mis anchas. Tenía mi música, mis libros y un caso que atender mientras el tiempo iba añejando el calendario que colgaba de una de las paredes de la oficina.

Llegué a la consulta cinco minutos antes de la cita. Una secretaria risueña me hizo pasar al despacho de la psicóloga; una habitación amplia y luminosa en la que había un escritorio y dos sillones enfrentados. Ana Melgoza era una mujer alta, morena y atractiva. Sus ojos negros resaltaban sobre su piel pálida, casi vampiresca, y en su mirada noté las huellas del cansancio acumulado. Me indicó uno de los sillones y por breves segundos nos observamos con evidente curiosidad.

—Primera vez que estoy cara a cara con un detective privado —dijo—. Hasta que recibí su llamada estaba convencida de que gente como usted no existía.

—Existimos en las novelas y a veces asomamos nuestras narices en la vida real, o viceversa. Pero no se asuste, cuando trabajo no muerdo. Reservo los mordiscos para ocasiones más íntimas.

Ana Melgoza sonrió y enseguida sacó una cajetilla de cigarrillos desde uno de los cajones de su escritorio.

—¿Le molesta si fumo? —preguntó.

—Usted es la dueña de la oficina, del tabaco y sus pulmones. A mí no me incomoda pero me preocupa que una psicóloga no controle sus vicios. Supongo que más de alguien vendrá a verla para superar sus adicciones.

—Sé que no soy un buen ejemplo para mis pacientes. Por eso me contengo mientras realizo las terapias.

—No se disculpe. Políticos y empresarios suelen dar peores ejemplos.

—Tiene una lengua afilada —dijo Ana Melgoza luego de usar el encendedor—. Su llamada despertó mi curiosidad. Debe ser entretenido su trabajo.

—Y bastante parecido al suyo. Preguntar, escuchar y sacar conclusiones. A veces

también consigo mandar a alguien tras las rejas.

—Debe tener muchos clientes.

—Menos que usted, seguramente. Las depresiones, las angustias y otros males están de moda en estos tiempos. Los detectives privados entregamos un servicio tan suntuario como prescindible.

—Podríamos compartir experiencias, señor Heredia.

—Veo que le interesó el tema de los mordiscos —dijo, sonriendo.

—Estaba pensando en el asunto de preguntar y escuchar —dijo la psicóloga al tiempo que soltaba una sensual bocanada de humo—. ¿Qué desea saber acerca de Germán?

—Sé que él fue su paciente. Tal vez pueda ayudarme a conocer algo más de su personalidad y de sus inquietudes del último tiempo.

—Era mi paciente desde hace dos años, señor Heredia.

—A su novia y a su hermana les habló de semanas.

—No me extraña. Reconocer que necesitaba tratamiento psicológico fue una de las barreras que más le costó vencer. No quería que nadie supiera que venía a mi consulta. Como parte de la terapia lo induje a contárselo a sus relaciones más cercanas. Familiares, novia, amigos. Mal que mal, casi había superado su temor.

—¿Temor?

—Sueno raro, pero temía que se supiera que había sido torturado. Fue detenido y pasó una temporada en Villa Grimaldi. Más de treinta años después, seguía sintiendo temor de contar su historia. Sentía culpa, como si en vez de la víctima hubiera sido el responsable. Entre otras cosas, tuvimos que trabajar arduamente para que entregara su testimonio a la comisión gubernamental que reunió antecedentes sobre torturados y presos políticos. Supongo que sabe lo que fue la Comisión Valech.

—Escucho las noticias en la radio y a veces leo los diarios.

—También le costó aceptar mi ayuda profesional. Al principio, venía y luego dejaba de hacerlo durante varias semanas. Solo en el último tiempo aceptó seguir un tratamiento sistemático —dijo la psicóloga, y luego de dar una calada a su cigarrillo, agregó—. Que llegara a contar a su hermana y a su novia que venía a esta consulta fue un paso importante, aunque algo tardío. El siguiente era limitar su obsesión con los torturadores. Buena parte de nuestras sesiones trataban sobre ellos y sus conductas. Además, estaba obsesionado en recopilar información sobre sujetos vinculados a hechos de tortura. Eso me preocupaba, porque las obsesiones pueden llegar a ser algo destructivo, y el caso de Germán le impedía tomar una adecuada distancia con su pasado y generar instancias que le permitieran llevar una vida armónica.

—Me enteré de la información que recopilaba y también de que la botó a la basura antes de su asesinato. ¿Usted le dijo que lo hiciera?

—Hablamos de eso y no le di ninguna instrucción. Habría sido intervenir en una decisión que él debía tomar.

—¿Le comentó que alguien lo estaba siguiendo?

—¿De qué está hablando, señor Heredia? —preguntó la psicóloga y me pareció que su inquietud iba más allá de su mero interés profesional.

—Gente que sigue los pasos de otras. ¿Tenía delirio de persecución o algo parecido?

—Solía recordar que había sido vigilado antes de su detención. Hombres de gafas, autos blancos, mujeres rubias.

—¿Hablabas de eso en tiempo pasado?

—Siempre en forma de recuerdos —dijo Ana Melgoza mientras jugueteaba con su cajetilla de cigarrillos.

—¿Le habló Germán del Centro Cultural América?

—Una vez, al término de la consulta, lo llevé a una oficina cerca de la Plaza Brasil. Me dijo que era la sede del centro cultural.

—Tal vez también me pueda acompañar a mí.

—Hoy no voy para ese sector de la ciudad, señor Heredia.

—¿Ni siquiera por curiosidad?

—¿Curiosidad respecto a qué? —preguntó la psicóloga, sonriendo.

—De la sede del centro cultural. ¿De qué otra cosa?

—Usted parece ser experto en juegos de palabras. Estoy cansada y en mi casa me esperan un marido y dos hijos.

El perfume de la psicóloga me acompañó hasta que llegué al subterráneo donde había dejado estacionado el Chevy Nova. El lugar estaba a oscuras y en el aire flotaba un desagradable olor a goma quemada. Hice andar el auto y cuando aceleré, vi que a mis espaldas se encendían las luces de un jeep. Salí a la superficie y luego de recorrer cinco cuadras el vehículo seguía apegado a mi sombra. Pensé que debía comprobar si me estaban siguiendo o mi imaginación sacaba cuentas erradas. Esperé llegar a una esquina y sin señalizar doblé hacia la derecha. El jeep siguió de largo. Respiré aliviado y mientras me detenía frente a la luz roja de un semáforo, encendí un cigarrillo y recordé mi conversación con Ana Melgoza. ¿Temores? Buena parte de la gente está llena de temores. Al pasado, a la cesantía, a sufrir un asalto en la calle, a ser robado, a las culpas, a ir preso por no pagar las deudas, al jefe que controla el reloj de entrada en la oficina. Miedo enquistado en la piel de un país que oculta sus verdades tras una capa de mentiras consensuadas.

Cuando entré en mi departamento, Simenon estaba frente a un pequeño televisor que Anselmo había comprado dos días atrás y se empeñaba en probar en mi oficina. En la pantalla mostraban las imágenes de una carrera de fórmula uno y Simenon movía su cabeza de un lado a otro, siguiendo el paso de los autos.

—¿Qué haces pegado a la pantalla? —le pregunté, al tiempo que lo tomaba en mis brazos y acariciaba su esponjoso lomo blanco.

—Deje que el gato se entretenga, don —oí gritar a Anselmo desde la cocina—. Estoy preparando comida para los tres. Bife a lo pobre. Carne, huevos, cebolla y

abundantes papas. Todo bien frito. ¿Qué dice?

—Todo lo que vale la pena comer tiene el gentil aliento del colesterol —dije, y acercándome a la cocina con Simenon en mis brazos, pregunté—: ¿Qué celebramos?

—Un buen dato en la cuarta carrera de hoy.

—No recuerdo que me avisaras.

—Jugué varias lucas a su nombre y en el primer cajón del escritorio están sus ganancias.

—No sé qué haría sin ti, Anselmo.

—Deje los lagrimones para otra ocasión. Abra el botellón que dejé junto al televisor y sirva vino. Compré un cartoné de miedo, don.

Obedecí a mi amigo y cuando estaba por llevarme el vino a los labios, oí el timbre del teléfono. Levanté el fono de mala gana y desde el otro lado de la línea me llegó la voz de Carvilio, el guardia de la barraca.

—¿Heredia? —preguntó en voz baja.

—¿Qué se le ofrece, Carvilio?

—Hice las preguntas que me pidió y no obtuve ningún resultado positivo. Nadie vio nada.

—Mañana le puede ir mejor.

—He pensado en lo que hablamos y quiero descubrir a los asesinos.

—Usted y yo queremos lo mismo —agregué sin ganas de prolongar la conversación.

—¿Está ocupado? Deseo hacerle un par de comentarios.

—Tengo un asunto candente a la vista —respondí al tiempo que veía a Anselmo con tres platos que a duras penas se equilibraban entre sus manos.

—No se preocupe, Heredia. Lo volveré a llamar.

6

Virginia Reyes estaba en el jardín, con las rodillas en el suelo y sus manos hundidas entre las raíces de una planta que pretendía cambiar de ubicación. En el aire flotaba un aroma a tierra húmeda que por momentos se confundía con el de un jazmín que crecía adosado al grueso muro de ladrillos que rodeaba el lugar. Al llegar me había recibido una de sus hijas, la que sin interesarse mayormente en mis intenciones hacia su madre, me condujo por un pasillo embaldosado hasta el interior de la vivienda. El sol caía sobre los árboles generando un juego de sombras que se desplazaba de un rincón a otro del frondoso jardín. Aspiré con agrado el aroma del jazmín y caminé al encuentro de la mujer.

—¿Viene a informarme de los avances de su trabajo? —preguntó cuando me vio a su lado.

Le ofrecí mis manos como apoyo y le ayudé a ponerse de pie. La vi sonreír un instante y luego caminar hacia un escaño instalado bajo la sombra de un árbol.

—¿Averiguó algo sobre los asesinos? —insistió una vez que estuvo acomodada en el asiento.

—Sigo intentando saber quién era su hermano. Tengo la impresión que cuando descubra las distintas facetas de su personalidad, lograré saber quién lo mató.

—No comprendo lo que trata de decirme, señor Heredia.

—El asesinato de su hermano debe tener un motivo relacionado con algo que él hizo o dejó de hacer. Un motivo que nos permita descartar que su muerte haya sido solo el producto del asalto de dos malandras chapuceros.

—Me doy cuenta de que estamos en el mismo punto de nuestra primera conversación —dijo y luego, con desencanto, comentó—: Griseta me dijo que usted solía ser eficiente.

—Su hermano le mintió —dije sin prestar atención a las palabras de la mujer—. Se atendió con su psicóloga durante los tres últimos años. No quería que nadie lo supiera.

—Debería sorprenderme con lo que me dice, pero no es así. Como le dije en nuestra primera conversación, a veces pienso que nunca conocí a mi hermano.

—Con frecuencia ocurre que ignoramos lo que sucede con las personas que tenemos más cerca —dije, y luego de encender un cigarrillo, agregué—: Además, supe que usted le dio la espalda después del golpe militar.

—¿Quién le dijo eso? ¿Benilde?

—¿Es verdad o no?

Virginia Reyes sacó un pañuelo desde el bolsillo de su delantal y lo deslizó por sus mejillas.

—Fue durante el primer año de la dictadura. Mi marido y yo éramos contrarios al gobierno de la Unidad Popular, y cuando despidieron a Germán pensamos que sería algo pasajero, un buen susto para luego volver a la vida de siempre. Nos

equivocamos y no supimos reconocerlo a tiempo. Mi marido nunca dio su brazo a torcer respecto a los crímenes que se cometieron. Además, en esa época había muchos hechos que se desconocían. Usted debe recordar...

—Recuerdo que la verdad estaba en el aire, al alcance de todos —dije, interrumpiendo a la profesora—. No creo en los hipócritas que dicen haber estado desinformados o metidos en una burbuja que les impedía ver lo que estaba pasando. Es una excusa que huele a podrido. Sin embargo, no voy a discutir con usted. Solo dígame qué le hizo cambiar de opinión.

—Después que murió mi esposo tuve la oportunidad de hablar con Germán de un modo que nunca antes lo habíamos hecho. Una noche estábamos viendo en la televisión la noticia sobre una comisión que recopiló antecedentes sobre la gente torturada durante el gobierno de Pinochet. Recuerdo que le dije que era algo horroroso y que no me imaginaba como podía seguir adelante con su vida alguien que hubiera pasado por esa experiencia. ¿Quieres que te lo diga?, preguntó. Yo soy uno de los sobrevivientes que dio su testimonio ante esa comisión, me dijo. Me contó cada detalle de los tormentos que soportó. Luego, cuando lo asesinaron, pensé que no podía darle la espalda por segunda vez. Sin embargo, no sabía qué hacer hasta que hablé con Griseta y ella me dio su nombre. Sé que ya no sirve de mucho, pero es una deuda que tengo con él. Cada vez que recuerdo sus palabras, siento el mismo estremecimiento.

—¿Le habló alguna vez de sus actividades en el Centro Cultural América? —pregunté, intentando que la mujer concentrara su atención en recuerdos menos dolorosos.

—No. Una vez vino a esta casa con un hombre que dijo ser el director de ese lugar. Un hombre joven, simpático y algo desaliñado en el vestir. Recuerdo que sabía mucho de plantas y árboles. Estuvimos conversando largo rato en este mismo jardín —respondió Virginia Reyes, mientras miraba a su alrededor.

Me encaminé hacia la oficina de Marcos Campbell, mi amigo periodista que seguía empeñado en mantener a flote su revista de sucesos políticos y policiales La Huella Roja. No le faltaban temas, pero sufría lo indecible para vender la publicidad que le permitía financiar la revista y que por lo general consistía en una docena de pequeños avisos contratados por las tiendas de repuestos automotrices, los hoteles para tórtolos por ratos, como los llamaba Edwards Bello; las pastelerías y los cafés con piernas existentes en la calle Diez de Julio y sus alrededores, donde estaba ubicada su oficina. Su sueño era conseguir la publicidad de los servicios públicos que preferían ocupar sus dineros en financiar a los diarios de las grandes cadenas periodísticas y con ello aminorar el ácido con que éstas untaban sus plumas.

Hacia tiempo que no utilizaba la extensa escalera que conducía al despacho de Campbell y al entrar en éste, fui sorprendido por los cambios que había experimentado desde mi última visita. Su escritorio estaba rodeado de piedras de diversos tamaños y colores. En los muros, que antes lucían las imágenes de bellas

artistas de cine, había unos afiches con paisajes en los que se veían rocas y más rocas. El periodista estaba de pie junto a una de las ventanas que daban a la calle y sus pensamientos parecían extraviados en el horizonte.

—¿A quién esperas tan reconcentrado? ¿A las musas o al Rey Midas? —le pregunté alzando la voz.

Sobresaltado, Campbell se dio media vuelta y me saludó con una sonrisa desganada. Sus cabellos ondulados seguían abundantes y negros. Solo su barba canosa y sus gafas de lentes gruesos delataban el desgaste de su vida junto a un sinfín de teclados urgentes y ceniceros atestados de colillas. Nos habíamos conocido en la universidad, a fines de los años setenta, en un festival de teatro que reunía a grupos de diferentes facultades.

—Necesito a las musas y a Midas. A las muchachas para escribir los artículos que debo tener listos de aquí al domingo, y al rey para pagar la cuenta de la imprenta.

—Dinero y palabras. Tus problemas siguen siendo los mismos de siempre.

—Por eso me he rodeado de energía natural —dijo Campbell indicando las piedras que tenía a su alrededor.

—¿Qué bicho te picó, Campbell?

—Si te rodeas de la fuerza de la naturaleza tus energías se multiplican —respondió el periodista y luego, al ver el asombro reflejado en mi rostro, agregó—: Supongo que el tema de las piedras te importa un comino y que has venido a verme porque tienes algún problema. ¿O me equivoco?

—Necesito una de tus computadoras y que me ayudes a bajar información de la Internet sobre el resultado de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura. Quiero leer algunos de los antecedentes que se recogen en el informe de la comisión, y también chequear si aparece cierta persona en el listado de las víctimas reconocidas.

—Voy a facilitar tu vida, Heredia —dijo Campbell al tiempo que se dirigía a su escritorio y sacaba de uno de los cajones un grueso libro de tapas azules—. En esta publicación encontrarás las conclusiones a las que llegó la comisión y el listado de las personas que fueron objeto de prisión y tortura.

—¿En papel, cómo en los tiempos de Gutenberg?

—Y además te lo puedes llevar. Cuanto antes desaparezcas de mi vista, más tiempo tendré para hacer mi trabajo.

—Tu hospitalidad apesta, Campbell. Pensé que me invitarías a beber una copa.

—Otro día, Heredia. Tengo que terminar mis artículos.

—Bien dicen que no se puede tener todo en la vida.

—Si quieres un lugar adecuado para leer y beber una copa, te recomiendo cruzar la calle y entrar al bar que está frente a la oficina.

Seguí la recomendación de Campbell y llegué a un bar miserable en el que su único cliente observaba las paredes con la mirada vidriosa de un borracho a punto de naufragar en su navegación del día. Tomé asiento junto a una mesa alejada de la

puerta, pedí una cerveza y enseguida abrí el libro de tapas azules. El horror corría a la par por entre las palabras del texto que describía el atropello a las personas, sin otra explicación que el odio desatado. Me detuve en la página que reproducía un fragmento del testimonio de uno de los detenidos: «Me pusieron algodón en ambos ojos, luego huincha adhesiva encima y un capuchón negro amarrado a la nuca, me ataron de pies y manos fuertemente, y me hundían en un tambor que contenía orina, excrementos y agua de mar. Me sumergían hasta que mi respiración no daba más, ni menos mis pulmones y la volvían a repetir una y otra vez, acompañados de golpes y preguntas, eso era lo que llamaban el submarino». Y en la página siguiente, las palabras de una mujer estaban impresas con la indeleble tinta del espanto: «Me trasladaron a otra pieza en donde me hicieron desnudarme completamente. Luego me amarraron las muñecas con los tobillos quedando totalmente encogida. Enseguida colocaron una barra entre mis muñecas y los tobillos quedando suspendida en un mueble. En esta posición me golpearon los oídos y me aplicaron electricidad en las sienes, en los ojos, en la vagina, en el recto y en los pechos».

Dejé de lado la lectura de los testimonios y concentré mi atención en el apartado donde estaba el listado de las víctimas. Seguí el orden alfabético en que estaban organizados los nombres hasta encontrar el de Germán Reyes. ¿Por qué había demorado tanto en contar sus vivencias? ¿Se las había contado a alguien interesado en mantener silenciada su historia? No tenía respuestas para mis preguntas, pero intuía que, como en otras ocasiones durante los últimos años, la verdad luchaba por emerger desde el pasado.

—Nuestro objetivo es mantener en pie el recuerdo de lo que vivimos y soñamos —dijo Dionisio Terán, acercándose a un escritorio atestado de revistas y papeles de múltiples colores que parecía ser el eje en torno al cual se movía el Centro Cultural América. No me había costado llegar hasta el lugar, en el tercer piso de una vieja casona, a pasos de la Plaza Brasil, que mantenía erguida su añosa estructura entre dos grandes edificios de departamentos recién construidos. Subí una escalera que tenía dos descansos y llegué a una sala que daba la impresión de ser el caótico taller de un pintor de brocha gorda. Los muros, altos y descascarados, estaban cubiertos de pendones con imágenes y leyendas que invocaban a la justicia; y en el piso se veía una confusa colección de tachos de pintura, restos de lienzos, papeles arrugados y panfletos en desuso.

Terán era un hombre de unos cincuenta y tantos años. Lucía una calva reluciente y un mostacho negro que resaltaba en medio de su rostro delgado, del que sobresalía una nariz de tamaño descomunal. Estaba acompañado por dos muchachos que dibujaban unas letras sobre un enorme lienzo blanco. Se acercó a mí. Le expliqué el motivo por el cual había decidido invadir sus dominios y la mención de Reyes anuló de inmediato su desconfianza.

—La idea de un asalto callejero me parecía convincente —dijo una vez que

terminé mi relato—. Sin embargo, después de escucharlo, comienzo a dudar. ¿En qué puedo ayudar, Heredia?

—Germán venía a esta casa todas las semanas —agregué al tiempo que daba una rápida mirada a mí alrededor—: Me interesa saber cuál era su aporte a las actividades del centro.

—¿Ha oído hablar de la funa? —preguntó Terán, y sin esperar mi respuesta, agregó—: Funar significa dejar en evidencia, y lo que nosotros hacemos es desenmascarar a los torturadores que viven en la impunidad. Si no hay justicia, hay funa. No usamos la violencia. Nos apoyamos en el arte para denunciar a los criminales y generar conciencia en la gente. Hoy en día existen varios grupos que realizan acciones similares. En su mayoría están integrados por víctimas de las torturas y familiares de detenidos desaparecidos o ejecutados. La primera funa que realizó nuestro grupo fue en el año 1999 y estuvo destinada a denunciar a Werner Ginelli, un médico que había participado en la tortura de personas detenidas en los primeros años de la dictadura. Germán fue uno de los miembros fundadores del grupo. Nos conocimos durante una funa a la que llegamos invitados por un amigo en común. Al cabo de unos meses decidimos crear nuestro propio referente. Germán era de la idea de no limitar las funas a los victimarios más conocidos, sino que buscar a los que permanecen en el anonimato y que nunca han sido mencionados en juicios o artículos de prensa. Su labor principal era estudiar las denuncias y recopilar los antecedentes que permitían ubicar a los torturadores. También colaboraba en la organización de una biblioteca para uso de la gente que concurre al centro cultural. Siempre nos decía que al descontento y a la rebeldía hay que alimentarlos con ideas.

—Por eso mantenía un archivo de recortes con información sobre represores.

—Las funas no se hacen por capricho ni sin fundamento. Nos preocupamos de investigar los antecedentes que obtenemos al revisar las causas que están pendientes en los tribunales, ya sea por negligencia de los jueces o porque no hay suficiente información para continuar con los procesos. No es fácil. Algunos nos acusan de buscar venganza y no faltan los políticos que dicen que nuestras acciones ponen en peligro la democracia de utilería en la que vivimos. La verdad es que solo buscamos justicia.

—Al parecer eran pocos los que conocían las actividades de Germán. Sin ir más lejos, su hermana y su novia no sabían de sus investigaciones —dije al tiempo que encendía un cigarrillo.

—Cuidaba sus espaldas y las de los suyos. Nunca lo hablamos, pero tengo la impresión de que jamás perdió el miedo a la tortura. Por eso su labor era de apoyo. Estudiaba los casos, averiguaba el paradero de los posibles funados y rara vez participaba en las manifestaciones callejeras. Detestaba los tumultos y las llamadas y cartas anónimas que recibimos a menudo, y que suponemos provienen de ex militares preocupados por los resultados de nuestras actividades. Tipos que temen ser descubiertos y que en algunos casos se agrupan en cofradías de militares en retiro o

evidente carácter neonazi o fascista.

—¿Le contó que lo seguían?

—Me lo dijo y no le presté mayor atención. Germán solía ver manchas donde solo había sombras. En un par de ocasiones establecimos medidas de seguridad a causa de sus aprensiones y comprobamos que no había de qué temer. A veces su imaginación lo traicionaba.

—¿Cree que no era verdad que alguien lo seguía?

—Lo atribuí a su miedo, pero luego de lo que usted me ha contado, ya no sé qué pensar —dijo Terán y miró hacia la puerta del taller, como si temiera la repentina llegada de un extraño indeseable.

—¿Sucede algo?

—Sus preguntas sobre Germán me hicieron recordar lo sucedido con Julio Suazo, un compañero que murió atropellado hace ocho meses. El culpable se dio a la fuga. Unos testigos consiguieron identificar el modelo del auto y su patente, y con esos datos se supo que el vehículo pertenecía a un sargento en retiro del Ejército. Un abogado de nuestro grupo denunció el hecho a la justicia y no logró que se iniciara una investigación.

—¿Cómo se llama el abogado?

—Francisco Cotapos. Asesora a nuestro grupo y es de los que siguen trabajando para meter a la cárcel a los que cometieron tropelías durante la dictadura.

—¿Dónde lo ubico?

—Ayer llamó. Dijo que estaría unos días fuera de Santiago y que regresaría para asistir a la actividad que tenemos programada este fin de semana. ¿No quiere acompañarnos? Podrá conocer nuestro trabajo y conversar con Cotapos.

—Prefiero no interferir en sus reuniones. Déme el teléfono del abogado.

—No es una reunión, es una funa. ¿Se anima a participar?

Divisé al Escriba apenas crucé la puerta giratoria del City. Estaba sentado en un rincón del bar, con un cigarrillo en los labios y una copa de vino a su alcance. Parecía concentrado en llenar con su letra despatarrada las hojas de un cuaderno de tapas azules. Me detuve frente a su mesa y sin que él se percatara, lo observé durante un instante. Lucía cansado y con una barba de varios días. Sus ojos, ocultos tras unas gafas sin marco, seguían con algo de esfuerzo el texto que escribía. Me acerqué a la mesa y me senté frente a él. Demoró varios segundos en regresar del mundo por el que vagaban sus pensamientos y la tinta de su lapicera.

—¿Sacas cuentas o escribes? —le pregunté.

—Escribo lo que puede ser el inicio de otra novela —respondió luego de saludarme y dejar su lapicera sobre la mesa.

—¿No te aburre escribir? ¿No has pensado en cambiar de ambientes y personajes?

—Para qué, si encontré un personaje que me identifica. Llevo una punta de años escribiendo sobre tu maltrecha existencia y todavía me resulta entretenido. No olvido

que los capítulos iniciales de la primera novela los escribí en una pensión de la calle San Lorenzo, en Buenos Aires, a donde fui a dar después de ganar un concurso literario.

—De todos modos, me llama la atención la persistencia.

—Como leí alguna vez en un libro de Ray Bradbury: Uno tiene que mantenerse borracho de escritura para que la realidad no lo destruya.

—Alguna vez deberíamos invertir los papeles. Tú investigas y yo escribo.

—Heredia está enfermo y no puede moverse de la cama. Llega a verlo un cliente y para no perder el caso, llama al Escriba y le pide que se haga cargo de la pesquisa. El asunto es sencillo, pero el Escriba comete una serie de chambonadas y tarda más de la cuenta en resolverlo. Ahí se da cuenta que una cosa es la ficción y otra la realidad. ¿Qué te parece?

—Con algo de buena voluntad, puede funcionar.

El Escriba aplastó su cigarrillo en el cenicero de vidrio que estaba frente a su cuaderno de tazas azules y luego llamó al mozo que atendía las mesas.

—¿Qué vas a tomar? —preguntó.

—Lo de siempre.

—Vodka tónica con dos hielos y mucha prisa. Te conozco como si te hubiera parido —dijo, y después de pedir el trago al mozo, preguntó—: ¿Sigues sin trabajo o estás metido en un nuevo entuerto?

—Investigo la muerte de un tipo al que balearon a la salida del trabajo —le dije, y enseguida hice un resumen del caso.

—Lo mató un marido celoso —afirmó el Escriba una vez que terminé mi relato.

—Reyes tenía una novia y le era tan fiel como un canario enjaulado.

—¿Tráfico de drogas? ¿Contrabando de cigarrillos?

—Puede ser una o las dos cosas al mismo tiempo.

—Intuyo que no es lo que piensas. Suelta la pepa, Heredia.

—Reyes rastreaba las pistas de ex agentes de los servicios de seguridad. Sujetos con pasados turbios que evitan hasta el más mínimo contacto con la justicia.

—De esos, unos pocos están presos y el resto se van a morir en sus camas. Yo en tu lugar, orientaría mis pasos por el lado de las drogas. Los tipos que se dedicaron a torturar hoy están bien escondidos, viven como cualquier hijo de vecino y no creo que tengan ganas de andar jugando a los bandidos. Callados tienen más oportunidades de no ir a dar a la cárcel. Además, saben que una vez juzgados algunos peces gordos, a los ratones de cola pelada los dejaron en paz. Hazme caso, preocúpate de las drogas y no descuides al mayordomo.

—Hace tiempo que los mayordomos dejaron de ser los malos en las novelas policiales. Deberías saberlo mejor que yo.

—Solo quería saber si estabas atento.

—Conversar contigo no me sirve mucho para mis investigaciones.

—En cambio a mí me ayuda a mantener aceitada la imaginación.

—Mejor apuremos nuestras copas. No sea cosa que llegue la hora de cerrar y nos echen a patadas. A nuestra edad las patadas en el culo duelen más que a los veinte años.

—Al fin hay algo en lo que podemos estar de acuerdo.

—¿Tú crees?

—Lo creo y además, acabo de pensar en una nueva idea para resolver tu caso. En la barraca había algún tipo de robo que Reyes descubrió y se proponía denunciar. ¿Qué dices?

—No está mal, Escriba. Me sorprendes. Voy a pensar en esa posibilidad.

Me despedí del Escriba poco antes de la diez de la noche. Lo vi alejarse entre la gente que a esa hora se dirigía a sus casas y deduje que había vuelto a pensar en la novela que escribía cuando lo interrumpí. De un modo u otro, el oficio de ambos era la investigación. Yo lo hacía para descubrir a los responsables de algún crimen o delito, y él para explicarse el mundo en que le tocaba vivir. Cuando dejé de verlo, rehice mis pasos en dirección a la calle Aillavilú. Al llegar frente al quiosco de Anselmo, oí el ruido producido por un auto que frenaba violentamente. Miré a mis espaldas y vi bajar a Desiderio Hernández desde un Mazda conducido por un hombre cuyo rostro no alcancé a ver con claridad. Mi vecino pasó a mi lado sin saludar y se dirigió hasta el elevador.

—Los buenos modales no son su fuerte —le comenté a Feliz Domingo, que había observado el paso raudo de Hernández.

—No debería decirlo, pero estoy de acuerdo con usted, señor Heredia.

—Me alegra coincidir con usted, Feliz.

—Félix, con equis —dijo el conserje, y enseguida, acercándose a los casilleros ubicados tras el mesón de recepción, tomó una hoja de papel amarillo y entregándomela, agregó—: Vino a verlo un caballero, y como usted no estaba, le dejó un recado.

Tomé la hoja y leí el mensaje que Carvilio había escrito en ella. «Descubrí a una vecina que vio el asalto. No quiere meterse en problemas, pero confío que podré convencerla de hablar».

Muchas molestias por tan poco, pensé mientras guardaba la nota en mi chaqueta.

—¿Buenas noticias? —preguntó Feliz Domingo.

—Ninguna que altere mis ganas de dormir. Una ducha tibia, una buena novela y a la cama.

—Había olvidado decirle que...

—Mañana, Feliz. Mañana.

—Félix, con equis. Recuérdelo.

—Mi memoria es un desastre, Feliz —dije al tiempo que me acercaba a la puerta del ascensor.

El conserje movió la cabeza con desaliento y retomó su sitio tras el mesón de la recepción.

El penetrante olor de los libros humedecidos me golpeó apenas entré al departamento. Por un segundo alcancé a pensar en la ducha que deseaba tomar antes de dormir, pero algo en la mirada de Simenon me hizo temer que el día todavía me reservaba alguna sorpresa. Miré a mí alrededor y no noté que existiera algo fuera de lo normal. Al llegar a la puerta del dormitorio tuve la impresión de retroceder diez o doce años en mi vida. Griseta yacía sobre la cama, apenas alumbrada por el reflejo de la luna que entraba por la ventana. Su piel tenía un tono brillante que contrastaba con el fondo blanco de la sábana. Procurando no hacer ruido, me saqué la chaqueta y la arrojé al suelo. Luego hice lo mismo con el resto de mi ropa hasta quedar desnudo. Me tendí al lado de Griseta y el contacto con su piel terminó por espantar los fantasmas del cansancio. La besé suavemente en la espalda y esperé a que retornara de sus sueños.

—¿Dónde andabas? —preguntó al cabo de un rato, adormecida.

—¿Por qué no me avisaste que vendrías esta noche? —le pregunté.

—Llegué antes de lo previsto desde La Serena y quise darte una sorpresa —respondió, al tiempo que se apoyaba en uno de sus brazos y me observaba, risueña.

Busqué sus labios y ella se dejó besar. Sus pechos se apoyaron en el mío y volvimos a besarnos. Oí los pasos de Simenon que salía de la habitación. Griseta estaba en mis brazos y me daba lo mismo si el mundo se derrumbaba más allá de la cama que nos acogía. Acaricié su cabellera y la seguí besando hasta el fin de la noche.

Dejé pasar dos días sin preocuparme de Germán Reyes. Griseta no debía volver al trabajo hasta la semana siguiente y por lo tanto, con el tiempo a nuestra disposición. Dedicamos el primer día a pasear por el Parque Forestal y entramos al Museo de Bellas Artes a ver las colecciones permanentes de pintores chilenos y una exposición de joyas mapuches. El segundo día lo destinamos a explorar en librerías de ocasión y nos arrellanamos en un cine a ver la reposición de «Nos habíamos amado tanto», una antigua película de Ettore Scola que a los dos nos gustaba. Por la noche, arrullados por la música de Mahler, hicimos el amor con el paciente oficio de los amantes que conocen los escondites secretos del deseo. La mañana nos sorprendió en la cama y solo una ducha prolongada y compartida, nos hizo cerrar el paréntesis y volver a la realidad.

—Las horas gratas arden más rápido que la viruta —dije a Simenon mientras veíamos alejarse a Griseta desde la ventana de la oficina.

—No dramatices. Mañana o pasado la volverás a tener en tus brazos —respondió Simenon, al tiempo que lengüeteaba con esmero su pata derecha—. Las separaciones y los reencuentros tienen su encanto.

—Me habría gustado que el paréntesis no se hubiera cerrado tan pronto. Los viajes de Griseta cada vez son más prolongados y a lugares más lejanos. Temo que un día se mande a cambiar definitivamente.

—Cada año que pasa te pones más sentimental, Heredia.

—¿Y eso es malo? ¿Desde cuándo te convertiste en un gato duro?

—Nací en un callejón, no lo olvides. Cinco hermanos y una madre que nos dio lo justo para sostenernos en nuestras patas y echar a andar.

—Tu infancia fue más triste que la de Oliver Twist.

—No te burles. La tuya tampoco fue una fiesta.

—Tal vez por eso nos comprendemos tan bien.

Simenon dejó su aseo y dio un par de brincos hasta quedar junto a la pistola que estaba sobre el escritorio.

—Sé que tengo trabajo pendiente. No necesito tus órdenes —le dije.

—Alguien tiene que preocuparse del futuro de Heredia & Asociados.

Pasé a un bar ubicado frente a la Plaza Ñuñoa, atendido por un mozo que preparaba los combinados bailando al ritmo de una pegajosa música tropical. Mientras bebía una copa de vino, aproveché de leer el diario que alguien había dejado sobre el mesón. Los pechos de una vampiresa oxigenada ocupaban gran parte de la portada. La rubia había ganado un concurso de belleza y no hacía falta ser adivino para saber que el jurado no había pasado más allá de observar su escote voluminoso. Con las páginas interiores no me fue mejor. Encontré cuatro noticias policiales que remitían a igual número de robos en casas acomodadas, y el intercambio de pullas entre candidatos que aprontaban sus armas para la próxima elección parlamentaria.

Un juego de frases hechas que iban de un lado a otro, como frágiles pelotas de ping pong. Dejé el diario en la barra y me concentré en la copa, al tiempo que miraba el reloj mural instalado frente al mesón. Tenía el tiempo justo para paladear el vino y llegar puntual a mi cita.

Encontré en la plaza a un centenar de personas que portaban pancartas y lienzos alusivos a la justicia. Mezclados entre ellas, divisé a unos jóvenes que lucían sus rostros pintarrajeados y hacían sonar unas cornetas plásticas, como si estuvieran en medio de un carnaval. En una de las esquinas de la plaza, un destacamento de carabineros contenía a duras penas las ganas de acariciar con sus lumas a los manifestantes.

Terán me reconoció apenas me vio aparecer. Estaba acompañado de un hombre bajo, gordo y pelirrojo que me observó con atención cuando me acerqué al líder de la funa.

—Le debo una disculpa. No creí que viniera —dijo Terán y luego, dirigiéndose al pelirrojo, agregó—: Este es el detective del que le hablé, Cotapos.

Estreché la mano del abogado y éste acompañó su saludo con una leve inclinación de cabeza. Sentí que me observaba con la atención de un entomólogo y resistí su examen hasta que Terán nos invitó a sumarnos a los manifestantes que comenzaba a ocupar la calle.

—¿Primera vez que participa en una funa? —preguntó el abogado.

—Sí, y supongo que eso no me convierte en sospechoso —le respondí con algo de agresividad en el tono de voz.

Los manifestantes caminaron un trecho en silencio y luego un grito colectivo alteró la calma de la mañana: Si no hay justicia, hay funa. Algunas de las personas que transitaban por las veredas se detuvieron a contemplar la columna y enseguida continuaron hacia sus destinos, impulsadas por el temor o el desinterés. La consigna volvió a estallar, acompañada por el machacón ruido de las cornetas.

—Conocí a Reyes durante la organización de una actividad similar a ésta —agregó el abogado y enseguida, alzando la voz, preguntó—: ¿Es cierto que tiene dudas respecto a la causa de su muerte?

—Desgraciadamente, todo lo que tengo son dudas. Por eso, lo más cuerdo es que deje de mirarme con recelo y me cuente lo que sabe sobre la muerte de Julio Suazo.

—¿Terán le habló de Suazo? —preguntó Cotapos, esbozando una sonrisa.

La columna se detuvo frente a un edificio que lucía vistosas enredaderas en sus balcones. Terán tomó el megáfono que le pasó una muchacha rubia y en un rápido discurso dijo que el edificio era administrado por Danilo del Monte, ex detective de la Policía de Investigaciones, responsable del tormento de presos políticos en el Estadio Nacional. Mientras hablaba, un par de manifestantes repartió panfletos entre los vecinos que se detenían a observar la manifestación. Otros pegaron afiches en los árboles y el resto gritaba el nombre del funado. La manifestación fue breve, y a su término se escuchó un nuevo grito: ¡Alerta, alerta vecino, al lado de su casa trabaja

un asesino! Los manifestantes rehicieron su camino, entregando panfletos a las personas con las que se cruzaban mientras regresaban a la plaza.

—¿Qué ganan con el barullo? —pregunté a Cotapos.

—Abrimos una pequeña puerta a la verdad.

—¿Cree que al común de la gente le interesa su verdad?

—Que mucha gente se encuentre engañada o confundida no es motivo para olvidarse de la justicia y el respeto a los derechos humanos. Aunque usted y yo fuéramos los únicos interesados, persistiría en mis empeños.

—¿Posee alguna pista que le permita llegar hasta los asesinos? —preguntó más tarde el abogado, cuando estábamos bebiendo el café que Terán se excusó de compartir, aduciendo que debía asistir a la evaluación de la funa que acababa de terminar.

—Tengo el pálpito de que no fue un asalto común. Los asesinos esperaron a Reyes y luego actuaron, fría y calculadamente. También he pensado en la existencia de algo turbio o ilegal dentro de la barraca. Reyes estaba al tanto de los ingresos y egresos que se producían. Quizás descubrió un negociado y eso no fue del agrado de los responsables.

—Sus pálpitos tienen sentido. Por mi parte, lo único que puedo decir es que la policía cerró el caso sin mayor trámite ni deseo de investigar.

—Tal vez no existían antecedentes para pensar en otra cosa que no fuera un asalto.

—Sin embargo, usted se ha dado el trabajo de pensar en otras cosas.

—Que por ahora no pasan de ser un tiro al aire —dije, y luego de beber mi café, añadí—: Es hora de que hablemos de Julio Suazo.

—Suazo era otro miembro del grupo. Fue atropellado por un auto a la salida del colegio donde trabajaba de mayordomo. Un testigo registró la patente y resultó que el vehículo pertenecía a un militar en retiro. No entraré en detalles porque entiendo que Terán le habló del asunto. Lo concreto es que a pesar de los antecedentes entregados a los tribunales, el juez a cargo del caso lo cerró sin mayor dilación.

—Suazo y Reyes pertenecían al grupo de Terán. Aparte de eso, ¿hay otro nexo entre ambos?

—Hasta ahora no había pensado en eso —dijo el abogado, y luego de encender un cigarrillo, agregó—: Los dos aparecen en el informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura.

—Eso no sirve de mucho —comenté, y después de una pausa, agregué—: Terán me contó que usted lleva causas relacionadas con las violaciones a los Derechos Humanos.

—Son casos en los que hemos podido identificar a los culpables y solicitado a los tribunales que realicen las investigaciones pertinentes. Interrogatorios a militares y otras personas que pueden aportar información. Sin embargo, todo es demasiado lento para mi gusto.

—¿En alguna de esas causas están involucrados Reyes y Suazo?

—No lo recuerdo. Coordinó a un equipo de varios abogados y por lo tanto no estoy informado de los detalles de cada causa. Generalmente atiendo las que están en etapa de alegatos en los tribunales. El desarrollo preliminar lo realizan mis colegas. Eso comprende el acopio de información sobre víctimas y victimarios.

—Me interesa saber si Suazo y Reyes son mencionados en algunas de esas causas —dije, intentando comprometer al abogado en la entrega de la información.

—¿En qué está pensando, Heredia?

—Supongamos que ambos eran testigos en una misma causa y que los inculcados, para evitar sus testimonios, decidieron sacarlos del camino.

—Está hilando muy fino pero no me extrañaría que anduviera por la senda correcta. Pese a lo que se dice en la prensa y en los discursos oficiales, la impunidad sigue vigente. Y no solo eso. A los pocos militares que han sido condenados los han enviado a penales con piscina, cancha de tenis, televisión por cable y otros privilegios que ya se los quisieran los reclusos por otro tipo de causas.

—¿Puede hacer la revisión que le acabo de mencionar?

—Demandará algunos días de trabajo.

Encendí un cigarrillo y miré por un instante a través de las ventanas del café. La gente pasaba por la calle, ajena a las inquietudes que rodeaban nuestra mesa.

—¿Suazo tenía familiares? —pregunté.

—Lo sobrevive una hija. La esposa murió hace tres años, de cáncer. Yolanda, la hija, trabaja en un taller de confecciones.

—Me gustaría conversar con ella.

—Le daré su número telefónico y también la llamaré para ponerla al tanto de sus intenciones. Es una mujer tímida y un tanto desconfiada.

—Eso será de mucha ayuda —dije, y luego de una pausa, agregué—: Parece que se esfumaron sus aprensiones hacia mi persona.

—Mi trabajo me obliga a ser desconfiado. Pero no se preocupe, usted pasó la prueba hace rato —dijo Cotapos y después de consultar su reloj, añadió—: Debo regresar a la casa y luego salir con mi mujer a la presentación de una típica de tango en el Teatro Oriente. Por la noche hablaré con Yolanda y el lunes pediré a mis colegas que revisen las causas que llevan en los tribunales.

La memoria, la incansable memoria seguía trabajando, agazapada por los rincones de la ciudad. La vida continuaba su curso, los diarios escribían con tinta fresca los hechos del presente, los jóvenes veían el pasado como una polilla disecada, pero había personas como Terán y Cotapos que no cejaban en horadar la piedra del olvido. Mi trabajo era semejante al de ellos. Hurgaba en la memoria de las personas o de la ciudad por la que caminaba como gato arrabalero. A veces tenía suerte y en otras ocasiones terminaba con la cola entre las piernas. La gente recordaba los momentos gratos y archivaba el dolor o los miedos, como una manera de sobrevivir y seguir creyendo en la ilusión de un futuro mejor. Sin embargo, y en eso poseía

experiencia, en ocasiones era imposible huir de los recuerdos y no existía otra opción que apretar los dientes hasta que la memoria dejaba de hacer su juego y era posible levantar la cabeza y mirar hacia adelante con la añosa esperanza anidada en los bolsillos.

Llegué a la calle Aillavilú cuando Anselmo bajaba la cortina metálica de su quiosco, con la intención de hacer una pausa en el trabajo y almorzar. El apetito arañó mis entrañas y después de recordar que en el departamento solo podía aspirar a comer una rebanada de pan duro y unos huevos, decidí acompañar a mi amigo.

—Hoy no le había visto ni la sombra, don. Se nota que tiene un buen caso entre manos. ¿Cómo le va con el asunto del cajero?

—Por ahora sigue siendo un muerto que desea conocer el rostro de sus asesinos.

—Ya se puso a hablar en difícil, don.

—Quiero decir que más o menos estoy en el mismo punto del comienzo.

—O sea que se ha dedicado a dar puros saltos y pedos.

Sonreí y seguí los pasos de Anselmo hacia el Touring. El restaurante estaba atestado de clientes y una de sus mesas divisé a Desiderio Hernández. Mi vecino parecía preocupado y observaba su plato de comida sin animarse a probarla. Pensé que podía hacer sonar una trompeta y él continuaría absorto en sus pensamientos.

—¿Conoce a ese tipo, don? —preguntó, Anselmo.

—Su departamento está en el mismo piso que el mío.

—Llegó al barrio hace cinco meses y al parecer es un tanto huraño.

—Me parece que es un tipo solitario.

Anselmo hizo un gesto para indicar que el sujeto le interesaba poco, y enseguida llamó a un mozo y le pidió el menú del día.

—Tengo un dato para las carreras de esta tarde —agregó una vez que el mozo nos sirvió dos rebosantes platos de tallarines—. Chico Paredes, es un caballo que viene de reaparecida y en su corral lo creen fijo. Debería dar un buen dividendo, siempre y cuando derrote a los favoritos Mosquito y Galleguillos.

—Espero que no te equivoques —le dije, al tiempo que volvía a mirar a Hernández, que seguía sin probar su plato de comida.

—Lo noto preocupado, don. ¿Qué pasa?

—Quisiera descubrir una pista para solucionar el caso en el que estoy trabajando.

—Paciencia, don. Donde menos se espera, salta la liebre. Y a propósito, ¿le he hablado de Micaela?

—No que recuerde. Necesitaría memoria de elefante para retener los nombres de todas las peucas que han pasado por tu vida.

—Lleva años trabajando en una de las tiendas del barrio y nunca me había fijado en ella. Ayer lo hice, y esta noche tenemos nuestra primera cita.

—No escarmientas, Anselmo. Llegarás al infierno con tres minas colgadas al cuello.

—Unos buscan la marmita al final del arco iris, y yo a la mujer de mis sueños.

—Hasta ahora solo has encontrado a las mujeres de tus peores pesadillas.

—Sumando y restando, no me puedo quejar. Además, ¿quién me quita lo comido y lo bailado?

Me despedí de Anselmo y en vez de subir al departamento, caminé hasta donde estaba estacionado mi auto. Esperé a que su motor se animara a funcionar y después de encender un cigarrillo, pisé suavemente el acelerador. El vehículo rugió como un tigre al que le acaban de interrumpir la siesta. Dio unos corcoveos y se deslizó sobre el asfalto con la gracia de una bailarina de cien kilos.

Quería conversar con Carvilio y saber si había obtenido algún resultado en sus pesquisas. No tuve suerte, porque al llegar a la barraca, el guardia que estaba junto a la puerta me contó que había terminado su jornada de trabajo y debía estar rumbo a su hogar. Al notar mi desilusión, el hombre me preguntó si buscaba a Carvilio por algún asunto urgente. Me pareció un tipo curioso y algo parlanchín. Le hablé de la muerte de Reyes y el guardia llevó instintivamente su mano derecha al cinturón del que colgaba una luma.

—No es la primera vez que intentan robar la barraca —dijo.

—¿Qué le hace pensar que fue un intento de robo?

—¿Qué otro motivo podría existir?

—¿Usted estaba en la barraca cuando ocurrió la balacera?

—No. Era mi día libre.

—Hay quienes piensan que el objetivo de los asesinos fue silenciar a Reyes. Que al interior de la barraca se han producido robos que el finado se disponía a denunciar.

—La gerencia de la barraca está en manos de uno de los hijos del dueño, y le aseguro que el muchacho es una fiera administrando las cuentas. No se le escapa un centavo.

—Alguien podría estar robando mercaderías.

—Nada ni nadie entra o sale de la barraca sin que se registre. Hasta los empleados debemos pasar por un control. No se puede robar ni una mísera tuerca. Y a usted, ¿por qué le interesa tanto el asunto? ¿Es policía?

—Tiene buen ojo, amigo —le dije y el guardia sonrió, satisfecho por el elogio.

—Pensaba que la policía ya había terminado con la investigación.

—A veces quedan migas que delatan al ratón goloso —dije, y para no alentar las preguntas del guardia, comencé a caminar hacia la salida.

Antes de abandonar la barraca, miré hacia donde estaba el guardia y vi que Atilio Montegón se acercaba a su lado. Una vez en la calle, caminé hacia el lugar donde había muerto Germán Reyes y por un instante traté de imaginar sus últimos minutos.

Llamé a Griseta a su trabajo y no pude hablar con ella. Estaba en una reunión fuera de la oficina y la secretaria que me atendió no supo decirme a qué hora regresaba. Consulté mi reloj y calculé que no volvería a la oficina hasta el día siguiente. La información que tenía sobre Germán Reyes se atropellaba dentro de mi cabeza y nada me hacía pensar en un motivo concreto para su muerte. Luego de recorrer el Paseo Ahumada, observando a la gente y a los vendedores ambulantes, entré al Café Haití. La clientela se apretujaba junto a los mesones y tuve que aguardar unos minutos antes de conseguir que me sirvieran un cortado. A la distancia, cerca de la entrada del café, reconocí a algunos de sus clientes habituales. El profesor jubilado que solo leía novelas de piratas, el tipo bajito y bastante deschavetado que pronunciaba un encendido discurso contra los tiras, un sujeto extraño que cuidaba con esmero la cabellera y el bigote que lo asemejaban a Hitler, dos o tres antiguas glorias del fútbol profesional y un hombre gordo, parecido a Orson Welles. La existencia estaba hecha de rutinas. Si entraba al café, a la misma hora y en cualquier día de la semana, veía casi siempre a las mismas personas, con sus máscaras y trajes de costumbre, interpretando el rol que le habían asignado en la gran representación de la vida.

Recordé los testimonios recopilados en el libro que me había dado Campbell y me pregunté si alguna de las personas que me rodeaban se había dado el trabajo de leerlo, o si para ellas había sido una noticia pasajera, desechable, como los resultados del fútbol o el pronóstico del tiempo en la televisión. Los horrores del pasado eran una moneda devaluada y después de algunas declaraciones de buen gusto de algunas autoridades y personeros políticos, el informe había ido a dar al cajón de los trastos inútiles. Los demás, los que bebían un café todas las mañanas, pagaban cuentas y cumplían horarios de oficina, seguían el ritmo impuesto por los medios de comunicación y preferían comentar el último episodio de la farándula y no preguntarse dónde estaban o qué hacían cuando la noche clausuraba las puertas de las cárceles clandestinas, o el muchacho de la esquina era subido a la fuerza a un auto que lo trasladaba hacia un pasaje que las más de las veces era sin salida. Culpas, olvidos, miedo, complicidad, indiferencia. El horror convertido en un par de frases ambiguas en los manuales de Historia. Bebí el café y caminé por los alrededores hasta que me vi en medio del corazón de la noche. Reconocí mi rostro en el espejo de una vidriera y me pregunté por el sentido de mi trabajo. Tenía una larga lista de casos resueltos, y si bien ellos no me habían servido para tener una abultada cuenta corriente, me permitían sentir el discreto orgullo del hombre que regresa a su casa con la satisfacción del trabajo cumplido.

Me senté en un escaño de la calle Estado y aspiré el aire nocturno de la ciudad que amaba. Pensé en alguna melodía de Piazzolla y en una película de Win Wenders en la que Dashiell Hammett tecleaba su máquina de escribir a la luz de una

ampolleta. Miré a la gente que pasaba por mi lado y me dije que toda persona contenía en sí misma la promesa de una historia digna de contar. Un anciano se acercó a mi lado y me pidió unas monedas para pagar la hospedería donde arrojaba sus huesos cada anoche. Busqué en mi chaqueta y le pasé un arrugado billete de dos mil pesos. Me observó, asombrado, y cuando se convenció que el billete era tan real como la luna que nos iluminaba, siguió su camino en dirección al sur. Imité sus pasos y no me detuve hasta llegar a mi oficina. Simenon se enroscó entre mis piernas y lo tomé en brazos. Me acerqué hasta la ventana que daba al río Mapocho. Por un momento pensé en el anciano y lo imaginé arrastrando sus pasos con la fugaz alegría de tener un techo donde dormir esa noche.

—Es hora de bajar la cortina del boliche —dije a Simenon, sintiendo que el cansancio cerraba mis párpados con su insolencia de costumbre.

El gato bostezó, indiferente a mis preocupaciones.

—¿Qué lado de la cama prefieres?

—Me da igual —respondió Simenon—. Puedo dormir incluso arriba de una cornisa.

Una hora más tarde desperté con los golpes imperiosos que alguien daba en la puerta de la oficina. Me puse el albornoz que años atrás me había regalado un pugilista argentino, al que conocí en Punta Arenas, y medio adormilado abrí la puerta y quedé frente al rostro fantasmal del comisario Bernales. No lo veía desde a lo menos dos años. Había envejecido. Lucía una calva incipiente y a simple vista parecía haber engordado diez kilos. Su mirada conservaba la pesadumbre de antaño y me bastó ver su sonrisa para saber que nada bueno lo había impulsado a visitarme en mitad de la noche. No éramos amigos, pero en el pasado habíamos compartido tres o cuatro pesquisas que le habían valido ascender en su carrera policial.

—¿El sueldo en la policía no te alcanza para comprar un reloj? —le pregunté.

—Tu oficina conserva el mismo olor a cloaca que recordaba —dijo Bernales.

—Seguro. He dejado entrar a muchas visitas inesperadas.

—Siempre el mismo impertinente.

—La última vez que nos vimos, engordabas tu trasero en una oficina.

—Me aburrí del papeleo y pedí traslado a la Brigada de Homicidios.

—¿Homicidios?

—La muerte es una señora vigorosa.

—Intuyo que no has venido a filosofar sobre la muerte —le dije, encendiendo un cigarrillo que me hizo toser.

—Carvilio. ¿Te dice algo ese apellido?

—¿Debería?

—Tu tarjeta de visitas estaba en la chaqueta del finado. Pensé dejarla al alcance de mis hombres, pero recordé los favores que te adeudo y decidí evitarte un mal rato. Pese a tus insolencias, te tengo aprecio.

—¿Carvilio está muerto?

—Todo lo muerto que puede estar un tipo que cae desde un edificio de veinte pisos. ¿Qué hacía tu tarjeta en poder del muerto?

—Lo conocí mientras investigaba el posible asesinato de alguien que trabajaba con él. Carvilio había sido carabinero y me ofreció ayuda. Le di mi tarjeta para que me llamara si averiguaba algo de interés.

—Tu cuento es demasiado simple, Heredia. Haz un esfuerzo y recuerda los detalles.

—Germán Reyes —agregué, y no dejé de hablar hasta que puse al tanto a Bernales de lo sucedido con el cajero de la barraca. También mencioné las dudas que tenía Virginia Reyes y mis contactos con Terán.

Bernales dio unos pasos alrededor del escritorio y luego se detuvo junto a la ventana. De su chaqueta sacó un chicle y se lo llevó a la boca después de quitarle el envoltorio.

—¿Has logrado averiguar algo acerca de los asesinos? —preguntó.

—Tengo dos ideas respecto a la causa del asesinato y ninguna me convence.

—¿Te fue de utilidad la ayuda de Carvilio?

—Hizo preguntas en el barrio donde está ubicada la barraca y no sacó mucho en limpio.

—Mala cosa, Heredia.

—Y ahora está muerto. ¿Asesinato, accidente o suicidio?

—Los antecedentes hacen pensar en un accidente. Vivía en uno de esos edificios nuevos que tienen piscina en el último nivel. Carvilio gustaba de nadar al regreso de su trabajo. Subió a la piscina, nadó media hora y al parecer, una vez que salió del agua, se acercó a la baranda que rodea la pileta, perdió el equilibrio y cayó al vacío. No hay testigos, y si los hay, no quieren hablar por temor a meterse en un embrollo.

—Primero Reyes y ahora, Carvilio. Demasiadas muertes en tan poco tiempo. Me gustaría tener la certeza de que el guardia murió accidentalmente. De no ser así, debería pensar que se encargaron de hacerlo volar. Daré una vuelta por el edificio.

—No te entrometas en mi trabajo, Heredia.

—Un par de miradas y algunas preguntas.

—No gano nada con prohibírtelo —dijo Bernales y acompañó sus palabras con una sonrisa nerviosa—. Promete que me tendrás al tanto de lo que indagues.

—Cuenta con ello —afirmé y enseguida, indicando el pasillo que conducía al dormitorio, agregué—. Si no tienes más preguntas, me gustaría volver a la cama.

—Te envidio —añadió Bernales mientras caminaba hacia la puerta—. Debo recorrer medio Santiago para llegar a mi casa.

—Cada cual con su drama. En mi caso, lo más probable es que no cierre los ojos en el resto de la noche.

—Una última cosa, Heredia. ¿Recuerdas a mi atractiva colega Doris Fabra?

—No es fácil de olvidar. Tiempo atrás investigamos el asesinato de un funcionario público. ¿Qué pasa con ella?

—La semana pasada viajé a Temuco y tuve algunas reuniones con ella. Te envió saludos. Parece que tú y ella hicieron buenas migas en otra época.

El edificio donde había vivido Carvilio estaba próximo al Parque de Los Reyes, en un sector de arboledas y calles recién pavimentadas, en el que se multiplicaban las construcciones en altura y los lienzos que anunciaban las ofertas inmobiliarias que iban transformando uno de los rostros de la ciudad. Presioné el citófono en el número correspondiente al departamento de Carvilio y al rato oí la voz temblorosa de una mujer que dijo ser la viuda del guardia. Le dije que era de la policía y enseguida le expliqué el motivo de mi visita. La mujer escuchó en silencio y luego de una pausa hizo funcionar el cerrojo eléctrico.

Era una mujer delgada y de baja estatura. Su cabellera larga y oscura caía sobre sus hombros, y sus ojos llorosos delataban la tristeza en la que estaba sumida.

—Me encontró de casualidad —dijo después de ofrecerme una taza de té que rechacé—. Vine a descansar un momento. Mis hijos se quedaron con su padre, en la parroquia.

—Conocí a su esposo y de verdad siento lo sucedido.

—Es tan absurdo. Él usaba la piscina casi a diario desde que nos cambiamos a este departamento, hace seis meses. No sé en que estaba pensando cuando se acercó al borde del edificio. Mi esposo era cuidadoso con todo lo que podía llegar a provocar accidentes. Las llaves del agua, el encendido del calefón, la mantención de su vehículo. Hasta cerró el balcón del departamento.

—Disculpe las preguntas, pero necesito despejar mis dudas —dije, interrumpiendo a la mujer—. ¿Usted y su marido se llevaban bien? ¿Tenían problemas económicos?

—Nunca tuvimos una discusión que pasara más allá de algún asunto doméstico. Y en cuanto al dinero, con su trabajo y el mío teníamos lo necesario para vivir sin sobresaltos. Siempre fuimos austeros. Compramos el departamento con nuestros ahorros y la herencia que me dejó una tía.

—¿Tenía tendencia a deprimirse? ¿Bebía más de la cuenta? ¿Consumía drogas?

—Si usted está pensando que mi esposo se suicidó, está muy equivocado. Él jamás habría adoptado una decisión de ese tipo y tampoco consumía drogas ni licores.

—Discúlpeme de nuevo, pero no me calza que su marido sufriera un accidente —dije, y luego de ponerme de pie y acercarme a la salida del departamento, agregué—: Tal vez su esposo tenía algún enemigo; alguien que deseara hacerle mal.

—¿Insinúa que mi esposo fue asesinado? —preguntó la mujer, al tiempo que movía la cabeza como queriendo decir que hasta mi pregunta le parecía algo absurdo, fuera de lugar.

—Mi trabajo me obliga a pensar en todas las posibles causas que pudieron motivar la muerte de su esposo.

—Imposible, eso es imposible. La idea de un asesinato no cabe ni en mis más

sombrías pesadillas.

—Es probable que sea como usted dice, señora. No deje que mis preguntas la inquieten más de la cuenta. Tengo la mala costumbre de querer ver bajo el agua.

—Debo volver a la iglesia —dijo la mujer, con la intención de dar por concluida nuestra conversación.

—Gracias por su tiempo, señora. Quisiera, si ello es posible y a usted no le incomoda, dar un vistazo a la terraza del edificio.

—Llamaré al conserje y le pediré que lo autorice a entrar.

El conserje, un hombre esmirriado y ojoso, no hizo el menor esfuerzo por moverse de la silla que ocupaba tras el mesón de recepción. Se limitó a mirarme de pie a cabeza, y enseguida indicó los ascensores que comunicaban con las distintas plantas del edificio. La piscina estaba en medio de una terraza de pisos embaldosados. En uno de los costados había una especie de pérgola que supuse serviría para que los bañistas se protegieran del sol, y tras ésta, un toldo de lona que cubría un mesón de madera y una gigantesca parrilla para asados. El acceso a los bordes de la terraza estaba limitado por una reja alta que se cruzaba usando una puerta con pestillo. En el horizonte estaba el vacío y los techos de las casas del vecindario. El sol caía con fuerza sobre la piscina y por un instante tuve el deseo de sacarme la ropa y zambullirme. Todo estaba ordenado y limpio. Caminé hasta la puerta de la reja y pasé al territorio prohibido. Desde el borde de la terraza miré hacia la calle y sentí que el vértigo cosquilleaba en mi estómago. Me bastaba dar un paso para seguir la ruta de Carvilio. Experimenté la atracción del vacío y mis piernas se pusieron rígidas.

—Tenga cuidado —oí que gritaba alguien a mis espaldas.

Retrocedí y vi a un hombre joven que portaba una bolsa de tierra para plantas y algunas herramientas de jardinería.

—No debería estar en esa parte de la terraza —agregó el hombre, mientras se acercaba a una de las macetas que bordeaban la piscina.

Volví a cruzar por la puerta enrejada y me acerqué al jardinero.

—Soy policía y examino el lugar donde ocurrió el accidente del que usted debe estar al tanto.

—No se habla de otra cosa en el edificio —comentó el hombre.

—¿Conocía al señor Carvilio?

—Solía verlo cuando él subía a nadar.

—¿Lo vio ayer?

—Nos cruzamos en el ascensor. Él venía subiendo y yo iba a buscar unos almácigos que había guardado en el jardín del primer piso. Nos saludamos y eso fue todo. Me demoré unos treinta minutos en alistar los almácigos y cuando me disponía a subir de nuevo, oí los gritos del conserje.

—¿No vio a ningún extraño cuando bajó en el ascensor?

—A nadie.

—¿Alguien pudo subir sin que usted se diera cuenta?

El jardinero me observó de reojo y guardó silencio.

—Todo lo que usted diga quedará entre nosotros —le dije para aplacar su repentina desconfianza.

—El conserje es algo descuidado. Generalmente permite la entrada de vendedores y otros desconocidos sin preocuparse de preguntar a qué departamento van. A veces baja a la bodega a pegarse unos copetes y deja la puerta abierta. El administrador del edificio lo ha reprendido muchas veces y al tipo no le entran balas. No me explico como no lo han despedido. Debe haber cientos de personas más capaces que él para ocupar el puesto de conserje.

—Eso quiere decir que algún desconocido pudo entrar sin que nadie lo viera.

—Correcto. Y tampoco olvide que hay dos ascensores.

—Después de la caída, ¿usted volvió a subir?

—La policía no me dejó entrar al sector de la piscina. Me hicieron preguntas parecidas a las suyas y luego me ordenaron volver al primer piso.

—¿Qué piensa de lo sucedido?

—Una desgracia, ¿qué más?

—¿Alguna vez vio a Carvilio fuera de la reja de protección?

—Nunca.

—Me llama la atención que sea tan fácil abrir la puerta de la reja.

—Hace tres semanas se rompió el candado. El administrador quedó en comprar otro y aún no lo hace.

—Mala suerte para Carvilio.

—Así es la vida. Al que le toca, le toca —filosofó el jardinero, y al tiempo que miraba hacia el sol, añadió—. Si no tiene más consultas, voy a continuar con mi trabajo.

Aproveché mi paso por la recepción para preguntar al conserje dónde había estado unos minutos antes de la caída de Carvilio. El tipo palideció por unos segundos y después, de manera displicente, dijo que estaba en el subterráneo, limpiando la sala donde se guardaban los contenedores de basura. Tal vez era verdad o tal vez una mentira para ocultar su viaje a la botella clandestina, pero para los efectos de lo que deseaba averiguar me daba lo mismo. El conserje había abandonado su puesto y descuidado la vigilancia.

Salí de la conserjería y crucé la calle. Por unos minutos observé el edificio y tuve la impresión de estar frente a una bestia antediluviana que de un momento a otro podría desplazarse. Busqué en mi chaqueta la cajetilla de cigarrillos y la encontré vacía. Miré a mí alrededor y me di cuenta que no había ningún quiosco ni almacén a la vista. Maldije en silencio, hasta que a la entrada del estacionamiento existente frente al edificio, vi a un hombre sentado junto a una caja de cartón que utilizaba para exhibir un surtido de dulces, paquetes de galletas y papas fritas. Supuse que también vendería cigarrillos y me acerqué al improvisado mesón. Era viejo y delgado. Vestía

una sucia chaqueta que le colgaba de los hombros y unos pantalones negros, tan arrugados como la piel de su rostro.

—¿Tiene cigarrillos? —le pregunté.

—¿Belmont o Derby? —preguntó con voz áspera—. Los vendo sueltos.

—Derby.

—Cien pesos —dijo, mientras sacaba un cigarrillo de la cajetilla que tenía en exhibición.

Busqué una moneda en mi chaqueta y se la pasé.

—¿Cómo marcha el negocio? —le pregunté al tiempo que encendía el cigarrillo.

—Con lo que vendo, más las monedas que me dan por cuidar o lavar los autos, tengo para comer y mantener mi rancho. Por las mañanas pasan los estudiantes, y por las tardes los obreros de las construcciones vecinas.

—¿Todos los días está en este lugar?

—Mañana y tarde.

—Quiere decir que se enteró de lo sucedido ayer en el edificio.

—Me enteré y lo vi.

—¿Qué vio exactamente? —pregunté con excesiva ansiedad.

—¿Cuál es su interés en el asunto? —preguntó, receloso.

—Soy periodista y preparo una crónica sobre el accidente.

—Si usted va a ganar dinero con lo que escriba, es justo que yo reciba algunas monedas, ¿no le parece?

Saqué de mi chaqueta un billete de dos mil pesos y se lo pasé al vendedor.

—Mejore la puntería, gancho. ¿O le pagan muy poco en su diario?

Dejé dos billetes más en las manos del hombre y éste los guardó en su pantalón.

—Escriba lo que quiera, pero no me mencione.

—Le aseguro que no escribiré ni media línea sobre usted.

—Fue todo muy rápido. El hombre se asomó al borde del edificio y se vino de punta. Ni siquiera lo oí gritar y por un par de metros que no cae encima de la camioneta que me había encargado lavar un señor que vive en el mismo edificio del finado.

—¿Eso es todo? No vio a nadie más en la terraza.

—A nadie, pero ahora que usted lo pregunta, un rato después de la caída, miré hacia la entrada del edificio y me pareció ver a un tipo que salía a la carrera.

—¿Está seguro de lo que dice? ¿Pudo verlo bien?

—Tengo buena vista, pero no tanto como para verlo con claridad. Solo puedo decir que el hombre tenía cabellos blancos.

—¿Canosos?

—Blancos, como motas de algodón.

—Pudo ser otro residente del edificio.

—Conozco a la gallada que vive en el edificio y no hay nadie que tenga esa clase de cabellos.

—¿Lo volvió a ver más tarde?

—¿Qué iba a ver? Se armó la zafacoca y se llenó la calle de gente. Curiosos, vecinos, tiras y pacos. No sé de dónde salió tanto cristiano.

—¿Habló con los tiras o los pacos?

—¿De qué se supone que debía hablar con ellos?

—Del hombre de la cabellera blanca.

—Ni que me fallara un perno en la cabeza. No quiero líos y además, ¿usted cree que me iban a prestar atención?

—Yo lo estoy escuchando.

—Usted es distinto. Usted quiere escribir sobre lo sucedido. Seguro que trabaja en uno de esos diarios sensacionalistas que ponen minas piluchas en las portadas.

—¿Pensó en que el hombre de los cabellos blancos pudo empujar a la víctima?

—Yo solo pienso en mis ventas y en los autos que debo cuidar.

—¿Conocía al muerto?

—A veces lo veía pasar. Nunca cruzamos ni media palabra.

—¿Qué dicen los vecinos de él?

—Que era buena gente y trabajaba en una barraca.

—¿Y de su muerte?

—Algunos dicen que andaba buscando una toalla, otros piensan que fue de pura imprudencia, y no faltan los que creen que el finado se lanzó a volar por iniciativa propia.

—¿Y usted qué cree?

—Yo no creo nada. Solo pienso en mis ventas...

—Eso ya me lo dijo hace un instante —interrumpí.

—Entonces no tenemos de qué hablar —dijo el hombre, alejándose unos pasos.

—Véndame dos Derby para el camino.

—Sáquelos no más. Corren por cuenta de la casa.

—Gracias.

—No me dé las gracias. Le estoy ayudando a joder sus pulmones.

—Un sujeto de cabellos blancos. ¿Qué me dices? —pregunté a Simenon, mientras lo veía recostarse sobre la cubierta del escritorio.

—El culpable debe ser el conserje.

—El edificio donde vivía Carvilio tiene un conserje y un jardinero. Ninguno de los dos tiene los cabellos blancos.

—¿Y el encargado de la administración del edificio?

—No sé si tenga los cabellos blancos. No lo vi durante mi visita.

—De todos modos, yo no descuidaría al conserje.

—¡Con los años te has puesto más porfiado que una mula!

—Yo lo llamo sabiduría.

Pensé en decir algo más, pero el timbre del teléfono me obligó a cambiar de idea.

Tomé el fono y de inmediato reconocí la voz de Bernales.

—¿Tienes algo que contar? —preguntó.

—Nada.

—No intentes engañarme. Fui al velorio de Carvilio y su esposa me contó que habías estado en su departamento haciéndote pasar por policía. Nunca vas a cambiar, Heredia.

Me pregunté si debía mentir a Bernales, y me respondí que no. Le hablé del hombre de los cabellos blancos y al hacerlo tuve la impresión de que daba un brinco al otro lado de la línea, como si de pronto alguien lo hubiera conectado a la corriente eléctrica.

—¿Por qué se nos pasan esos detalles? —preguntó, enojado consigo mismo.

—Tal vez porque tienen la paga segura o están pensando en cerrar rápidamente el caso para incrementar las estadísticas de productividad.

—¿De dónde sacaste eso del hombre canoso? —preguntó Bernales, obviando mi comentario.

—Prometí mencionar el milagro y no al santo.

—Creo que el asunto de los cabellos blancos es algo que acabas de inventar. Dime la verdad, ¿qué averiguaste en tu paseo por el edificio?

—Te digo la verdad y no me crees. ¿Se te ablandaron los sesos durante el tiempo que pasaste frente a un escritorio?

—¿Qué averiguaste?

—El conserje empujó a Carvilio.

—Tonterías. No intentes meterme el dedo en la boca, Heredia.

—Simenon desconfía del conserje.

—¿Tu gato?

—A falta de una buena pista, buenos son los consejos de los gatos.

—No jodas, Heredia. ¿Qué averiguaste en el edificio?

—Cabellos blancos. Blancos como los polvos de hornear que usa tu esposa para preparar los queques que te tienen panzón.

Bernales cortó la llamada y me dejó con el fono en las manos.

—Trato de ser sincero y el cabrón no me cree.

—No hay nada peor que una mala reputación, Heredia.

—Deja las clases de ética para otra ocasión, gato metiche.

Aproveché que tenía el teléfono en las manos y llamé a Griseta para preguntarle si nos veríamos por la noche. No tuve suerte. Estaba cansada y al día siguiente debía entregar uno de sus interminables informes sobre las personas que atendía en su trabajo. Me dijo que me amaba y tuve que conformarme con un beso que corrió desganado a través de la línea telefónica. Después le dije adiós y sin pensarlo dos veces, salí de la oficina con la intención de comer un chacarero. Al salir al pasillo me crucé con Desiderio Hernández. Venía cabizbajo y no respondió a mi saludo. Entré al ascensor rápidamente y me olvidé de la melancolía de mi vecino. Tenía apetito y una

solitaria noche por delante.

A la mañana siguiente desperté con el alboroto provocado por Simenon al tratar de cazar una polilla gigantesca. El gato corría de un lado a otro, brincaba sobre la cama y a ratos, cuando la polilla se aquietaba en un rincón, la miraba con la expresión de un tigre sediento de sangre. Decidí ir en su ayuda. Tomé la camisa que colgaba de uno de los respaldos de la cama y descargué un golpe certero sobre la polilla. Simenon la vio caer atontada al suelo y corrió a zarandearla con sus garras.

—No fue un trato justo para la polilla, pero me parte el corazón ver a un gato gordo dando brincos de adolescente.

Simenon me propinó una severa mirada de tres segundos y luego comenzó a masticar a su víctima con especial entusiasmo.

—No hay nada que se iguale a un poco de comida fresca. ¿O me equivoco, Simenon?

Me puse los pantalones y miré el reloj ubicado sobre el velador. Acababan de dar las siete de la mañana y por la ventana el cielo se veía gris y deslavado.

—Me parece bien que hayas aprendido a no hablar con la boca llena —le dije a Simenon, que seguía ocupado con su merienda.

Fui a la cocina y preparé café. Freí el huevo que sobrevivía en el refrigerador y tosté los restos de una marraqueta que tenía el aspecto de haber sido sacada de un sarcófago. Después sintonicé las noticias de la radio y presté una desganada atención al desayuno.

—Debí quedarme con la polilla —me dije, al tiempo que observaba el triste aspecto del huevo frito.

Probé el café y su sabor me hizo recordar el jarabe para la tos que me obligaban a tomar en el orfanato donde había pasado gran parte de la infancia.

«Con una demostración de buen fútbol, Magallanes derrotó por cuatro a cero a San Antonio Unido, en partido jugado en el Estadio Santa Laura» —escuché decir al locutor de la radio.

—Una buena noticia para empezar el día —comenté en voz alta.

—¿Piensas pasar todo el día contemplando ese huevo?

Simenon se había subido al escritorio y se acercaba peligrosamente a la paila.

—También debo llamar por teléfono y realizar una visita que tengo pendiente.

—¿A la viuda de Carvilio?

—A la hija de Julio Suazo.

—¿No te parece que son muchas las muertes que tienes en la cabeza?

Quedé en pasar a buscar a Yolanda Suazo a su trabajo y de ahí dirigimos al lugar donde ella deseaba hablar de su padre. El abogado Cotapos la había puesto al tanto de mi investigación, y eso había allanado el camino hacia su alicaída confianza en los extraños. Yolanda trabajaba en una oscura galería que daba a la avenida Providencia, en la que sobrevivían una serie de negocios dedicados al enmarcado de cuadros,

revelados fotográficos, impresión de diplomas y tarjetas, contabilidades y servicios de remendados y costuras. En uno de estos últimos trabajaba la hija de Suazo. Era una mujer de unos cuarenta y cinco años, de mediana estatura y con los hombros caídos. Sus cabellos lucían apagados y sus ojos desaparecían bajo los gruesos cristales de las gafas que sostenía sobre su nariz. Trabajaba dentro de un reducido espacio en el que apenas cabían dos máquinas de coser y una mesa cubierta de pantalones y vestidos en espera de compostura. Tenía una sonrisa desgana que apenas esbozó cuando me presenté.

—¿A qué le teme? —le pregunté al ver que estaba pendiente de las dos personas que ocupaban un local de costuras ubicado frente al suyo.

—A la señora Pérez, mi jefa. No le gusta que perdamos el tiempo conversando.

—Las galeras dejaron de navegar hace siglos.

—Tampoco le agrada oír hablar de lo que vivió mi padre. Ella era contraria al gobierno de Allende y piensa que sus partidarios se merecían lo que les tocó vivir después del golpe militar. Incluso, hasta hace poco, pensaba que las historias de los detenidos desaparecidos eran invenciones de los comunistas para desprestigiar a los militares —dijo Yolanda Suazo, y una vez que terminó de coser un botón a la chaqueta que tenía sobre sus piernas, agregó—: Pedí la tarde libre. Espéreme a la salida de la galería.

—Los dinosaurios y las momias no son personajes del pasado —dije—. Guardan silencio y siguen añorando al general que les permitió maltratar a los rotos.

—¿Por qué me pidió que viniera en auto? —le pregunté más tarde, cuando ella estuvo de nuevo a mi lado—. ¿Adónde quiere que vayamos a conversar?

—Al lugar que considero más apropiado para hablar de mi padre y sus hermanos.

—¿Por qué tanto misterio, Yolanda?

—Buena parte de mi infancia la pasé ocultando la historia de mi familia. No podía hablar de lo que había pasado con mi padre ni comentar lo que se hablaba en las conversaciones familiares. Mi madre sospechaba de los desconocidos y nunca me dejó llevar amigas a la casa. Una vez, en el colegio, la profesora de historia preguntó si alguna de las alumnas tenía un padre que había sido partidario de la Unidad Popular. Levanté la mano y la profesora marcó con tiza mi frente y me obligó a estar toda una mañana en un rincón de la sala. Sé que la situación ha cambiado, pero no puedo evitar sentir miedo. Soy la hija de un paria y aún siento la marca que me impuso la profesora en la frente.

—Ahora entiendo su conducta de hace un rato atrás.

—¿Conoce Villa Grimaldi? —preguntó la mujer, sin considerar mi comentario.

Llegamos frente a un grueso portón de madera, adosado a unos muros de adobes pintados de rojo. Cerca del portón había otro más pequeño, a través del cual se podía ingresar a un amplio parque enrejado, con construcciones y árboles en su interior. Caminamos hasta una casa en la que funcionaba la oficina de recepción. Yolanda me

pidió que esperara un momento y entró a la oficina a conversar con un hombre que vestía una llamativa camisa amarilla. Mientras aguardaba, tomé un folleto que alguien había arrojado a los pies de la puerta. Lo abrí y leí un párrafo al azar. «Desde 1862 el fundo Peñalolén perteneció a la familia de don José Arrieta, restituyéndose su tradición cultural, con reuniones de música y literatura que se prolongaron hasta la década de 1940 cuando fue vendida la parte que ocupa el actual Parque Villa Grimaldi a don Eduardo Vasallo quien transformó la casa en restaurante y lugar de reunión de políticos, intelectuales y artistas. A fines de 1973, el señor Vasallo fue obligado a entregar la propiedad a la Dirección Nacional de Inteligencia, DINA, que lo inauguró como centro secreto de detención, tortura y exterminio en diciembre de ese año. Se calcula en cerca de 4.500 el número de personas ahí detenidas y torturadas, y la información oficial disponible, permite conocer un listado de 226 asesinadas o desaparecidas desde este lugar». Dejé de leer. El silencio del lugar me sobrecogía. Un leve temblor recorrió mi espalda y por un segundo creí escuchar que alguien gritaba desde uno de los rincones apartados del parque. Di unos pasos y luego, más decidido, me alejé de la casa y llegué hasta donde se exhibía una maqueta de lo que había sido uno de los principales centros de tormentos durante la dictadura militar. La torre de los colgamientos; el estacionamiento donde eran atropellados los prisioneros, las reducidas celdas para recluir a los detenidos entre un interrogatorio y otro, el gigantesco ombú, testigo de los dolores y asesinatos; y la piscina en la que eran sumergidas las víctimas que se obstinaban en guardar silencio. El horror, el incombustible horror, me dije mientras me acercaba al muro de piedra en el que estaban grabados los nombres de los prisioneros asesinados.

—Dos de mis tíos están en esa lista —dijo Yolanda a mi espalda—. Ambos fueron asesinados en este lugar y jamás hemos podido encontrar sus restos. Mi padre tuvo mejor suerte, aunque debió seguir viviendo con el miedo del sobreviviente.

—¿Cómo logró salir con vida de este lugar?

—Fue reconocido por otros presos y uno de ellos, que logró salir en libertad a los pocos días del secuestro de mi padre, entregó su nombre a una organización religiosa que hizo pública la detención y presentó un recurso de amparo.

—¿Su padre mencionó alguna vez los nombres de sus torturadores? ¿O de los responsables de la muerte de sus hermanos?

—Nunca quiso hablar sobre el tema. Salvo en el último tiempo, cuando a través del abogado Cotapos presentaron una demanda en los tribunales. Al parecer alguien había reconocido y ubicado a uno de los responsables. Antes de morir mi padre preparaba el documento que usaría para dar su testimonio definitivo.

—¿Dónde quedó ese documento?

—Tengo la impresión de que nunca lo terminó y que debería estar entre los objetos personales que dejó al morir. Hasta ahora, y a pesar del tiempo transcurrido, no he querido ordenarlas. Me limité a colocarlas en una caja y dejarlas en la bodega.

—Creo que llegó el momento de abrir esas cajas.

—¿Cuál es su interés en el asunto?

—Se lo expliqué hace un rato. Busco a los que asesinaron a un amigo de su padre.

—¿Usted piensa que la muerte de mi padre no fue accidental?

—Por ahora solo intento encontrar un punto de orientación.

—Si usted cree que es importante, revisaré las cajas —dijo la mujer y luego caminó hacia el ombú que exponía sus raíces al sol.

Imité sus pasos y al llegar junto al árbol le ofrecí un cigarrillo que ella sostuvo entre sus dedos temblorosos. Le di fuego con mi encendedor y ella se sentó en una de las raíces del árbol, tan gruesa como cualquiera de sus ramas.

—A menudo vengo a este lugar. No sé si hago bien y la verdad es que no me importa demasiado. Mientras yo siga en pie, las historias de mis tíos y de mi padre, tendrán algún sentido. No sé qué pase después. La sociedad en la que vivimos no permite ser muy optimista respecto al futuro. El tiempo todo lo traga, y ellos, como tantos otros, serán olvidados. Solo serán nombres grabados en una piedra.

Dejé a Yolanda Suazo frente a la estación Salvador del Metro y seguí mi camino por Providencia, en dirección al Parque Forestal. La tarde estaba cálida y por un momento tuve la tentación de estacionar el auto y caminar por los senderos del parque, cubiertos de maicillo y hojas secas. El parque me traía recuerdos de mi época de estudiante universitario. Tiempo de cabellos largos, de amores que imaginaba eternos y rebeldías que podían costar la vida. Después de esperar diez minutos a que se desocupara un espacio, estacioné en la calle Aillavilú y me dirigí al departamento. En la entrada encontré a Feliz Domingo, encerando con esmero las baldosas del suelo. Dejó de trabajar cuando me vio llegar y se acercó presuroso hasta los casilleros donde se guardaba la correspondencia. Me entregó un par de sobres y noté cierta desilusión en su mirada cuando me vio guardarlos en la chaqueta, sin interesarme mayormente en sus contenidos.

—Tal vez contengan noticias importantes —dijo.

—No se preocupe, Feliz Domingo. Mi olfato rara vez me engaña y huelo que esos sobres no contienen otra cosa que promociones comerciales. Y hasta donde sé, y salvo que en mi ausencia hayan entrado los cacos, en mi departamento tengo todo lo que necesito.

—Don Anselmo vino a verlo dos o tres veces. Me encargó decirle que pasara por el quiosco. Parece que le tiene un recado importante.

—Seguramente se trata de unos buenos datos para las carreras del domingo.

—¿Usted gusta de apostar a los caballos? —preguntó Feliz Domingo con un tono de reproche en su voz.

—Me gusta apostar y me agrada el espectáculo de las bestias corriendo hacia el ojo mágico. Nada se compara al baile desenfrenado de los nervios cuando se observa una llegada que se define por una cabeza o por ventaja perceptible. Me gusta contemplar el arco iris de las casaquillas y escuchar los gritos de los apostadores en las tribunas. Es algo más que un juego; es una lección de vida. Las esperanzas se consumen en unos pocos segundos, y gane o pierda, el apostador sabe que la alegría o la frustración son sentimientos pasajeros. Una vez sentenciada la carrera, de inmediato nace otro desafío y otra oportunidad de triunfar.

—Lamento decirle que no comparto sus palabras. Desde niño mi madre me enseñó que las carreras de caballos son un vicio del que hay que apartarse.

—Demonios, Feliz Domingo, no es posible que hables en serio.

—No debería blasfemar, señor Heredia. Y recuerde que mi nombre es con equis.

—Bien dicen que cada hombre carga su cruz.

—¿Qué quiere decir con eso, señor?

—Que es mejor que vaya a ver a mi amigo.

Anselmo estaba leyendo una revista de temas científicos. Parecía concentrado y

apenas asomé mi cabeza por la ventanilla del quiosco, dejó de leer y me saludó con el entusiasmo de costumbre.

—Uno nunca deja de sorprenderse, don —dijo—. ¿Sabe que la Tierra experimenta un alza en su calentamiento? El planeta absorbe más energía solar que la que consigue emitir hacia el espacio y la altura de los océanos ha crecido una media de tres a cuatro centímetros por década. ¿No le parece preocupante, don?

—Tanto como la tendencia al suicidio de las cucarachas.

—Terminaremos con el agua hasta el cogote.

—¿Y acaso no estamos ya con el agua hasta el cogote? Estrés, deudas, malos sueldos, cesantía y un par de plagas más. ¿Te parece poco?

—No embrome, estoy hablando del agua que inundará la tierra.

—Cuando eso ocurra, hace rato que estaremos convertidos en un montoncito de polvo y huesos.

—Usted no piensa en el futuro, don.

—No hago más que preocuparme del futuro. Sin ir más lejos, ¿tenemos algún caballo con opción para las carreras del próximo sábado?

—Varios, pero no es de eso de lo que quería hablarle.

—¿Piensas seguir con el tema del recalentamiento solar?

—Quería saber si le dio a alguien el número de mi celular.

—Lo hice, pero dudo que esa persona esté en condiciones de llamar —le dije a Anselmo y enseguida lo puse al tanto de la muerte de Carvilio.

—Mala cosa, don. Parece que el finado trató de comunicarse con usted antes de ponerse a jugar al volantín.

—¿A qué te refieres, Anselmo?

—Véalo usted mismo —agregó Anselmo, al tiempo que tomaba su celular y me mostraba la pantalla del aparato—. El muertito le mandó un mensaje de texto.

«Montegón, detec, buln, Peña», leí en la pantalla del celular.

—No entiendo. ¿Está escrito en clave?

—Deduzco que el finado estaba algo apurado cuando envió el mensaje.

—¿Apurado?

—Tenía prisa por arrojarse al vacío o bien alguien lo estaba persiguiendo.

—Tu imaginación corre muy deprisa, Anselmo.

—Anote el mensaje en un papel y póngale un poco de cabeza al asunto. No soy adivino ni detective, pero intuyo que el finado intentó decir algo antes de irse al patio de los callados.

Saqué mi libreta desde uno de los bolsillos de mi chaqueta y seguí el consejo de Anselmo.

—¿Qué dice ese papel? —preguntó Simenon, que un momento antes se había ovillado sobre mis piernas.

—«Montegón» evidentemente se refiere al jefe administrativo de la barraca. «Peña», siempre y cuando sea una palabra completa, debe ser el apellido de alguien.

«Detec» y «buln» son palabras cortadas o abreviaturas que por el momento carecen de sentido.

Tomé el diccionario que estaba sobre el escritorio y busqué las palabras que comenzaban con «detec». No eran muchas. Detección, detectar, detective, detectivesco, detector. ¿Era una clave? ¿Una sigla? En cuanto a «buln», no existían palabras que comenzarán con esas cuatro letras. ¿Otra sigla, o un nombre escrito a medias?

—Carajo, Simenon. Nunca he sido bueno resolviendo puzzles.

—¿Para qué dar tantas vueltas al asunto? Habla con Montegón y pregúntale por el significado de esas palabras.

—No es cosa de enfrentar a Montegón y preguntarle si mató a Carvilio. Hasta el tigre más fiero da un rodeo antes de saltar sobre su presa.

El timbre del teléfono me apartó de mis pensamientos. Simenon saltó de mis piernas y se alejó en dirección al rincón donde tenía sus pocillos con agua y comida para gatos. Tomé el fono y oí la voz de Terán.

—¿Sigue interesado en las investigaciones que realizaba Germán? —preguntó—. ¿Recuerda que se dedicaba a recopilar antecedentes sobre victimarios susceptibles de ser funados?

—¿Encontró alguna información?

—Recordé que últimamente estaba obsesionado con investigar a un tal Javier Toro Palacios.

—¿Quién es?

—Uno de los jefes de Villa Grimaldi. Uniendo los testimonios de presos políticos que estuvieron en ese lugar, Germán llegó a la conclusión de que Toro era uno de los militares que lo interrogaron cuando fue detenido.

—¿Tiene idea de dónde puedo ubicar a Toro?

—Ese es el problema que no logró resolver Germán. Alguien le dijo que Toro viajó a Brasil, pero nunca pudo comprobar si eso era cierto. Solicitó ayuda a la policía brasileña y ésta no le pudo dar ninguna información. Pidió ayuda a una organización de Sao Paulo que se dedica a la defensa de los Derechos Humanos y le respondieron que no existían antecedentes sobre el paso o estadía de Javier Toro en Brasil.

—Su salida de Chile pudo ser una simulación.

—Reyes conversó con un compañero que estuvo preso en Villa Grimaldi y éste le dijo que había reconocido a Toro trabajando en una institución financiera a la que fue a solicitar un préstamo. Al parecer se desempeñaba como jefe de seguridad. Reyes hizo las averiguaciones del caso y le informaron que no tenían a nadie de apellido Toro entre sus empleados.

—Tal vez se equivocó la persona que dijo haberlo visto.

—Reyes vigiló la financiera durante un par de semanas y nunca vio entrar o salir a nadie que respondiera a las características físicas de Toro. Siguió investigando y

hasta donde sé, no consiguió nuevas pistas sobre el destino de Toro.

—La puerta se nos vuelve a cerrar.

—La verdad es que no estaba seguro de que pudiera ser una pista. Simplemente me acordé de Toro y quise compartir mi inquietud con usted.

—Hizo bien. Uno nunca sabe cual es la pieza que completa el rompecabezas.

Terán hizo otros comentarios sin mayor importancia y después se despidió. Me acerqué a la ventana de la oficina y vi a Anselmo atareado en guardar sus diarios para dar por concluido su trabajo del día. Pensé en abrir la ventana y lanzarle alguna broma desde lo alto, pero en ese mismo momento un auto se detuvo junto al quiosco y descendió la rubia que vivía en el quinto piso, dedicada al antiguo oficio de consolar a las almas en penas. La mujer hizo una pregunta a Feliz Domingo que estaba junto a la entrada del edificio y enseguida siguió su camino. El vehículo que la había transportado reanudó su marcha y rápidamente desapareció de mi vista. Anselmo puso candado a la cortina metálica de su quiosco y con paso cansino se encaminó hacia el bar Touring. El resto del vecindario continuaba con su ritmo habitual y solo un par de ebrios que acababan de salir de La Piojera desentonaban en medio de la calma de la tarde. Volví a mi sillón y tomé una novela de Bill Pronzini protagonizada por el detective Sin nombre. Deseaba olvidar la investigación y extraviarme durante algunas horas entre los vericuetos de una buena historia que me hiciera olvidar la realidad que palpitaba uno metros más allá de la puerta de mi oficina.

Recorrí uno de los pasillos de la barraca y me detuve un instante a escuchar al maestro pintor que promovía las bondades de un óleo sintético frente a una veintena de clientes que lo escuchaban sin entender mayormente las características técnicas del producto. No tenía una idea fija de lo que buscaba en mi nueva visita a la barraca, pero seguí deambulando por los pasillos, imaginándome para qué podría servir la infinidad de tornillos, tuercas y pernos que se exhibían en las estanterías.

Media hora más tarde, cuando ya me disponía a volver a la calle, vi al guardia con el que había conversado en mi vista anterior. Tenía una expresión de aburrimento y estaba acodado sobre una pila de neumáticos, atento a los movimientos de los clientes que examinaban las ofertas en la sección de herramientas. Me acerqué a su lado y apenas me reconoció, procedió a darme un efusivo apretón de mano.

—Supongo que está al tanto de lo sucedido al colega Carvilio —dijo, sin dejar de observar a los clientes—. Cuando dieron la noticia, nadie podía aceptar que fuera verdad tanta desgracia.

—Tampoco para mí fue fácil —dije, en voz baja.

—¿Usted y él eran amigos? —preguntó el guardia.

—De toda una vida —mentí.

El guardia dibujó en su rostro una expresión de tristeza y movió la cabeza de un lado a otro, como si con ello estuviera exorcizando a un demonio implacable.

—Carvilio y yo éramos buenos amigos —agregó—. A veces nos íbamos tomar unas cervezas y para las últimas Fiestas Patrias lo invité a comer a mi casa. Fue con su esposa y nos divertimos mucho. Era un hombre afectuoso y aquí, en la barraca, se le apreciaba.

—Si no le molesta, desearía hacerle algunas consultas acerca de la barraca y Carvilio.

—Usted dirá —acotó el guardia con evidente buena disposición—. ¿Qué es lo que desea saber?

—¿Trabaja alguien de apellido Peña en la barraca?

—Entre los guardias no hay nadie con ese apellido y desconozco los nombres de los demás empleados.

—¿Y qué tal se porta su jefe, Montegón?

El guardia cambió su expresión de tristeza por otra de interrogación.

—Usted no anda en plan de compra. ¿Verdad?

—¿Puedo confiar en usted? —pregunté con un dejo de complicidad en mis palabras.

—Depende para lo que sea. No quiero meterme en líos.

—Investigo un posible desfalco en la barraca.

—¿Sospecha de alguien en particular?

—De todos y cada uno de los empleados —respondí, y antes de darle la

oportunidad de emitir un comentario, le pregunté—: ¿Qué opinión tiene de Montegón?

—No puedo opinar. Lleva poco tiempo en la barraca y no he tenido ocasión de tratarlo.

—Carvilio me comentó que era algo celoso en la vigilancia de los empleados y que incluso visitaba los bares del sector para identificar a los que beben unas copas después del trabajo.

—Me parece que eso es una exageración. A Montegón le gusta empinar el codo —dijo Palma, luego de observar a un cliente que había decidido comprar un taladro eléctrico.

—Tendré en cuenta su opinión —dije, y enseguida le pregunté si había visto merodear por la barraca a un hombre de cabellos blancos.

—¿Canoso?

—Pelo blanco, albino.

—No, que recuerde. A la barraca entran y salen cientos de clientes durante todo el santo día.

—Detec, buln. ¿Le dicen algo esos nombres, siglas, claves o lo que puedan ser?

—Primera vez que escucho esas palabras.

—Es posible que sean parte de un código de seguridad.

—Lo dudo. ¿Dónde obtuvo esos nombres?

—No se lo puedo decir. Es parte del secreto de la investigación.

—Entiendo —replicó el guardia, con tono compungido—. No debo saber más de lo que me corresponde.

—Zapatero a tus zapatos.

—¿Va a conversar con Montegón?

—Más adelante.

—¿Usted cree que él puede estar metido en algo ilícito?

—No —mentí, al tiempo que veía a un hombre rubio que agitaba su mano derecha para llamar la atención del guardia.

El hombre vestía un pulcro delantal blanco y daba la impresión de estar revestido de alguna autoridad dentro de la barraca.

—Parece que lo llaman —dije al guardia.

—Larenas, el supervisor de la sección contable. Seguro que me necesita para vigilar el despacho de una remesa de dinero. Debo irme, pero si en algo puedo ayudar, no vacile en venir a conversar.

—Hay algo en lo que me puede ayudar desde ya.

—¿Qué sería?

—Mantenga la boca cerrada y no comente con nadie nuestra conversación.

¿Cometía un error al confiar en el guardia? Me hice la pregunté mientras lo veía alejarse en compañía del supervisor que parecía ir dándole algunas órdenes que él aceptaba moviendo reiteradamente la cabeza de arriba abajo. Probablemente no era

un error, porque daba la impresión de que el guardia se marchaba convencido de mi condición de policía dispuesto a partirle el alma si infringía su voto de silencio. Lo demás era esperar que se mantuviera callado hasta que yo pudiera regresar a la barraca con algo más que dudas y un vago interés por las tuercas y los clavos.

Busqué la salida y al llegar a la puerta principal de la barraca vi a Montegón acompañado por un hombre tan alto y fornido como un jugador de baloncesto. Intenté salir sin que advirtiera mi presencia y no tuve éxito. Me vio cuando crucé la puerta y no necesité mirar a mis espaldas para saber que escrutaba atentamente cada uno de mis pasos. Todavía no era el momento de enfrentarlo cara a cara. Necesitaba reunir información o al menos intuir, con algún fundamento, la responsabilidad que podía tener en los acertijos pendientes de resolución.

Después de compartir con Simenon los bifés que compré en una carnicería ubicada en la esquina de las calles San Pablo y Puente, tomé el teléfono y llamé a Griseta. Acababa de salir de una reunión en la que le habían aprobado un informe acerca de la incidencia de la escolaridad en la expectativa laboral de los indígenas residentes en el sector sur de Santiago. Al percatarse que el asunto no conseguía generar ninguna exclamación de asombro de mi parte, preguntó por los resultados de mis pesquisas y luego me invitó a comer por la noche a un restaurante del barrio Bellavista. Nos pusimos de acuerdo en la hora de la cita, y antes de despedirnos le dije que la extrañaba.

—Más vale que te acostumbres a mi ausencia —dijo—. Mi próximo trabajo me obligará a pasar varias semanas en Chiloé.

—¿Me equivoco, o la invitación de la noche es algo así como la última cena?

—Te voy a dejar por un tiempo. No a crucificarte.

—Descuida, recuerdo perfectamente nuestro pacto. Cada uno en lo suyo, y la tierra de nadie a disposición del azar y la ternura.

—¿Alguna queja?

—Ninguna. Salvo que últimamente me interesa más la ternura que el azar.

—Por ese camino, tal vez un día decidas cambiar de trabajo.

—«Ama, admite el pequeño oficio que aprendiste; y pasa el resto de tu vida como persona que has confiado, con toda tu alma, todas tus cosas a los dioses, sin convertirte en tirano ni en esclavo de ningún hombre».

—¿De dónde sacaste esa cita?

—Marco Aurelio. Tengo un modesto volumen de sus meditaciones sobre el escritorio, junto al Hagakure, los epigramas de Marcial y los mejores cuentos de Julio Cortázar.

—No tienes remedio.

—¿Necesito remedio?

—Te soporto tal cual eres, Heredia. Pero no abuses.

Me despedí de Griseta y tomé el libro de Juan Gelman que guardaba en uno de los cajones del escritorio.

*«No bajo a los infiernos
subo hasta mi hijo clausurado en su bondad
belleza
vuelo
y torturado
concentrado
asesinado
dispersado por los dolores del país».*

El horror emergió desde la pluma del poeta, recordándome que cada uno de mis pasos estaba asociado a un pasado que había dividido mi vida en dos. La edad de la ilusión y la época del asco, de la que no podía escapar, como no podía abandonar mi piel en el canasto de la ropa sucia ni dejar de creer en la incansable esperanza que cada mañana me impulsaba a acercarme a la ventana para ver si el sol seguía en su lugar.

Leí los poemas de Gelman hasta que el reloj me indicó que era la hora de ir al encuentro de Griseta. Corría brisa cuando salí de la oficina. Al cruzar el puente que me llevaría a la ribera norte del Mapocho, oí el rumor del río que empujaba su habitual carga de basura y despojos. Me acodé en una de las barandas del puente y encendí un cigarrillo. Las luces dibujadas en el horizonte me indicaron que la vida seguía su curso y que a pesar de los dolores, había que rescatar de ella lo que valiera la pena. Cuando las cenizas del tabaco se hicieron parte de la corriente, dejé de pensar en el río y apuré los pasos hasta llegar a la calle Antonia López de Bello. La oscuridad agitaba sus alas sobre las veredas mal iluminadas. Las tiendas que de día otorgaban animación al barrio tenían sus cortinas metálicas cerradas y a lo largo de la calle algunos cartoneros atesoraban los desechos de las tiendas. Unos perros olfateaban la basura buscando restos de comida, y al parecer no había mucho para ellos ni para el vagabundo que les seguía los pasos, dispuesto a disputar las sobras de un banquete al que nunca sería invitado. Sentí frío y creí escuchar a mis espaldas el eco de unos pasos. Me detuve, observé a mí alrededor y no vi a nadie. Pensé en la pistola que había dejado en mi escritorio, junto al ajado libro de Gelman. Seguí mi camino y al poco rato volví a escuchar el sonido de los pasos. Esta vez esperé unos segundos antes de mirar hacia atrás, y al hacerlo vi la silueta de un hombre con sombrero que se escondía junto a un portal. Caminé a su encuentro, pero cuando llegué al portal solo encontré a un gato negro que me observó displicentemente antes de huir hacia otro rincón del vecindario. Di un rápido vistazo a mí alrededor y no me moví del lugar hasta que minutos más tarde pasaron por mi lado tres muchachas que vestían una estrambótica mezcla de bototos con plataformas, chaquetones de paño y faldas con aspecto de enaguas. Las observé hasta que se alejaron y después volví a pensar en mi cita con Griseta.

—Media hora de atraso y la inquietud pintada en el rostro —dijo ella al verme

llegar hasta la mesa donde bebía el mojito que le habían servido en un llamativo vaso azul.

—Un lío de sombras fantasmales —respondí al tiempo que alzaba una mano para llamar la atención del mozo que atendía la mesa—. Pero, por ahora me inquieta igualar la copa que me llevas de ventaja.

—¿A qué sombras fantasmales te refieres?

—Creí que alguien me seguía en la calle. Debió ser una mala jugada de mi imaginación.

—Siempre exageras, Heredia. Si no te conociera, viviría preocupada de cada cosa que haces.

—No bajes la guardia, Griseta. Un día de éstos te sorprendo.

—He tenido un día pesado y necesito una comida que me alegre el corazón —agregó al tiempo que me alcanzaba la carta del restaurante.

—Comida a la luz de las velas. Una buena manera de iniciar la noche.

—La última cena. ¿No es eso lo que dijiste por la tarde?

Griseta se fue después del desayuno. Desde el balcón de mi departamento la vi salir del edificio y caminar por la calle Aillavilú en dirección a la Estación Calicanto del Metro. Era una mañana brumosa, ideal para permanecer en casa, acompañado de un buen libro o una vieja película de Robert Mitchum o de Cantinflas.

—Me gustan estos días grises —dije a Simenon mientras sintonizaba la radio—. Siento que en ellos aflora el rostro auténtico de la ciudad y me dan cierta sensación de tranquilidad, como revisar un álbum de fotos o esconder una barra de chocolate bajo la almohada.

—Prefiero los días asoleados —dijo Simenon, al tiempo que bostezaba con un entusiasmo digno de mejor causa—. Sol y una buena siesta en el balcón.

—Últimamente te empeñas en contradecirme.

—¿De qué estás hablando, Heredia?

Obvié la pregunta del gato y concentré mi atención en el libro de John Berger que Griseta me había dejado sobre el escritorio con la recomendación de leerlo lo antes posible. Era un volumen de cuentos y uno de ellos presentaba la historia de un campesino que encontraba consuelo a su soledad tocando el acordeón a sus vacas que yacían dentro de un establo.

Me enfrasqué en la lectura y no la dejé hasta pasado el mediodía, cuando vi entrar en la oficina a Yolanda Suazo. Su timidez era la misma de nuestra primera cita y al ver la expresión de su rostro comprendí que había venido a decirme algo que estimaba de importancia.

—Debería ordenar su oficina y colocar plantas —dijo, al tiempo que se acercaba hasta el escritorio.

—Un día de estos voy a hacer una recopilación de los cambios que me proponen todos los que entran a mi oficina por primera vez.

—Disculpe. No quise molestar, señor Heredia. Vine a contarle que encontré el documento que escribía mi padre para el abogado Cotapos. No fue fácil. Tuve que revisar una gran cantidad de carpetas.

—¿Qué dice el documento? —pregunté, impaciente.

—Cuesta creer que la vida de un hombre pueda quedar reducida a tres cajas y un par de bolsas plásticas —agregó Yolanda sin inquietarse por mi prisa.

—¿Los apuntes? —insistí.

—Mi padre tenía una letra endemoniada. Me di el trabajo de transcribir los papeles que encontré —dijo la mujer al tiempo que me entregaba un sobre café que contenía diez hojas manuscritas y otras cuatro mecanografiadas.

—¿Qué dice el texto? —pregunté, y sin esperar la respuesta, comencé a leer. «Decidí retornar a mi trabajo después del golpe militar. Volví a la oficina pública donde desempeñaba un puesto administrativo y me bastó almorzar una vez en el casino institucional para entender que nada volvería a ser como antes. Tomé contacto con los compañeros que habían sobrevivido a las detenciones y ellos me hicieron ver que mi nombre debía estar en la lista de los dirigentes sindicales partidarios de Allende y que de ser así, tarde o temprano las nuevas autoridades me pasarían la cuenta. No les hice caso y en los días siguientes seguí ocupando mi escritorio de siempre. Algunos de mis compañeros de oficina habían sido defensores de la intervención militar y llegué a pensar que sus odios estaban apaciguados. Durante cinco meses no pasó nada especial y llegué a pensar que mi nombre en la lista de los indeseables era un error de información. Me equivoqué, como en tantos otros asuntos a lo largo de mi vida. La detención ocurrió un día jueves. ¿Cómo olvidarlo? Me disponía a cruzar la avenida Providencia cuando oí que alguien decía mi nombre. Era un hombre alto y rubio que vestía una campera café y cubría sus ojos con gafas oscuras. Volvió a decir mi nombre y cuando estuvo a mi lado, tan cerca que podía oler su aliento, me dijo que lo siguiera y no tratara de escapar porque a mí alrededor había tres hombres que me apuntaban. Recordé lo que se contaba acerca de las detenciones de otros compañeros y tuve la certeza de caer en un pozo del que quizás nunca saldría. Siempre he pensado que debí haber huido en ese momento, pero no lo hice. Obedecí y me hicieron caminar hasta un auto blanco que se hallaba estacionado a un costado de la calle. En su interior había otro hombre con gafas que oficiaba de conductor, y como de la nada, aparecieron otros dos que me ordenaron ocupar el asiento trasero del vehículo y se sentaron a mi lado. El hombre alto y rubio se acomodó junto al conductor. Me hicieron agachar la cabeza y el auto se puso en marcha hacia el sector poniente de la ciudad. En Plaza Italia dobló hacia un costado del Parque Forestal y se detuvo una cuadra antes del Museo de Bellas Artes. En ese momento me permitieron alzar la cabeza y pude mirar a mí alrededor por un instante. Uno de mis custodios puso cinta adhesiva sobre mis párpados y luego cubrió mis ojos con unas gafas. El auto volvió a ponerse en marcha y luego de media hora se detuvo sobre un terreno que, por el ruido que hizo el vehículo al frenar, supuse ripioso. Uno

de mis acompañantes se bajó del auto y abrió un portón. Después regresó a mi lado y el vehículo volvió a moverse. Temí lo peor y sin embargo, durante varias horas no pasó nada de lo que esperaba. Una vez fuera del auto, fui esposado y conducido a una pieza que hedía a orín de gato. Quedé a solas con el temor y mis recuerdos. Comprobé que era verdad aquello que se dice sobre el repaso de la vida que hace una persona enfrentada a una situación límite. Desde una habitación vecina llegaba el sonido de un televisor que alguien debía estar mirando. Agucé el oído y descubrí que se trataba de un programa de canciones y concursos que solía ver junto a mis hijos. Por un segundo recordé sus risas. Luego volví a sentir el peso de la soledad. Nadie había observado mi detención. Ninguno de mis compañeros de trabajo sabía dónde estaba. Solo las fauces eran reales y yo era el único que tenía conciencia de estar entre ellas. Agité mi cabeza y conseguí que las gafas cayeran al suelo. La cinta adhesiva se había desprendido un poco y pude ver el frágil rayo de luz que entraba por uno de los costados de la puerta».

Dejé de leer los apuntes de Suazo, intuyendo que el resto de sus recuerdos comprendían la parte más brutal de su secuestro.

—Me costó aceptar que mi padre fuera el protagonista de lo que se narra en esas hojas —dijo Yolanda—. Sabía lo que él había vivido, pero nunca con tanto detalle.

—No debió ser fácil para él enfrentarse a sus recuerdos.

—Lo recordé varias veces mientras mecanografiaba los apuntes. Casi podía verlo bajo el parrón de nuestra casa. Allí pasaba horas y horas en silencio, cabizbajo, esperando tal vez que vinieran a buscarlo de nuevo. Cuando yo era niña, me acercaba a su lado, y él no me decía nada. Se limitaba a hacerme una caricia en los cabellos y a sonreír.

—Seguramente deseaba evitar que su familia compartiera el dolor.

—¿Cree que esos apuntes sean de utilidad para su trabajo? —preguntó Yolanda.

—Para contestar esa pregunta, tengo que terminar de leerlos.

Yolanda me regaló una breve sonrisa, y de inmediato dio unos pasos hacia la puerta de la oficina.

Pensé en retomar la lectura, pero no lo hice. Necesitaba el aire de la calle y hacer una pausa para distanciarme momentáneamente de los recuerdos de Julio Suazo. Guardé los apuntes en mi chaqueta y salí de la oficina. En la esquina de Bandera y Catedral me detuve a observar a un sujeto mal encarado que repartía volantes de un cabaré del sector. Cerca de él, ataviada con una estrecha polera que resaltaba sus pechos, una muchacha morena voceaba las bondades de un centro de llamadas telefónicas. A un costado de la Iglesia Catedral, unos peruanos conversaban animadamente y una mujer promovía entre ellos diversos platillos del país que habían dejado atrás. No había algo nuevo en el barrio o al menos no conseguía apreciarlo, mientras mis pensamientos iban una y otra vez hacia los escritos de Suazo, recordándome que a pesar de las apariencias, el pasado seguía vivo. No se hablaba mucho de él, pero bastaba interesarse en las historias de algunas personas para

reconocer sus huellas.

Terminé mi paseo en una fuente de soda donde pedí café y un pastelillo, seco y con el aspecto de haber sobrevivido varias jornadas dentro de la vitrina. Encendí un cigarrillo y volví a la lectura. El horror descrito era el imaginado y entre numerosos recuerdos de golpes y torturas, encontré dos párrafos que me llamaron la atención. El primero decía: «La primera noche me encerraron en una habitación en la que apenas podía moverme, y a la mañana siguiente pasé a otra en la que había cuatro o cinco prisioneros más. Como me negué a responder las preguntas que me hacían, terminé recluido en lo que llamaban la Torre, una celda de aislamiento donde los presos eran colgados de los brazos durante varias horas. En todo el tiempo que estuve detenido, muchas veces me pregunté quiénes eran mis torturadores. Nunca llegué a ver sus rostros y en cuanto a sus nombres, solo logré escuchar dos apodos: Caballo Loco y El Rey Midas. Tiempo después, cuando salí de Villa Grimaldi, un compañero me dijo que el segundo de los apodos correspondía a un oficial llamado Javier Toro. Jamás he podido confirmar esa información y pese a que suelo leer noticias que involucran a militares, nunca he leído ni escuchado ninguna nueva referencia a ese nombre». El segundo párrafo era más breve. «Con el tiempo —escribía Suazo— comprendí que el tormento físico no era el único sufrimiento ni el fin de las penurias. Lo peor vino después. Lo peor fue el miedo con el que seguí viviendo. Miedo a ser capturado una vez más. Miedo a contar que había estado detenido. Miedo a la incredulidad de la gente, a sus comentarios malintencionados, al rechazo que provocaba en algunos cuando hablaba de mi experiencia».

Guardé los apuntes, dije adiós al pastelillo que seguía intacto sobre la mesa y pensé en la siguiente pieza que debía mover en mi fantasmal tablero de ajedrez.

A la distancia y entre las sombras, la barraca parecía un extraño animal dormido. Era la cuarta noche de vigilia desde que había llegado por primera vez hasta sus puertas después de releer el testimonio de Suazo y el mensaje enviado por Carvilio. No sabía a ciencia cierta que podía encontrar, pero entre mis pensamientos revoloteaba la idea respecto a que algo debía suceder en la barraca por las noches.

Dormía hasta entrada la tarde y luego de comer en un chiringuito peruano del barrio, volvía a la oficina y esperaba la llegada de la noche leyendo lo que el desorden de mi biblioteca ponía en mis manos. En la espera releí tres capítulos de *Una sombra ya pronto serás*, novela que Osvaldo Soriano me había autografiado después de una conferencia en la Casa del Escritor. También releí parte de un relato de Philip K. Dick titulado *El informe de la minoría*, cuyo comienzo tenía la brutalidad de un espejo. «El primer pensamiento que tuvo Anderton al ver al joven fue: me estoy poniendo calvo, gordo y viejo». Lo de viejo me venía como anillo al dedo, pero mi cabellera seguía firme y los kilos de más se habían batido en retirada después que la caricia de una navaja me hiciera pasar una temporada en cama.

Debía reconocer que me gustaba pasar la noche al amparo de las sombras, atento a los ruidos extraños y bebiendo cada cierto rato un sorbo del whisky que portaba en la fiel petaca que me había regalado un amigo poeta. La petaca lucía un abollón, recuerdo de la estocada que intentara clavarme un malandra al que perseguía por los alrededores de la Vega Central, pero a pesar de eso, seguía siendo útil para el traslado de unas gotas de alcohol.

En el instante en que vaciaba la petaca, miré hacia el bodegón y vi la escurridiza imagen de un hombre con sombrero que cruzaba frente a la entrada. Recordé lo sucedido antes de mi cita con Griseta e instintivamente llevé mi mano al bolsillo donde guardaba la Beretta. El hombre avanzó lentamente y se detuvo junto a un quiosco que tenía el aspecto de estar abandonado. Deseaba encender un cigarrillo, pero me contuve. El extraño no se movió del lugar. Trascurrieron cinco minutos y la impaciencia comenzó a tirar de mis orejas, incitándome a dejar el escondrijo y conocer la identidad del desconocido. Pero no me moví hasta que un rato más tarde la calma de la calle fue interrumpida por el ruido provocado por un camión que avanzaba pesadamente. Creí que el vehículo se detendría frente a la puerta de la barraca, y me equivoqué. El camión pasó de largo y cuando volvió a sumergirse en las sombras, noté que el extraño abandonaba la protección del quiosco y comenzaba a caminar. Seguí sus pasos y al poco rato dejamos atrás la calle oscura y nos internamos por una avenida que lucía iluminada. Lo reconocí a la distancia pero no me atreví a murmurar su nombre. Continué tras de él hasta un bar de aspecto malacatoso que mantenía sus puertas abiertas, esperando la llegada de los bebedores más rudos de la noche. Entré al bar y revisé con la mirada las mesas ocupadas por los parroquianos. Lo encontré en una mesa pequeña, arrinconada. Un mozo le servía

vino, mientras desde una radio salían los lastimeros sonos de un bolero. El hombre miró hacia donde yo me encontraba y creí ver en su rostro una sonrisa irónica. No lo pensé más y avancé a su encuentro.

—Ya era hora de que usted y yo conversáramos —le dije, al tiempo que ocupaba una silla junto a su mesa.

Montegón me observó sin demostrar sorpresa y bebió un sorbo de vino.

—Sí. Ya era tiempo de verse las caras, Heredia.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Cuando tropiezo con alguien más de dos veces seguidas, procuro saber quién es. Primero lo divisé en la barraca y luego en el bar, acompañado del finado Carvilio.

—Después se dedicó a seguirme por el Barrio Bellavista.

—Pura casualidad. Yo andaba por el sector, lo reconocí y decidí averiguar en qué ocupa su tiempo libre. Su mujer es una dama muy bella. Tiene suerte, Heredia.

—Le advierto que ella no entra en ningún juego que usted se proponga realizar.

—No lo estoy amenazando. Solo trataba de ser gentil —agregó el detective.

Montegón acompañó sus palabras con una sonrisa y enseguida llamó al mozo que lo atendía para que pusiera una copa a mi alcance.

—¿Por qué vigilaba la barraca? —le pregunté—. ¿Qué anda buscando?

—Las mismas preguntas le hago a usted, Heredia. El problema es saber quién las responde primero.

—Tenemos dos opciones. Darnos de trompadas hasta que uno de los dos decida hablar, o conversar como tipos razonables.

—Conversar es lo que más me seduce, siempre y cuando apostemos a la sinceridad. Le propongo poner las cartas sobre la mesa, sin trucos ni patadas bajo la mesa.

—De acuerdo. El único problema es saber quién habla primero —dije, atento a los movimientos de mi acompañante.

Montegón sacó una moneda de su chaqueta y me la mostró por sus dos caras.

—Sello —dije.

Montegón lanzó suavemente la moneda al aire y la dejó caer sobre la cubierta de la mesa.

—Perdió —dijo cuando la moneda dejó de moverse—. A usted le toca empezar.

Miré a mí alrededor como buscando a alguien que me dijera que estaba a punto de iniciar un juego del que no saldría bien parado.

—Busco a los asesinos de Germán Reyes, el cajero de la barraca. Me pidieron ayuda y no pude eludir la solicitud.

—Fue un hecho lamentable, pero ¿qué le hace pensar que la muerte de ese hombre haya sido un asesinato y no el producto de un robo fallido?

—Llámelo olfato, tincada o la maldita costumbre de intentar ver bajo el agua.

—Tres buenas razones para perder el tiempo —dijo Montegón y luego de beber más vino, preguntó—: ¿Qué esperaba encontrar frente a la barraca?

—Un golpe de suerte.

—¿Le habló Carvilio de los robos ocurridos en la barraca?

—No.

—Miente. ¿Pretende que crea que miraba los cuernos de la luna?

—De acuerdo. Carvilio mencionó el asunto de los robos. Quiero saber si eso es verdad y si tiene alguna relación con su muerte y la de Germán Reyes.

—Ahora está siendo sincero, Heredia. Se ganó una copa de vino.

—Gracias, pero a cierta hora de la noche bebo a solas o acompañado de un amigo.

—Usted se lo pierde, Heredia.

—¿Qué le hace pensar que estoy diciendo la verdad?

—Llevo veinte años en el oficio y puedo reconocer cuando alguien miente o intenta pasar gatos por liebres.

—¿A qué se dedica?

—A lo mismo que usted, pero con mejor suerte.

—¿Qué sabe acerca de mi suerte?

—Lo que cuentan en su barrio.

—Carvilio dijo que usted ocupaba un cargo administrativo en la barraca.

—Es lo que he hecho creer a los empleados.

—¿Y cuál es la verdad?

—Me contrataron para investigar al interior de la barraca.

—¿Los robos?

—No. Eso vino de rebote. Los dueños de la barraca están preocupados por el sindicato que se está organizando. Desean saber quiénes son los líderes y qué se proponen.

—Soplón a sueldo. Un trabajo despreciable.

—Prefiero llamarlo espionaje industrial.

—Con razón se va a meter a los bares que frecuentan los empleados. No envidio su trabajo.

—Ni yo el suyo.

—Llegué a pensar que sería más difícil conversar con usted —dije, palpando el bulto de la pistola bajo mi chaqueta.

—No me interesa jugar con fierros. Quiero que hagamos una sociedad. Ya sabe, como reza el dicho: una mano lava a la otra y las dos...

—¿Qué gano con eso?

—Es probable que yo sepa cosas que usted ignora.

—Puede ser, y por lo pronto tengo una duda que me puede ayudar a resolver. Antes de morir, Carvilio envió un mensaje de texto al celular de un amigo. «Montegón», «detec» es lo que decía en una de sus partes. Tal vez usted lo silenció para seguir espionando en la barraca.

—Me sorprende, Heredia. No sabía que Carvilio conociera mi verdadero trabajo.

¿Decía algo más el mensaje?

—¿Por qué habría de decírselo?

—Para tomar el atajo correcto. Conozco a los que trabajan en la barraca y eso nos puede facilitar las pesquisas.

—Esa no es una razón suficiente.

—Ya dijo que no le agrada mi trabajo, pero puede confiar en mí, Heredia — agregó, mirándome a los ojos.

Decidí correr el riesgo y desplazar una pieza sobre el tablero.

—Buln. Peña. ¿Le dicen algo esas palabras?

—No sé quién pueda ser Peña. Buln, podría ser parte del apellido del jefe de finanzas de la barraca, Fernando Bulnes. Lo conocí en una reunión a la que me invitaron cuando comencé el trabajo. Es uno de los jefes más antiguos y cuenta con la confianza de los dueños.

—Un jefe de finanzas debe estar al tanto de la cantidad de mercaderías que hay en las bodegas. También puede falsear las cifras.

—Piensa rápido, Heredia.

—¿Sabe alguna otra cosa acerca de Bulnes?

—Nada más.

—¿Seguro?

—Estamos en plan de confianza. Si supiera algo más, se lo diría.

—No he hablado de confianza. No quiero ser parte de su investigación ni responsable del mal rato que pasarán los empleados a los que delate.

—Si no quiere hacer tratos conmigo, ¿para qué se acercó a mi mesa?

—A veces hay que mojarse los pies para cruzar el río.

—Toda una filosofía, Heredia. ¿Qué dice? ¿Trabajamos unidos?

—Usted y yo solo tenemos en común el oficio. Pero eso no quiere decir gran cosa. Al contrario de lo que se piensa, de noche no todos los gatos son negros.

—No menosprecie mi ayuda —dijo Montegón suavizando el tono de su voz—. ¿Compartirá conmigo la información que obtenga de aquí en adelante?

—Todo a su tiempo y en su justo momento.

—Tenían razón los tipos que me hablaron de usted —dijo Montegón y acompañó sus palabras con una carcajada que hizo estremecer sus mofletes.

—¿Qué le dijeron sobre mí?

—Que es un cabrón jodido, ¿qué otra cosa? —agregó Montegón y luego de indicar la botella de vino, agregó—: Ayúdeme a vaciar la botella. Sin compromiso. Solo la fugaz complicidad de dos tipos que se encuentran en mitad de la noche. ¿Qué dice, Heredia? Unas copas le pueden hacer cambiar de idea.

Compartí la botella con Montegón y después de acordar que nos juntaríamos al otro día, frente a la barraca, me despedí sin atender su invitación para seguir recorriendo la senda del vino. «Veo que todo puede suceder antes que anochezca, puede que yo haya bebido demasiados tragos en el acantilado» murmuré, recordando los versos de Octavio Gallardo, un poeta al que había conocido en la taberna del Círculo de Periodistas, mientras buscaba a Don Casca, un amigo reportero que había trabajado en el desaparecido diario Clarín. Me detuve a observar el reflejo de la luna. La vida pasa, pensé, y no tengo más bienes que mi memoria. Lo que fui me parece siempre más real que el futuro, y en las calles no soy más que un ojo atento, el vigía que olvida su nombre mientras deja caer su mirada sobre rostros que no conoce. Un anónimo pasajero que aspira a viajar en paz, aunque a veces la rabia ocupe sus bolsillos y lo impulse a transformar sus manos en puños.

¿Podía confiar en Montegón? ¿Debía aceptar su ayuda? Las preguntas me asaltaron a poco andar y no encontré una respuesta que no fuera el fugaz soplo de una intuición. Aceptaría su compañía y lo dejaría actuar, sin dejar de mirar de reojo sus movimientos o sopesar el sentido de sus palabras. Seguí mi camino, y de pronto, en un cartel pegado sobre un muro, leí el nombre de un cabaré que me hizo recordar a Humberto Balseiro, un conocido al que no veía desde hacía algunos meses. Consulté el reloj y decidí probar fortuna. Balseiro era un imprentero que después del golpe militar fue detenido, acusado de reproducir panfletos e imprimir una revista sindical. Había estado unas semanas en Villa Grimaldi y si bien consiguió salir con vida de ese lugar, nunca volvió a ser el mismo. Algo en su interior se había quebrado mientras intentaba sobrevivir a las descargas de corriente y las inmersiones en tambores de agua y excrementos. ¿Miedo o remordimiento? Nunca conseguí una respuesta de su parte pero de tarde en tarde lo visitaba y dejábamos transcurrir el tiempo conversando de cualquier cosa que no nos hiciera evocar su pasado.

Trabajaba de guachimán en El Diamante Rojo, un antro al que llegaban las copetineras que venían de recorrer el círculo del infierno, o muchachas peruanas, dominicanas o ecuatorianas que viajaban a Chile atraídas por el paraíso promovido en folletos de turismo. En la entrada del cabaré tropecé con el sujeto robusto que ejercía el doble oficio de portero y matón a cargo de expulsar a los clientes indeseables. Vestía completamente de negro y en su polerón lucía el estampado de un dragón chino. Me reconoció apenas estuve a su lado y con un leve movimiento de cabeza me dio a entender que tenía el crédito suficiente como para cruzar la puerta.

—¿Cómo anda el negocio esta noche? —le pregunté.

—Nunca faltan los borrachos y los tipos calientes.

—Vengo a ver a Balseiro.

—Llegó hace una hora —respondió el portero, de mala gana—. Pero le aseguro que adentro encontrará mejores compañías que la de ese chalado. Ayer comenzaron a

trabajar un par de dominicanas que vale la pena mirar de cerca.

—Seguro que tienes ganas de llevarte algo de trabajo para la casa.

—Todo el tiempo, socio. Pero las chicas saben que un portero no maneja mucha lana en los bolsillos.

—Siempre puedes recurrir a otros encantos.

—¿Te imaginas que voy a seducir a esas minas con mis lindos ojos? Billete, socio. Eso es lo que quieren.

—Como casi todo el mundo. Hoy en día la felicidad se mide en fajos de billetes. Y si no los tienes, debes conformarte con ver la fiesta desde lejos. ¿Entiendes de lo que estoy hablando?

—Tú y Balseiro están cagados de la cabeza.

Entré al cabaré y demoré algunos segundos en acostumbrar mis ojos a la oscuridad. No había mucho que decir del lugar. Luces, un escenario en el que se movía una morena atractiva, clientes y una decena de mujeres en plan de conquista. Divisé a Balseiro junto a la barra instalada en uno de los costados del salón. Tenía las manos cruzadas sobre la barriga y sus ojos parecían fijos en un horizonte tan lejano como borroso. Daba la impresión de tener todos los años del mundo. Sus cabellos raleaban y se había dejado crecer una barba que no lograba ocultar las arrugas que surcaban su rostro. Me acerqué y lo saludé con una suave palmada en los hombros.

—¿De copas o buscando una pierna suave para entibiar la noche? —preguntó.

—Ni lo uno ni lo otro. Vine a conversar contigo.

—Han pasado varios meses desde la última vez que nos vimos. Pero no te preocupes, todo sigue igual en mi vida y en este tugurio. Desconozco el motivo, pero sigo empecinado en sobrevivir. Por las mañanas duermo, después del mediodía deambulo por el barrio y más tarde me encamino hasta este lugar.

—¿No te aburre observar tanta carne fresca a tu alrededor?

—¿Carne fresca? —preguntó indicando a las mujeres que estaban más cerca—. Deberías verlas a la luz del día.

—¿Una copa?

—Mejor gasta tus monedas en las muchachas.

—Deseo conversar contigo, Balseiro.

—Por el tono en que lo dices, deduzco que no has venido a charlar de fútbol o carreras de caballos. ¿De qué se trata? ¿Necesitas un papelillo?

—Sabes muy bien que no me interesan los polvos mágicos. Solo alcohol y mujeres. Y hasta cierto límite.

—Nunca has tenido límites en materia de trago y minas. Pero no le demos más vueltas a la manija. ¿De qué quieres conversar?

—Villa Grimaldi.

—Una vez te hablé de ese lugar y me prometiste que nunca más volveríamos a tocar el tema.

—¿Tanto te duele oír mencionar Villa Grimaldi?

—A veces pienso que habría sido mejor morir en la parrilla. Cero recuerdo, cero pesadilla, cero remordimiento. Tú que sabes de hípica, entiendes lo que es un caballo fracturado.

—Javier Toro. ¿Te dice algo ese nombre?

—No me obligues a recordar.

—Es un nombre, nada más.

—No para mí, Heredia. No te imaginas lo que fue estar en ese lugar.

—Eso quiere decir que el tal Toro no te es desconocido.

—Nadie que estuviera ahí podría olvidar ese nombre.

—¿Qué sabes de él?

—Era un nombre falso, como todos los que usaban nuestros cancheros.

—¿Falso?

—Es lo que decían los detenidos. En todo caso, no me consta, porque después del secuestro nunca me preocupé de indagar acerca de esos perros.

—¿Lograste verlo alguna vez?

—No.

—¿Ni a él ni a ningún otro?

—Sombras, gritos y golpes. No me hagas recordar —dijo Balseiro, y enseguida, agregó—: Hace un rato hablaste de invitarme un trago.

Balseiro llamó al mozo que atendía la barra y le pidió dos combinados. Luego esperó que le sirvieran su copa, y cuando la tuvo entre sus manos, bebió de ella con avidez.

—Lástima que no sirva de mucho —dijo, observando el licor que había sobrevivido dentro de la copa—. Adormece, pero no mata.

—Disculpa mi insistencia.

—¿Por qué te interesa Toro?

—Escuché su nombre mientras investigaba la muerte de alguien que estuvo en Villa Grimaldi. Pensé que podrías darme alguna pista para llegar a él.

—¿Qué tiene de particular ese muerto?

—Sospecho que lo mataron por andar escarbando en el pasado.

Balseiro vació el contenido de su copa y volvió a mirar hacia donde se encontraba el mozo que nos había atendido.

—¿Puedo pedir otra?

Hice una seña al mozo y éste repitió la dosis de alcohol para Balseiro.

—¿Qué ganas con investigar? —preguntó—. Ha pasado tanto tiempo desde entonces.

—No me agrada que los asesinos anden por las calles.

—Deberías tener mucho trabajo, Heredia. No solo en las calles andan los asesinos y sus cómplices. También sonrían en la prensa y posan de tipos respetables.

—Por ahora me preocupa un asesino en particular y sigo creyendo en que tú me puedes ayudar a ubicarlo.

—No deberías creer en todo lo que te digo.

—¿Por qué?

—Sin ir más lejos, hace un rato te mentí, Heredia.

—¿Sabes quién es Toro?

—No, pero en una de las sesiones de tortura logré ver el rostro de uno de los hombres que acompañaban a Toro durante las sesiones de tortura. Nunca lo olvidé y hace algunos años, veinte o más, lo volví a ver. En esa época yo trabajaba en un cabaré ubicado cerca de la Estación Salvador del Metro, y él llegó acompañado de dos o tres hombres con pinta de funcionarios. Le pagué a una de las bailarinas para que averiguara el nombre del sujeto. Se llamaba Guillermo Zuñeda.

—¿Y luego qué hiciste?

—La copetinera averiguó que el sujeto ocupaba un cargo menor dentro del gobierno militar. Di con su oficina en un ministerio y durante mucho tiempo pensé en encararlo. Pero no lo hice, y luego de unos meses le perdí la pista. Cuando pregunté por él me dijeron que había cambiado de trabajo y no me supieron dar sus nuevas señas.

—¿Eso es todo?

—Hace un año lo volví a encontrar. Estaba sentado en un escaño de la Plaza de Armas y no tenía buen aspecto. Se veía envejecido y abandonado. Cuando se puso de pie, lo seguí. Dio unas vueltas por los alrededores de la calle 21 de Mayo y terminó entrando a un cabaré de la calle San Antonio.

—¿Qué pasó en ese lugar?

—Una vez más no hice nada. Creo que fui tras él por curiosidad o tal vez, al verlo tan jodido, pensé que la vida se había encargado de pasarle la cuenta.

—No te entiendo, Balseiro.

—El daño está hecho, Heredia. Podría haberlo matado y nada habría vuelto a ser como antes. Simplemente lo observé tontear con alguna de las mujeres y beber hasta que salió trastabillando del lugar.

—La verdad que no te entiendo —repetí—. Da la impresión de que te culpas por haber sobrevivido.

—Sobreviví a costa de la vida de otros. No soporté el dolor y delaté a mis compañeros. Es algo que no tiene remedio, Heredia. Tenemos una vida y la mía está jodida. No hay nada que me permita cambiar de suerte. Me interesa que las noches pasen deprisa, que los clientes y las muchachas se vayan, y yo pueda cerrar las puertas y echarme a dormir entre los restos de una fiesta que me es indiferente. Acompáñame si quieres, pero no hagas más preguntas.

Dije adiós a Balseiro cuando los primeros rayos de sol se filtraban por las rendijas de la puerta del cabaré. Ninguno de los dos tenía mucho más que decir hasta la próxima vez que nos reuniéramos. Nos abrazamos por unos segundos y luego salí a la calle. Me detuve en una esquina a contemplar a los obreros y oficinistas que avanzaban sin entusiasmo hacia un destino de ocho o diez horas entre las paredes de una oficina o fábrica. La vida como repetición constante, pensé mientras buscaba mis cigarrillos en la chaqueta. Solo encontré boletos inservibles de apuestas a caballos que se habían agotado en mitad de la tierra derecha. Arrojé los boletos al suelo y seguí caminando hasta llegar a un café que recibía a sus primeros clientes de la mañana. Resistí la tentación de entrar y pedir un cortado. Quería llegar al departamento y hundir la nariz en la almohada. Deseaba dormir y despertar en una isla donde nadie conociera la vieja peste de la ambición. Al llegar a la calle Aillavilú me encontré con Anselmo. Le ayudé a colgar los diarios y revistas en su quiosco y luego, sin fuerzas para entrar al edificio, me senté a su lado y le pedí un cigarrillo.

—Parece un zombi sacado de una película de horror —dijo el quiosquero.

—Tengo sueño y unas copas de más en el cuerpo.

—Ya no está en edad de trasnochar. Se lo digo por su bien, don.

—Me lo has dicho muchas veces y lo peor es que el cuerpo también me lo recuerda a menudo.

—Vaya a dormir y olvídense por unas horas del trabajo.

—¿Has sentido que la vida carece de sentido? —pregunté de sopetón a Anselmo—. Que da lo mismo estar o no estar.

—Esa pregunta no se hace a las seis de la mañana. ¿Qué le pasa?

—Recordaba al amigo del que acabo de despedirme.

—Usted sabe que soy optimista las veinticuatro horas del día.

—Tienes razón, no es tema para conversar a las seis de la mañana —dije, y al tiempo que me ponía de pie, pregunté—: ¿Has oído hablar de un tal Guillermo Zuñeda? Me han dicho que frecuenta los cabarés del barrio.

—Primera vez que escucho ese nombre.

—Si no reaparezco antes de las siete de la tarde, sube al departamento y despiértame. Por la noche debo seguir escudriñando entre las sombras.

Faltaban veinte minutos para las siete de la tarde cuando Simenon saltó encima de mi pecho. Lo aparté de mi lado, me puse de pie y caminé hasta el baño. El espejo me mostró mis ojeras, la barba crecida y una mueca a modo de sonrisa. Abrí la llave de la pileta y bebí un poco de agua. Maldije a la acidez que bailoteaba en mi vientre y la acallé con un nuevo sorbo de agua. Simenon trepó a la pileta y lengüeteó el chorro con entusiasmo. Tomé el hisopo, cubrí mi rostro con jabón y apliqué sobre las mejillas el filo traicionero de la maquinilla de afeitar. Después me di una ducha helada y vestí la última camisa limpia que colgaba dentro del ropero.

—Heredia retorna a la vida —dije a Simenon que me miraba desde un rincón, serio como gato de yeso—. ¿Te parece un buen título para una película?

—Apesta —respondió, y sin darme tiempo a replicar, preguntó—: ¿Tienes intenciones de preparar comida?

—Intenciones no me faltan, pero dudo que tengamos algo para colocar dentro de la cacerola —respondí mientras caminaba rumbo a la cocina.

En la alacena, junto a una bolsa de sal, descubrí una lata de atún y dos bolsitas de té. Abrí la lata y vacié su contenido en un plato. Simenon se abalanzó sobre el pescado y en menos de lo que canta un gallo dio por terminado su almuerzo.

—¿Satisfecho? —le pregunté.

Simenon lamió sus bigotes y me dedicó una mirada amistosa.

—El gato es el único animal que ha logrado domesticar al hombre —dije, recordando la cita rescatada de uno de los libros que dormitaban en mi biblioteca—. Marcel Gauss es su autor. Ignoro quién es, pero lo citan en el libro «Para los amantes de los gatos» que compré hace unos años, poco después de que llegaras a la oficina.

Consulté mi reloj y decidí que era hora de abandonar el departamento. Tomé mi chaqueta y abrí la puerta. El pasillo que conducía al ascensor estaba oscuro y desde algún departamento vecino llegaba el bullicio de una transmisión deportiva. La vida, la gran vida seguía intacta. Palpé la Beretta que dormitaba en el bolsillo derecho de mi chaqueta y presioné el botón que servía para llamar al ascensor.

No observé ninguna señal de vida al interior de la barraca, salvo la luz amarillenta que brotaba desde la caseta del vigilante, ubicada a un costado de la entrada principal. Me apoyé en el tronco del árbol tras el cual me ocultaba, encendí un cigarrillo y me dispuse a esperar con la secreta esperanza de terminar la noche con algo más que frío en mis huesos. La luna dibujada en el cielo parecía una enorme bola al alcance de las manos, y cada cierto rato unas nubes cubrían su rostro y luego seguían de largo, indiferentes a las penurias de los mortales.

—Alguien con su experiencia debería saber que no se fuma cuando se realiza vigilancia nocturna —oí decir a mis espaldas.

Sobresaltado, introduje mi mano derecha en el bolsillo donde portaba la Beretta y por un segundo pensé en alguna desesperada defensa. Pero no hice nada, porque al mismo tiempo que tocaba la pistola, vi emerger el rostro de Atilio Montegón entre las sombras.

—De haberlo querido, a esta hora usted no sería más que un bulto a los pies del árbol —agregó.

—He aprendido la lección, se lo aseguro.

—Más le vale. No siempre se tiene a un amigo tras las espaldas.

—No he hablado de amistad. Nos ayudaremos mientras investigamos lo que sucede en la barraca.

—Sí, de eso conversamos ayer. Tal vez si le diera algunas explicaciones.

—Guárdelas para alguien que se las pida —dije y enseguida, sin ganas de seguir

con el tema, agregué—: Parece que pasaremos otra noche en vela.

—Tenga paciencia —dijo Montegón, al tiempo que sacaba una petaca de pisco desde su chaqueta—. ¿Quiere hacer más grata la espera?

—Prefiero pasar por esta vez.

—Su respuesta no calza con la imagen que se tiene de usted.

—No cuesta hacerse de una mala reputación.

—Usted se lo pierde, Heredia —dijo Montegón, antes de llevarse la petaca a los labios.

—¿Para qué vigila la barraca por las noches? No se supone que anda tras los pasos de un sindicato en formación.

—Me han dicho que el vigilante está metido en la organización del sindicato y que sus compañeros aparecen en la barraca por las noches.

—¿Reuniones clandestinas? ¿Sindicatos nocturnos? Alguien le está jugando una broma, Montegón.

—No me diga cómo hacer mi trabajo —dijo el detective, algo molesto con mi comentario—. Tengo tanta o más experiencia que usted.

—Tiene razón, ignoro las condiciones de su mugroso trabajo.

—Haré cuenta que no he escuchado sus palabras —dijo Montegón antes de buscar una vez más el cálido aliento de la petaca.

Nos quedamos en silencio hasta que más tarde vimos aparecer a una camioneta que se detuvo frente a la barraca. Las luces delanteras del vehículo pestañaron, y casi de inmediato, el vigilante abrió la puerta y la camioneta entró al patio interior.

—Parece que esta noche la fortuna está de nuestro lado —dije a Montegón.

—Yo que usted, esperaría un momento antes de sacar cuentas alegres.

La camioneta se alejó de la barraca y durante la siguiente media hora fui tras ella, sin dejar de observar el vehículo de Montegón reflejado en el espejo retrovisor de mi Chevy. El detective conducía un jeep rojo que mostraba los abollones de varios choques en la carrocería. El seguimiento concluyó frente a una casona, en la calle Franklin. La camioneta estacionó junto a un castaño de ramas escuálidas y de inmediato los hombres se dedicaron a bajar las cajas apiladas en la parte posterior. Terminada la descarga, uno de ellos volvió a subir a la camioneta y los otros entraron a la casona.

—¿Qué hacemos? —preguntó Montegón que unos minutos antes se había trasladado al Chevy.

—No necesita hablar en plural. Este asunto dejó de ser su negocio hace bastante rato. ¿O acaso piensa que se puede formar un sindicato entre rateros?

—No está en condiciones de rechazar mi ayuda, Heredia. Los tipos de la camioneta son tres, y si a ellos le sumamos los que pueden estar dentro de la casa, el resultado no da para cálculos optimistas.

—Si quiere ayudar, vuelva al jeep y siga a la camioneta.

—No estará pensando en ingresar a la casa y enfrentar a los hombres.

—Pasó la época en la que entraba a cualquier parte con la pistola por delante. Ahora soy un gato paciente y remolón.

—Aunque los sorprenda dormidos, siempre van a ser más que usted.

—La camioneta se va. Tiene el tiempo justo para volver a su auto —dije observando al vehículo que comenzaba a moverse.

Montegón hizo un gesto de resignación y salió del Chevy. Lo vi entrar en su jeep y conducir tras la sombra de la camioneta.

En situaciones como ésta serviría tener un celular, me dije mientras veía mis ojos reflejados en el espejo retrovisor. También una metralleta, un tanque o media docena de ayudantes, pensé al tiempo que abría la puerta del auto y miraba a ambos lados de la calle.

Ubiqué un teléfono público, marqué el número de Bernales y lo encontré en su oficina, a punto de iniciar la primera ronda de la noche. Le hablé del robo a la barraca y cuando terminé de contarle la historia noté un creciente entusiasmo en su voz.

—Herramientas, artefactos de gasfitería, pinturas, pegamentos, tuercas y otras cosas de fácil venta en mercados persas o en las veredas del comercio callejero. El que descubriste anoche no fue el primer robo en la barraca —dijo Bernales mientras endulzaba el café que había pedido para espantar el sueño.

Estábamos en una cafetería próxima al Cuartel Central de la Policía de Investigaciones y todavía escuchaba en mis oídos el concierto de sirenas, gritos y disparos que sobrevino a los pocos minutos de mi llamada telefónica. Bernales estaba cansado, pero satisfecho con el resultado de la pesquisa.

—Te debo una gauchada —dijo—. Aún no obtenemos la confesión de los detenidos, pero uno de ellos, Cabrales, ha dicho lo suficiente como para tener una idea general de la forma en que operaba la banda. Es un muchacho de quince años y ya tiene a su haber una estadía en un Centro de Internación. El jefe de la pandilla se llama Gabriel Peña, un pájaro con prontuario de monrero y cafiche.

—¿El vigilante pertenece a la banda? —pregunté, al tiempo que recordaba el mensaje de texto que me había enviado Carvilio antes de morir.

—Todavía no lo reconoce. Dice que cooperó bajo amenaza, pero apostaría a que está mintiendo.

—¿Cómo sacaban la mercadería sin que nadie se percatara de las mermas?

—Contaban con la complicidad de Bulnes, el gerente de finanzas. Ordené que lo detuvieran en su casa y a esta hora debe estar declarando. Cabrales dice que Bulnes adulteraba los registros de existencias y se preocupaba de la rápida reposición de los productos.

—Ahora adquiere sentido el mensaje de Carvilio. Descubrir a los ladrones le costó la vida.

—Ninguno de los detenidos vinculó los robos con la muerte del guardia. Y dudo que lo hagan si no tienen una buena razón. Una cosa es ir a la capacha por robo y otra muy distinta es ser acusado de asesinato.

—Falta que alguien les hable con ternura.

—Si estás pensando en conversar con los detenidos, olvídalo.

—Hace un rato dijiste que me debes una gauchada.

—No puedo permitir que converses con los detenidos.

—Los detenidos, si tenemos suerte, van a hablar cuando sientan el peso de la celda. Pero yo estaba pensando en otra cosa, Bernales. ¿Puedes buscar información respecto a un tal Guillermo Zuñeda?

—¿Quién es él?

—Revisa tus archivos y tal vez encuentres una buena respuesta a esa pregunta.

Me despedí de Bernales y conduje de regreso a mi departamento. Las calles estaban atestadas de autos y buses que corrían de un lado a otro, espantados, como conejos en noche de cacería. No podía esperar mucho de la persecución de

Montegón. A lo más un nuevo nombre en la lista de los detenidos y una conversación en la que el infiltrado insistiría en su teoría sobre la conspiración sindicalista. El asunto de la barraca parecía haber llegado a su fin, salvo que de los interrogatorios de Bernalles surgiera algún nexo con el asesinato de Carvilio. Pero no me hacía grandes ilusiones. El descubrimiento de los robos y mi pregunta acerca de Zuñeda eran los últimos arrebatos de un pescador que tira su carnada sin más esperanza que atrapar un barbo incomible. Estaba cansado. El sueño cerraba mis párpados y debía reconocer que Anselmo tenía razón cuando me decía que no estaba en edad de trasnochar. Sin embargo mi romance con la almohada duró menos que suspiro de solterona. Apenas puse mi cabeza en ella, oí el ronroneo insistente del teléfono. Dudé entre cerrar los ojos o coger el fono, y al final la curiosidad pudo más que el cansancio. Tomé el fono y desde el otro lado de la línea me llegó la voz de Griseta.

—¿Ocurrió algo? Anoche te llamé varias veces —preguntó luego de saludar y contarme que estaba a punto de subir al bus que la llevaría a Dalcahue.

—Vigilaba una barraca —le dije y luego, cuando terminé de contarle los pormenores de la captura de los rateros, agregué—: Gracias por llamar, necesitaba oír una voz conocida.

—¿Tan mal están las cosas?

—Tengo la impresión de estar dando puras vueltas inútiles.

—No es la primera vez que dices lo mismo. Ten paciencia, mañana es otro día.

—Descuida. Llamaré a mi proveedor de paciencia. Mientras tanto, cómprame una bolsa de roscas chonchinas en la feria de Dalcahue y reserva tus mejores besos para el regreso. Te extraño.

—También yo a ti, Heredia. Ten paciencia.

—Últimamente todo lo resuelves con un poco de paciencia.

—¿Qué más quieres que te diga?

—Que vas a olvidar el viaje a Dalcahue y abordarás el primer avión con destino a Santiago que encuentres.

—Tengo que terminar mi trabajo.

—Lo sé. Soñaba despierto por algunos segundos.

—Adiós, Heredia.

—Adiós muñeca —retruqué, recordando el título de la novela de Raymond Chandler que había leído cuando trabajaba de vigilante en un motel y ocupaba gran parte de la noche en leer las novelas que me prestaba un policía retirado que laboraba en el mismo lugar.

Tres horas más tarde, desperté con los golpes que alguien daba en la puerta del departamento. Me vestí de mala gana y calcé mis zapatos con la intención de romperle el alma a quien osaba interrumpir mi sueño, a una hora en la que hasta las putas más entusiastas del barrio dormían a pierna suelta, solas o acompañadas por sus galanes de turno. Abrí la puerta y como si fuera el comienzo de una pesadilla, quedé frente al rostro demacrado de Montegón.

—¿Qué hace aquí y a ésta hora? —le pregunté, mientras intentaba alejarme del aliento vinoso del detective.

—Vine a contarle que seguí al hombre de la camioneta y que logré intercambiar un par de palabritas con él —respondió Montegón entrando al departamento—. Se llama Belfor Méndez y no me costó mucho hacerlo cantar.

Montegón se acercó a la silla que estaba frente a mi escritorio y se dejó caer en ella con la ligereza de un costal de papas.

—¿Tiene algo de beber? —preguntó, al tiempo que observaba de reojo el aspecto de la oficina—. Necesito un tónico que me mantenga a flote.

Saqué del escritorio la botella para las emergencias y le serví dos dedos de whisky en un vaso de papel que Anselmo había dejado días atrás, entre el Pequeño Larousse que presidía el desorden del escritorio y un cactus alargado, regalo de una clienta por servicios que no recordaba haberle prestado.

—¿No me acompaña? —preguntó una vez que tuvo el vaso en sus manos.

—Nunca bebo antes de tomar desayuno —respondí, y luego de ponerlo al tanto de lo ocurrido con la intervención de Bernales, le pedí que continuara su informe respecto a Méndez.

—Trabajé una temporada en la barraca, hasta que lo sorprendieron llevándose mercaderías para la casa. Tiempo después lo llamó uno de sus antiguos jefes. Méndez pensó que le estaban dando una oportunidad para seguir en el trabajo, pero el jefe lo sugirió contactarse con Gabriel Peña. Así comenzó a participar en los robos y hasta hoy estaba contento de pertenecer al equipo de tan entusiastas emprendedores. Llevaban más de un año robando y nunca vieron amenazado el negocio. En su confesión también mencionó a Bulnes, un tipejo con galones al interior de la barraca.

—Coincide con la historia que Peña contó a la policía. Lo más probable es que el caso quede cerrado cuando Bulnes asuma su responsabilidad. Nadie sabe para quién trabaja, Montegón. Ninguno de nosotros encontró las respuestas que andaba buscando y solo la policía sacará beneficio de nuestras pesquisas.

—No estaría tan seguro de eso, Heredia. Pregunté a Méndez por Carvilio. Al principio negó conocerlo, pero luego de unas caricias reconoció que había oído hablar de él. Días atrás, Peña le contó que el gran jefe estaba molesto por las preguntas que Carvilio andaba haciendo en la barraca.

—¿Tan molesto como para pedir a alguien que acallara al preguntón?

—Le pregunté lo mismo a Méndez y no me supo dar una buena respuesta. Si quiere, podemos ir a conversar con él. Es un raterillo con disposición al canturreo.

—¿Qué hizo con Méndez?

—Lo tengo a buen resguardo. Con mordaza y más amarrado que arrollado huaso.

—Habría sido mejor entregarlo a la policía.

—Primero deseaba saber que había pasado con usted en su visita a la casa de los ladrones.

—Supongo que no seguiré con sus ideas acerca del sindicato.

—Ni me lo recuerde. Temo que pronto quedaré sin trabajo.
—¿Quién lo contrató para investigar en la barraca?
—Solares, el gerente general.
—Al menos podrá hablarle de la captura de los ladrones.
—Y después de eso, a la calle —dijo Montegón.
—Nunca falta en qué ocupar el tiempo libre.
—¿Necesita un socio?
—Le agradezco su ayuda, pero nunca podría asociarme con usted.
—¿Se cree mejor que yo?
—No, pero es evidente que andamos por veredas distintas.
—En su oficina hay espacio para otro escritorio —dijo el detective y luego, poniéndose de pie, preguntó—: ¿Ha leído los libros que tiene en las estanterías o están de adorno?
—He leído la mayoría y algunos más que me han prestado.
—¿Para qué lee tanto?
—Para vivir, para soñar, para saber en qué mundo estoy parado.
—Mi padre nunca me dejó tener mucho contacto con los libros —dijo Montegón acercándose a la puerta con la intención de salir del departamento—. Hasta la fecha, dice que el exceso de libros y de pajas, reblandece la sesera. ¿Usted qué cree?
—También están los que piensan que tan nobles ocupaciones fortalecen la imaginación.
—Se lo comentaré a mi padre la próxima vez que lo vea.

Pese a mis dudas y a los kilos de más que cargaba sobre sus lomos, estuve acertado en mi apuesta a Fontanero. Antes de girar el codo final, el caballo se ubicó en el cuarto lugar y al ingresar en tierra derecha arremetió hasta ganar con facilidad a sus rivales. Había sido la última carrera del programa y a esas alturas de la jornada el aire de la sucursal era una masa espesa de sudores, humo de cigarrillos y vahos alcohólicos. Los apostadores que tenía a mí alrededor eran los personajes de una tragedia cotidiana. Tipos cansados, mal vestidos y con el inconfundible estigma del fracaso en la mirada. Y, mezclados entre ellos, los pelusas que vendían cigarrillos y las putangonas viejas que intentaban convencer de sus encantos a los pocos hípicas que habían acertado en sus apuestas.

Anselmo estaba a mi lado, con la vista fija en la pantalla donde repetían la carrera ganada por Fontanero. Le mostré mis boletos con el entusiasmo del mozalbete que acaba de besar a la primera mujer de su vida y el quiosquero hizo una mueca despectiva, como si obtener un dividendo que multiplicaba lo apostado por quince fuera algo fácil de conseguir todos los días.

—¿Qué pasa, Anselmo? ¿Jugaste al caballo que te dije?

—Lo siento, ni siquiera le aposté unos vales a placé. Sus tincadas me dan tanta confianza como las sonrisas de los políticos.

—¿Y dónde queda la amistad?

—La amistad es una cosa y el juego otra, don.

—¿Y ahora qué?

—La ley de los apostadores no admite interpretaciones, el que gana paga la botella del estribo.

—¡Te pusiste vivaracho!

—¿Es mi culpa que usted nunca dé puntada con hilo? ¿Es mi culpa que sus tincadas se concreten muy de tarde en tarde?

—Lo que duele no es el dinero que dejamos de ganar, sino la falta de confianza.

—Sin dramas, don. Shakespeare ya escribió todos lo que valían la pena.

—Promete que apostarás a mi próxima tincada.

—Prometo, don —dijo Anselmo sin mucha convicción.

Nos fuimos de la sucursal y nos dirigimos al bar Central, donde una decena de parroquianos a medio filo seguían las alternativas de un partido de fútbol. Bebimos la primera copa a la salud de Fontanero y para acompañar las siguientes pedimos unos churrascos que nos devolvieron el alma al cuerpo. Más tarde, cuando algunos hinchas de la Universidad de Chile celebraban un gol de Marcelo Salas, pagué la cuenta y salimos a caminar por el barrio, con el paso cansino de dos jubilados. El paseo Puente mostraba su bullicioso espectáculo de cantantes y vendedores callejeros. Una mujer de trenzas largas leía el Tarot y dos niños disfrazados de charros interpretaban una ranchera bajo la atenta mirada de un sujeto de aspecto desaliñado que parecía ser el

padre. Bebimos la última copa en el Marco Polo y después nos separamos frente al edificio del Correo Central. Vi alejarse al quiosquero por la calle Catedral y encendí un cigarrillo que me acompañó hasta llegar junto a la entrada principal de mi edificio. Feliz Domingo me vio entrar y se apresuró en pasarme tres cartas que dormitaban en el casillero de la correspondencia.

—Espero que porten buenas noticias, señor Heredia —dijo el conserje, sin dejar de mirar los sobres.

—Mi esperanza no llega a tanto. Me conformo que no sean cuentas atrasadas.

—Hoy me tocó trabajar en horario nocturno —agregó Feliz Domingo, apesadumbrado—. Prefiero hacerlo por las mañanas o en la tarde. El barrio es peligroso por las noches.

—No más que entrar a un banco a la luz del día.

—Las cosas que dice, señor Heredia.

—¿Nunca te ha interesado dar una mirada en los cabarés del barrio?

—¡Jamás! No hay que abrir las puertas al pecado.

—¿En qué monasterio te educaron, Feliz Domingo?

—No blasfeme, señor Heredia.

—¿Vino alguien a preguntar por mí? —le pregunté con la intención de dar otro giro a la conversación.

—Nadie. Pero usted se está pareciendo a su vecino, el señor Hernández. Cada vez que él llega al edificio hace la misma pregunta.

—¿Y qué tiene eso de especial?

—Me da la impresión que temieran encontrarse con una sorpresa desagradable.

—¿Desde cuándo te dedicas a mirar debajo del agua?

—No se moleste, señor Heredia. Es una observación al pasar.

—No me molesto, Feliz Domingo. Pero, cuidado con husmear más allá de lo prudente. Hay gente que lo puede tomar con menos humor.

Abrí una de las ventanas del departamento y me dediqué a observar la ciudad que, de noche y a la luz de la luna, tenía la aparente calma de un lago. Sin embargo la vieja tramposa no me engañaba. Conocía la miseria y los secretos agazapados en sus esquinas; el dolor anidado bajo los puentes, la humedad de los conventillos, la ebria resignación de los que dormían en las veredas, la tristeza de las putas que deambulaban por los portales, el metal traicionero de los estiletos, el llanto del mocosito que pedía limosna en el último bus a ninguna parte. Conocía la ciudad y podía recorrerla a mi antojo, sin más límites que el cansancio o el súbito deseo de beber una copa. Miré hacia el horizonte y me pregunté si en algún rincón de esa masa oscura estaban los asesinos que buscaba. Tal vez debía tocar una pata de conejo o hacer una manda al santo de moda. Mi trabajo de los últimos días tenía el color del fracaso y nada me auguraba un repentino cambio de fortuna. Lancé mis inquietudes por la ventana y acompañado por los pasos sigilosos de Simenon me dirigí al dormitorio. Me metí a la cama, encendí el aparato de radio ubicado sobre el velador y

cerré los ojos.

A la mañana siguiente desperté con la voz de un locutor que leía el pronóstico del tiempo. Apagué la radio y cuando me disponía a duchar, escuché el repiqueteo chillón del teléfono. Cerré la llave del agua y corrí desnudo hasta la oficina donde Simenon dormitaba sobre una pila de programas hípicos. Tomé el fono y de inmediato reconocí la voz del abogado Cotapos. Tenía la información solicitada a sus colaboradores. Quedé en pasar por su oficina antes del mediodía y luego nos despedimos. Volví al baño y me metí bajo el agua. Por un instante tuve la sensación de correr junto a la orilla de un río.

La oficina de Cotapos era pequeña y oscura. Su única ventana daba a un patio interior rodeado de construcciones grisáceas. De las paredes colgaban tres descoloridas reproducciones de Goya y dos diplomas universitarios que acreditaban especializaciones en derecho penal y laboral.

—¿Cómo marcha la investigación? —preguntó después de indicarme la silla que tenía a un costado de su escritorio.

—Hasta ahora no descubro algo importante. Preguntas, respuestas inconclusas, robos de mercaderías, sospechas que duran tanto como una cascada de burbujas.

—No se desaliente, porque le tengo una noticia que reactivará su optimismo. La idea de relacionar a Reyes con Suazo nos condujo a algo concreto. Mis colegas estudiaron las causas que tenemos en desarrollo y en una de ellas, los dos hombres aparecen mencionados en calidad de testigos.

—¿De qué se trata? —pregunté, interesado.

—Es una querrela contra Braulio Serrano, sujeto identificado como torturador de Villa Grimaldi. ¿Le dice algo ese nombre?

—Primera vez que lo oigo mencionar. ¿Quién es? ¿Dónde lo puedo ubicar?

—El año 1973 era teniente del Ejército. Su nombre aparece mencionado en varias causas por atropellos a los Derechos Humanos y se sabe que además de pasar por Villa Grimaldi, estuvo asignado al campo de prisioneros de Cuatro Álamos. A comienzos de los años ochenta fue destinado a un regimiento en el norte del país y regresó a Santiago en marzo del año 1985. Al mes siguiente murió en un accidente automovilístico.

—O sea es un camino que no conduce a ninguna parte —dije, interrumpiendo el relato del abogado.

—Reserve sus juicios para más adelante, Heredia —dijo el abogado, y luego de una pausa para cerrar la carpeta que tenía sobre el escritorio, agregó—: En la querrela contra Serrano aparecen otros dos acusados. Toro Palacios y un tal Fullerton. Y además, en calidad de testigos en condiciones de corroborar que los mencionados pertenecieron al destacamento de Villa Grimaldi y que participaron en acciones criminales, se nombra a tres oficiales: Víctor Moltisanti, Vicente Tapia y Danilo Uribe. Todos ellos son militares en retiro y fueron agentes de la DINA y de la Central

Nacional de Informaciones.

—Salvo Toro, es primera vez que oigo mencionar el resto de los nombres.

—Las nóminas de los funcionarios de los servicios de inteligencia siempre fueron reservadas y sujetos como los aludidos usaron nombres falsos. Sin embargo, para dar más fuerza a la querrela y solicitar diligencias concretas al tribunal, en su momento aportamos información para dar con el paradero actual de los oficiales mencionados. Sabemos dónde ubicar a Moltisanti, Tapia y Uribe, y he pensado que alguno de ellos podría ayudar a encontrar a Toro.

—¿Puedo tener acceso a esa información?

—Desde luego que sí. Hice preparar una minuta para usted —dijo Cotapos, indicando un papel que tenía encima del escritorio, junto a un ajado ejemplar del Código Civil.

—¿Es confiable la información?

—Nos costó reunirla, pero hasta hace tres meses los sujetos se encontraban en las direcciones señaladas en la minuta. El Ejército nunca quiso cooperar, pero contamos con la complicidad de un funcionario del Ministerio de Defensa que nos permitió acceder a información clasificada. Después nos empeñamos en ubicar a los uniformados que están vivos, y en los casos de Tapia y Uribe, los seguimos hasta sus lugares de trabajo.

—Veo que se han tomado muchas molestias.

—No ha sido un trabajo fácil ni plácido. Hemos batallado contra las mentiras y el deseo de los victimarios de mantener el anonimato.

—¿En qué estado se encuentra la causa donde mencionan a Reyes y Suazo?

—Estancada y sin posibilidades de reapertura. Antes de la muerte de Reyes, tenía esperanza de aportar pruebas que permitieran procesar a los inculpados. Germán recopilaba información sobre los militares identificados. La última vez que hablé con él, me aseguro que esperaba confirmar una información clave. Desgraciadamente, nunca llegué a saber de qué se trataba.

—Investigaba a Toro Palacios.

—Eso lo sé, pero ignoro qué logró averiguar. Toro es un gran enigma. Varios detenidos lo mencionan en sus testimonios, pero nunca hemos podido dar con su paradero.

—Aparte de usted y Terán, ¿alguien más conocía el trabajo de Reyes?

—No que yo sepa. Germán era reservado con sus investigaciones.

—Siento que tengo cartas buenas en las manos, pero no sé cómo jugarlas.

—Nos interesa llegar a Toro. Y, como antes le dije, tal vez los militares que mencioné sepan dónde ubicarlo.

—¿Qué le hace pensar que pueden cooperar? Son perros de presa, no matones de poca monta a los que se puede atrincar contra un muro. También doy por sentado que no desearán verse involucrados en algo que les recuerde el pasado.

—Nada pierde con intentarlo.

—Mi cuello y mi cabeza.

—Dudo que eso le preocupe, Heredia. Hice averiguaciones sobre usted y sé que es un hueso duro de roer. Aceptó investigar la muerte de Reyes, llegó a golpear la puerta de Terán, y después me pidió que revisara los expedientes que guardó en mi despacho. Todo eso me demuestra que sabe hacer su trabajo.

—Si aparezco con un tiro en la cabeza, no olvide llevarme claveles rojos al cementerio.

—¿Tiene miedo?

—El suficiente miedo como para mantener los ojos abiertos y la espalda contra un muro. Pero lo que más me preocupa es que ya no corro con la agilidad de hace treinta años, cuando instalé la oficina y el calendario parecía un árbol de incontables hojas.

Pese a los ritos públicos y a las declaraciones de buena crianza que intentaban enterrar el pasado, éste seguía emergiendo por las fisuras de una sociedad acostumbrada a las apariencias, los decorados artificiosos y las componendas tras bambalinas. El pasado era una herida que no había sido limpiada a fondo y que hacía aflorar su pestilencia al menor descuido. La minuta de Cotapos estaba sobre la mesa. Releí los nombres escritos en ella y después tomé el teléfono. Bernales seguía en su oficina, revisando los informes de los detectives a su cargo. Le pregunté por Bulnes y me dijo que el ejecutivo seguía sin reconocer su responsabilidad en los robos cometidos en la Barraca León.

—No tardará en caer de la cuerda —agregó—. Las confesiones de sus secuaces le dejan poco margen para salir libre de polvo y paja. Mientras tanto seguimos buscando al conductor de la camioneta empleada en el robo.

—¿Aún no aparece? —pregunté, recordando mi última conversación con Montegón.

—Huyó de Santiago o se lo tragó la tierra.

Por un instante pensé en mencionar a Montegón, pero preferí omitir su nombre hasta conversar de nuevo con él.

—¿Conseguiste la información sobre Zuñeda? —le pregunté para desviar el curso de la conversación.

—Los informes, las reuniones y un par de nuevos casos me han tenido ocupado, Heredia. No me quejo, pero a veces quisiera estar en tus zapatos y no rendir cuentas a ninguna jefatura.

—Es tu día de mala suerte, Bernales. Deseo agregar otros nombres a mi solicitud. Vicente Tapia, Danilo Uribe y Víctor Moltisanti.

—¿Quiénes son esos tipos?

—Militares que pertenecieron a los servicios de inteligencia.

—En mi unidad no tenemos antecedentes sobre esa materia. Tendría que pedir ayuda a los colegas de la Brigada de Asuntos Policiales Especiales y Derechos Humanos.

—Puedes hacer el intento. En pedir no hay engaño, Bernales.

—Tampoco en que me manden a la mierda o me acusen con mi superior de andar pidiendo información que no es de mi incumbencia.

Durante unos minutos intenté convencerlo de ampliar su ayuda y luego, cuando intuí que el muro no se ablandaría, me despedí sin más ceremonia que un hasta luego.

Volví a leer la minuta de Cotapos y con algo de fastidio la dejé frente a Simenon. El gato olfateó la hoja de papel y sin interesarse en su contenido, la apartó de su lado.

—Deberías estar en la calle, rastreando esos nombres —dijo, al tiempo que observaba a una mosca que revoloteaba sobre mi cabeza.

—No quiero más preguntas por hoy. El lío de la barraca me dejó hastiado.

—¿Y qué quieres? Esperas que esos tipos golpeen a tu puerta o se trasladen a vivir al edificio para no mover el trasero.

—De acuerdo, genio. ¿Por cuál de los tres nombres comenzamos?

—Vicente Tapia, el corredor de propiedades. En una de esas te ofrece un departamento en el que funcionen las llaves del agua.

—¿Alguna otra razón para ubicar a Tapia en primer lugar?

—La oficina de corretaje debe ser un buen negocio y dudo que el tipo quiera estropearlo. Eso puede servir para meterle algo de presión.

—Buena idea. A veces consigues hacerle honor a tu supuesta condición de felino inteligente.

—Si me escucharas más a menudo, tendrías menos problemas.

La minuta de Cotapos señalaba que Vicente Tapia era dueño de una corredora de propiedades ubicada en la calle Suecia. Conduje hasta el lugar y después de subir quince pisos en un ascensor recargado de espejos, quedé frente a una secretaria que no se demoró en informarme que Tapia supervisaba en esos momentos las ventas en un condominio construido en Peñalolén. Llegar a la nueva dirección me demandó una hora de conducción, entre semáforos en mal estado y desvíos causados por la construcción de la autopista que circundaría la ciudad, y a la que en un futuro próximo habría que pagar por entrar. Todo se volvía comercio gracias a los genios que imponían la economía de libre mercado; las autopistas, los cementerios, los hospitales, las escuelas y universidades, el uso de las plazas, la luz de la luna, el aire salobre del mar. Un día de éstos cobrarán por cruzar la puerta del edificio donde vivo, me dije, y enseguida apreté el acelerador transformando en velocidad el súbito descontento.

El condominio estaba en los faldeos de un cerro de aspecto desolado. Las casas eran grandes, rodeadas de pasto y jardines con rosales, hortensias y geranios, mis flores favoritas. Sin duda eran más atractivas que la casa de Hansel y Gretel, pero me bastó ver un letrero con el valor de las viviendas para saber que jamás podría comprar ni siquiera una de las tejas que cubrían sus techos. Estacioné junto a la oficina de ventas y apenas entré en ella, quedé frente a una colorina que poseía los ojos azules más bellos que había visto en muchos años. Ojos azules y cálidos que me miraron desde un escritorio repleto de catálogos y folletos. Pregunté por Tapia y la mujer me dijo que andaba mostrando una casa a dos clientes.

—¿Tardará en regresar? —le pregunté.

—Depende del interés de los clientes —respondió la colorina, y luego de evaluar con cierto desencanto las arrugas de mi camisa, me preguntó si andaba buscando trabajo.

—No. Tengo cierto negocio que tratar con él —le respondí.

—Si quiere una cotización, puede hablar conmigo.

—¿Tengo aspecto de poder comprar una casa? Sé que a veces las apariencias engañan, pero a la larga es muy difícil disimular el tamaño de la billetera.

—Visto de esa manera, no es mucho lo que puedo hacer por usted.

—¿Me puede decir dónde puedo ubicar al señor Tapia?

—Casa H. Tome el camino principal del condominio y conduzca hasta ver dos palmeras. Doble a la derecha y avance hasta una casa con rejas. Frente a ella debe estar estacionada la camioneta verde del señor Tapia.

—Gracias, si tuviera veinte años menos la invitaría a cenar.

—Hay mujeres que gustan de los hombres mayores.

—¿Eso quiere decir que tengo esperanzas?

—Ninguna. No estoy en la lista de esas mujeres.

Según la minuta de Cotapos, Vicente Tapia tenía cincuenta y nueve años, buena parte de los cuales había vivido en el Ejército, primero como cadete y después en distintas destinaciones hasta su retiro anticipado desde la institución, a fines del año 1990. Su paso por los servicios de inteligencia militar estaba registrado entre los años 1974 y 1982. Posteriormente, había sido enviado como agregado militar al Ecuador, y de regreso al país, cuatro años más tarde, destinado a la Escuela de Suboficiales, como instructor de reclutas. Con esos antecedentes en la memoria me dirigí al encuentro del ex militar. La casa en venta tenía su puerta principal abierta y me bastó empujarla levemente para ir a dar a una sala en la que holgadamente cabían cuatro mesas de ping pong. Al fondo de la sala había un ventanal que miraba hacia la cordillera. Di un par de pasos apreciando el cuidadoso encerado del piso y enseguida avancé hasta la puerta que comunicaba con la cocina. Oí voces provenientes de otro sector de la casa, y al regresar a la sala vi aparecer a una pareja, seguida de un hombre alto, delgado, y de cabellos grises recortados con severidad.

—Recorra la casa y después conversamos —me dijo el hombre alto, con estudiada amabilidad.

Me acerqué al ventanal y desde allí observé a la pareja. La mujer era rubia, de unos treinta años y algo entrada en carnes. Su esposo se veía algo mayor. Era moreno, bajo, y su buzada rebalsaba el cinturón que la comprimía. El hombre quería hacer preguntas, pero su mujer lo acallaba con las suyas. Tapia respondía pacientemente, dando detalles precisos acerca de las características de la vivienda que se proponía vender. Traté de imaginar al corredor de propiedades enfundado en un traje militar y no lo conseguí. Quince minutos más tarde, lo vi contemplar al matrimonio hasta que éste subió a un auto estacionado delante de su camioneta verde.

—¿Fracasó la venta? —le pregunté, alejándome unos pasos del ventanal.

—Volverán. La mujer está entusiasmada con la casa y eso pesa más que las dudas del marido. Llevo muchos años en el negocio y conozco a los clientes —dijo Tapia, y acercándose a mi lado, preguntó—: ¿Usted también está interesado en la casa? Nos quedan dos del mismo estilo y tamaño.

—Me gusta la casa, pero tendría que vivir dos veces para comprarla.

—Tenemos otros condominios con casas de menor costo —agregó Tapia, dirigiéndose hacia la salida—. La encargada de la oficina de ventas podrá entregarle

más antecedentes sobre las viviendas y resolver sus consultas.

—No quiero una casa, señor Tapia. Busco a Toro y Fullerton, sus dos camaradas de armas.

La mirada de Tapia se transformó en un estilete capaz de atravesar las paredes que nos rodeaban y deduje que si el militar decidía recurrir a los golpes, tenía escasas posibilidades de salir airoso.

—Si no conoce el camino, llamaré a mis guardias para que lo acompañen hasta la salida —dijo Tapia, al tiempo que abría la puerta y miraba hacia el exterior.

—Guarde sus amenazas. Solo pretendo conversar con usted.

—No conozco a las personas que mencionó —agregó Tapia, sin recuperar el tono amable que había empleado para atender al matrimonio.

—Piense en los clientes que perderá si su oficina aparece tapizada de carteles denunciando su paso por la villa, o que dirán las constructoras para las que trabaja cuando sepan que usted está implicado en crímenes.

—¿Quién es usted para amenazarme?

—Alguien que juega con varios ases bajo la manga.

—¿Quién es usted? —volvió a preguntar Tapia, imprimiendo un tono autoritario a su voz.

—Me llamo Heredia, y soy un detective interesado en sus recuerdos.

—¿Policía?

—Trabajo por mi cuenta —respondí mientras Tapia sacaba un celular desde su chaqueta—. Y deje en paz a sus guardianes. No puede golpearme ni hacerme desaparecer como antaño. Tengo amigos que saben dónde y con quién me encuentro.

—Se lo diré de una manera clara y breve. Desarrollé funciones de inteligencia, pero no tuve nada que ver con torturas —dijo Tapia.

—Su nombre figura en los testimonios de varios prisioneros que estuvieron en Villa Grimaldi.

—Tengo las manos limpias.

—Nadie que ha estado en el infierno puede decir que no conoce el fuego.

—Mi trabajo consistía en analizar información relacionada con sindicatos y colegios profesionales. Leía los antecedentes entregados por las unidades operativas y preparaba informes que iban a dar a las manos de mis superiores.

—¿Nunca le preocupó cómo recogían la información?

—Estábamos en guerra. Debíamos obedecer las órdenes y hacer nuestro trabajo.

—He escuchado ese discurso muchas veces y siempre tiene el mismo tono nauseabundo de la cobardía. Toro y Fullerton. Quiero saber de ellos, y el resto, por lo que a mí respecta, es un problema entre usted y su conciencia.

Tapia cerró la puerta de la casa y dio unos pasos por la sala. Encendí un cigarrillo y lo dejé meditar unos segundos. Tal vez había dicho la verdad, tal vez no, pero era evidente que el pasado le incomodaba. Me acerqué al ventanal y observé las nubes que cubrían parte de la cordillera. La nieve persistía en lo alto de las cumbres y por

un momento me vi perdido en medio del frío, esperando que el sol derritiera el hielo hasta mostrar el sendero que conducía de regreso a la ciudad.

—Nuestro trabajo era compartimentado —oí decir a Tapia—. Cada unidad hacía lo suyo y desconocíamos el trabajo de las demás. Cada grupo se preocupaba de un objetivo. Los partidos políticos, los sindicatos, las universidades, los servicios públicos, la iglesia, las juntas de vecinos, los clubes deportivos, las sociedades de artistas y escritores. Todos los frentes que usted se imagine y que pudieran tener alguna incidencia en el acontecer político. En cada grupo existían los analistas y los que hacían el trabajo operativo. Las coordinaciones entre los grupos eran de responsabilidad de las jefaturas.

—¿Adónde quiere llegar con esa explicación? —pregunté, interrumpiendo el discurso del militar.

—Toro era el jefe de un grupo distinto al que yo pertenecía. Se hablaba de él con admiración. Dirigía un grupo operativo al que se le atribuía la eliminación de varias células del Partido Comunista y del Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Su apellido verdadero era otro y nunca lo supe. Nos vimos un par de veces y cuando dejé las labores de inteligencia, no volví a saber de él. Supongo que sigue vivo, pero no sé dónde pueda estar.

—¿Y Fullerton?

—Oí hablar de él, pero nunca lo vi. Al parecer era el ayudante de uno de los jefes de mayor rango y a veces aparecía en la villa. Es todo lo que sé. Yo era una pieza del engranaje, alguien que recibía órdenes y obedecía. Sé que más de alguien terminó despedido de su trabajo o fue encarcelado por mi culpa, pero nunca torturé a nadie.

—Tal vez no tuvo la oportunidad de hacerlo o me va a decir que nunca pudo evitar una muerte, un apremio, una detención. Usted y los suyos eran felices con lo que pasaba. Festejaban sus crímenes y se creían héroes de una guerra que solo estaba en sus imaginaciones.

—Toda guerra deja víctimas entre vencedores y derrotados. Y la guerra pertenece al pasado. Hoy quiero vivir en paz. Tengo esposa, hijos y una buena ocupación. No tengo ningún interés en terminar en los tribunales, como algunos de mis antiguos camaradas.

—Usted sigue vivo y en cambio muchos de los que usted combatió están muertos.

—Esta conversación es inútil. Nunca estaremos de acuerdo.

—Seguro que no, los acuerdos casi siempre pasan por encubrir la verdad —dije, y mientras apachurraba el cigarrillo sobre el immaculado piso de la sala, agregué—: Si descubro que me ha mentado, volveré a inquietar la paz que tanto anhela.

—Entonces, y salvo que decida comprar una de mis casas, lo más probable es que nunca volvamos a vernos.

De regreso a mi oficina pensé en que debía haber preguntado a Tapia por los otros nombres registrados en la minuta de Cotapos. Lo pensé y me dije que habría sido un error, porque si Tapia los conocía, lo más probable era que se comunicara con ellos

para alertarlos acerca de un detective privado que andaba escarbando en las cenizas. Una hora más tarde estaba de vuelta en mis territorios del centro de Santiago. Dejé el auto en un estacionamiento y caminé hasta el City con la intención de beber una copa y arrancar de mi boca el gusto amargo de la conversación con Vicente Tapia.

No encontré conocidos en el bar. Pregunté por el Escriba y uno de los mozos me contó que había pasado al mediodía, acompañado de un poeta de Puerto Peregrino que bebía cervezas con envidiable entusiasmo. Busqué una mesa desocupada, pedí mi vodka de costumbre y por primera vez en el día sentí que las cosas a mí alrededor tenían algún sentido.

Salí del bar cuando las sombras comenzaban su jugarreta de adioses y romances clandestinos. El vodka dormitaba en mi piel y cierto optimismo absurdo provocaba una sonrisa en mis labios. Había conseguido que Tapia reconociera su pasado y la existencia de Toro y Fullerton. Dos fantasmas que podían andar recorriendo las calles de Santiago, engañando a la gente con sus aspectos de honrados ciudadanos. Me dejé llevar por el aire cansino de la noche y caminé por el paseo Puente hasta llegar a la calle Aillavilú. Vi salir a un par de clientes con sus pasos descompuestos de La Piojera, y seguí mi camino, desdeñando las ofertas de los tipos que me invitaban a entrar a los cabarés. El quiosco de Anselmo estaba cerrado y un perro daba vueltas a su alrededor, escogiendo el lado más adecuado para mear.

Feliz Domingo me detuvo cuando me disponía ingresar al ascensor. Parecía molesto y sus palabras demoraron más de la cuenta en convertirse en un conjunto de sonidos entendibles.

—Hay situaciones que francamente no puedo aceptar, señor Heredia —dijo, nervioso, como una hoja seca que presiente la llegada del viento.

—¿De qué se trata, Feliz?

—Félix, con equis —retrucó el conserje, y luego de comprobar que el nudo de su corbata seguía en su sitio, agregó—: Se trata de uno de sus amigos. Vino, preguntó por usted, y cuando le dije que no estaba, insistió en esperarlo en su oficina.

—¿Qué tiene eso de malo? La puerta de mi oficina suele estar abierta y hasta ahora ningún ratero se ha interesado en llevarse mis libros y mis recuerdos. Lo que no es de extrañar. Los recuerdos me acompañan en mis ratos de nostalgia y en cuanto a los libros, la gente suele valorarlos tanto como a una sarta de moscas. Nada que me asombre en un país donde la mayoría de las personas no entiende lo que lee y piensa que Don Quijote es el nombre de una cadena de pizzerías.

—El problema es que intenté impedir el ingreso de su amigo.

—¿Y?

—Sacó un revólver de su chaqueta y me apuntó a la altura de la garganta.

—Y eso a usted seguramente lo puso nervioso.

—Nervioso es poco decir. Me ensució los calzoncillos.

—¿Cuál es el problema? Se los cambia y empieza la vida de nuevo.

—Usted me va a disculpar, pero tengo la obligación de informar lo sucedido al

administrador del edificio.

—Cosa suya, Feliz. Hace años que dejé de interesarme en el administrador.

—¿Sí? —preguntó el conserje, y luego de pensar en mi respuesta, agregó—: Si usted le pide a su amigo que se disculpe, podría olvidar mi idea de hablar con el administrador.

—Me parece un trato justo. Pero aún no me dice quién es el amigo que le hizo pasar el mal rato.

—Se llama Atilio Montegón y lleva más de una hora sentado junto a la puerta de su oficina. Fuma un cigarrillo tras otro y bebe de una botella que oculta en un cambucho.

—Hablaré con él, Feliz Domingo.

—Gracias, señor Heredia. Pero recuerde que me llamo Félix, con equis.

—Con equis de Xammar y Xipetotec.

—¿Quiénes son esos? —preguntó el conserje, sorprendido.

—Luis Fabio Xammar, un poeta peruano que vivió en la primera mitad del siglo pasado; y Xipetotec, el dios azteca del maíz, la primavera y los sacrificios.

Montegón seguía sentado junto a la puerta. Sus ojos estaban cerrados y de su pecho brotaba un suave ronquido de lactante satisfecho. De su mano derecha colgaba una botella de pisco vacía. Le di un suave puntapié en las nalgas y lo vi despertar con la angustia de una liebre atrapada en medio de la noche por el haz de una linterna.

—¡Levántese! —le ordené—. Puedo convidarle café y un buen chorro de agua para que se refresque.

—Me dormí esperándolo —dijo Montegón mientras apoyaba una mano en la pared y conseguía ponerse de pie.

Abrí la puerta y entré a la oficina. El detective imitó mis pasos y le indiqué una silla. Después fui a la cocina y puse a hervir agua en la tetera. Mientras esperaba el hervor, oí ruidos en el baño y deduje que Montegón había decidido seguir mi consejo. Cuando un rato más tarde regresé a la oficina, lo encontré peinado y sonriente. Dejé la taza a su alcance y me senté en mi butaca a esperar que probara el café.

—¿Qué hizo con el conductor de la camioneta? —le pregunté al tiempo que encendía un cigarrillo—. Hasta hoy en la mañana, la policía seguía buscándolo.

—De eso quería hablarle —dijo Montegón—. Liberé al tipo, pero antes decidí sostener otra conversación con él. Fue una acertada decisión, porque le volví a preguntar por Carvilio, y me contó que había oído decir que Bulnes pensaba contratar a un tal Chito para que le diera una lección al guardia.

¿Quién es ese tal Chito?

—Supongo que un tipo de esos que pueden matar a su madre por unas monedas. Por lo menos, esa es la impresión que tuvo el chofer al escuchar a Bulnes.

—¿Y usted le creyó?

—Sé dónde y cómo golpear a la gente.

—¿Dónde soltó al conductor?

—No lo solté. Lo dejé amarrado a una silla y después llamé a la policía. A esta hora debe estar disfrutando la hospitalidad de los ratis.

—Dijo dónde podemos ubicar al tal Chito.

—Bulnes es el único que nos puede dar esa información.

—Desgraciadamente está en manos de la policía.

—Ya no, Heredia. Le otorgaron libertad bajo fianza —dijo Montegón, y luego de beber un sorbo de café, agregó—: Nos conviene que esté en libertad. Significa que podremos conversar con él.

—¿En qué está pensando?

—En hacerle una visita. Le debe interesar que no lo vinculen a la muerte de Carvilio.

—Dudo que Bulnes tenga ánimo de recibir visitas. Y lo más probable es que se mantenga acompañado.

—Habrá un momento del día en que esté solo.

—¿Por qué tiene tanto interés en el asunto? —le pregunté, desconfiado.

—¿Olvidó lo que le dije la otra tarde? Quiero demostrar que soy algo más que un figón de sindicatos.

Desperté con el canto de unos pájaros que se equilibraban en la baranda del diminuto balcón existente frente a la ventana de mi dormitorio. Al principio pensé que era el resabio de algún sueño indescifrable, pero agucé el oído y comprobé que el cántico era tan real como el vaso de agua que estaba sobre mi velador, al lado del cenicero de loza, la lamparilla de noche y una torre de libros a punto de derrumbarse. Eran las cinco de la mañana y en una hora más los trinos serían ahogados por los ruidos del barrio. Buses, autos, gritos, pasos, la ciudad con sus entrañas abiertas, desangrándose, como una bestia que han dejado morir en el camino. Cerré los ojos y recordé que Montegón se había quedado a dormir en la oficina, arropado en tres frazadas y bajo la molesta mirada de Simenon que no había aceptado de buena gana la presencia del inesperado huésped. Me levanté y procurando no hacer ruido fui hasta el rincón donde Montegón dormía a pierna suelta. Volví a la cama y tomé una novela de Mankell que aguardaba su turno de lectura. «En todas las investigaciones de los crímenes que se solucionan hay un punto en que atravesamos la pared. No sabemos exactamente lo que vamos a ver. Pero en algún lugar estará la solución», reflexionaba el inspector Wallander en una página que leí al azar. Me enfrasqué en la lectura y solo dejé de lado la novela cuando unas horas más tarde oí los pasos de Montegón merodeando por la oficina.

—¿Cuál es el plan? —le pregunté, un rato más tarde, mientras lo observaba poner cinco cucharadas de azúcar al café de su desayuno.

—Conseguir que Bulnes nos reciba en su casa o esperar a que salga de la cueva.

—Dudo que Bulnes nos abra la puerta de su casa.

—A usted le falta optimismo, Heredia. Optimismo y un poco más de mercaderías en la alacena.

Nuestros intentos por conversar con Bulnes resultaron tan infructuosos como horadar una roca con un alfiler. Ni Montegón simulando ser periodista, ni yo con mi falsa credencial de policía conseguimos llegar más allá del portón de hierro que limitaba el acceso a su casa. Tampoco tuvimos éxito a través del teléfono y la esperanza de abordarlo en otro lugar, nos llevó a perder la mañana, vigilando desde la esquina más próxima a su residencia. No salió de su casa ni tampoco vimos entrar a alguien en ella. Pasado el mediodía, le dije a Montegón que era hora de arrojar la toalla, y como él se empeñó en continuar la vigilancia, le deseé buena suerte y me despedí.

Caminé hasta el paradero más próximo y abordé un bus que me llevó hasta donde trabajaba Danilo Uribe. Durante el viaje volví a leer la minuta de Cotapos. Los datos respecto a Uribe eran muy similares a los de Vicente Tapia. Tenía cincuenta y nueve años, y se había acogido a retiro en el año 1991, después de haber prestado servicios en unidades del norte del país y de su paso por unidades de inteligencia entre los años 1975 y 1984. Estaba casado en segundas nupcias con una enfermera del Hospital

Militar y tenía dos hijos de un primer matrimonio. Desde su retiro del Ejército, trabajaba como jefe de seguridad en un centro comercial del Barrio Alto.

Dispuesto a dar con Uribe a la brevedad posible, caminé rápidamente por los pasillos del templo del dios Consumo y no me dejé tentar por los cantos de sirenas provenientes de las tiendas y de un patio de comidas que hedía a pollo frito, hamburguesas y cocimientos chinos. Después de eso, y como Ulises frente a la costa de Itaca, respiré aliviado cuando descendí al subterráneo donde estaba ubicada la oficina de seguridad.

Un tipo delgado, de bigotito y cabellos cortados al ras, me cerró el paso apenas entré a la oficina. Le dije mi nombre y pregunté por Danilo Uribe.

—¿Para qué lo necesita? —preguntó con el tono prepotente de los milicos.

—Pertenezco a la Policía de Investigaciones —le respondí, al tiempo que ponía mi falsa credencial de policía a una cuarta de su nariz—. Ando tras los pasos de un grupo de mecheras que opera en este centro comercial.

El guardia abrió la puerta de una oficina anexa, entró en ella y al cabo de unos minutos volvió a mi lado y me dijo que su jefe me recibiría en su despacho. Uribe era un hombre grueso y de mediana estatura. Una mancha púrpura destacaba sobre su mejilla derecha y se extendía hasta el inicio de la nariz. Vestía un terno negro, con la piocha de una agrupación de militares en retiro en una de sus solapas, y lucía dos anillos de oro en cada mano. Me observó con sus ojos claros y tuve la sensación de estar frente a un lince dispuesto a despedazar a su presa. Resistí el examen y lo saludé procurando que mi voz sonara segura y convincente.

—Cajales, mi ayudante, dice que usted pertenece a la Policía de Investigaciones —dijo, después de responder mi saludo—. ¿Me puede mostrar su credencial?

La pregunta me tomó de sorpresa y sin atinar con una respuesta, me limité a poner la credencial sobre el escritorio del militar. Uribe tomó el documento y lo estudió unos segundos.

—Su credencial es falsa y su aspecto no es el de un policía —agregó, al tiempo que me devolvía el documento—. No tengo necesidad de darle ninguna explicación, señor cómo se llame, pero le aseguro que tengo experiencia en falsificaciones de toda clase. ¿Quién es usted y qué anda buscando?

—Ando tras el paradero de dos amigos suyos —dije intuyendo que no estaba en condiciones de argumentar en favor de la autenticidad del documento—. Fullerton y Javier Toro, a los que usted conoció en Villa Grimaldi.

—¿Quién es usted? —volvió a preguntar, al tiempo que se ponía de pie y daba un paso en mi dirección.

—Alguien a quien le pagan por encontrar a sus amigos.

—¿Para qué quiere encontrarlos?

—Al parecer sus amigos tienen algunas deudas con la justicia.

—Seguro que usted trabaja para esa gentuza que sigue cacareando con el cuento de los Derechos Humanos. No es la primera vez que me importunan con sus

preguntas. Pero pierde el tiempo conmigo, no traiciono a los míos, como han hecho otros en el último tiempo.

—Eso quiere decir que conoce a Fullerton y Toro.

—No he dicho tal cosa. Y si los conociera, tenga por seguro que no se lo diría.

—Por si aún no está enterado, le informo que pasó la época en que gente como usted podía hacer y deshacer —dije, conteniendo la rabia.

—Tarde o temprano volverán a solicitar la intervención de los soldados. Y entonces terminaremos el trabajo pendiente y ajustaremos cuenta con los que dieron la espalda a mi general.

—Toro era uno de los jefes operativos de Villa Grimaldi —dije, interrumpiendo la bravata del militar—. Usted estuvo ahí y por lo tanto debió conocerlo.

—Ignoro de quién me está hablando —dijo Uribe en voz baja y mientras se sentaba junto a su escritorio, agregó—: Solo puedo decirle que no era fácil llegar a ser parte de las brigadas que operaban en Villa Grimaldi. Había que demostrar que se tenía pantalones para luchar contra la peste roja. Nos envidiaban. Éramos los elegidos para enfrentar al enemigo en la primera línea del combate. Siempre he estado orgulloso de ello, y no lo voy a ocultar frente a un desconocido al que, por cierto, no estoy dispuesto a decir más.

—Si no desea hablar conmigo, tal vez lo haga con un policía. ¿Ha oído mencionar la Brigada de Asuntos Policiales Especiales y Derechos Humanos de la Policía de Investigaciones? Tengo un amigo ahí que estaría muy interesado en conversar con usted.

—No me amenace —gritó Uribe, y antes que yo pudiera hacer algo por evitarlo, hizo accionar un botón instalado a un costado de su escritorio.

Sentí unos pasos que se acercaban y casi de inmediato vi entrar a Cajales acompañado de dos gorilones con cara de malas pulgas.

—Saquen a este intruso y que no le queden ganas de regresar —les ordenó Uribe.

Cajales y uno de sus acompañantes me tomaron de los brazos, y el tercer hombre me asestó un golpe bajo el cinturón. El dolor me hizo caer de rodillas y no pude evitar ser arrastrado fuera de la oficina. Sentí un golpe en la espalda y me vi conducido por un pasillo que, al cabo de unos minutos, desembocó en un rincón apartado de los estacionamientos del centro comercial. Intenté resistir, pero no conseguí mejorar mi situación. Cuando quise protestar me sacudieron las costillas. Caí al suelo y me propinaron un par de puntapiés. Volvieron a levantarme y me hicieron caminar hacia la salida del estacionamiento. La luz del sol me cegó y dejé de ver lo que ocurría a mí alrededor. Sentí que me alzaban y dejaban caer al interior de un contenedor de basura. Una mezcla de restos de pizza y puchos de cigarrillos se introdujo en mis narices. Traté de gritar y solo conseguí tragar un poco de la mezcolanza. Luego oí los pasos de los guardias que se alejaban. Cerré los ojos y traté de no pensar en el dolor.

Pasaron algunos minutos hasta que sentí que alguien empujaba el contenedor. Fui

a dar al suelo y cuando pude abrir los ojos, vi a un hombre que vestía un overol azul y me miraba con más curiosidad que compasión.

—¿Te pillaron robando? —preguntó, y no supe qué contestar.

El hombre me tomó de las axilas y me arrastró hasta dejarme a la sombra de un árbol. Sacó de su overol una botella de plástico y me hizo beber un sorbo de agua que se mezcló con la sangre que brotaba de mi labio superior.

—Parece que no tienes ningún hueso roto. He visto a otros en peores condiciones —agregó.

Le arrebaté la botella y bebí de ella hasta vaciarla.

—¿Estás en condiciones de ponerte de pie? —preguntó el extraño.

—Dame más agua y lo intentaré —dije.

El hombre desapareció de mi vista y al poco rato regresó con la botella llena. Me mojé la cara y bebí otro sorbo mientras sentía que las piezas de mi cabeza volvían a su lugar de costumbre.

—¿Quién eres? —le pregunté.

—El encargado de limpiar los contenedores de basura. Vi cuando los tres tipos te sacaban del edificio. Deberías saber que no es fácil robar dentro del mall.

—No soy un ladrón. Solo me metí a la oficina equivocada.

—¿Puedo hacer algo por ti? —preguntó sin dar mucho crédito a mi respuesta—. Quisiera acompañarte un rato más, pero mi supervisor no tardará en asomar sus narices para ver si estoy trabajando.

—Consígueme un taxista —respondí, siempre con el gusto de la sangre en mi boca—. Uno que maneje rápido y no haga preguntas.

—¿Quiere que llame a un médico? —preguntó Anselmo por quinta o sexta vez desde que me había visto bajar del taxi y avanzar a los tropezones hasta la puerta del edificio.

—Solo llena la tina del baño con agua caliente.

Anselmo siguió mis instrucciones y al cabo de unos minutos hundí mi magullada humanidad en el agua. El calor pareció acrecentar el dolor por un instante, pero enseguida comencé a sentir su caricia reparadora. Tenía moretones sobre las costillas y la espalda, dos cortes en los labios y una punzada persistente en los testículos.

—¿Se siente mejor, don?

—Con unas horas de sueño volveré a ser el de antes.

—¿Necesita algo más?

—Me sentaría bien una dosis de mi medicina favorita.

—Tendría que ir a la botillería de emergencia.

—¿Qué te detiene?

Anselmo salió del baño y quince minutos más tarde regresó con un vaso en el que había vertido una cantidad miserable de Jack Daniels.

—En la botillería solo tenían una botella de tamaño individual —dijo algo

compungido por el resultado de su adquisición.

—Peor es nada, Anselmo. No falta mucho para Navidad y es probable que Santa Claus aparezca con una botella de tamaño razonable.

—¿Ahora me va a decir qué le pasó?

—Tropecé con un tipo al que le molestan las preguntas y tiene un par de clones de King Kong a sus órdenes.

—Algo así como el león sordo que se come al violinista.

—¿Qué león y qué violinista?

—El del chiste, don. Un violinista va a la selva y domestica a los leones con sus melodías. Las bestias se dejan arrullar por la música, y todo va bien hasta que un día aparece un león sordo y se come al ejecutante.

—Ese chiste es más añoso que el hilo negro, Anselmo.

—Procuro levantarle el ánimo, don.

—Mi ánimo no recibió ningún golpe, Anselmo —dije, y luego de beber un trago de licor, pregunté—: ¿De verdad quieres que te cuente mi visita al centro comercial?

Anselmo me ayudó a llegar al dormitorio, y una vez que me dejó acomodado en la cama, se dispuso a regresar a su quiosco. Antes que se fuera, le pedí que pusiera la cuarta sinfonía de Mahler en la casetera y luego lo despedí con una sonrisa desganada. Simenon trepó sobre la cama y con él entre mis brazos dejé que el cansancio impusiera sus reglas. Me dormí y en medio del sueño me vi perdido en escaleras y túneles que no conducían a ninguna parte. Hacía frío y a lo lejos se oía el ruido de una gotera que horadaba el silencio. Tuve la impresión de caminar muchas horas sin encontrar una salida ni el origen de la gotera. Me despertó el sonido de un timbre y al abrir los ojos descubrí que la noche había entrado al dormitorio, arropada con su capa de misterios. El timbre volvió a repiquetear y esta vez reconocí que el sonido provenía del teléfono ubicado sobre el velador. Tomé el fono y escuché una voz que decía mi nombre.

—¿Griseta? —pregunté con voz entrecortada.

—¿Qué pasa, Heredia? ¿Te encuentras bien? —le oí preguntar, preocupada.

—Me quedé dormido. Estaba cansado y me tendí un rato en la cama.

—¿Estuviste bebiendo más de la cuenta?

—Una o dos copas —respondí, dispuesto a no mencionar mi fracasada excursión por el centro comercial—. Te extraño y me gustaría estar contigo.

—¿Seguro que estás bien, Heredia? Recuerdo perfectamente las pocas veces que me has dicho lo mismo.

—Hasta el cuero más duro reblandece con los años.

—Tú no me engañas. A ti te ocurre algo...

—¿Cómo va tu trabajo? —le pregunté, interrumpiéndola.

—No cambies el tema de nuestra conversación.

—¿Cómo va tu trabajo? —insistí, procurando imprimir algo de energía a mi voz.

—Desde ayer estoy en Achao y hoy pasé gran parte del día haciendo entrevistas a

mujeres del pueblo. Ahora estoy en la pensión donde dormiré un par de noches. Desde la ventana de mi pieza puedo ver unos lanchones adentrándose en la mar. Te gustaría este paisaje.

—Algún día viajaremos juntos a Chiloé. Iremos a San José de Tranqui, una isla a la que años atrás fui a buscar a un tipo que deseaba huir del ojo del alma y su implacable mirada.

—Sigo creyendo que a ti te ocurre algo malo —dijo Griseta.

—La investigación sigue atascada y dudo que llegue al final del arco iris.

—¿Eso es todo?

—También he pensado en el futuro.

—¿Desde cuándo te preocupa el futuro?

—Con algo de suerte viviré unos veinte años más y me pregunto si soy capaz de hacer algo distinto en todo ese tiempo o debo conformarme con seguir mirando como caen las hojas del calendario, consumido por el rigor de los enigmas. Estoy cansado de esperar a mis clientes mientras el reloj marca las horas y observo las manchas del escritorio. Estoy cansado de tantas miserias ajenas. Cansado de rearmar la esperanza y arrastrar las quejas de un cuerpo que no responde con la agilidad de antaño. Hay días en que el corazón se me cae a pedazos y me duele el espectáculo de mi rostro reflejado en los espejos.

—Creo que necesitas unas caricias o que te jalen de las orejas.

—Te extraño y quisiera que estuvieras a mi lado.

—Es la segunda vez que me lo dices en el poco rato que llevábamos conversando. ¿Por qué no me cuentas lo que pasa?

—Dame un beso y háblame del paisaje que contemplas.

Apoyé mi cabeza en la almohada y observé por un instante a Simenon que dormitaba a los pies de la cama. Intenté levantarme, pero el dolor me obligó a seguir acostado. Dormí tratando de soñar con el paisaje descrito por Griseta, y a la mañana siguiente desperté con la voz de Anselmo, que parecía llevar varios minutos a mi lado. Me moví lentamente dentro de la cama y ya no sentí el intenso dolor de la noche anterior.

—¿Qué hora es? —le pregunté.

—Hora de tomar desayuno, almorzar e iniciar los preparativos para la once. Van a dar las cinco de la tarde y si no fuera por sus ronquidos, habría pensado que estaba en el patio de los callados. Más que dolor, parece que tenía sueño acumulado.

—Debiste haberme despertado, Anselmo.

—¿Y para qué? No hay una fila de clientes esperando frente a la puerta de la oficina.

—No estaba pensando en nuevos clientes.

—¿Pretende volver al centro comercial?

—No por lo pronto. Con una golpiza a la semana tengo más que suficiente.

—El tira Bernales vino a verlo un par de veces. Lo puse al tanto de su visita al

centro comercial y quedó en regresar para conversar con usted.

—¿Dijo qué deseaba?

—No. Ni yo le pregunté. La verdad es que no fue mucho lo que hablé con él. Usted sabe que los ratis me provocan urticaria.

—Al igual que los carabineros, los guardias de azules y todo a quien le guste imponer sus leyes a garrotazos.

—No joda, don —dijo Anselmo y luego de dar unos pasos por el dormitorio, agregó—: Puse a hervir agua para que tome café. ¿Se anima a levantarse o se lo traigo a la cama?

Bernales llegó a la oficina cuando me disponía a beber la segunda taza de café. Se notaba cansado, y sin decir nada ocupó una silla frente a mi escritorio. Anselmo me hizo unas señas a espaldas del policía y aprovechó que la puerta seguía abierta para salir del departamento con la prisa de un zorro en medio de la cacería.

—Anselmo tiene que atender su quiosco —dije a Bernales.

—Tengo la impresión de que no le resulto simpático a tu amigo.

—Eso es algo que se puede solucionar conversando —dije, y luego de beber un poco más de café, agregué—: Estuviste aquí en la mañana.

—Vine en la mañana y también al mediodía. Me parece grave lo que sucedió en el mall. ¿Piensas hacer la denuncia?

—Si lo hago, lo más probable es que terminen acusándome de robo o algo peor.

—No comparto esa idea, pero tampoco voy a perder mi tiempo convenciéndote de lo contrario. Vine a decirte que me fue mal con tus encargos. En primer lugar, respecto a Tapia, Uribe y Moltisanti, los ex militares que me pediste investigar, ninguno de ellos es mencionado en los casos que actualmente investigan la Brigada de Asuntos Policiales Especiales y Derechos Humanos. Y en lo que se refiere al tal Guillermo Zuñeda, todo indica que es un pájaro de cuentas. Al inicio de los años setenta, durante el gobierno de Salvador Allende, fue procesado por participar en un atentado a dos torres de alta tensión. En esa época pertenecía a Patria y Libertad, grupo de ultraderecha que contribuyó a desestabilizar al gobierno de la Unidad Popular mediante diversas acciones terroristas. El proceso quedó en el limbo después del golpe militar. Zuñeda estudió en la Escuela de Derecho de la Universidad Católica y después del año 1973 desempeñó varios cargos en el Ministerio del Interior. Su última aparición pública fue en los años noventa, cuando se presentó como candidato a alcalde por una comuna del sur. No resultó electo, y después de eso nunca más tuvo figuración pública. Solo sabemos que durante el año 1996 hizo clases en una universidad privada.

—¿Saben dónde ubicarlo?

—Se han realizado algunas pesquisas y no hemos podido dar con su paradero. Como suele decirse, parece que se lo tragó la tierra.

—¿Han preguntado por él entre sus conocidos y familiares?

—Sí, y no ha sido fácil. Parece no tener familiares, y los dos o tres amigos que ubicamos, no quieren saber de él. También entrevistamos a un funcionario que lo conoció en el Ministerio del Interior y nos dejó claro que Zuñeda fue uno de los tantos civiles que disfrutaron del poder durante el régimen militar. Tú sabes de lo que hablo. Abogados que daban sustento legal a las bellaquerías, periodistas que inventaban patrañas, funcionarios que mentían a voz en cuello, tinterillos que redactaban discursos, escritores mediocres que cantaban loas a los militares a cambio de un premio o un puesto diplomático.

—Gracias por tu información, Bernales. Por lo menos conocemos los puntos que calza Zuñeda.

—Todavía no termino con lo que vine a decirte. Apareció el chofer de la camioneta que participó en el robo a la barraca. Nos dijo un par de cosas que incriminan a Bulnes en la autoría intelectual de los delitos. También nos contó que el día del robo fue detenido por un desconocido que lo golpeó y mantuvo prisionero en una bodega. El desconocido se hizo pasar por policía y estaba interesado en obtener información acerca de la muerte de Carvilio, un guardia de la barraca. ¿Tienes algo que decir al respecto?

Durante un rato observé el movimiento del barrio desde la ventana de la oficina y enseguida me di una ducha prolongada que borró de mi cuerpo las últimas huellas de la golpiza. Preparé el desayuno y serví a Simenon una ración del alimento para gatos que le traía Anselmo una vez por semana. Después, y pese a que no tenía muchas ganas de abandonar la oficina, junté unos restos de entusiasmo y me dispuse a recorrer el barrio, sin otra intención que dejar transcurrir las horas y sentir que continuaba siendo parte del paisaje que a diario me acogía.

En la calle todo seguía en el mismo orden de siempre, si así se podía llamar a la confusión provocada por los autos que luchaban por adelantarse unos a otros, y a la gente que caminaba deprisa, sorteando a su paso las instalaciones de los vendedores callejeros y las manos extendidas de los borrachitos que pedían unas monedas para comprar el yogurt de uva o el cartoné que necesitaban para dejar de tiritar. Me detuve a la entrada de la sucursal del Teletrak y miré hacia su interior, donde una docena de hípicas esperaban el inicio de las carreras. Enseguida me llamó la atención un niño que tironeaba de la manga a su madre, frente a la vitrina de una tienda que vendía juguetes y ropa de segunda mano. Me acerqué a su lado y lo vi indicar a un astronauta descolorido al que le faltaba uno de sus brazos. Junto al astronauta había una muñeca de cabellos apelmazados y un oso con la panza raída. Recordé a los niños con los que había compartido mis años de infancia en el orfanato y sentí que algo parecido a la rabia brotaba desde mis entrañas. El pequeño era uno de los tantos niños que debían conformarse con los desechos de otros. Niños condenados a la miseria, a los colegios de mala calidad, y más tarde a los trabajos mal pagados y a una vida sin más sentido que sobrevivir en medio de la selva.

Mientras el mocoso insistía en que le compraran el astronauta, su madre lo tironeaba de una manga e intentaba alejarlo de la vitrina. Miré el juguete y leí el precio escrito en un cartoncito que el hombre del espacio sostenía con su único brazo bueno. Saqué de mi chaqueta un billete de mil pesos y se los pasé al niño. Sus ojos se iluminaron y sin pensarlo dos veces corrió hacia el interior de la tienda. La madre me observó un instante y enseguida bajó la mirada. Le indiqué la puerta y cuando la mujer fue al alcance de su hijo, miré de reojo al astronauta y por un instante me pareció verlo sonreír.

Seguí mi camino y no me detuve hasta llegar a una fuente de soda a la que entré a beber una cerveza. El mozo que me atendió no conocía a nadie de apellido Zuñeda ni tampoco tenía muchas ganas de responder preguntas. Me dijo que se limitaba a llenar las copas y que no deseaba tener líos con los clientes ni menos con el dueño del boliche. Dejé la cerveza a medio consumir, omití la propina y volví a la calle.

Durante las siguientes tres horas entré a siete tiendas de ropa usada, dos cabarés y media docena de bares. Conversé con algunos de los peruanos que se reunían a un costado de la Iglesia Catedral y con una anciana que vendía frutos secos en un

puetito próximo al edificio del antiguo Congreso Nacional. Ninguno de ellos dio el menor indicio de conocer a Zuñeda, pero tuve que escuchar una infinidad de historias de borrachos, bailarinas, vendedores y emigrantes que pusieron a prueba mi paciencia. Al final, cansado y con algo de apetito, me encaminé hacia «El rey del pescado» y pedí un caldillo de congrio que logró recomponer mi maltratada fe en el ser humano.

A la hora del bajativo vi entrar a Montegón. De una mirada recorrió las mesas del restaurante y cuando me reconoció se acercó a mi encuentro. Venía agitado y sudoroso, como si hubiera terminado de correr un maratón. Le ofrecí algo de beber y pidió una caña de vino blanco.

—Su amigo del quiosco me indicó que podía encontrarlo en este lugar —aclaró el detective—. Parece que lo vio entrar o bien conoce sus picadas habituales. No vaya a pensar que lo ando siguiendo.

—¿A qué se debe la urgencia? ¿Acaba de inventar la pólvora?

—Costó, pero conseguí hablar con el esquivo Bulnes —dijo Montegón, después de probar el vino—. Intenté que me recibiera en su casa, pero al igual que usted, no tuve éxito. Recorrí el barrio donde vive y conversé con algunas personas. Usted sabe que no faltan las que viven pendientes de lo que ocurre en la puerta del vecino. La clave me la dio una señora que andaba paseando a su perro. Los días martes y jueves, Bulnes va a un club que está cerca de su casa. Juega un partido de tenis con su instructor o algún otro socio, y luego se mete al sauna durante una hora. Es difícil entrar si uno no es socio, pero conseguí un overol y me hice pasar por operario de una empresa de gasfitería. Una vez dentro, las cosas fueron más fáciles. Esperé a que terminara de jugar y lo seguí hasta el sauna.

—Puede ahorrarse los detalles, Montegón. ¿Qué habló con Bulnes?

—No es tonto. Al principio quiso jugar al tipo rudo y amenazó con hacerme expulsar, pero luego entró en razones. Mencioné a Carvilio y le dije que a la acusación por robo podía sumarse la de asesinato. Eso le hizo cambiar de actitud. Dijo que su interés por Carvilio no había ido más allá de saber en qué andaba el guardia y que el matón se había excedido en su trabajo. Me ofreció una buena tucada de dinero por mi silencio y cuando le dije que solo pretendía descubrir al asesino, decidió entregar algunas pistas.

—Me asombra, Montegón. Jamás hubiera imaginado que tuviera tanto poder de convencimiento.

—Un tipo desnudo y rodeado de vapor piensa dos veces lo que dice. Sobre todo si le están apuntando con una pistola. Bulnes habló de un abogado amigo que le recomendó contratar al matón, usando como intermediario a un tal Sacotto. Para no revelar su identidad, cuando Bulnes llamó a Sacotto, lo hizo utilizando un nombre falso.

—¿Quién es Sacotto?

—Descubrí que es un malandrín con cierta fama en la comuna de El Bosque.

Tiene un bar que le sirve de fachada para sus negocios de tráfico de drogas, reducción de especies robadas, venta de billetes falsos y contactos con sicarios. Dicen que algunos carabineros lo protegen a cambio de dinero y de información sobre los malabares que hacen otros patos malos del sector.

—¡Un tipo con gran iniciativa! Deberían darle el premio al emprendedor del año.

—Dijo que Sacotto le recomendó a un tal Chito como la persona más indicada para amedrentar a Carvilio. También dijo no saber nada acerca de Chito, porque el trato con él lo hizo a través de Sacotto. Eso fue todo lo que pude conversar con el directivo de la barraca. Dos socios del club entraron al sauna y Bulnes se puso a gritar que era víctima de un asalto. El asunto se puso color de hormiga. Pude escapar del sauna, pero no me fue fácil salir del club con apenas una toalla como taparrabo. Quedé en pelotas al saltar un muro. Por suerte tenía el auto cerca y en su interior encontré el buzo que hasta hace unos meses usaba para trotar los fines de semana.

—A esta hora, Bulnes debe haber hechos sus llamadas y Sacotto debe estar al tanto de lo sucedido.

—No apostaría mucho a eso. Tiendo a creer que Bulnes solo está interesado en mantenerse a flote y piensa que jamás vamos a dar con el paradero de Sacotto. Además, sabe que no tengo forma de probar sus confesiones.

—Debemos hablar con Sacotto.

—Antes de ponerle las manos encima, quiero saber más acerca de él. No creo que el asunto se reduzca a dejarnos caer en su bar. Déjeme hacer algunas preguntas, y yo le aviso cuando estemos en condiciones de visitarlo.

Miré a mí alrededor y sin saber qué más decir, hice una seña al mozo que nos atendía y le pedí otra caña de vino para Montegón.

—¿Qué le pasa? ¿Qué bicho le picó? —preguntó el detective, esforzándose por contener una sonrisa.

—Le debo una disculpa. Usted hace bien su trabajo.

—¿Eso significa que a partir de ahora somos amigos?

—Cada cosa en su momento, Montegón. Las verdaderas amistades no se cuecen al primer hervor. Requieren tiempo y paciencia.

—Prométame que pensará en mi propuesta de sociedad.

—Lo haré —dije de mala gana—. Pero no se haga ninguna ilusión.

Montegón abandonó el restaurante y un rato más tarde lo imité. Pensé en retomar mis pesquisas, pero mis pasos, pesados y somnolientos, me obligaron a detenerme junto al quisco de Anselmo. El quiosquero me escuchó pacientemente mientras le contaba pormenores de mi recorrido por las tiendas, cabarés y bares del barrio. Después, compartimos el café que preparó en la ruidosa cafetera que mantenía dentro de su quisco, y algo más repuesto del desgano, me encaminé hacia mi departamento. Deambulé por sus habitaciones sin conseguir que mi atención se concentrara en algo específico. Hojeé libros, atisbé el barrio desde la ventana, jugué con Simenon, y al final decidí retomar mi trabajo. Mientras descendía en el ascensor, releí la minuta

preparada por Cotapos. Aún me quedaba por ubicar a Víctor Moltisanti y nada de lo que decía el abogado en sus apuntes me anticipaba un resultado diferente al obtenido en las visitas a Uribe y Tapia. Moltisanti se había retirado del Ejército con el grado de coronel y en su hoja de servicio registraba destinaciones en Puerto Aysén, Copiapó, Rancagua, Puerto Natales y un breve paso por la Dirección Nacional de Inteligencia. La minuta no informaba su ocupación actual, pero subrayaba que era un asiduo visitante del Club Militar de Lo Curro, donde se reunía con otros oficiales en retiro.

La poca información que tenía acerca de ese club provenía de algunas lecturas en la prensa. Sabía que era una edificación faraónica construida para el uso del dictador y su ajamonada esposa. El revuelo público que se produjo al conocerse la cantidad de dinero ocupado en la construcción del palacete, y la eminente llegada de Patricio Alywin al Gobierno, obligó a Pinochet a renunciar a la casa y traspasarla a los bienes del Ejército, institución que al cabo de un tiempo la había convertido en un ostentoso club para oficiales. Recordaba haber leído un reportaje en el que se describía la mansión. Jardines, canchas de tenis, saunas, sala de cine, pisos de mármol, lámparas de cristal, griferías importadas, maderas finas y un sofisticado sistema de seguridad eran algunas de las características de la construcción que había desangrado las arcas fiscales, al igual que los robos cometidos por el dictador y sus partidarios.

Tuve suerte y logré entrar al recinto militar con más facilidad de la que había imaginado al iniciar la búsqueda de Moltisanti. Al llegar al club me informé que ese día sus salones principales estaban ocupados con la fiesta de matrimonio de la hija de un coronel, y que bastaba decir que uno era parte de la lista de invitados para que los guardias le franquearan el paso. Una vez dentro estacioné el Chevy Nova junto a un Toyota y seguí la hilera de hombres y mujeres, elegantemente ataviados, que se dirigían a los salones. Minutos después me encontré en medio de una sala adornada con pinturas de paisajes campestres y motivos militares. El piso relucía a la luz de las lámparas y desde uno de los costados del recinto nacía una enorme escalera de mármol que conducía al segundo piso. Todo a mí alrededor reflejaba ostentación y mal gusto. Subí por la escalera y llegué al salón donde estaban dispuestas las mesas para la celebración del matrimonio. Unos ventanales que se extendían a lo ancho del salón permitían observar la ciudad que a lo lejos, comenzaba a convertirse en un destello de luces y resplandores. Pensé en el dictador que soñó terminar sus días observando la vida que se movería a sus pies, sin imaginar las inquietudes judiciales que acompañarían su vejez.

El salón se llenó pronto de invitados y cuando alguien anunció la llegada de los novios, decidí jugar mis cartas. Pregunté a un mozo que servía las copas de champaña para el brindis en homenaje de los recién casados por el lugar dónde se reunían los oficiales, y el hombre, sin detenerse a considerar la oportunidad de mi consulta, me señaló un corredor que nacía a un costado de la puerta principal del salón. Seguí sus indicaciones y por algunos minutos recorrí un laberinto de pasillos discretamente iluminados. De tanto en tanto, descubría puertas que se diferenciaban entre sí por los

nombres grabados en las placas de bronce que lucían cada una de ellas. Anduve un largo rato, y cuando pensaba en rehacer mis pasos, oí unas voces. Seguí caminando con cierta cautela y llegué a una puerta que daba a un lujoso salón dentro del cual alcancé a divisar a una decena de militares sentados alrededor de varias mesas. Junto a la puerta estaba un mozo de chaqueta blanca, acompañado de un uniformado, joven y alto, que apenas me vio aparecer se adelantó unos pasos y se interpuso en mi camino.

—No se admite la entrada de civiles, salvo que sean invitados de algún oficial —dijo con un tono respetuoso, pero autoritario.

—Disculpe, parece que me extravié —dije, aparentando confusión—. Asisto a una fiesta de matrimonio y entre sus invitados me pareció reconocer al coronel Víctor Moltisanti. Alguien me dijo que había ido a beber una copa al salón de la oficialidad, y salí en su búsqueda.

No había que pensar mucho para darse cuenta que mi historia era tan falsa como un tiburón de plástico, pero eso no pareció inquietar al joven uniformado que, luego de escucharme atentamente, se limitó a mirar al mozo y a indicarle con un gesto que se acercara.

—El señor busca a mi coronel Moltisanti —dijo el militar al mozo.

El mozo me observó con atención y por un instante tuve la impresión de que le incomodaba la presencia del joven oficial.

—Hace meses que mi coronel Moltisanti no viene al club —dijo—. Tiene prohibido entrar a este salón.

—¿Prohibido? ¿Qué quiere decir con eso? —pregunté.

—Preferiría que mi coronel le explicara las razones.

—Me parece razonable lo que usted dice, pero si no es en este lugar, dónde puedo encontrarlo —dije, sintiendo que comenzaba a caminar sobre una cuerda floja—. Serví bajo sus órdenes y me gustaría saludarlo.

—Hay un círculo de suboficiales en la calle Vergara, cerca del Museo Histórico Militar. Trabajo en ese sitio dos veces a la semana y él siempre está ahí, por las noches.

—¿Un círculo de suboficiales?

—Estoy seguro que ahí encontrará al coronel Moltisanti —agregó el mozo y para dar a entender que no me diría nada más, retrocedió unos pasos hasta recuperar su sitio junto a la puerta.

—¿Desea que le indique el camino de regreso al salón? —preguntó el militar que cumplía su labor de vigilancia.

—Arrojé un buen puñado de migas por el camino —le respondí, acentuando el tono irónico de mi voz—. Puedo regresar a la fiesta por mis propios medios.

Volví al salón donde se celebraba el matrimonio y me dediqué a observar el espectáculo de la gente que se arremolinaba alrededor de los mesones donde estaba

servido el banquete. Parecían ansiosos y felices de comer a expensas del padre de la novia, mientras los recién casados recorrían las mesas fotografiándose con los asistentes y en un rincón del salón, una orquesta afinaba sus instrumentos para dar inicio a la música que haría bailar a los comensales.

Un mozo me ofreció una copa de champaña y antes de que alcanzara a probar su contenido, se acercó a mi lado un hombre alto y moreno que tenía el inconfundible aspecto de un milico tratando de pasar inadvertido entre civiles.

—¿Es pariente de la novia o del novio? —me preguntó, luego de evaluar mi presentación y decidir que era poco probable que estuviera en la exclusiva lista de invitados a la boda.

—Ni lo uno ni lo otro. Venía pasando y me llamó la atención el vestido de la novia —le respondí—. Pero no se preocupe, sé que no pertenezco a este lugar y conozco el camino hasta la salida.

El milico no supo qué decir. Dejé la copa en sus manos y desde lejos dije adiós a los novios.

Faltaban pocos minutos para la medianoche cuando llegué al lugar indicado por el mozo. El círculo de suboficiales funcionaba en una casona que evocaba la prestancia de las mansiones y palacetes que habían caracterizado al barrio República y sus alrededores. El lugar carecía del lujo desbordante que había visto una hora atrás, pero su aspecto modesto y decadente me hizo sentir más cómodo y seguro. Nadie me detuvo ni tampoco hizo preguntas cuando entré a un salón en el que había una decena de mesas ocupadas por militares que parecían celebrar el ascenso o el traslado a otra ciudad de uno de ellos. Los uniformados estaban muy achispados y engullían con entusiasmo las parrilladas dispuestas sobre las mesas. De una de las paredes del salón colgaba una bandera chilena y un cuadro con la estampa regordeta de Bernardo O'Higgins. Seguí mi recorrido y entré a un segundo salón, en el que vi otra decena de mesas, algunas de las cuales estaban ocupadas por uniformados que parecían disfrutar un buen rato al calor de unas copas. A ninguno de ellos llamó la atención mi presencia, por lo que decidí pasar a una tercera sala, donde encontré un pequeño bar atendido por un mozo de impecable chaqueta blanca. Tras la barra había una colección de retratos de militares, escudos de armas y un gran cuadro con la imagen de la Virgen del Carmen, patrona del Ejército de Chile.

—Este es un recinto privado —dijo el mozo apenas me vio aproximarme a la barra—. Solo se atiende a los miembros del Ejército y sus invitados.

—Por eso me atreví a entrar —respondí, y antes que el mozo pensara en sus próximas palabras, agregué—: Busco a mi coronel Víctor Moltisanti, a quien tuve el privilegio de conocer cuando hice el servicio militar en Puerto Natales. Fui a verlo al Club Militar de Lo Curro y un camarada suyo me indicó que viniera a este lugar que, al parecer, es frecuentado por mi coronel. Sé que es tarde, pero no pierdo la esperanza de encontrar a alguien que me diga dónde ubicarlo.

—Debió decirme que pertenece a la familia militar —dijo el mozo con un tono más amable.

—Tan solo hice el servicio militar y eso fue hace bastante tiempo —mentí.

—El que es militar una vez, lo sigue siendo toda la vida —afirmó el mozo, y luego, mientras secaba una copa, agregó—: Y además, anda con suerte. Mi coronel Moltisanti se encuentra en el salón Ignacio Carrera Pinto. Salga del bar, camine hacia la derecha por el pasillo y no se detenga hasta dar con la última puerta.

—Hace tiempo que no lo veo. Tal vez por eso no comprendo qué hace mi coronel en un círculo para suboficiales.

—¿No lo sabe? Si dispone de cinco minutos, se lo puedo contar.

El salón que me indicó el mozo era un reservado, modesto y descuidado. Había tres mesas cubiertas con manteles blancos. Dos de ellas estaban desocupadas y en la tercera se encontraba acodado un hombre alto, delgado, de cabellos canos y cuidadosamente recortados. Su rostro tenía el tono bermellón de los bebedores

habituales y su atención parecía concentrada en la botella de whisky a punto de sucumbir que presidía la mesa. Me acerqué y simulé una carraspera para llamar su atención.

—¿Coronel Moltisanti? —le pregunté.

—¿Qué quiere? —respondió el militar, mirándome por primera vez y sin mucho interés en abandonar la caverna en la que estaban ocultos sus pensamientos.

—¿Se acuerda de mí, coronel?

—¿De dónde se supone que deberíamos conocernos? —preguntó. Sus ojos lucían vidriosos y daba la impresión de tener problemas para encontrar las palabras que necesitaba para expresarse.

—Usted fue mi instructor en Puerto Natales —dije, decidido a inventar una mentira para ganarme la confianza del militar.

—No lo recuerdo, pero da lo mismo. Siéntese y sírvase —ordenó indicando la botella—. Recuerdo con especial cariño aquella temporada que viví en el Regimiento de Caballería Blindada de Puerto Natales. Por las mañanas me cagaba de frío, pero al anochecer las putas eran cariñosas y calientes. ¿Cuál es su nombre, soldado?

—Hugo Vera —mentí, recordando el nombre de un poeta natalino al que había conocido durante un viaje a Buenos Aires.

—Recuerdo al Cantimplora Vera, y a Vera Tres Papas, un recluta chilote que una vez llegó a mi oficina a exigirme que la cazuela del rancho llevara tres papas y una tumba generosa. Por cierto, primero lo mandé al carajo, y luego a limpiar las caballerizas. Tuve numerosos reclutas a mi cargo y es difícil recordarlos a todos. Lo que nunca olvido son los ejercicios que hacíamos en el Cerro Dorotea y los desfiles para las Fiestas Patrias. Todo el pueblo se reunía a mirarnos.

—Me costó dar con usted, coronel —dije interrumpiendo los recuerdos del oficial—. Al final fui al club de Lo Curro y ahí me informaron que usted prefería venir a este lugar.

La mención del club militar ensombreció momentáneamente el rostro de Moltisanti.

—Decir que prefiero este lugar es una manera burda de eludir la verdad. La mayoría de los que frecuentan el club me dieron la espalda, y eso que varios de ellos fueron mis compañeros en la Escuela Militar —dijo mientras apuraba un trago de whisky—. Pero allá ellos si quieren seguir chapoteando en sus mentiras. A mí me enseñaron que un oficial debe optar siempre por la verdad. Y si bien es cierto que callé durante demasiados años, al final...

—Entonces es verdad lo que dicen de usted y sus declaraciones en un juicio sobre violaciones a los Derechos Humanos. Créame que estoy de acuerdo con su proceder.

—Es verdad y por eso me acusan de traidor. Sin embargo, los despreciables son aquellos que mancharon el uniforme. Primero se apartaron de mí, y después me dijeron que era más conveniente que dejara de ir al club. Y hubo quienes me amenazaron. Estoy solo, es cierto, pero tengo la conciencia tranquila. No soy asesino,

cobarde ni mentiroso, como los miserables que me desprecian.

—También me contaron que viene con demasiada frecuencia a este lugar.

—Si bebo uno o dos tragos de más, es asunto mío. ¿A quién le puede importar? Prácticamente no tengo amigos y hace diez años que no cruzo una palabra con mi esposa. Mis dos hijos viven fuera de Santiago, y a lo más los veo una o dos veces al año. El mayor, Vitoco, continuó mis pasos y actualmente está destinado a una unidad apostada en Antofagasta. Si no lo joden por culpa mía, va a llegar lejos en su carrera. Mi otro hijo, Claudio, estudió agronomía y se fue a trabajar a Coyhaique, donde compró unas tierras. Pero no sé por qué le hago estas confidencias. Usted es un extraño, un soldado que dice conocerme y al que no recuerdo haber visto antes.

—Por lo mismo que se refugia todas las noches en este reservado.

—Hace falta otra botella, soldado —dijo Moltisanti, sin darse por aludido con mis palabras, y mientras presionaba un timbre que estaba a su alcance, en una de las paredes de la habitación, agregó—: No necesito ni hablar para que me sirvan lo que deseo. Basta un timbre. Aquí me conocen y respetan.

—¿Cuál era la causa en la que usted entregó su testimonio?

—No recuerdo nombres ni detalles, pero se trataba de la muerte de una muchacha universitaria. Vi cuando sacaban sus restos de una celda y los subían a un vehículo para ir a botarlos en algún punto del camino entre Santiago a Valparaíso. Entregué al juez los nombres de los oficiales que comandaban la unidad que hizo ese trabajo.

—Cuando eso ocurrió usted estaba asignado al cuartel de Villa Grimaldi.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Moltisanti, atisbando un rayo de lucidez en medio de la nube etílica que lo rodeaba—. ¿Por qué está tan interesado en ese tema?

La entrada del mozo con el que había hablado junto a la barra me liberó de dar una respuesta. Y después, cuando éste dejó una nueva botella en la mesa y se marchó, intuí que Moltisanti ya no recordaba la pregunta.

—Supongo que le tocó detener a muchas personas mientras estuvo en el cuartel de Villa Grimaldi.

—A nadie —respondió Moltisanti alzando la voz—. Mi trabajo era de carácter administrativo, logístico.

Rellené la copa del oficial y esperé a que bebiera.

—No es lo que dicen algunos de sus antiguos compañeros —agregué.

—¿Quiénes?

—Vicente Tapia y Danilo Uribe.

—Esos hijos de putas mienten —dijo el militar, y luego de regresar de otro viaje al fondo de la copa, preguntó—: ¿Quién es usted? ¿Por qué me hace esas preguntas? ¿Quién lo envió a conversar conmigo?

—Si quiere respuestas para esas preguntas, hagamos un trato, coronel. Su verdad a cambio de la mía.

—Sírvase otra copa y cuénteme su verdad —agregó Moltisanti.

—Soy detective privado y quiero encontrar a dos militares que estuvieron

destinados en Villa Grimaldi. Toro Palacios y Fullerton. Uno de ellos debe ser el responsable de la reciente muerte de un activista de los derechos humanos.

—¿Un crimen reciente?

—Hay quienes nunca pierden el gusto por la sangre, coronel. ¿Qué me dice? ¿Conoció a las personas que le mencioné?

—Los conocí, pero ignoro sus nombres verdaderos. Eran dos cabrones de temer. A Toro Palacios le decían El Rey Midas, porque además de los operativos contra los izquierdistas, le gustaba organizar asaltos a bancos y tiendas, de los que después culpaba a sus detenidos. También era uno de los más entusiastas a la hora de torturar y contaba con amplias simpatías entre sus jefaturas. Participaba en sus comidas y fiestas que organizaban con figuritas de la televisión o del ambiente artístico.

—¿Cómo era Toro?

—Fornido y no muy alto. En esa época se teñía los cabellos de rubio. Le gustaban las artes marciales y tenía fama de buen tirador.

—¿Sabe dónde ubicarlo?

—Ni siquiera sé si sigue con vida —contestó Moltisanti—. Y es extraño que en todos estos años no haya tenido que rendir cuentas en los tribunales. Otros, que fueron tan cabrones como él, están presos desde hace bastante tiempo.

—Quizás salió del país.

—No lo sé. Todo lo que tengo de él son los recuerdos de los meses que pasamos en Villa Grimaldi. Después, cuando iba club militar, nunca lo oí mencionar. La verdad es que nadie habla del pasado en ese lugar; no al menos de ese pasado que a usted le interesa. Tampoco se mencionan nombres, salvo que aparezcan en la prensa como involucrados en un proceso judicial o en las páginas necrológicas.

—¿Qué me puede decir acerca de Fullerton?

—Tengo un vago recuerdo de él. Dudo que pueda reconocerlo si nos encontramos cara a cara. En esa época era delgado y pálido. Lo vi la noche que murió un importante dirigente mirista. Estuvo diez o quince minutos en la celebración que se organizó en el cuartel y después se fue. Nunca más lo volví a ver. No era alguien al que se le mencionara con frecuencia, pero sabíamos que tenía influencia dentro de la organización.

—¿Alguna vez escuchó hablar o conoció a alguien llamado Zuñeda?

—¿Quién es?

—Un sujeto que puede conocer el paradero de Toro Palacios —dije antes de beber otro poco de licor.

Moltisanti guardó silencio y por un momento temí que se quedaría dormido con los codos apoyados sobre la mesa. Volví a llenar su copa y eso pareció revivirlo.

—Me gustaría que el pasado pudiera borrarse, como si fuera una palabra mal escrita o una mancha en la camisa.

—Solo la muerte permite borrar los ecos de la memoria.

—Espero que así sea. Hay quienes piensan que el infierno es un lugar donde a

uno lo obligan a recordar eternamente —dijo Moltisanti y luego, como queriendo escapar de un repentino dolor, preguntó—: ¿Es verdad que Tapia y Uribe me acusan de participar en torturas?

—No. Lo dije para provocarlo.

—Nunca ensucié mis manos. Mi único delito fue guardar silencio durante demasiado tiempo.

—Testificó en un caso.

—Sí, pero demasiado tiempo después de ocurridos los hechos. La valentía consiste en decir o hacer algo en el momento oportuno. Lo demás es remordimiento o acomodo.

—¿Tiene cómo volver a su casa? —le pregunté una vez que llegamos a la calle. Éramos los últimos en abandonar la casona y al observar los pasos vacilantes del militar deduje que no sería capaz de llegar por sus medios ni siquiera hasta la esquina más próxima.

—Ayúdeme a conseguir un taxi y el resto déjelo por mi cuenta —respondió.

—Puedo llevarlo en mi auto.

—¿Por qué haría eso por mí? —preguntó con recelo—. ¿Quiere sonsacarme más información?

—Es una forma de retribuir sus respuestas y las copas.

—Hace tiempo que no terminaba una borrachera en compañía de alguien. Acepto su ofrecimiento y además, le confesaré que hace un rato no le dije toda la verdad. Dos meses atrás oí hablar de Toro Palacios por última vez. Un suboficial que trabajó con él me contó que lo había visto en el Cementerio General, durante el sepelio de un general que estuvo a cargo de la Central Nacional de Informaciones. Al parecer estaba bastante cambiado en su aspecto físico y durante la ceremonia procuró mantenerse alejado del resto de las personas.

—Eso quiere decir que vive y está en Chile.

—Puede ser. Con tipos como Toro no se puede asegurar nada.

Moltisanti vivía en la calle Ramón Carnicer, en un antiguo edificio desde el que se podía ver un parque y unos juegos infantiles. Después de estacionar le ayudé a bajar del auto y a subir las escaleras que conducían al segundo piso. Su departamento era grande y estaba en evidente desorden. Sobre una mesa de centro había algunos diarios y varios ejemplares de las revistas militares Alborada y Armas y servicios. De una de las paredes colgaba una enorme foto en la que aparecía Moltisanti acompañado de dos hombres jóvenes, que supuse serían sus hijos. Moltisanti se dejó caer sobre un mullido sillón de cuero y abrió sus brazos como si quiera tomar más aire o acoger entre ellos todos los objetos existentes en la habitación.

—Aquí me tiene, rodeado de los despojos de mi vida. Sin mujer, con una carrera que carece de significado y dos hijos ausentes —dijo, en voz baja.

Lo miré en silencio y di unos pasos observando el desorden de la habitación.

—Hágame el último favor —ordenó Moltisanti—. En la cocina, sobre una mesa,

hay una botella de whisky. Sírva un par de tragos.

Obedecí la orden y fui a la cocina. En la botella quedaba licor de sobra para continuar la borrachera durante un par de horas más. Abrí el pequeño refrigerador instalado bajo una alacena y puse algunos cubos de hielo en uno de los vasos que encontré junto a la botella. Volví a la sala y le pasé el trago al militar. Luego, y siempre sin decir nada, me dirigí a la salida del departamento.

Mientras conducía de regreso a mi barrio, recordé la parada militar en la elipse del Parque O'Higgins a la que me habían llevado cuando vivía en el orfanato. Me gustó el colorido de los uniformes y los sonos de las bandas, pero en el ruido de las botas y en el pesado rigor de las armas latía algo sospechoso que entonces no supe descifrar.

Tenía la sensación de soportar el peso de un adoquín sobre la cabeza. La cama era un tiovivo que no cesaba de girar y tuve que esperar unos instantes hasta sentir que el mundo a mí alrededor recuperaba su orden acostumbrado. Luego, al escuchar unos golpes en la puerta de la oficina, recordé un poema de Raymond Carver que decía: «Si alguien ha de golpear a mi puerta, quiero que sea ella. La que usa zapatos con diamantes en forma de estrellas en la punta».

Mi deseo se esfumó al abrir la puerta y enfrentarme con el rostro enrojecido de Cotapos. Percibí una expresión de cansancio en la mirada del abogado que desapareció apenas lo invité a entrar en la oficina. Sin prisa, como evaluando el terreno que pisaba, dio unos pasos por la habitación y se detuvo a examinar algunos títulos de mi desordenada biblioteca.

—¿Qué hacen tantos libros de poesía en la biblioteca de un detective? —preguntó.

—Alguien tiene que leer a nuestros poetas —respondí de mala gana.

—¿Tuvo pesadillas o se levantó con el pie izquierdo?

—Pasé gran parte de la noche estrujando la memoria de un militar aficionado a los tragos.

—¿Y sacó algo en limpio de esa conversación?

—Poco, pero terminé mis visitas a los militares mencionados en su minuta —dije y enseguida lo puse al tanto de mi entrevista con Moltisanti.

—Ahora tenemos la certeza de que Toro Palacios es de carne y hueso —comentó el abogado una vez que escuchó mi informe—. La verdad es que no me hacía muchas ilusiones respecto a sus pesquisas, pero lo que averiguó nos será de gran utilidad. Es cierto que Moltisanti aportó información en una causa, pero los otros dos oficiales nunca han sido citados a los tribunales. Pediremos que los llamen a declarar, y en una de esas conseguimos que salgan del férreo círculo de silencio que tienen los militares para protegerse de la verdad.

—¿Conoce al abogado Guillermo Zuñeda? —pregunté interrumpiendo las reflexiones de Cotapos—. Dicen que tuvo momentos de gloria durante la dictadura.

—Ignoro quién es. ¿Está relacionado con el asunto que nos preocupa?

—Podría conducirnos hasta Toro Palacios.

—Preguntaré por él entre los abogados que conozco —dijo Cotapos y luego de acercarse a la ventana y mirar hacia la calle, preguntó—: ¿Qué piensa de los resultados obtenidos en su investigación?

—Si fuera por los resultados, pensaría en dedicarme a otra cosa que diera más rápido sus frutos. Pero, algo que no sé explicar me dice que tras la muerte de Reyes existe una situación turbia, oscura. Intuición, olfato, llámelo como quiera. Y además, están los militares con los que conversé. Silencios, palabras en clave, olvidos, lealtades secretas; un mundo que respeta sus códigos y que se mantiene resguardado

dentro del atalaya que han construido para vigilar a los civiles que les merecen desconfianza.

—Por eso es tan difícil obtener justicia en los crímenes que ellos cometieron. Debemos acumular pruebas hasta que la verdad resulta irrefutable. Hemos necesitado muchos años de trabajo para resquebrajar el muro. Siga su instinto, Heredia. En una de esas, tiene suerte y obtiene algo más que un puñado de verdades a medias —dijo Cotapos, y luego de consultar su reloj, agregó—: Manténgame al tanto de los avances de su investigación.

—«Todas las batallas me esperan en la próxima metáfora» —dije en voz alta, recordando un verso que había escuchado leer al poeta Cristián Gómez en un bar del Barrio Bellavista, mientras seguía los pasos de un escritor fantasma involucrado en la muerte de un crítico literario. Después hice un guiño cómplice a Simenon y fui a preparar café a la cocina. Puse agua en la cafetera y antes que comenzara a hervir, oí que golpeaban nuevamente a la puerta. Pensé que Cotapos había olvidado algo en la oficina, pero apenas abrí reconocí el rostro avejentado de Virginia Reyes.

—Disculpe que aparezca sin avisar —dijo, mientras entraba en la oficina y dejaba sobre el escritorio un descolorido bolso de lona que desentonaba con su traje de dos piezas.

—Soy detective, no médico, señora. Puede venir cuando quiera, no necesita pedir cita con quince días de anticipación ni le voy a cobrar por escuchar lo que tenga que decirme —dije, malhumorado.

—¿Puedo tomar asiento? —preguntó indicando la silla ubicada frente al escritorio—. El ascensor está malo y tuve que subir por las escaleras. A mi edad no debería someterme a tanto esfuerzo. Estoy agotada.

—Si quería un informe sobre mi trabajo debió utilizar el teléfono.

—No vine por eso. Sé que usted me habría llamado de haber novedades. Se trata de unos cuadernos —dijo Virginia Reyes indicando el bolso que había dejado sobre el escritorio—. Me los envió Benilde hace tres días.

—¿Benilde Roos?

—Me los llevó un junior. Antes me llamó ella por teléfono y me dio unas explicaciones que no entendí del todo. Los cuadernos son una especie de diario de vida y Benilde quiso que yo los conservara como un recuerdo de mi hermano. Pensé que a usted le interesaría leerlos.

Tomé la bolsa y la abrí. En su interior había dos cuadernos universitarios.

—¿Los cuadernos están cómo usted los recibió? A simple vista se nota que a uno de ellos le arrancaron hojas —pregunté luego de examinarlos.

—Parecerá una tontera pero pese a lo que me dijo Benilde, no los abrí. Pensé que no tenía derecho a inmiscuirme en la intimidad de mi hermano.

—¿Qué lees? —creí oír que preguntaba Simenon desde su rincón en la oficina, rodeado de los libros que había tirado de la estantería para hacer su cama—. Desde

que se fue la señora Reyes, no has hecho otra cosa que leer, fumar y mirar al cielo raso.

—Leo los cuadernos de Germán Reyes. El primero contiene anécdotas de infancia y relatos que no sirven para mi trabajo. En el segundo hay muchas anotaciones que eran para sus reuniones con la psicóloga y unas pocas referidas a sus investigaciones sobre los militares. De estas últimas, hay cinco que me llamaron particularmente la atención.

—¿Qué dicen?

—Toro Palacios se ha mantenido oculto no solo para eludir a la justicia.

—Una.

—Tengo la impresión de que Fullerton era algo más que un torturador.

—Dos.

—Conocí a una persona que puede ayudarme a descubrir a Toro Palacios.

—Tres.

—Al fin sé el verdadero nombre de Toro Palacios.

—Cuatro.

—Ella me pidió que escribiera todo lo que sabía acerca de Fullerton. Al principio me negué, pero luego...

—¿Luego qué? —preguntó Simenon, impaciente.

—Luego seguían las páginas arrancadas. Me recuerda a la novela de Scherbanenco que una vez compré en un puesto de la Plaza Almagro. Leí doscientas páginas hasta descubrir que faltaba la hoja donde se revelaba el nombre del asesino.

—Tu vida está llena de pequeñas tragedias, Heredia.

—Otra burla y sentirás los efectos de un severo puntapié en la cola.

—Tranquilo. Ahora sabes que no estás persiguiendo fantasmas.

—Las investigaciones de Reyes eran algo más que una recopilación de noticias y al parecer, si el olfato no me engaña, llegó tan cerca del fuego que se quemó.

—¿Quién es esa «ella» que menciona Reyes? ¿Benilde Roos?

—Desconoceríamos la existencia de los cuadernos si Benilde no se los entrega a Virginia Reyes.

—Y lo mismo vale para la hermana.

Tomé el teléfono, marqué el número de Dionisio Terán y sin darle ninguna explicación le pregunté si Germán Reyes contaba con ayuda femenina para sus investigaciones.

—No que yo sepa —respondió Terán—. Sin embargo, tampoco es algo que descartaría de plano. Al centro cultural llegan muchas universitarias que se ofrecen para colaborar con el trabajo.

—Usted me dijo que Germán era reservado con los asuntos de su trabajo.

—Eso no implica que no pudiera aceptar alguna ayuda.

—¿Puede darme nombres?

—Tendría que preguntar a las muchachas del grupo, y aún así no le garantizo

resultados positivos. Hay colaboradoras que trabajan un tiempo en el grupo y luego se alejan.

—Avíseme si averigua algún nombre en especial —pedí a Terán y luego me despedí.

—¿Y ahora qué? —preguntó Simenon.

—Me di cuenta que faltaban hojas en uno de los cuadernos, pero no le di importancia. Germán era muy inseguro y supuse que él las había arrancado. Más de una vez lo vi anotar algo en sus cuadernos, y luego arrancar la hoja donde acababa de escribir y tirarla al basurero —dijo Benilde una vez que le expliqué el motivo de mi llamada.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Germán con el bolso?

—El día anterior a su muerte. Lo usaba cuando tenía programado pasar a la biblioteca o iba a la consulta de su psicóloga. No lo llevaba el día que lo mataron.

—¿Lo ayudaba alguna mujer en su trabajo? ¿Alguien que no fuera usted?

—No que yo lo supiera —respondió la mujer, y enseguida, con un tono de duda en la voz, preguntó—: ¿Cree que había otra mujer en la vida de Germán?

—No haga correr su imaginación más de la cuenta. Estoy pensando en alguien que pudiera haberle ayudado a recoger información. Una de las estudiantes, que según me han dicho, visitan el centro cultural.

—Me lo habría dicho. Sabía que soy celosa.

—¿Usted leyó los cuadernos?

—Los conocía de antes y pensé que era mejor que los tuviera su hermana, ya que en ellos hay muchos recuerdos familiares.

—Una última pregunta, Benilde. ¿Usted pidió o aconsejó a Germán que escribiera en los cuadernos?

—Germán siempre andaba contando historias de su vida y un día le dije que podía registrarlas, porque le podían servir para el libro que siempre soñaba escribir. A él le gustó la idea y comenzó a escribir. Pero no solo escribió historias. Si usted lee los cuadernos sabrá que también escribía reflexiones y apuntes sobre las actividades que realizaba a diario.

—La pista se fue al carajo —dije a Simenon cuando terminé de hablar con Benilde Roos—. Por un momento llegué a ilusionarme, pero la mentada «ella» dejó de ser un misterio.

—Una pista en falso no es motivo para deslizarse por el tobogán del desencanto.

—¿Y qué sigue ahora? ¿Una copa al caer de la noche?

Mis intenciones de beber un trago se esfumaron a la velocidad de la luz. Cuando me disponía a sacar del escritorio la botella para las emergencias, Montegón entró en la oficina con el entusiasmo del toro que ha percibido la sombra del matador en medio del ruedo. Lo saludé de mala gana y le ofrecí un trago.

—Prefiero que vayamos a otro sitio —dijo con una sonrisa que no me hizo

presagiar nada bueno—. Estuve en el boliche de Sacotto y me parece conveniente hacerle una visita.

—¿Qué pretende, Montegón?

—Intercambiar unas palabritas con Sacotto y conseguir que nos diga dónde podemos encontrar al Chito. ¿Se anima a salir de excursión?

Hacía a los menos seis meses que no recorría la Gran Avenida José Miguel Carrera y por eso, apenas el auto de Montegón pasó frente al hospital Barros Luco noté que el aspecto de la arteria estaba cambiado. Donde antaño existió un monumento al Che Guevara había unas réplicas gigantescas de Mampato y Ogú; donde recordaba haber visto viejas casas de adobe, se levantaban enormes edificios de departamentos; en el estadio donde Los Prisioneros dieron su primer recital, se imponía la estructura de un supermercado cuyas escaleras mecánicas se veían desde la calle, permitiendo observar a la clientela que entraba y salía del lugar, como en un interminable desfile de hormigas.

El auto se abrió paso entre buses y camiones hasta llegar frente al municipio de La Cisterna. De ahí cruzó la circunvalación Américo Vespucio y siguió su marcha con la celeridad del quiltro que ha olfateado el hueso más sabroso del vecindario.

—El restaurante queda cerca del paradero 29 de la Gran Avenida —dijo Montegón, rompiendo el silencio que mantenía desde el inicio del viaje—. No es gran cosa. Un caserón de adobe, muros descoloridos y una decena de mesas. A Sacotto no le interesa el bienestar de sus parroquianos. El boliche es una fachada para sus ilícitos. Junto al restaurante tiene una bodega en la que guarda las mercaderías que compra a los rateros del sector y después vende en la feria persa que se instala en la calle Los Morros. Todos saben a qué se dedica, pero nadie, incluidos los pacos, se atreve a molestarlo.

—Si trata de darme ánimo, va por mal camino, Montegón.

—¿Trajo su pistola? —preguntó al cabo de un rato—. Estamos por llegar a la cueva de Alí Babá.

El restaurante tenía menos encanto que una ratonera, pero a los tres parroquianos que bebían cerveza alrededor de una mesa no les preocupaba la ruina del lugar ni el aspecto patibulario del mozo que servía a los clientes. Tras el mesón principal un hombre alto y moreno lucía sin complejos su desmesurada barriga. Montegón indicó una mesa apartada y cuando el mozo se acercó a atendernos le pedimos una cerveza familiar. El barrigón nos observó por un instante desde su trinchera y enseguida se puso a conversar con la mujer que fumaba acodada sobre el mesón.

—El gordo es Sacotto y la mina debe ser una putita del sector —dijo Montegón.

—¿Qué se supone que debemos hacer?

—Beber y esperar a que el boliche se desocupe.

Un muchacho flaco entró al restaurante y una vez que estuvo junto al mesón pidió que le vendieran una bolsita de té. Sacotto buscó dentro de un cajón ubicado al lado de la máquina registradora y sacó algo que entregó rápidamente al muchacho.

—Un papelillo —dijo Montegón mientras seguía con la mirada al muchacho que salía del restaurante—. Cocaína de mala calidad o pasta base. Las drogas tienen cogidos de las bolas a los muchachos del sector y nadie hace algo por desbaratar el negociado de los proveedores.

Sonó el teléfono que estaba al alcance del gordo y éste se apresuró a contestar la llamada. Luego de escuchar unos segundos, le pasó el aparato a su clienta. Al rato, la mujer dejó el teléfono en su sitio, puso un billete sobre el mesón y se encaminó a la salida.

—Una que encontró entretención para esta noche —comentó Montegón y enseguida apuró un buen trago de cerveza.

Cuando ya comenzaba a impacientarme por la espera, los clientes de la mesa vecina pagaron la cuenta que debían y salieron del bar con pasos vacilantes y festivos. Montegón me hizo un guiño y ambos nos apuramos en vaciar el contenido de nuestros vasos. Después sucedió todo muy rápido. Mientras me acercaba al mesón y mostraba mi falsa credencial de la Policía de Investigaciones, Montegón sacó a relucir su pistola y apuntando con ella al mozo, le ordenó cerrar la puerta del restaurante.

—¿Qué les pasa? ¿No saben con quién tratan? —preguntó Sacotto, pasando sin mayor preámbulo de la sorpresa a la ira—. Se van arrepentir de lo que están haciendo, pendejos de mierda.

—Nosotros haremos las preguntas —le respondí—. Estamos al tanto de tus chanchullos y más te vale colaborar.

—Hoy no fue un buen día y en la caja solo tengo monedas —dijo el gordo, intentando mantener la calma.

—Puedes quedarte con tus monedas. Queremos encontrar al Chito.

—No conozco a nadie que se llame de ese modo.

—Lleguemos a un acuerdo, Sacotto. Tú nos dices dónde ubicar a tu amigo y nosotros te dejamos tranquilo contando tus utilidades del día.

—¿Por qué tendría que hacer un trato con ustedes? No sé de qué carajo están hablando, par de pendejos.

—En estos instantes nuestros colegas interrogan a Bulnes, el fulano que te contrató para amedrentar a Carvilio. Seguro que cantará en todos los tonos y que vendrán a buscarte. ¿Entiendes en qué lío estás metido o necesitas un dibujito para que te quede más claro?

—Me cago en la puta que te parió —gritó Sacotto—. ¿A quién tratas de engatusar con tus palabritas?

—Métele una bala donde le duela —dijo Montegón.

Sacotto intentó cambiar su fortuna y lanzó un sorpresivo mamporro al rostro del detective. Montegón aguantó el castigo a pie firme, y como si solo se tratara de espantar a una mosca, miró a su agresor, y casi con indiferencia, le descargó un golpe en el mentón. Enseguida lo tomó del cuello y le azotó la cabeza contra la pringosa

cubierta del mesón.

—Te puedo hacer mucho daño si no colaboras —le dijo luego de obligarlo a sentarse en el suelo.

—Necesitaba atrincar al huevón que estaba metiéndose en sus negocios —dijo Sacotto al cabo de algunos segundos—. Nos juntamos en un bar del centro y me dio el dinero que le pedí por hacer el trabajo.

—Bulnes dice que te contactó por teléfono y usando un nombre falso.

—Miente. Desde hace un par de años le compro buena parte de las huevadas que roba en la barraca.

—¿Qué me puedes decir del Chito? ¿Cuál es su nombre verdadero? ¿Dónde lo podemos ubicar?

—¿Cuánto quieren por dejar de joder? —preguntó Sacotto, y luego de una pausa para limpiar la sangre que escurría por sus narices, agregó—: No será la primera ni la última vez que moje a un tira. Todos los que conozco sonrían al sentir el aroma de un fajo de billetes.

—No somos tiras ni tú estás en condiciones de ofrecer nada.

—¿Y la credencial que mostró hace un rato?

—Es tan falsa como tu inocencia.

Montegón descuidó su vigilancia sobre el mozo y se acercó a mi lado. Sacotto comprendió que hablar era la única opción que tenía para salir del entuerto y esbozando un gesto de fastidio, se reacomodó en el suelo.

—Se llama Juan Lugo y suele estar en El Arco, un bar ubicado en la calle Carlos Valdovinos —dijo sin ningún entusiasmo.

—¿Crees que dice la verdad? —preguntó Montegón, mirando al gordo con ganas de repetir el castigo que le había propinado unos minutos antes.

Pensé en responder a Montegón, pero en ese mismo instante vi que el mozo se acercaba a mi lado, portando una navaja en la mano derecha. Mis reflejos tardaron en reaccionar. Oí el silbido de la hoja y cuando me resignaba a recibir el corte, el brazo izquierdo de Montegón se interpuso en el camino de la navaja. El mozo me observó asombrado y antes que tuviera tiempo de pensar en otro ataque, le di un puntapié entre las piernas y dos golpes en el mentón. El mozo se fue al suelo, aturdido, y supuse que pasaría un largo rato antes de que estuviera en condiciones de reconocer lo que pasaba a su alrededor. Retrocedí un par de pasos, di media vuelta y quedé frente a la pistola que Sacotto sostenía en sus manos. Se había puesto de pie y su rostro estaba distorsionado por la ira. Poco podía hacer para cambiar mi suerte. Escuché un disparo. Sacotto se fue de espalda y cayó sobre una jaba de botellas vacías. Se quejó unos segundos y luego su mirada se detuvo en el descascarado cielo raso del restaurante. El disparo de Montegón había sido certero y de la boca del gordinflón brotaba un espeso manantial rojo. A mi lado, el detective se sacó la chaqueta, arremangó su camisa y examinó el corte que tenía en el brazo.

—¿Es profunda la herida? ¿Cómo se siente? —le pregunté.

—Sanará con una buena sutura.

—Me ha salvado el pellejo dos veces, Montegón.

—Tal vez sea algo a considerar cuando piense en nuestra sociedad.

—Tal vez —dije, sin convencimiento.

—No es mucho más lo que podemos hacer en este lugar —agregó el detective.

—Quiero ordenar los bultos antes de llamar a la policía —dije, y enseguida arrastré al mozo hasta dejarlo junto al cadáver de su patrón. Tomé el cinturón que rodeaba la cintura de Sacotto y lo usé para atar a los dos hombres, cara contra cara. El mozo podría conversar con su jefe hasta que las horas adquirieran el profundo hedor de la muerte.

—¿Pretende engañar a los tiras? Nuestras huellas deben estar en todas partes.

—¿Cómo se siente? —pregunté por segunda vez a Montegón mientras me acomodaba frente al volante del auto. El rostro del detective lucía pálido y una mancha de sangre coloreaba su camisa.

—¿Quiere que llame a alguien? A su esposa, a sus hijos o a quién sea que le interese tener a su lado.

—No tengo a nadie. Mi esposa se fue de la casa hace cuatro años y mis hijos no quieren saber de su padre. Y no diga que lo siente, porque no es verdad. Lo que ahora necesito es un cirujano al que no le tiemble la mano.

—Lo llevaré al Hospital Barros Luco.

—Me van a hacer preguntas que preferiría no responder.

—Diga que lo asaltaron y no pudo reconocer a los malandrines. Siempre llega alguien al hospital con ese cuento. No tendrían razón para desconfiar de sus palabras.

—Haga lo que quiera, pero apresúrese —dijo Montegón y luego de contener una mueca de dolor, preguntó—: ¿Qué va a hacer con Lugo?

—Deberemos escuchar lo que tenga que decirnos —respondí al tiempo que aceleraba el vehículo.

—No se le ocurra ir solo tras los pasos de Lugo. Conozco el bar mencionado por Sacotto y le aseguro que es peligroso para cualquiera que no sea un cliente habitual.

—Descuide, estoy viejo para jugar al cowboy.

Comenzaba a clarear cuando salí del hospital, después de esperar tres horas para que un cirujano cosiera la herida de Montegón y le aconsejara pasar la noche hospitalizado. Lo dejé en una cama improvisada en medio de un pasillo, entre dos ancianos que lanzaban sus esputos al suelo y una muchacha que se quejaba de dolor al vientre. Me sentía cansado y con apetito, pero era muy temprano para buscar una fuente de soda donde pedir una taza de café y algo de comer. Debía conformarme con la oferta de los vendedores callejeros que se paraban en las esquinas, con sus quequitos, emparedados de queso, sopaipillas fritas o galletas. Lo pensé dos o tres veces, y cuando nada de eso me sedujo, abordé un bus que me dejó a un costado de la Vega Central, donde encontré una cocinería que comenzaba a recibir a sus primeros clientes. Pedí una paila de huevos y un jarro de café. La vida volvía a mostrarme sus

encantos.

En la radio hablaban del naufragio de un lanchón ocurrido en el sur, en el que habían muerto ocho niños que regresaban del colegio al poblado rural donde vivían; de los cambios climáticos en la zona asiática; de las tendencias de la moda en Nueva York, y de los resultados de algunos partidos de fútbol jugados en Italia y España. Una mezcla de nombres y cifras en la que valía lo mismo un gol, el aumento de la cesantía, una corbata italiana y la muerte de unos niños. Maldije en voz alta, para asombro de Simenon que me había visto entrar y se aprontaba a enroscarse entre mis piernas. Resistiendo las ganas de acostarme a dormir, tomé el teléfono y marqué el número del celular de Bernales. A la tercera llamada pude hablar con él y contarle lo sucedido en el restaurante. Le dije que el disparo contra Sacotto había sido en defensa propia y para no involucrar a Montegón en el embrollo, cargué el muerto a mi cuenta. Le hablé de Lugo y el policía quedó en movilizar a sus hombres para capturar al asesino de Carvilio.

—¿Aparte de los dichos de Sacotto, hay otros antecedentes para inculpar a Lugo? —preguntó.

—Lo que diga Bulnes y el testimonio de un vendedor callejero que trabaja frente al edificio donde vivía Carvilio. Además, y siempre y cuando el olfato no me falle, creo que el conserje del edificio puede decirnos algo respecto al asesino. Intuyo que él le facilitó la entrada a la piscina.

—Nunca dejas de sorprenderme, Heredia. ¿Por qué me entregas en bandeja la resolución del caso? En otra época, habrías corrido tras los pasos de Lugo. ¿A qué se debe el cambio?

—Quiero darte la oportunidad de justificar tu sueldo.

—Dudo que esa sea la respuesta verdadera.

—Las balaceras no me seducen como antaño, y después de lo sucedido con Sacotto no quiero más muertos en mi camino por un buen tiempo.

—Eso me parece más sincero —dijo Bernales.

Llamé al hospital y pregunté por el estado de Montegón a una secretaria que se negó a entregar información por teléfono y cortó la comunicación sin darme posibilidad de réplica. Maldije a la mujer y sin ánimo de batallar contra la rabia me encaminé hacia el dormitorio. Soñé con árboles que eran arrastrados por el viento. Sus raíces destilaban un líquido espeso y sus hojas iban quedando esparcidas sobre la tierra. Desperté sobresaltado y por un segundo creí ver el rostro ensangrentado de Sacotto. Cerré los ojos y los volví a abrir. A mi lado estaba Anselmo y me miraba con una expresión en la que se mezclaban la preocupación y la curiosidad.

—¿Qué le pasa, don? Se ha dado vueltas y revueltas en la cama. ¿Contra quién pelea?

—En mis sueños siempre aparece el viento. Hace falta madame Zara para que los interprete —dije recordando a la adivina con la que Anselmo estuvo casado durante

dos años.

—Ni la mencione, ¿quién necesita pesadillas junto a la almohada? —dijo Anselmo, y luego de poner sobre la cama el diario que traía consigo, agregó—: Parece que anoche la juega fue en grande. Ha dormido toda la mañana, don.

—Pasé la noche en el Barros Luco, acompañando a Montegón. Por hoy, lo único que quiero es descansar.

—Parece que no va a poder, don.

—¿Qué te traes bajo el poncho, Anselmo?

—¿Recuerda que le dije que preguntaría por Zuñeda en el barrio?

—Vagamente.

—He estado haciéndolo sin informarle a usted y hoy saltó la liebre. En la sucursal del Teletrak encontré a un machucado que dice conocer a alguien con ese apellido. Lo vine a buscar para que vayamos a conversar con él.

La sucursal estaba repleta de apostadores dedicados a estudiar el programa de carreras, revisar pronósticos y comentar entre ellos las posibilidades de éxito de cada caballo. Dispuesto a hacer mi trabajo, no presté atención a las pantallas de televisión que mostraban las apuestas y seguí a Anselmo hasta un rincón de la sucursal, donde cinco hombres compartían una botella que pretendía pasar inadvertida dentro de una gruesa bolsa de papel. La botella circulaba de mano en mano, mientras los comentarios sobre las apuestas subían de tono y nadie parecía ponerse de acuerdo en los caballos con posibilidades de ganar. En medio del grupo, como un Buda sentado, estaba el sujeto al que buscábamos. Era joven, su larga cabellera negra caía sobre sus hombros y sus carnes desatadas luchaban por escapar de la estrecha polera negra que las contenía. Anselmo se acercó a su lado, lo saludó amistosamente y me presentó.

—¿Cómo lo trata la fortuna? —le pregunté a modo de saludo.

—No me quejo. Acabo de acertar la segunda triple de la tarde —respondió, acompañando sus palabras con una sonrisa que iluminó sus abultadas mejillas.

—Para eso hay que saber de caballos o tener mucha suerte —acoté.

—Heredia desea ubicar a la persona de la que hablamos ayer en la tarde —dijo Anselmo al Buda, anticipándose a los comentarios que éste se disponía a realizar sobre su exitosa apuesta.

—¿Ese hombre se llama Zuñeda? —pregunté, impaciente.

—Así lo oí mentar en una ocasión —respondió el Buda—. Dicen que es abogado.

—¿Sabe dónde vive o dónde trabaja?

—Lo ignoro, pero lo he visto varias veces en el restaurante que está frente al antiguo Congreso Nacional y a donde suelo ir con mis amigos cuando nos va bien con las apuestas. También lo he encontrado un par de veces en una sala de espectáculos que funciona en la calle Catedral, en el subterráneo del edificio que está frente a la iglesia.

—Necesito que lo describa —agregué.

—Es un hombre que debe andar sobre los sesenta años, canoso, delgado y de

rostro colorado. Viene a menudo a la sucursal y apuesta algunos boletos. Las malas lenguas dicen que anda a la búsqueda de niños a los que seduce con unos pocos pesos.

—Supongo que no tiene un horario fijo para aparecer en la sucursal.

—Suele hacerlo por las tardes y a veces se queda hasta la última carrera del programa. Más no le podría decir. Me interesan los caballos, no los tipos que vienen a jugar.

—Y a propósito de juego, ¿tiene alguna buena tincada para la próxima carrera?

—En eso no le puedo ayudar, amigo. No doy datos ni comparto mis tincadas desde que un fulano trató de apuñalarme porque el caballo que le sugerí llegó arreando el lote. Tampoco presto plata ni hago apuestas por encargo.

—Creo que deberemos seguir nuestras tincadas —dije a Anselmo que había seguido atentamente la conversación.

—No hay nada como las tincadas del propio corazón, don.

—A tu edad deberías saber que en materia de mujeres y caballos no hay que dejarse llevar por los antojos del corazón.

El Buda sonrió satisfecho al escuchar mis palabras y enseguida comenzó a leer el programa de carreras que sostenía en una de sus enormes y regordetas manos.

—¿Apostamos o no apostamos? —preguntó Anselmo, impaciente.

—¿Qué te dice el corazón?

Al fondo de la galería brillaba el neón rojizo de la sala de espectáculos, confundido entre los anuncios de tiendas en las que se vendían artículos eléctricos, relojes, joyas de ínfima calidad y vídeos. Caminé hasta la puerta del tugurio y pagué mi entrada a un sujeto malencarado que me observó calculando las posibilidades que tenía de robarme la billetera o un trozo del alma. Dentro del lugar prevalecía una mezcla de olores a humedad, desodorante ambiental y humo de cigarrillos. Esperé a que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad y avancé hasta ubicarme en un rincón desde donde podía observar toda la sala. Sobre el escenario bailaba una morena alta y rolliza. Sus movimientos eran tan sensuales como el desplazamiento de una aplanadora y salvo un flacuchento apoyado en el angosto mesón que rodeaba el escenario, ninguno de los demás espectadores prestaba atención a sus pasos. Los clientes bebían sus tragos y conversaban con las mujeres que merodeaban entre los hombres, como tiburones a punto de atacar a un grupo de distraídos bañistas. Encendí un cigarrillo y miré a mí alrededor con la esperanza de encontrar un rostro conocido. No tuve suerte. Los clientes parecían extras de una mala película de presidiarios a los que nadie confiaría el cuidado de una moneda de cien pesos. Una mujer se acercó y presionó su voluminoso escote contra mi pecho. Llevaba puesto un sombrero tejano, una minúscula falda de cuero y botas que cubrían sus piernas hasta las rodillas. Sus labios lucían un rojo furioso y el aterciopelado de sus ojos me llevó a deducir que había compartido demasiadas copas con los clientes. Intentó besarme y cuando la

aparté hizo una mueca que acentuó el aspecto grotesco de su rostro.

—¿Me invitas un trago? ¿Quieres que te haga cositas ricas? —preguntó, repitiendo la oferta que seguramente había realizado demasiadas veces ese día.

—Busco a un amigo —le dije sin preocuparme de su invitación.

—Te equivocaste de lugar. Aquí solo trabajan mujeres.

—Busco a un amigo para conversar con él —precisé.

—Aquí vienen muchos tipos —dijo la mujer, recelosa.

—Puedes ganar unos billetes si me ayudas.

—Tengo bastantes líos en mi vida como para comprarme otros. Si algo he aprendido en sitios como éste es a mantener la boca cerrada.

—Lo que me digas quedará entre nosotros.

—¿Me invitas una copa?

Asentí de mala gana y la copetinera se alejó de mi lado. Unos minutos más tarde volvió con un vaso de plástico entre sus manos.

—¿Cómo se llama tu amigo? —preguntó en voz baja.

—Zuñeda —dije y enseguida le describí el aspecto del abogado.

—No recuerdo a nadie con ese nombre.

—Tal vez tus compañeras lo conozcan.

—Puede ser. ¿Qué gano con averiguar entre ellas?

—Cinco mil pesos para ti, y otros cinco para la que sepa algo sobre mi amigo. Es más de lo que te pagan por todo un día de gimnasia arriba del escenario. ¿O me equivoco?

La mujer se alejó sin hacer comentario. La vi conversar con algunas de las otras bailarinas y luego de cinco minutos regresó acompañada de una mujer baja y delgada que lucía un diminuto bikini blanco.

—Dalila conoce a tu amigo —dijo la mujer de las botas.

—Es un abogado que viene una o dos veces a la semana. Toma unos tragos y a veces pasa a los reservados.

—¿Te ha dicho su nombre?

—No, pero una vez vino con un amigo que lo llamó por su apellido.

—¿Zuñeda?

—Siempre que viene busca mi compañía. Dice que le recuerdo a una polola que tuvo en su juventud.

—¿Tiene algún día fijo para sus visitas?

—No, aunque de preferencia aparece los lunes.

—¿Nunca te ha llevado a otra parte? ¿A un restaurante? ¿A su casa?

—Nunca. Pero gasta harta plata conmigo.

—¿Puedes llamarme por teléfono cuando él venga de nuevo?

—¿Qué gano con eso?

—Otro papel igual a éste —le dije, al tiempo que le pasaba un billete de cinco mil pesos.

- Es muy poco como para perder a un buen cliente.
- ¿Quién te dijo que lo ibas a perder?
- Ningún tipo viene aquí a buscar a otro solo para fumar un cigarrillo.

Hay lugares de la ciudad que nunca cambian. Casas, veredas, pasajes de nombres extraños, esquinas, pequeñas plazas de árboles centenarios que se conservan inalterables frente a las gigantescas construcciones que alteran el paisaje con su prepotencia de cemento y metal. Bares o restaurantes que pasan inadvertidos y en los que sus clientes parecen ser siempre los mismos, fieles a una mesa que cojea, a la rubia que sonríe desde el cartel que promueve un refresco que ya no existe, al mozo que envejece con su servilleta bajo el brazo, al vino grueso que ensucia los manteles y sobre todo, a los recuerdos que revolotean entre las mesas, como mariposa que busca un sentido a la fugacidad de su vida. El restaurante Congreso es uno de esos sitios; está ubicado a pocas cuadras de mi departamento, cerca del edificio del antiguo Parlamento y de la Plaza de Armas. Su nombre ha cambiado varias veces en los últimos años, pero yo sigo llamándolo igual desde la primera vez que crucé su puerta, a fines de los años setenta, en el transcurso de una farra universitaria destinada a celebrar la aprobación de un curso. La última vez que me había acodado en una de sus mesas, fue en la compañía de un antiguo compañero de la universidad, durante una tarde en la que el vino hizo su trabajo de ilusionista y las anécdotas nos hicieron perseguir las huellas más entusiastas de un pasado que estábamos condenados a recordar.

Me acomodé junto a una mesa desde la que podía observar el movimiento cansino del restaurante y ordené un corto de pisco al mozo que llegó a atenderme. Mientras éste anotaba el pedido en su libreta, le pregunté por Guillermo Zuñeda. El nombre no le llamó la atención, pero cuando le describí el aspecto del abogado, lo recordó de inmediato como a uno de sus clientes habituales.

—Suele venir por la tarde o al anochecer —dijo el mozo.

—¿Todos los días?

—Hay semanas en las que viene a diario y otras en las que aparece solo uno o dos días. En esos casos suele comentar que andaba de viaje, pero me tinca que sus ausencias se deben a la falta de dinero. Para ser abogado, no parece de muy buen pasar. Pero, al fin de cuentas, no soy nadie para juzgar a los demás. Todo lo que dicen los clientes es cierto, gracioso y de interés. Todo lo que ellos dicen me entra por una oreja y me sale por la otra.

—Bastante particular su filosofía, amigo. ¿Sabe dónde vive o trabaja el abogado?

—Ni idea. Mi interés por los clientes acaba cuando abandonan el restaurante.

—Tal vez en otra ocasión tenga más suerte. Tendré que venir de nuevo.

—Cuando aparezca, le puedo decir que usted lo anda buscando.

—Gracias, pero prefiero que nuestro encuentro sea una sorpresa.

Volví al restaurante por la noche y mi suerte siguió tan esquiva como las sonrisas

de las mujeres que pasaban por la calle con sus vestidos escotados que alentaban el zarpazo del deseo y daban cuenta de la inminente llegada de la primavera. Zuñeda no dio señales de vida y tampoco tuvo suerte en las dos noches siguientes ni en mis incursiones a la sala de espectáculos donde la bailarina regordeta seguía luciendo el sombrero tejano y ofreciendo sus dudosos encantos a sus ocasionales acompañantes. Zuñeda parecía empeñado en conservar el anonimato y lo único que había conseguido durante la espera era la amistad del mozo, que aprovechaba sus instantes de ocio para conversar de fútbol o de los candidatos a senadores y diputados que ensuciaban la ciudad con carteles en los que aparecían sonrientes y satisfechos, como hienas dispuestas a iniciar un banquete. Muchas sonrisas y frases machaconas para hablar de la pobreza y la desigualdad, mientras de sus faltriqueras brotaban incontables billetes destinados a pagar la publicidad que los promovía como a novedosos productos comerciales. El tema parecía interesar al mozo y a cada rato encontraba un nuevo motivo para ventilar sus iras contra la falta de igualdad en la difusión de las propuestas o contra el candidato que repartía palomitas de maíz en el centro de Santiago, confiado en que el voto de la gente se podía cambiar por un puñado de dulces. Lo dejaba hablar y de tanto en tanto asentía para aparentar conformidad con sus dichos, mientras mis sentidos estaban pendientes de la puerta. También aproveché la amistad del mozo para pedirle prestado el teléfono y llamar por tercera o cuarta vez al hospital. Atilio Montegón había sido dado de alta y cuando lo llamé a su casa me dijo que la herida había resultado menos grave de lo supuesto en un primer momento. Se ofreció para acompañarme en mi vigilia y me costó varios minutos convencerlo de que siguiera en reposo, recuperando sus fuerzas.

Una voz interior me susurraba que la espera no sería en vano y que al igual que en otras ocasiones, debía tener la paciencia del cazador que vigila a su presa, agazapado en la oscuridad del bosque. Tuve mi recompensa al inicio de la cuarta noche, mientras bebía una copa de tinto y en las noticias de la televisión comentaban los resultados de una encuesta electoral que parecía realizada por los partidarios de uno de los bandos en competencia. Acababa de apachurrar un cigarrillo en el cenicero de latón que tenía a mi alcance, cuando vi entrar a un hombre al que me bastó dar una mirada para saber que era Zuñeda. El mozo se acercó a mi mesa para confirmar la intuición y en voz baja le dije que guardara silencio y no alertara de mi presencia al abogado.

Se sentó junto a la mesa en la que cenaban dos hombres vestidos de gris. El abogado era más alto y flaco de lo que había imaginado. Tenía una mandíbula prominente y al sonreír se le formaban pliegues en la piel. Parecía cargar sus años con algunas molestias y a pesar de su aspecto ordenado y compuesto, intuí que era alguien que no iba plácidamente por la vida.

—¿No piensa conversar con su amigo? —me preguntó el mozo al pasar frente a mi mesa en uno de sus viajes a la cocina del restaurante.

—Voy a esperar a que esté solo para darle la sorpresa de su vida.

—La espera puede ser larga —agregó el mozo y enseguida movió la cabeza para

dar a entender que le costaba comprender mi conducta.

No era la primera vez que debía recurrir a una dosis de paciencia en una de mis investigaciones. Recordaba haber pasado buena parte de una tórrida temporada veraniega asistiendo a las funciones nocturnas de un cine en cuyas inmediaciones habían asesinado a tres mujeres. Nada aseguraba que el asesino volviera a actuar en el mismo lugar, pero me aferré a esa posibilidad hasta que una noche vi que un hombre salía desde la platea tras los pasos de una mujer que había asistido sola a la exhibición de la película *Sed de mal* de Orson Welles. Los seguí y el resto fue esperar el ataque del extraño y proceder a su captura.

Zuñeda continuó en su animada conversación y en contra de mis suposiciones, sus acompañantes no se fueron una vez que terminaron de comer. Pidieron una botella de ron y varias Coca Cola, y bebieron hasta que el mozo recorrió las mesas anunciando que había llegado la hora de bajar las cortinas del restaurante. Acababan de dar las dos de la mañana y llevaba media hora luchando contra el sueño y las ganas de estar en mi cama. El abogado y sus amigos salieron del restaurante y los seguí hasta que se despidieron al comienzo del Paseo Puente. Zuñeda cruzó la Plaza de Armas y fui tras él como una serpiente sigilosa. Desde una de las esquinas del Portal Fernández Concha vi aparecer a dos prostitutas y a varios niños que buscaban un lance nocturno. Los niños rodearon a Zuñeda y luego de unos minutos, el abogado se internó por el portal acompañado de un muchachito que vestía una descolorida polera azul. Apuré mis pasos y los vi cruzar la puerta que llevaba a los departamentos ubicados en los altos del portal. Subí por una escalera de pasamanos bronceados y seguí a Zuñeda hasta que él y su acompañante llegaron al tercer piso. Me detuve en el descanso de la escalera, y mientras recuperaba el aliento, los vi entrar a uno de los departamentos. Palpé la pistola que llevaba en el bolsillo derecho de mi chaqueta y esperé cinco minutos antes de continuar con el plan que acababa de concebir.

La puerta no ofreció mucha resistencia ni nadie me vio empujarla con el hombro derecho. Con la pistola en mis manos entré a una pieza en la que había un diminuto amoblado de living, dos repisas con libros y una decena de cuadros colgados en las paredes. Di unos pasos y sin reparar en mis malos modales, llegué a la habitación de donde provenía el sonido de un televisor. Zuñeda y el muchacho estaban recostados sobre una cama. El abogado estaba sin zapatos y con el torso desnudo. Ninguno de los dos parecía haberse percatado del ruido de la puerta y estaban atentos a las imágenes pornográficas reproducidas en el televisor instalado frente a la cama. Zuñeda intentó incorporarse, pero no lo consiguió. Mi puño fue más rápido y llegó hasta su rostro, cargado de ira y desprecio. Su cabeza dio contra el respaldo de la cama y supuse que pasarían algunos minutos antes que volviera a recuperar el sentido. El muchacho se puso de pie y me miró asustado.

—Tranquilo. El asunto no es contigo —le dije con la intención de ganar su confianza.

El niño brincó sobre la cama y antes que pudiera evitarlo, pasó por encima de

Zuñeda y escapó de la pieza con la agilidad de un gato callejero. Lo imaginé corriendo escaleras abajo y me pregunté si lograría alguna vez escapar de su destino al borde de la calle. Me senté a los pies de la cama y observé en la pantalla a una rubia tetona que resistía con exagerado placer los embates de una verga generosa. Al poco rato me aburrí sus jadeos y apagué el televisor. Encendí un cigarrillo, me acerqué a la ventana que miraba hacia la Plaza de Armas y me puse a esperar a que el abogado volviera en sí. La plaza lucía desierta, ajena a los latidos secretos de la ciudad.

—¿Policía? —preguntó mientras abotonaba la camisa que había recogido desde el suelo—. No, claro que no; si fuera tira no andaría solo. Tampoco tiene cara de primerizo, como para no saber en qué lío se mete allanando mi departamento.

—Déjese de payasadas, Zuñeda. Usted y yo sabemos que no está en condiciones de amenazar a nadie.

—Arreglemos esto sin aspavientos. Le doy unos billetes, y usted regresa a su casa y olvida lo que ha visto.

Zuñeda hablaba atropelladamente y me pregunté si era por efecto del alcohol, de la situación en que lo había sorprendido o del papelillo vacío que estaba a un costado de la cama. Más allá de la agresividad de sus palabras, se notaba tenso y mi silencio le incomodaba tanto como la impertinente pistola que apuntaba hacia su corazón.

—¿Qué pasó con el muchacho? —preguntó en voz baja.

—Huyó, pero dudo que logre escapar de otros miserables como usted —respondí, y luego, sin dejar de apuntarlo, agregué—: Tengo amigos en la policía que estarían felices de conocer sus aficiones ocultas. Pornografía, pederastia, consumo de drogas. Un lindo cuadro para colgar en cualquier exposición de sujetos aborrecibles.

—¿Quién es usted? —insistió Zuñeda—. ¿Cuánto quiere por su discreción?

—Por mi discreción no se preocupe. Sabré quedarme callado si usted colabora conmigo. Necesito encontrar a cierto militar empeñado en permanecer oculto. Javier Toro Palacios, es uno de los nombres que usa. Y no me diga que no lo conoce. Sé que son amigos y que se reúnen con alguna frecuencia. También estoy informado de su pasado. De sus líos legales en los años setenta y su posterior colaboración con la dictadura. En síntesis, y para que no se ilusione con salir bien parado de la situación en que se encuentra, tengo recursos de sobra para joderle la existencia.

—¿Para qué desea encontrar a Toro? —preguntó Zuñeda, tanteando el terreno cenagoso que comenzaba a recorrer.

—Quiero que pague sus cuentas pendientes con la verdad y que viva una temporada tras las rejas.

—¿Qué sentido tiene remover el pasado? ¿O a usted le pagan por cada hueso que descubre?

—Cuide sus palabras. Tengo mal genio y poca paciencia. Además, pasó el tiempo en que usted podía golpear a las puertas de los poderosos. Hoy no es más que un leguleyo que recorre los bajos fondos para satisfacer sus perversiones.

—¿De dónde sacó esas estupideces?

—Conozco gente que lo ha visto arrastrándose por los callejones. Y también hice mis propias averiguaciones en los lugares de poca monta que visita.

—¿De verdad cree que puede involucrarme en algún delito?

—Puedo hacerle pasar un mal rato, no lo dude. Pero lo que más me interesa es ubicar a Toro para que responda por sus acciones.

—No voy a negar que lo conozco, pero jamás le diré algo sobre él.

—¿Se conocieron en Villa Grimaldi?

—No tengo por qué contestar su pregunta.

—En mi pistola tengo seis buenas razones para que usted conteste. Además, estoy seguro de poder encontrar algún delito del que acusarlo, Zuñeda.

—Tal vez me haga un favor si usa esa pistola —dijo el abogado y luego, con algo de resignación, agregó—: Trabajé en el Ministerio del Interior. Coordinaba la información que teníamos acerca de los marxistas que eran detenidos por los organismos de seguridad. Al ministerio llegaban cartas de entidades internacionales y oficios de los tribunales preguntando por gente presuntamente detenida. Mi labor era contestarlas y para eso necesitaba saber si los detenidos saldrían en libertad o había que negar su detención de manera definitiva.

—¿Dónde encuentro a su amigo? —insistí.

—Puedo contarle algunas cosas de mi pasado, pero no voy a traicionar a Toro.

—Ya le dije que tengo paciencia. También sé que en unas horas más usted va a necesitar un trago o unos gramos de coca.

—¡Váyase! Ya bastante hizo con estropearme la noche.

—El tiempo corre, Zuñeda —dije, en voz baja.

El rostro del abogado se puso rígido y enseguida pareció explotar con una burlona carcajada. Mi golpe en el mentón lo sorprendió. Cerró los ojos y se deslizó suavemente hasta quedar tendido sobre la cama. Le saqué el cinturón que llevaban en sus pantalones, le amarré las manos tras la espalda y lo dejé boca abajo. Después tomé el teléfono ubicado junto al televisor y llamé a Montegón.

—¿Cómo anda de ánimo? ¿Puede hacerme una gauchada? —le pregunté después de contarle los detalles de mi encuentro con el abogado—. Necesito que me ayude a vigilar a Zuñeda hasta que nos diga cómo dar con el paradero de Toro.

—Déjeme media hora a solas con él.

—Usted no está en condiciones de andar dando golpes. Déjelo sentir el paso del tiempo y la carencia de alcohol. Manténgalo a oscuras y en silencio. Que medite en su pasado y recuerde. Cada cierto rato, hágalo pensar en un whisky o una cerveza helada. Estoy seguro que no soportará la abstinencia.

Montegón me reemplazó al amanecer. No tuvo problemas para llegar al departamento ni su presencia llamó la atención del guardia que custodiaba la entrada al edificio. El piso donde estaba el sucucho de Zuñeda estaba ocupado por un prostíbulo con el rótulo de casa de masajes, un par de departamentos que servían de volteaderos para las patines que recorrían los alrededores de la Plaza de Armas, y otros tantos que tenían el aspecto de estar en arriendo o habitados por personas que se cuidaban de no meter sus narices en asuntos que no eran los suyos.

El detective estaba contento de poder ayudarme a custodiar a Zuñeda, pero su entusiasmo y la manera como miró por primera vez al abogado me hicieron dudar de la conveniencia de dejarlos a solas en el departamento. Pero fue algo pasajero. Que el

detective le partiera el espinazo al leguleyo me importaba tanto como el cultivo del ñooperquén. Zuñeda era un hueso duro de roer y saber que al menos éramos dos los interesados en oír sus palabras le serviría para evaluar los efectos de su silencio.

Una vez en la calle, aspiré el aire adormecido sobre las copas de los árboles y me bastó cerrar los ojos para imaginar las voces airadas, el tumulto, la sangre desbocada de la ciudad que me acogía como un porfiado testigo de la vida que fluía por sus entrañas. Me detuve frente a un quiosco a leer los titulares de los diarios. Los políticos seguían promoviendo sus consignas electorales y el equipo de Magallanes había pasado a las finales del campeonato de fútbol. Observé la plaza, y a la gente que caminaba rumbo a la entrada del Metro o hacia las calles aledañas. La vida seguía su curso, ajena a mis afanes y al cansancio adherido a mi piel. Entré al Haití a beber un café y enseguida busqué el camino más corto hasta mi oficina.

—La rata está en la jaula y solo queda esperar que suelte la lengua —le dije a Simenon mientras llenaba sus pocillos para su alimento y el agua que solía beber con entusiasmo de beduino, y de preferencia al pie del chorro de la llave, provocando que la cuenta del consumo de agua potable sumara más de lo esperado cada mes.

—¿Y después?

—Seguiré buscando en otras madrigueras.

—¿Y después?

—Nunca falta una buena entretención —respondí dirigiéndome al dormitorio.

Desperté pasado el mediodía. Me di una ducha y luego, mientras freía el bife que pensaba compartir con Simenon, el comisario Bernales hizo su aparición, acompañado de una caja de cervezas que se apresuró en dejar sobre el escritorio. Terminé de cocer la carne, la corté en trozos pequeños y la dejé al alcance del gato.

—Uno come y los otros dos miran. No es lo ideal, pero dado el tamaño del bife no es mucho más lo que se podía hacer.

—Podemos encargar pizzas o unas raciones de comida china.

—Cervezas, pizzas, comida china. ¿Vienes de asaltar un banco?

—Tenemos motivo para celebrar. Gracias a su información dimos con el paradero de Lugo. No fue fácil reducirlo; nos recibió con una perdigonada y dio pelea hasta que logramos meterle un par de balas en el cuerpo. Nada grave. Sobrevivirá para confesar el asesinato que cometió. En lo que a mí respecta, el caso Carvilio está resuelto.

—Solo por curiosidad, ¿Lugo, tiene los cabellos blancos?

—Como la nieve. ¿A qué viene la pregunta?

—Creo haberte contado que un vendedor callejero vio salir a un hombre de cabellos blancos desde el edificio donde murió Carvilio.

Salí del departamento y dejé a Bernales durmiendo la siesta impuesta por las cervezas y la pizza que había comido con entusiasmo de colegial. El sol golpeaba fuerte y al llegar a la Plaza de Armas observé a varias personas refugiadas bajo los árboles y los toldos de los restaurantes. Nunca dejaba de sorprenderme la gran

cantidad de gente que se reunía en la plaza. Ancianos, parejas de enamorados, emigrantes peruanos, predicadores, humoristas y cesantes que miraban al cielo en busca de una gota de esperanza. La vida movía sus engranajes y la gente se aferraba a ella.

Pensé en Montegón y con algo de remordimiento por mi demora en regresar al departamento de Zuñeda, entré a uno de los restaurantes del Portal Fernández Concha y le compré un chacarero y dos cervezas. El detective no me hizo ningún reproche por la tardanza. Simplemente bebió una de las cervezas y enseguida devoró el sándwich mientras terminaba de ver una de las películas del abogado.

—He visto piruetas que jamás imaginé que se podían hacer —dijo, al tiempo que indicaba la pantalla del televisor—. La perversión no tiene límites.

—Y a propósito de perversión, ¿cómo está el dueño de casa?

—Se durmió hace una hora. Grita, delira, amenaza, pero no se decide a hablar. Tuve que amordazarlo, porque de lo contrario iba a terminar alertando a los vecinos.

—¿Ha venido alguien a preguntar por él?

—Nadie. Tampoco lo han llamado por teléfono.

Di unos pasos por la habitación y encendí un cigarrillo. Desde la calle llegaban los gritos de un vendedor de diarios y juegos de azar.

—Bernales fue a visitarme a la oficina. Atrapó a Lugo y cerró la investigación por la muerte de Carvilio. Le hablé de lo que hiciste para dar con el paradero del pistolero —dije, y enseguida, viendo el cansancio reflejado en las ojeras de Montegón, agregué—: Sal a dar una vuelta y regresa más tarde. Sé cómo controlar a Zuñeda.

El dormitorio estaba en penumbras y entre las sombras descubrí el cuerpo que permanecía ovillado sobre la cama. Zuñeda respiraba con dificultad y daba la impresión de estar en medio de una pesadilla aún más sórdida de la que vivía en su departamento. Me acerqué a su lado y le arranqué la mordaza de un tirón.

—¿Sigues sin saber cómo dar con su amigo? —le pregunté, sin esperar a que saliera del sobresalto.

—¡Hijo de puta! —masculló y me quedó observando con rabia.

—El tiempo corre y se acaba su plazo para hablar —le dije, antes de amordazarlo de nuevo y salir del dormitorio.

El reloj del living marcaba la medianoche. Durante todo el día habíamos esperado en vano la colaboración de Zuñeda. Montegón jugaba al Solitario con los naipes que encontró al registrar la cocina del departamento, y yo estaba acodado en el marco de la ventana que daba a la Plaza de Armas.

—No me ha dicho cuál es el plan a seguir —dijo Montegón.

—La idea es que Zuñeda nos guíe hasta Toro Palacios.

—Si le damos la oportunidad de hablar entre ellos, Zuñeda le dirá lo que pasa.

—He pensado en eso y en otras cosas más —dije y me acerqué a la mesa donde estaba la botella de whisky que había comprado durante la tarde.

Llené un vaso y me dirigí al dormitorio. Zuñeda estaba despierto y miraba fijo el

cielo raso de la habitación. Tiritaba y su rostro estaba cubierto de sudor. Le saqué la mordaza y lo obligué a olfatear el aroma del whisky. Bebí un sorbo de licor y sentí que el rencor del abogado se expandía por la pieza como una nube tóxica.

—Un buen whisky a la entrada de la noche es algo que no tiene precio —le dije.

—Va a pagar por esto —replicó.

—Es su última oportunidad de hablar por las buenas, Zuñeda. Después lo voy a dejar en manos de unos amigos. Son buenos muchachos, pero en ocasiones se ponen violentos.

—¿Qué amigos?

—Gente que supo usar las armas contra los militares y a los que les gustaría tener entre sus manos a un abogado que colaboró con los torturadores.

—Solo intenta asustarme, Heredia. Lo sé.

—Si no habla en los próximos minutos, llamaré a mis amigos.

—No sé dónde vive Toro, pero tengo el número de su celular —dijo el abogado, después de dar una desolada mirada a la habitación.

—Me alegro que comience a entrar en razón.

—Trabajamos juntos en Villa Grimaldi y años después, cuando la situación política cambió, nos volvimos a encontrar y me invitó a tomar unas copas. Pensé que me iba a pedir que le ayudara en algún asunto legal, pero solo deseaba conversar. Desde entonces nos hemos visto con regularidad. Nunca me ha dicho a qué se dedica en la actualidad, pero es evidente que está muy solo.

—¿Tienen algún lugar específico para sus reuniones?

—No. Toro los cambia en cada oportunidad que nos vemos.

—Llámelo y arregle una cita para mañana a las once.

—¿Y si no puede aparecer a esa hora?

—El día y la hora me dan igual. Usted, mi amigo y yo iremos al encuentro. Sin escándalo ni ganas de pasarse de listo. Vamos a llegar al restaurante y usted se limitará a mostrarme a Toro.

—¿Eso es todo?

La cita con Toro era al mediodía y lo primero que me llamó la atención cuando Zuñeda me indicó el lugar concertado para el encuentro fue que éste estuviera ubicado cerca de mi oficina.

—Toro siempre programa nuestras reuniones en la zona del centro. Imagino que lo hace para evitarme molestias. También lo he visto caminando por el Paseo Huérfanos y la calle Estado —dijo Zuñeda cuando hice un comentario sobre el lugar, cuidando de no mencionar la cercanía de mi oficina.

—Supongo que entiende que no hay ninguna posibilidad de jugar sucio —le dije más tarde, cuando salíamos del departamento.

El abogado se detuvo, me miró fijo a los ojos y dibujó en su rostro una mueca de desprecio.

—Mi amigo nos seguirá —agregué—. Porta una pistola y cuando se lo propone tiene buena puntería.

—Solo aspiro a que cumpla su palabra y me deje tranquilo una vez que conozca a Toro.

—Lo dejaré en paz, pero antes tendrá que soportar la compañía de mi amigo durante uno o dos días más.

—¿Pretende matar a Toro?

—No he invertido tanto tiempo en su búsqueda como para llegar a una solución tan simple. Quiero desenmascararlo y hacerle pensar en su pasado.

Zuñeda sonrió y luego continuó su camino.

—¿Podemos beber una copa antes de ir al restaurante? —preguntó.

—Después tendrá tiempo para beber todo lo que quiera. Puede ahogarse en una pileta de alcohol y no moveré ni un dedo para evitarlo.

El restaurante chino estaba ubicado en la calle Bandera, junto a varias tiendas de ropa usada y una central de llamadas telefónicas. Solía pasar frente a las pizarras que promovían sus ofertas de comida, pero nunca me había aventurado a recorrer la oscura galería que conducía hasta su entrada principal. El lugar tenía un único y gran salón en el que había dos docenas de mesas cubiertas con manteles rojos. Del techo colgaban lámparas adornadas con figuras chinas que también se multiplicaban a lo largo de las paredes.

—Tenga cuidado con lo que hace —advirtió Montegón a Zuñeda cuando pisamos el umbral del restaurante.

Zuñeda se detuvo y observó hacia el interior del salón. Solo cinco de sus mesas estaban ocupadas. En una de ellas almorzaba una pareja entrada en años; otra estaba ocupada por dos hombres vestidos de negro, y las restantes eran ocupadas por hombres solos. Dos de éstos le daban la espalda a la puerta. El tercero, joven y ataviado con cierto descuido, levantó la vista y nos miró cuando se percató de nuestra presencia.

—¿Qué tiene que decirnos? —pregunté a Zuñeda.

El abogado se encogió de hombros y pareció reflexionar un instante.

—El hombre de chaqueta azul que está al fondo y a la derecha —dijo finalmente, y cómo si se tratara de un acontecimiento social, agregó—: Les presentó al coronel Javier Toro Palacios.

Miré la espalda de Toro y enseguida hice una seña a Montegón. El detective cogió al abogado de un brazo y lo obligó a salir. Una vez a solas, avancé hacia la mesa ocupada por Toro y cuando estaba por llegar a su lado, éste giró la cabeza y miró hacia la entrada del restaurante. Al ver su rostro sentí que algo en mi interior se congelaba y antes que se fijara en mí, rehice mis pasos y busqué refugio en una mesa distante. Me costó reaccionar cuando se acercó un mozo a recibir mi orden. Le pedí un corto de pisco como aperitivo y le dije que estudiaría el menú. Toro volvió a prestar atención a su plato. Observé su rostro a la distancia y sonreí mientras pensaba en el largo recorrido que había hecho durante las últimas semanas para llegar hasta un restaurante de mala muerte. ¿Pura casualidad o había algo que arrastraba el pasado hasta las desgastadas calles de mi barrio? Bebí un sorbo de pisco y cuando el mozo volvió a preguntarme por mi elección en el menú, le dije que había perdido el apetito y sin importarme su mala cara, dejé unos billetes sobre la mesa y me dispuse a regresar a la calle. Quería pensar un momento y definir mis próximos pasos. Busqué a Montegón y a Zuñeda, y no los vi. Deduje que ambos caminaban de regreso al departamento del abogado, de acuerdo al plan ideado horas antes.

Desde una esquina, vi salir a Toro Palacios del restaurante y lo seguí con la mirada hasta verlo confundido entre los peatones que se dirigían por la calle Bandera hacia el norte. Su aspecto envejecido no calzaba con la idea que me había hecho del implacable torturador de otras épocas. Pero no me podía engañar, sabía perfectamente quién era y dónde podía encontrarlo. Encendí un cigarrillo y al llegar a la calle Aillavilú, me detuve frente al quiosco de Anselmo y le pedí una cajetilla de cigarrillos que no me quiso cobrar.

—Quería agradecerte el dato que me diste —le dije.

—No recuerdo haber hablado de caballos con usted, don.

—Me refiero al dato sobre el abogado. No fue fácil, pero al final colaboró.

—Me alegro. Lo que es a mí, nada me resulta como espero. ¿Se acuerda de la vecina que le mencioné la otra tarde? La que está casada con un gendarme y apareció en mi casa con el cuento de que estaba sola y necesitaba un hombro comprensivo.

—Francamente no sé de quién me estás hablando.

—La invité a tomar una piscola, la dejé apoyarse en mi hombro y a la media hora la tenía en mi cama. No estuvo mal, pero al día siguiente regresó con el cuento de que nunca antes había engañado al marido y deseaba dejar el desliz en ese punto.

—Le invitaste otra piscola y ella volvió a caer en tus brazos.

—Y no solo eso. El problema es que apareció por tercera vez, y de nuevo con la cantinela del arrepentimiento y de contarle todo lo sucedido a su esposo.

—¿Y?

—Llevo dos días esperando que aparezca el gendarme y casi no puedo dormir. La otra tarde lo divisé cuando llegaba a su casa, y el tipo tiene el porte de esos luchadores que aparecen en la tele. ¿Qué puedo hacer, don?

—Compra otra botella de pisco. Seguro que la mina aparece de nuevo.

—No embrome, don. La verdad es que estoy asustado.

—¿Del marido o de la esposa?

—Creo que de ambos.

Dejé al quiosquero con sus preocupaciones y entré al edificio. Junto al mesón del conserje estaba Feliz Domingo. Tenía unos sobres en sus manos y a simple vista se notaba que no sabía qué hacer con ellos.

—¿Malas noticias? —le pregunté.

—Dos cartas para el señor Hernández, su vecino.

—¿Y cuál es el problema?

—Tengo que entregárselas y la última vez que fui a su departamento, recibí unos buenos insultos. Ese hombre no tiene modales.

—Te ahogas en un vaso de agua, Feliz.

—Félix, señor Heredia. Félix.

—Puedo entregarle sus cartas al señor Hernández.

—¿Haría eso por mí, señor Heredia?

—Queda en el camino a mi departamento.

—Tal vez usted pueda hacerle reflexionar sobre sus malos modales.

—No es mala idea, Feliz.

—Félix, con equis.

Los espejos empotrados en las paredes del ascensor me devolvieron la imagen de un hombre que había dejado de pensar en el futuro. Palpé suavemente la pistola acomodada bajo mi chaqueta y esperé a que se abriera la puerta del ascensor. Desde mi oficina llamé a Campbell y le conté lo que había conseguido averiguar acerca de Toro Palacios. Le pedí que esperara veinticuatro horas y que si no volvía a saber de mí en ese lapso, llamara a Bernal y al abogado Cotapos. Luego tomé las cartas que me había entregado Feliz Domingo y con más resignación que entusiasmo, me dispuse a entregarlas.

El pasillo estaba en penumbras y desde los departamentos vecinos llegaban murmullos de conversaciones y televisores encendidos. Me detuve frente a la puerta de mi vecino y miré sus cartas. Por un segundo sentí la tentación de no intervenir en su mundo y regresar a mi oficina para enfrascarme en una buena lectura o en la simple contemplación del molesto aleteo de una polilla. Pero fue un sentimiento pasajero que aparté dispuesto a terminar mi labor. Toqué el timbre un par de veces y esperé. Al igual que en la primera visita, luego de un rato, el vecino abrió la puerta y mostró una parte de su rostro.

—Traigo correspondencia para usted —le dije mostrándole las cartas—. El conserje estaba ocupado y me ofrecí para subir los sobres.

—Páseme las cartas —ordenó el vecino, sin atender a mi explicación.

—Quisiera intercambiar un par de palabras con usted respecto al conserje.

—Usted es el detective privado que tiene su oficina en este mismo piso, ¿o me equivoco?

—Veo que no es tan distraído como aparenta. Heredia es mi nombre y quiero que me conceda unos minutos.

—No tengo tiempo. Páseme las cartas —insistió.

Metí las cartas por el claro de la puerta y cuando Hernández se disponía a cerrarla, puse un pie para impedirlo y cargué el peso de mi cuerpo sobre ella. La cadena que unía la puerta con el marco cedió ruidosamente y como resultado de mi arremetida, el vecino cayó de rodillas al suelo. No le di tiempo para recuperarse ni salir del asombro. Mi primer puñetazo dio en su barbilla y el segundo impactó unos centímetros más arriba del cinturón. Esgrimí mi pistola y lo obligué a ponerse de pie, retroceder unos metros y sentarse en el único sillón existente dentro de la habitación. Respiré profundo hasta sentir que mi corazón latía a su ritmo normal. Luego esperé a que se recuperara.

—¿Cómo quiere que lo llame? ¿Hernández? ¿Coronel Toro Palacios? ¿O me va a decir su verdadero nombre? —le pregunté.

—¿De qué demonios está hablando? —retrucó, airado.

—¿O prefiere que le llame Rey Midas? ¿Recuerda? Sus prisioneros temblaban al oír mencionar ese apodo.

—¿Cómo se atreve? —preguntó, a la defensiva.

—Ya no puede seguir huyendo. Y por si piensa en hacer algo en mi contra, le aclaro de un comienzo que no soy el único que conoce su verdadera identidad.

—Me confunde con otra persona. Me llamo Dionisio Hernández y le puedo mostrar mis documentos de identidad para comprobarlo —dijo el vecino, en voz baja, como si con ello pudiera avalar la veracidad de sus palabras.

—Preferiría carearlo con algunos de los que sobrevivieron a sus torturas —dije y luego, como hablando para mí mismo, agregué—: Seguí sus rastros por buena parte de Santiago y al final resultó que vivíamos separados solo por un par de puertas.

—¿Qué pretende?

—Conversar de lo que usted hizo en el pasado.

—Vuelvo a decirle que se equivoca de persona.

—Guillermo Zuñeda. ¿Le dice algo ese nombre?

—Nada —respondió rápidamente, pero sin poder evitar el tic nervioso que agitó su párpado derecho.

—¿Recuerda la cita que tenía con Zuñeda? ¿No le extrañó que no llegara al restaurante? La verdad es que fuimos puntuales y él no tuvo reparos en identificarlo. Ahora está detenido y la policía lo interroga.

—¿Qué tiene que ver todo eso conmigo?

—Usted sabe perfectamente de qué hablo. Tarde o temprano tendrá que aceptar que terminó el tiempo de jugar al escondite. Piénselo, y dependiendo de la información que me entregue, podremos llegar a un acuerdo. Está en un callejón y dudo que alguien le pueda hacer una mejor oferta que la mía.

Mi vecino miró sus manos y luego a su alrededor, como buscando una señal que le indicara cuál era el mejor camino a seguir de ahí en adelante. Finalmente, cruzó sus manos sobre el vientre y me miró a los ojos.

—Miguel Pastrana Gándara. Ese es mi verdadero nombre y hace años que no lo uso —dijo con un evidente tono de cansancio en la voz.

—Y también es extraño que fuera ignorado por quienes trabajaron bajo sus órdenes. Víctor Moltisanti, Vicente Tapia y Danilo Uribe. Ninguno de ellos supo o quiso decírmelo.

—Todavía hay camaradas que creen en la lealtad.

—¿O sea que ellos conocen su verdadera identidad?

—No. Siempre cuidé de ocultar mi nombre. Así me lo exigían mis funciones y el sentido común. Desde un principio supe que la seguridad no sería eterna y que un día nos pedirían cuentas. Y me preparé para ese momento. Inventé identidades falsas y con ellas obtuve cuentas bancarias, pasaportes, tarjetas de crédito, títulos universitarios y credenciales de todo tipo. Teníamos los medios para hacerlo, ya sea a través de nuestros equipos especializados o presionando a los funcionarios encargados de las distintas acreditaciones. Más tarde, cuando dejamos el gobierno y nos comenzaron a perseguir, creamos redes clandestinas con la ayuda de familiares y algunos camaradas.

—Ahora le llegó el tiempo de responder por sus víctimas.

—Está escurriendo en un pasado que a pocos les interesa recordar.

—Si fuera así, usted no se habría molestado en permanecer oculto.

—Nunca he querido ser carne de venganza ni terminar arrastrado a los tribunales.

—O tal vez nunca ha dejado de lado sus antiguas labores.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Pastrana y noté que su párpado derecho volvía a moverse con insistencia.

—El asesinato que investigo no es asunto de otra época. Germán Reyes, ¿le dice algo ese nombre?

—Nada —respondió Pastrana, imperturbable.

—Reyes investigaba el destino de militares involucrados en violaciones a los Derechos Humanos. Después de mucho trabajo, averiguó el verdadero nombre de sus torturadores y eso le costó la vida.

—Tiene una imaginación desbordante.

—Reyes estuvo detenido en Villa Grimaldi. En ese lugar, escuchó los nombres de algunos de los cancheros y una vez que salió libre, empleó buena parte de sus energías en ubicar a los responsables de sus torturas y de la muerte de varios de sus

compañeros. Finalmente, después de muchos años, conoció la verdadera identidad de los torturadores que se hacían llamar Toro Palacios y Fullerton —dije, y noté que al escuchar el segundo de los nombres, Pastrana hacía un nuevo esfuerzo por mantener su aparente tranquilidad.

—Solo por curiosidad, ¿a dónde quiere llegar con esa historia?

—Me he estado haciendo una pregunta durante todo este rato. ¿Qué hace un militar de su rango en un departamento de mala muerte? Solo, ocultándose, viviendo prácticamente de noche, recurriendo a la compañía de un abogado pederasta y borrachín, obligado a utilizar un nombre falso. Me hago esa pregunta y se me ocurre una historia con vacíos por llenar. Se trata, como usted lo dijo hace un momento, de un militar que tiene las manos sucias y pretende protegerse de quienes pueden juzgarlo. El plan funciona durante varios años, hasta que se entera que el pasado que tanto le ha costado ocultar está a punto de emerger, como una gran ola en medio de un mar apacible. Ignoro cómo se entera de la existencia de Reyes ni de los avances de sus pesquisas, pero un día decide cortar el peligro de raíz y con la ayuda de dos antiguos subalternos, asesina al entrometido.

—No tiene ninguna prueba que valide esa absurda historia.

—Hay otras preguntas que me siguen dando vueltas en la cabeza. ¿Cómo se llaman los hombres que usted utilizó para asesinar a Reyes? ¿Cuál es el nombre verdadero de Fullerton? ¿Quién le informó que Reyes conocía su nombre y el de Fullerton?

—Se lo pregunto una vez más, ¿qué gana con escarbar en esas cosas?

—El pasado...

—No sé cuánto le pagan, pero podemos llegar a un acuerdo.

—«El pasado se desborda por mi sueño cuando intento dormir» —respondí recordando un verso de Carver.

—¿Cuánto quiere por su silencio?

—Dudo que usted tenga la intención de cumplir sus tratos. Tan solo quiere ganar tiempo para rearmar sus piezas.

—Usted parece ser un hombre obstinado que no está dispuesto a dar un paso atrás.

—Sus cartas están en la mesa, Pastrana. No tiene posibilidades de hacer ninguna martingala. Incluso si lograra eliminarme, solo ganaría unos días para correr.

—Un maldito tipo obstinado, igual que Reyes —dijo Pastrana, de modo despectivo.

—¿Por eso lo asesinó? ¿Porque estaba empeñado en descubrir a sus torturadores?

—Se equivoca. Tenía otras maneras de evadir las investigaciones de Reyes. Pero soy un soldado y obedezco las órdenes que me dan.

—No es muy original su respuesta. Entre los de su clase, siempre es otro el responsable —dije, y al tiempo que contenía mis ganas de atizarle un golpe, pregunté —: ¿Julio Suazo también estaba en su lista de obstinados?

—¿Quién es él?

—Uno de los tantos que pasaron por Villa Grimaldi. Testificó en un juicio en el que usted aparece involucrado y luego murió en un accidente callejero. Ha transcurrido un buen tiempo desde que eso ocurrió, pero la hija del finado sigue pensando que no fue accidente.

—Me han mencionado en una buena cantidad de juicios, pero no puedo cargar con todos los muertos que aparecen en el camino. ¿Cuándo piensa terminar con sus acusaciones?

—Cuando escuche las respuestas que vine a buscar.

Pastrana contuvo su rabia y enseguida miró a su alrededor con una expresión de cansancio.

—Pocas cosas duelen tanto como la soledad —farfulló—. Pero no me quejo. Me enseñaron a obedecer y a ser leal.

—De ahora en adelante ya no estará solo. Policías, abogados y familiares de la gente que asesinó estarán interesados en saber de usted.

—¿Es la única salida que me ofrece?

—Encontrará a varios de sus amigos en el penal al que lo enviarán —agregué sin prestar atención a su pregunta—. Una cárcel en la que tendrá más comodidades que el común de los delincuentes.

—¿Por qué hace todo esto? ¿Para qué se enreda en asuntos que tienen más complejidades de las que pueda imaginar?

—Soy uno de esos que viven pendientes de la vida de sus vecinos. Un metiche que hará lo que esté a su alcance para que usted no vuelva a escabullirse. Esta vez cayó en la ratonera y dudo que pueda salir de ella.

Pastrana bajó la mirada y se mantuvo un largo rato pensativo. Pensé que el peligro suele estar más cerca de lo que uno presume y también en la llamada que debía hacer a Bernales para que se hiciera cargo del militar. Tal vez él podría sonsacarle más información y luego conducirlo hasta un juez interesado en hacer bien su trabajo. Miré la pistola que tenía en mis manos y por un instante imaginé el estruendo de la bala dentro de la habitación. Pero solo fue una tentación pasajera. Después los acontecimientos sucedieron deprisa. Pastrana aprovechó mi distracción, tomó un cenicero de vidrio que estaba a su alcance y me lo arrojó en la cabeza. El golpe no fue violento, pero me hizo perder el control de la situación. Apoyé una rodilla en el suelo y no pude impedir que Pastrana descargara uno de sus puños en mi mentón. Cuando conseguí reaccionar, el militar ya había abandonado el departamento. Salí en su persecución y alcancé a verlo entrar al ascensor que aparentemente había demorado en subir hasta el piso en el que nos encontrábamos. Corrí escalera abajo y llegué al primer nivel en el mismo momento que Pastrana cerraba la puerta del edificio.

Salí a la calle y lo vi escabullirse entre la gente. A la distancia pude reconocer su camisa verde. Intentaba correr, pero era evidente que los años le pasaban la cuenta.

Cruzó la calle esquivando el paso de dos autos y luego de mirar a sus espaldas, caminó hacia la calle General Mackenna. Lo vi detenerse y mirar los vehículos que pasaban frente a él. Deduje que intentaría detener un taxi, pero me equivoqué. Tal vez debí pensar que en el transcurso de la fuga había tomado una decisión inesperada. Se arregló su camisa y entró a la oficina de ventas del edificio que estaba en construcción a pocos pasos de la Estación Calicanto del Metro. Tomé una bocanada de aire y caminé hacia la oficina. En su interior encontré a una vendedora ocupada en la atención de un cliente. Esperé unos segundos y le pregunté por el hombre de camisa verde que había entrado momentos atrás.

—Subió al departamento piloto. Décimo piso —contestó la mujer y volvió a concentrarse en la atención del cliente.

El edificio estaba en su etapa final de construcción y al final de un pasillo cubierto con placas de madera, encontré el ascensor. Sus puertas demoraron en abrirse y cuando lo hicieron entré a una cajuela cuyas paredes estaban recubiertas de plásticos y cartones. Un improvisado letrero de papel anunciaba que la única detención del ascensor era en el décimo piso. Presioné el botón del comando y la caja tardó en ponerse en movimiento. Al llegar a mi destino encontré otro letrero que indicaba el camino hacia los departamentos de tres, dos y un dormitorio que se podían visitar. Comencé el recorrido por el más amplio. En su interior reinaba un fuerte olor a pintura y pegamento. Me desplazé rápidamente por los espacios destinados al living, la cocina y el comedor. En sus dormitorios revisé el interior de los roperos, y en el baño descorrí la cortina que cubría el estrecho rincón de la ducha. No encontré a nadie. Di una mirada a la terraza y me encaminé al departamento de dos dormitorios, donde encontré a una pareja que discutía sobre el tamaño de las piezas. Ninguna huella de Pastrana.

El último de los departamentos tenía las dimensiones de una casa de muñecas. La cocina, el living y comedor estaban integrados en un espacio en el que supuse no podría reunir a más de tres invitados a la vez. El baño y el dormitorio eran dos cajas de fósforos. No encontré rastro alguno de Pastrana, pero cuando estaba por salir me alertaron unos gritos provenientes de la calle. Recordé algo que acababa de ver en el dormitorio y a lo que no había prestado la debida atención. Rehice mis pasos y me detuve en la puerta de vidrio que comunicaba la habitación con una pequeña terraza. Salí al exterior y el vértigo me hizo retroceder. Controlé la respiración, miré por segunda vez hacia los pies del edificio y supe que la persecución había llegado a su fin. En medio de un círculo de obreros que gritaban y miraban hacia lo alto, reconocí el bulto de un cuerpo inmóvil. La camisa verde de Pastrana parecía querer elevarse por el aire. Salí del departamento y abordé el ascensor junto a la pareja que seguía discutiendo sobre el tamaño de las habitaciones.

Regresé a la sala de ventas y le pedí permiso a la vendedora para usar el teléfono que tenía encima de su escritorio. Bernales demoró en contestar su celular y cuando lo hizo me contó que andaba inspeccionando el basural donde había aparecido el

cadáver de un pordiosero, probablemente apuñalado por miembros de una banda de neonazis. Le hablé de Pastrana y quedamos en reunirnos en La Piojera, una vez que él o sus subalternos se hiciera cargo de la muerte del milico. Al salir de la oficina me acerqué a los obreros que rodeaban al cadáver y lo contemplé durante algunos segundos. Ya no significaba nada, solo era un cuerpo desarticulado sobre el pavimento. Encendí un cigarrillo y comencé a caminar de regreso a mi departamento.

La puerta del departamento de Pastrana continuaba entreabierta y sin otra razón que la curiosidad, entré nuevamente a la habitación donde habíamos sostenido nuestra última conversación. El cenicero en el suelo me hizo recordar el moretón que tenía a un costado de la frente. Lo recogí y para evitar las sospechas de los policías que llegarían a inspeccionar el lugar, lo guardé en uno de los bolsillos de mi chaqueta. El departamento tenía una disposición similar al mío. Un gran living comedor, que en mi caso usaba de oficina. Dos dormitorios, igual número de baños y una cocina amplia y luminosa. Uno de los dormitorios estaba desocupado y en el otro solo había una cama y un velador. Bajo la cama encontré un par de zapatos negros, y en el velador una novela de Tom Clancy, dos bolígrafos y una tira de aspirinas. En el ropero descubrí un terno azul que tenía cuatro miserables monedas de diez pesos en uno de sus bolsillos. Nada que dejara al descubierto algún rasgo de la personalidad de Pastrana o que permitiera conocer las actividades que realizaba hasta antes de ser desenmascarado. Pensé en un comando sobreviviendo tras las líneas enemigas. Un hombre entregado a su suerte sin más recursos que su instinto y sus conocimientos para matar. Me pregunté si alguna vez había tenido conciencia de sus actos o solo había sido un mastín adiestrado para obedecer las órdenes del amo. Un ser vacío de sentimientos que al verse acorralado optó por el suicidio, no por remordimiento sino que para cortar todo vínculo con el origen de su misión. Antes de abandonar el departamento inspeccioné la cocina. Dentro de una alacena había una lata de café instantáneo y una botella de Absolut sin abrir. Sobre el lavaplatos encontré dos vasos y una taza. Tomé la botella y salí con ella bajo el brazo. Nadie se daría cuenta de su ausencia y Pastrana ya no tenía por qué brindar.

Me senté junto al escritorio y por unos minutos me dediqué a rascar la peluda y suave panza de Simenon. Algo había quedado trunco y en alguna parte de las pesquisas latía un velo sin descorrer. No podía precisar la causa de mi desasosiego. Simplemente era una punzada en medio del vientre o el presentimiento de estar pronto a recibir una mala noticia. Abrí la botella de vodka y vertí unas gotas de licor en un vaso, mientras recordaba un verso del poeta chino Tu Fu: «Nuestros ingenios se agudizan como espadas, mientras el vino hace su ronda». Simenon sintió el aroma del licor y se apartó de mi lado. Bajó al suelo y comenzó a rasguñar el costado del escritorio que usaba habitualmente para afilar sus garras. La expresión de su cara y la tensión de sus músculos me hicieron pensar en un diminuto tigre rabioso. El vodka no hizo mucho por aguzar mi ingenio, pero me ayudó a recordar que Montegón seguía en el departamento de Zuñeda.

La voz adormecida del detective delataba su hastío. Le pregunté por Zuñeda y me dijo que el abogado dormía a pierna suelta, abrazado a una botella de whisky que se había empeinado en vaciar.

—Ya puede dejarlo solo —le dije—. Cuando despierte de la borrachera pensará

que su encierro de los últimos días fue parte de una pesadilla y tal vez ni siquiera recuerde nuestros rostros.

—No me simpatiza la idea de dejarlo libre para que vuelva a sus correteos.

—Cumplió con indicarnos dónde encontrar a Toro Palacios.

—De acuerdo. Dejaré a Zuñeda durmiendo la mona —dijo Montegón sin mucho entusiasmo, y enseguida preguntó por la suerte corrida por Toro.

—Toro, que también se hacía llamar Desiderio Hernández, aunque su verdadero nombre era Miguel Pastrana Gándara, debe estar en una gaveta del Servicio Médico Legal —le respondí y enseguida le di una detallada cuenta del vuelo sin retorno de mi vecino.

—Caso cerrado —sentenció Montegón—. ¿Y ahora qué vamos a hacer?

—Supongo que volver a lo de siempre.

—¿Y nuestra sociedad?

—La oficina de investigaciones apenas da para mi comida y la de Simenon.

—No es el final que esperaba, Heredia.

—Siempre podemos juntarnos a beber unas copas. No olvido que le debo más de un favor.

—En una de esas, al calor de unas copas, cambia de idea respecto a nuestra sociedad.

Divisé a Bernales sentado junto a una mesa desde la cual podía observar la entrada de los clientes. La Piojera lucía como de costumbre, aunque aguzando un poco la vista, se podía reconocer la renovación de algunas sillas y mesas. El resto era el bullicio habitual, las jarras de chicha y pipeño sobre la barra, un par de gatos que pasaban por entre las piernas de los parroquianos, estudiantes universitarios que bebían sus terremotos, y los curados de siempre, más preocupados del fondo de sus copas que del entorno.

—¿Qué gracia le encuentras a este lugar? —preguntó Bernales, algo malhumorado por la espera a la que lo había sometido—. Está lleno de ruido y cuesta lo indecible encontrar una mesa desocupada y que no se caiga al suelo con el peso de las copas.

—Tiene vida, colorido y a nadie le importa lo que hace el vecino.

—Me recuerda la época en que hice mis primeras pesquisas. Mi jefe de entonces solía reclutar a sus soplones en este lugar.

Pedimos unas porciones de arrollado caliente, con papas cocidas y ensalada de tomate, y toda esa comida llegó a nuestra mesa en una fuente de greda a la que Bernales hizo los honores con descontrolado apetito.

—Nada de qué asombrarse —comentó cuando terminé de contarle lo que sabía sobre Pastrana y sus actividades—. No soportó ser desenmascarado y prefirió el suicidio. Una situación que a veces se da entre los hampones criollos, sobre todo cuando ya han pasado una temporada en la cárcel.

—Pastrana no era un hampón común y corriente. Tampoco un ratero de los que se

infieren un par de tajos cuando están a punto de ser detenidos. Era un oficial del Ejército especializado en labores de inteligencia. Su decisión debió ser motivada por algo que escapa a nuestros conocimientos.

—El tipo está muerto, ¿para qué darle más vueltas al asunto?

—Tenía la esperanza de verlo en la cárcel.

—¿Y qué me dices de Zuñeda? También merecería vivir un rato a la sombra.

—Si pones a uno de tus hombres a vigilarlo, no tardará en pisar el palito. Tráfico de droga o pedofilia. No faltará el motivo para encerrarlo.

—De aquí a unos días más, ese pájaro va a estar en su jaula. Te lo prometo —dijo Bernales y luego de engullir un trozo de arrollado, agregó—: Hicimos el careo entre Lugo y Bulnes. A la segunda pregunta entraron en contradicciones y el resto fue pegar los retazos que estaban dispersos.

—¿No estás cansado de chapotear en tanta mierda? —pregunté a Bernales—. Asesinos, traficantes, tipos que arrojan a sus hijas por las ventanas de los departamentos, coimeros, corruptos de cuello y corbata, violadores múltiples, muchachitas que roban en los edificios, matrimonios que discuten a puñaladas. Algo está mal en la gente. Frustraciones, deudas, jóvenes sin más horizonte que la cesantía y la miseria, gente que trabaja de sol a sol para pagar sus préstamos. Poca o ninguna alegría. Dan ganas de bajar el telón y comenzar una historia nueva.

—Procuro no pensar demasiado en eso.

—Debe haber otra forma de organizar la vida, Bernales.

—Estás un poco viejo para cambiar el mundo.

—¿Hay edad para eso? No pierdo la esperanza de vivir en un mundo en el que nuestro oficio sea una cosa inútil, un arte del pasado.

—Soy un policía y me limito a cumplir con mi trabajo. No como tú, que siempre buscas las cinco patas al gato.

—Quizás tengas razón, Bernales, o como dice Cioran en uno de sus libros: «Soy demasiado consciente de la realidad, y los demás viven en un sueño de idiotas del que no quieren despertar».

Las cinco patas del gato. Ese era el problema y mi particular maldición. Buscar la huella oculta, la verdad tras las apariencias, la respuesta para la pregunta que nadie se atreve a formular en voz alta. Me había despedido del policía frente a la entrada de La Piojera y estaba de regreso en mi oficina, sin mucho que hacer, salvo hilar la madeja de las dudas. Órdenes. Pastrana había hablado de órdenes que debía cumplir. Pero, al decir eso, ¿pensaba en el pasado o en el presente? Algo no cuadraba en mi elemental aritmética de interrogaciones. Miré la botella de vodka que estaba sobre el escritorio y a pesar de la tentación, renuncié a probar su contenido.

—¿Qué te preocupa? —preguntó Simenon—. Vas a morir queriendo saber qué hay al otro lado de la luna.

—¿Y acaso no consiste en eso la vida? Imaginar, preguntar, soñar con los pies en la tierra y también lejos de ella.

—No jodas, Heredia. Lo tuyo no da para tanto. Un par de hilos sueltos, dudas, la sensación de haber dejado la investigación a medio camino. Pastrana ordenó matar a Reyes. Carvilio fue victimado por Lugo. ¿Qué más quieres? Dos crímenes por el precio de uno, como en liquidación de temporada.

—La duda mata o abre caminos. Aún no sé quién mató a Reyes.

—No me engrupas con tu filosofía barata.

—Reyes descubrió a Pastrana y éste, en vez de cambiar de escondite como venía haciendo desde hace años, lo mató. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué no se limitó a esconder la cabeza y esperar el paso del ventarrón?

—Quizás Reyes descubrió algo más que el nombre y el paradero de Pastrana.

—Por ahí va la cosa, gato metiche. Al fin dices algo cuerdo —dije al tiempo que tomaba el teléfono.

—¿De qué se trata esta vez? —preguntó Campbell, luego de un largo bostezo—. Tú nunca llamas para comentar el pronóstico del tiempo o la socorrida inmortalidad del cangrejo.

—Quisiera hacerlo, pero sé que eres un hombre ocupado en temas más importantes.

—Ni lo menciones. De aquí a mañana tengo que redactar tres artículos para mi revista. Además, me contrataron para escribir quince frases publicitarias, dos guiones de radio y seis mensajes ingeniosos para la campaña de un candidato a senador.

—También existe la posibilidad de decir no. No puedo. No quiero. No tengo tiempo. No me interesa.

—¿Y dejar de ganar una buena cantidad de mangos?

—Dinero, dinero. Vas a llegar al último de tus días y seguirás pensando que te faltan unas cifras que agregar en la cuenta corriente.

—Deja de romperme los huevos y dime lo que necesitas —retrucó el periodista, algo molesto por mis últimas palabras.

—Necesito información sobre el destino de los agentes de la Dirección Nacional de Informaciones y de la Central Nacional de Informaciones.

—¿No crees que es muy amplia tu solicitud? Después del año noventa e incluso antes, algunos de ellos siguieron en sus funciones, otros fueron reasignados y una buena cantidad pasó a retiro. De estos últimos, la mayoría vive en silencio y unos pocos, los más evidentes, han terminado en los tribunales.

—No quiero información sobre todos los agentes, solo de aquellos que tú has detectado en tu labor de reportero. Necesito algunas de esas crónicas que en su momento llamaron la atención porque apuntaron a revelar nombres que nunca habían sido mencionados.

—Escribí muchas crónicas sobre el tema, basadas en los antecedentes de los juicios, trascendidos de prensa, entrevistas con militares y rumores. Podrías revisar mis archivos pero seguramente pasarías varias semanas escarbando entre mis papeles y contaminando mi oficina con el humo de tus apestosos cigarrillos. Te enviaré

algunas crónicas por correo electrónico y si algo te llama la atención recurre a los archivos.

—No tengo correo electrónico. Confío más en el cartero que llama dos veces.

—Puedes leer las crónicas en mi blog.

—No tengo computador y el único café con Internet del barrio fue clausurado por no pagar sus impuestos.

—Falta que me digas que escribes con una pluma de ganso.

—Lo mejor es un modesto bolígrafo de tinta negra.

Anselmo entró a la oficina portando un montón de papeles que parecía a punto de caerse de sus manos. Avanzó hasta quedar junto al escritorio y sin ninguna delicadeza, arrojó los papeles sobre la cubierta.

—Su amigo Campbell enloqueció, don —dijo mientras pasaba un pañuelo por su calva reluciente—. Mandó a un propio con esta cachada de papeles. No sé por qué, pero el mensajero en vez de entrar al edificio, se fue de cabeza a conversar conmigo y me dejó el encargo. ¿De qué se trata?

—Pedí a Campbell que me enviara algunas de sus crónicas.

—¿Y no podía haberlas mandado al fax que tengo en el quiosco?

—Son demasiadas hojas.

—Habría servido para darle algún uso al aparato, porque hasta ahora solo me sirve para recibir cadenas religiosas y propaganda de casas comerciales.

—Siempre puedes donarlo a un museo, junto a la foto de tu primera comunión.

—No me joda, don. Pienso cambiarlo por una tostadora eléctrica que haga juego con la cafetera. ¿Qué le parece?

—Cada día se te encoge más el seso, Anselmo.

—Hay que andar al ritmo de los tiempos, don.

—A ese paso, solo andarás al ritmo de las deudas. Acabarás como la mayoría de los chilenos, endeudado y con estrés; o bien terminarás como un amigo que recuerda los hechos importantes de su vida a partir de los artefactos que tiene en su casa. Cuando converso con él me dice cosas tales como: mi hija mayor nació dos meses antes de que comprara el computador; o mi esposa se operó de apendicitis el mismo año que compré el primer equipo de vídeo.

—Quiero gozar de algunas comodidades, don.

—Un libro, un buen lecho, una mesa bien servida, una música que acaricie el oído.

—No me aterrorice, don. En materia de libros, con solo mirar su biblioteca me agoto. Prefiero sintonizar el canal hípico y abrir un par de cervezas. Como decía mi madrecita, que Dios tenga en su santo reino, cada quién debe usar el zapato que mejor le calza.

—No hay caso contigo, Anselmo.

—Ni con usted, don.

Leí con atención las crónicas de Campbell y no encontré ninguna información

que aportara nuevas luces a la investigación. En uno de los textos se mencionaba a Toro Palacios como responsable de las torturas en contra de una profesora que había hecho la denuncia correspondiente, motivando el inicio de una causa que con el correr de los años estaba sobreeséida por falta de pruebas. La mayoría de las crónicas estaban relacionadas con denuncias ventiladas en la prensa y cuyos inculpados cumplían sus condenas o habían fallecido en el transcurso de los procesos. Otras crónicas hacían mención a denuncias que no habían llegado a ser materia judicial y en las que se identificaba a militares de distintos rangos, supuestamente involucrados en situaciones de apremios ilegítimos, tráfico de armas, narcotráfico y desaparición de personas. Una lista de nombres entre los cuales no aparecían los registrados en la minuta de Cotapos. Lo único concreto era la crueldad que había terminado con tantas vidas y la desidia demostrada por los jueces al momento de acoger las denuncias o en el desarrollo de sus investigaciones. Solo después del año noventa se destacaba el trabajo de algunos magistrados dispuestos a descorrer los velos utilizados para encubrir a los culpables. Un trabajo que debía enfrentarse al tiempo que recubría de polvo las pruebas y al persistente silencio de los implicados. Algunas crónicas de Campbell venían acompañadas de artículos escritos durante la dictadura por periodistas que reproducían las historias inventadas por los organismos de seguridad para distorsionar los hechos o desmentir las denuncias de los familiares de las víctimas. Un sinfín de mentiras que habían quedado al descubierto con el correr de los años.

Dejé de lado los papeles y por un rato no hice más que contemplar la porción de cielo recortada en la ventana. Unas nubes se movían lentamente, ajenas a mis divagaciones sobre las tareas que tenía pendiente para cerrar el caso de Germán Reyes. Debía hablar con su hermana y su novia, y luego, si el ánimo me acompañaba, volver a pisar el taller de Terán. Después de eso, podría regresar a la oficina y sentarme a esperar la llegada de nuevos clientes.

—Deberías estar acostumbrado a descubrir verdades a medias —oí decir a Simenon, mientras abandonaba el montón de libros sobre el que había estado durmiendo.

—Las cosas no siempre resultan como uno desea. Me habría gustado una confesión más completa de Pastrana.

—Las verdades más rotundas se ocultan tras los lugares comunes.

—Tengo la sensación de haber pasado por alto una o varias pistas —agregué, sin considerar la sentencia formulada por Simenon.

—Necesitas dar una vuelta por el barrio y pensar en otros asuntos.

—Y tal vez beber una copa de vino.

—Nunca te faltan pretextos para beber.

—Mi amistad con el vino no requiere de pretextos. «Ser amigo del vino es serlo de lo auténtico, rechazar lo falso con el corazón».

—Una buena cita de Fernando Savater. Y no me digas que las citas son algo de tu

exclusividad.

—No lo haré. Sé que copias mis malas costumbres.

Mi amistad con el vino fue frágil. Después de recorrer el barrio y entrar a un par de chinceles en los que escaseaban los parroquianos y sobraban las putas aburridas, regresé al departamento y me entregué a las caricias de las sábanas, acompañado de una novela que no logró mantenerme despierto, a pesar de la cantidad de fantasmas y vampiros anémicos que habitaban sus páginas. Estaba cansado, extrañaba a Griseta, y las letras del libro se juntaban como hormigas alrededor de un trozo de carne fresca. Dejé que el sueño tendiera su red y sin ganas de seguir luchando, me dormí.

Por la mañana me despertó la voz de Anselmo que parecía especialmente interesado en reintegrarme a la realidad mal iluminada de mi dormitorio. Vestía una llamativa camisa verde limón y unos pantalones cortos que dejaban a la vista sus canillas flacuchentas y cubiertas de vellos.

—Pensé que le interesaría leer la prensa de hoy —dijo, pasándome un diario en cuyo titular principal se destacaba el implante de silicona en los pechos de una bataclana de la televisión—. Dice un par de cosas sobre la muerte de su vecino.

La información ocupaba una página y venía acompañada de una foto antigua de Pastrana, en la que aparecía vestido de uniforme. Su contenido estaba basado en muchas suposiciones y pocas certezas. Decía que el militar vivía una prolongada depresión, atribuida a su retiro del Ejército y a su mención en varias causas judiciales. La crónica recogía las palabras de su hermana menor, la que declaraba no haber sabido de él en los últimos cinco años, desde el sepelio de la madre de ambos. La mujer lo creía viviendo fuera de Santiago y prefería guardar silencio frente a las acusaciones en contra de su hermano. También se reproducía la declaración de un coronel, vocero de una organización de oficiales en retiro, que lamentaba la muerte de Pastrana y la atribuía a la agresión de los que deseaban vengarse de la derrota infringida por los militares a quienes deseaban imponer el comunismo en el país. Lo anterior se complementaba con el recuerdo del reciente suicidio de una mujer que había sido carcelera en La Venda Sexy, un centro de tortura de la DINA. La mujer se había colgado de un árbol, en el patio de la casa donde vivía, sola, agobiada, según sus vecinos, por sus problemas con el alcohol y las drogas.

—Dios castiga, pero no a palos —comentó Anselmo, una vez que terminé mi lectura.

—No se puede escapar de los apremios de la memoria. Tarde o temprano, nos guste o no, debemos concurrir a la cita que ella nos impone.

—La noticia del diario no sirve de mucho, ¿verdad?

—La investigación terminó y es hora de informar sus resultados a los interesados. Después de eso, me sentaré a observar las palomas del barrio.

—El panorama no parece muy auspicioso.

—Nunca faltará en qué entretenerse, el crimen siempre acapara todas las portadas —dijo, sin mucho entusiasmo mientras hojeaba el diario por el simple y morboso

placer de comprobar que el mundo seguía girando con su torpeza habitual.

Anselmo retornó a su quiosco. Bebí un café y más tarde, cuando me disponía a salir del departamento, escuché el fastidioso sonido del teléfono. Desde el otro lado de la línea oí a un sujeto que preguntaba por mis honorarios como guardaespaldas de un cantante que realizaría una prolongada gira por el país. Le di el número telefónico de King Kong y corté cuando el tipo comenzó a insultar a mi familia. Tres segundos más tarde, el teléfono volvió a chicharrear. Pensé que el sujeto seguiría preocupado por la salud de mis antepasados y tomé el fono dispuesto a enseñarle cuantos pares son tres moscas.

—Al fin te encuentro —oí decir a Griseta—. Llevo varios días llamándote y nunca contestas el teléfono. ¿Qué pasa? ¿Cómo estás?

—Todo lo bien que puede estar un tipo a punto de quedar cesante —le respondí.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

—Simenon y yo te extrañamos. ¿Cuándo regresas?

—Volveré a Santiago en dos o tres semanas más.

—Deberás decir adiós al aire puro y al ocio.

—De ocio, nada. He pasado los dos últimos días leyendo los trabajos de las mujeres que me tocó entrevistar. A cada una de ellas les proporcioné un cuaderno para que escribieran sus historias de vida o lo que quisieran.

—¿Un cuaderno?

—No es algo que enseñen a usar en la universidad, pero en algunos casos resulta de utilidad. Pido a mis pacientes que registren sus vivencias y todo lo que a veces no se atreven a contar en las sesiones. Después revisó los cuadernos y generalmente obtengo una valiosa información.

—¿Los pacientes pueden escribir sobre temas relacionados con sus trabajos?

—Cualquier tema que influya en las conductas o los sentimientos de las personas —respondió Griseta.

—¿Los psicólogos suelen usar ese recurso?

—No es lo habitual, salvo que se trabaje con niños a los que se les pide que hagan dibujos que luego son interpretados por el especialista. En el caso de pacientes adultos se privilegia la expresión oral. Otra cosa es el cuaderno que el psicólogo emplea para anotar los dichos de sus pacientes.

—Creo que éste no es el caso —pensé en voz alta.

—¿A qué se debe tu súbito interés por mi trabajo, Heredia?

—Tal vez a tu regreso pueda darte una buena respuesta a esa pregunta. Ahora debo ir a la casa de una clienta —dije, apresurando la despedida.

Pero no fui a la casa de Virginia Reyes, porque apenas dejé de hablar con Griseta, marqué el número de la consulta médica donde trabajaba Benilde Roos y pedí hablar con ella.

—Sigo buscando a los responsables de la muerte de Germán —le dije y me pregunté si estaba diciendo la verdad o solo mentía para ganar su confianza—.

Necesito hacerle algunas preguntas.

—¿Qué quiere saber?

—¿Germán escribía a diario en sus cuadernos?

—¿Qué importancia puede tener eso?

—Francamente, no lo sé. Pero me interesa escuchar lo que me pueda decir al respecto.

—En el cuaderno de los cuentos lo hacía de vez en cuando, según el tiempo o el ánimo que tuviera. En el otro, el de los apuntes sobre su trabajo, lo hacía casi a diario, cada vez que leía algo que le interesaba.

—¿En ese último cuaderno anotaba las ideas que discutía con su psicóloga?

—Tenía uno especial para eso. Lo supe un día en que no podía encontrar el cuaderno en su casa y me llamó para saber si lo había dejado en la mía. Al final no lo encontró en ninguna parte y supongo que terminó escribiendo las notas para la psicóloga en el cuaderno que usaba durante sus investigaciones.

—Eso quiere decir que escribió hasta un día antes de su muerte.

—No es así. Los cuadernos estaban en la consulta de la especialista. Al parecer, Germán los dejó olvidados o ella deseaba revisarlos.

—Hay algo que no calza, Benilde. La última vez que conversamos, usted me dijo que encontró los cuadernos en su casa.

—Debo haberme confundido —dijo la enfermera, bajando la voz—. Ana Melgoza me envió los cuadernos después del asesinato de Germán, dos días antes de que yo decidiera entregárselos a Virginia. Cuando los recibí estaba ocupada en alguna cosa urgente; los dejé en mi dormitorio y me olvidé de ellos hasta que al día siguiente ordené la habitación. En ese momento recordé a Virginia. Ella nunca fue partidaria de nuestra relación y por eso pensé que compartiendo los cuadernos podía demostrarle que entre Germán y yo había existido una relación sincera.

—¿Se dio cuenta que faltaban hojas?

—No. ¿De qué hojas está hablando? ¿Hojas en blanco?

—Al revisar los cuadernos descubrí que faltaban algunas hojas en uno de ellos. Una parte de las anotaciones estaban truncas.

—No me percaté de eso cuando los leí. ¿Tiene alguna idea de lo que pudo escribir Germán en esas hojas? —preguntó la mujer, impaciente.

—Desde luego que no —respondí, al tiempo que recordaba uno de los nombres que había leído en las crónicas de Campbell.

El Chevy Nova no quiso arrancar, pese a la ayuda de Anselmo y de dos vecinos que lo empujaron un largo trecho, sin conseguir que se desplazara por sus propios medios. Lo dejé estacionado y abordé un taxi para llegar a la consulta de Ana Melgoza. En el camino, mientras el chofer insistía en sus quejas contra las alzas del precio de la bencina, releí las crónicas de Campbell hasta encontrar el nombre que había recordado durante la conversación con Benilde Roos.

La consulta de la psicóloga estaba repleta de pacientes y tuve que recurrir a varias mentiras para conseguir que su secretaria me hiciera un lugar en el listado de atenciones del día. Luego me senté en la sala de espera, junto a un muchacho que llevaba los cabellos teñidos de rojo y a una mujer que comía sus uñas de manera compulsiva. En una mesa baja y cuadrada había un montón de folletos sobre dietas concebidas para tormento de los gordos. Tomé uno de los folletos y la mujer me preguntó si consultaba a la psicóloga por padecer de bulimia.

—Soy un asesino en serie —respondí sin ganas de entablar conversación con la mujer—. Mi problema es que nadie me toma en cuenta. He ido varias veces a confesar mis crímenes a la policía y no me creen.

El muchacho soltó una carcajada al escuchar mi respuesta y la mujer, desconcertada, mordisqueó sus uñas y no me dirigió más la palabra. Dos horas más tarde, y cuando ya renegaba de la intuición que me había llevado hasta la consulta, la secretaria me dijo que podía ingresar al despacho de su jefa.

Ana Melgoza lucía tan atractiva como durante nuestra primera conversación, pero algo en el tono de su voz y en la manera desganada de observarme me hizo pensar que estaba cansada de escuchar las penurias de sus pacientes. Me senté frente a su escritorio y por un momento guardé silencio, evaluando la manera más conveniente de iniciar mis preguntas.

—Mi secretaria me comentó que usted desea conversar por un asunto ajeno a mi especialidad —dijo—. Confío en que no sea vendedor de seguros o promotor de préstamos. Me tienen hasta la coronilla con sus llamadas telefónicas, cartas y correos electrónicos.

—¿No me recuerda? Días atrás hablamos acerca de Germán Reyes, uno de sus pacientes.

—¿El detective? —preguntó Ana Melgoza, demostrando una sorpresa que no me pareció auténtica—. Perdone que no lo reconociera, pero me confundo con tanta gente que pasa por esta consulta.

—Por el bien de sus pacientes, espero que a ellos no le haga el mismo comentario.

—A mis pacientes los recuerdo perfectamente —dijo, molesta y al tiempo que palpaba uno de los bolsillos de su delantal.

—Si quiere fumar, no se detenga —le dije.

—¿Cómo sabe que deseo fumar?

—Ha atendido a tres personas en las dos últimas horas y en nuestra reunión anterior dijo que no fumaba en presencia de los pacientes.

—Tiene buena memoria —dijo y luego sacó una cajetilla de cigarrillos del delantal, preguntó—: ¿En qué puedo ayudarle, señor...?

—Heredia —respondí y enseguida le hice un resumen de mi trabajo, desde la visita de Virginia Reyes a mi oficina en adelante.

—Supongo que después del suicidio de Pastrana usted habrá puesto fin a la investigación. Lo felicito por la eficiencia —dijo cuando terminé el relato.

—No estoy tan seguro de merecer sus felicitaciones.

—¿No? —preguntó Ana Melgoza, con un repentino tono de inquietud en la voz.

—Tengo la impresión de haber dejado algunos cabos sueltos y necesito que me ayude a unirlos. Y como usted me dijo que podía venir a molestarla con nuevas preguntas...

—¿Cuáles son esas preguntas?

—¿Usted emplea cuadernos en el trabajo con sus pacientes? —pregunté, lentamente, calculando el efecto que podían tener mis palabras en el ánimo de la psicóloga.

—¿Cuál es su interés en eso?

—Ya le dije, se trata de algunos cabos sueltos. ¿Qué me puede decir sobre el particular?

—Uso libretas para anotar lo que ellos dicen en las sesiones.

—Me refería a cuadernos usados por los pacientes.

—A veces los uso con menores o adultos que tienen dificultades para comunicarse. Un punto clave de la terapia consiste en que los pacientes se atrevan a hablar de sus problemas.

—¿Germán Reyes usaba cuadernos?

—Tendría que consultar la ficha clínica para responder esa pregunta.

—No me defraude. Hace un rato dijo que recordaba perfectamente a sus pacientes.

—Quizás exageré y hay detalles que olvido —dijo Ana Melgoza con aparente indiferencia.

—También sé que hizo llegar los cuadernos a Benilde Roos.

—Cierto, cómo pude olvidarme de eso —agregó la psicóloga y acompañó sus palabras con una sonrisa nerviosa—. Germán tomaba apuntes acerca de lo deseaba decirme y los usaba en nuestras conversaciones. Era una suerte de ayuda memoria que le servía para explayarse. Pero ninguno de esos dos cuadernos era el que usaba en nuestras sesiones. El que tenía para eso lo perdió en un bus o lo dejó olvidado en un restaurante.

—Sin embargo, usted le pidió los dos cuadernos para leerlos con mayor atención. ¿Por qué lo hizo? Porque Germán, a falta del cuaderno habitual, escribió en uno de

ellos sus anotaciones para la terapia; o porque le interesaron algunas de las notas que él había hecho durante sus últimas investigaciones.

—¿Me está acusando de algo?

—¿Qué fue lo que le llamó la atención?

—¿Usted leyó los cuadernos? —preguntó la psicóloga, eludiendo mi consulta.

—Casi todas sus páginas —respondí y luego, mientras ella bajaba la mirada, le recordé que Germán participaba en un grupo dedicado a desenmascarar militares involucrados en actos represivos.

—Hablamos de eso durante su primera visita.

—Sí, eso me preocupa tanto como el hecho de que aún no me responde por qué se quedó con los cuadernos.

—Contenían información útil para la terapia. Y por lo demás, una vez que dejaron de tener importancia se los envié a Benilde Roos.

—La que a su vez se los pasó a la hermana de Germán.

—Ignoraba ese último destino de los cuadernos. Y tampoco sé adónde pretende llegar con sus preguntas.

—¿Se dio cuenta que faltaban hojas en uno de los cuadernos? Alguien las arrancó y dejó incompletas las anotaciones.

—No, no me di cuenta que faltaran hojas.

—¿Tal vez usted prestó el cuaderno a otra persona?

—¿Cómo se le ocurre? Lo que mis pacientes dicen o escriben forma parte del secreto profesional.

—Si es así, ¿puede explicar por qué deshojó uno de los cuadernos? —insistí, dispuesto a enfrentar el punto que me había llevado hasta la consulta.

—He tenido un día pesado y estoy cansada —dijo la psicóloga al tiempo que encendía un nuevo cigarrillo—. Tampoco me queda paciencia para aguantar sus impertinencias.

—Quiero que sea razonable y me ayude a encontrar la verdad.

—Hace un momento dijo que había terminado de investigar el asesinato de Germán.

—Desconozco quiénes fueron los autores materiales del crimen. Descubrí que Pastrana organizó el asesinato, pero intuyo que alguien le ordenó realizarlo —dije.

—¿Me está acusando de ser parte de ese crimen?

—Usted tenía acceso privilegiado al cuaderno de Reyes y salvo que mis hallazgos de las últimas horas estén errados, usted es la hermana del brigadier en retiro Tulio Melgoza Imbert.

—Tulio es mi hermano mayor. ¿Qué importancia tiene eso?

—Reyes descubrió el oscuro pasado del brigadier. Tulio Melgoza, cuando era un joven y promisorio teniente, trabajó en diversas labores de los mal llamados servicios de inteligencia. Fullerton era el nombre que usaba como chapa, y a pesar de su corta edad, destacó por su ferocidad a la hora de interrogar a los detenidos. Hasta que las

investigaciones de Germán dieron frutos, nadie había podido revelar la verdadera identidad de Fullerton, a quien como usted debe saber, se le menciona en varias causas judiciales.

—¿De dónde sacó esa historia? Hace tiempo que no oía tantos disparates.

—La imaginación ayuda en ciertos casos. En las novelas, los crímenes suelen ser alambicados y constituyen un desafío para los ingenios más aguzados, pero en la realidad siguen un patrón más simple. Basta un motivo o una buena pista y se llega hasta el domicilio del asesino. Solo los criminales que gozan de impunidad tienen tiempo de borrar las evidencias, eliminar testigos o inventar coartadas.

—No me puede obligar a seguir esta conversación —dijo Ana Melgoza, alzando el tono de su voz.

—Puedo ser muy rudo si me lo propongo. Pero no quisiera serlo con usted. Algo me dice que es víctima de un juego en el que nunca quiso participar.

—¿Qué le hace pensar eso? —preguntó, y en sus labios se dibujó un gesto de tristeza contenida.

—La primera vez que conversamos, usted me habló de su trabajo en la recepción de los testimonios recogidos por la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura creada para identificar y reconocer a las víctimas de la represión. Eso, supongo, motivó a Reyes para venir a su consulta.

—Usted gana, Heredia. Como suele decirse, no es posible tapar el sol con un dedo.

—Tengo tiempo y algo de paciencia. Cuénteme su historia.

—Soy la oveja negra de la familia —dijo Ana Melgoza, alzando levemente la voz—. O mejor dicho, la oveja roja. Mientras estudiaba en la universidad milité en la Izquierda Cristiana y, desde luego, nunca fui partidaria del gobierno militar. La única, además de mi padre, en una familia de empresarios, militares y sacerdotes derechistas que respiraron tranquilos cuando las Fuerzas Armadas comenzaron a matar y encarcelar a los rotos alzados, como mis familiares llamaban a los partidarios de la Unidad Popular. Cuando me ofrecieron participar en el trabajo de la comisión, sentí que era la oportunidad de contribuir a la reparación de muchas injusticias.

—Hábleme de su hermano —dijo, interrumpiendo brevemente a la psicóloga.

—Conocía los rumores acerca de su trabajo en los organismos de seguridad. Y conocía, como la mayoría de la gente, las historias sobre lo ocurrido en Villa Grimaldi, el Estadio Nacional, Isla Dawson, el Estadio Chile, y otros centros de tortura. Antes de aceptar el trabajo en la comisión, conversé del tema con Tulio. Negó todo y dijo que su trabajo de esa época consistía en procesar la información que entregaban los agentes infiltrados en sindicatos y organizaciones pertenecientes a la Iglesia Católica. La verdad es que no me sorprendió que dijera eso y tampoco creí que fuera cierto.

—¿Cuándo se enteró que su hermano era Fullerton?

—Germán me contó que había logrado un avance en sus investigaciones y me

leyó una parte de sus apuntes. Le dije que deseaba analizar sus notas y le pedí los cuadernos. Al leerlas, recordé los testimonios sobre Villa Grimaldi que había escuchado en mi trabajo y a pesar de las ideas políticas de mi hermano, me costó aceptar que fuera el mismo Fullerton al que los detenidos acusaban de tantas bellaquerías. Primero sentí incredulidad y luego, vergüenza. ¿Cómo podía haber cometido tantas atrocidades alguien tan cercano a mis afectos y con quien habíamos recibido los mismos valores inculcados por nuestros padres? Volví a reunirme con Tulio y me dijo que no debía prestar atención a las mentiras de los comunistas. Desde entonces, y hasta que le entregué los apuntes de Reyes, no volví a hablar con él.

—Quisiera creer lo que dice, pero no entiendo por qué terminó ayudando a su hermano.

—Por mi padre y mi esposo —dijo la psicóloga y luego dio una calada nerviosa a su cigarrillo—. Son dos largas historias.

—Vine a escuchar todo lo que tenga que decirme.

—Mi padre es un antiguo oficial del Ejército al que dieron de baja después del golpe militar. Hasta entonces, era de los militares que como el asesinado general Schneider creían en el apego del Ejército a la Constitución Política. Nunca estuvo de acuerdo con el golpe y menos con los crímenes que después se cometieron. Uno de sus grandes orgullos fue ver a mi hermano ingresar al Ejército y convertirse en un oficial al que le auguraban una carrera ascendente. Hoy mi padre está anciano y si llega a saber que Tulio participó en los crímenes que tanto deplora, seguramente será su fin. Lo que él entiende como honor militar rige su vida desde que abrazó la carrera de las armas. Tulio se encargó de hacerme ver el efecto que tendría la verdad en mi padre.

—Eso es con respecto a su padre, ¿qué pasa con su esposo?

—Es una historia que solo conocemos mi hermano y yo. En pocas palabras, se trata de que el padre de mi hijo mayor no es mi esposo, sino que un antiguo compañero de la universidad con el que tuve una fugaz relación después de casarme. Error, inmadurez, debilidad, llámelo como quiera. Lo cierto es que amo a mi esposo y para defender mi matrimonio, opté por callar. Tulio conoció casualmente la verdad cuando encontró en mi consulta una carta enviada por el que fue mi amante. Y no se conformó con eso. Uso su poder para detener a mi compañero de universidad e interrogarlo sobre nuestra relación. Nunca me lo dijo, hasta que lo encaré para pedirle una explicación acerca de las investigaciones de Germán. En ese momento me habló de la salud de mi padre y de lo que sabía respecto a mi hijo Eduardo.

—Entonces decidió entregar los apuntes a su hermano.

—Me dejé intimidar y nunca pensé que Tulio cometería otro asesinato para ocultar su pasado. Hasta el último de mis días me arrepentiré de haberlo hecho.

—¿Por qué arrancó las hojas del cuaderno? Pudo entregárselo completo a su hermano o fotocopiar las partes pertinentes.

—Quise hacer una copia, pero Tulio exigió el original. También pensé que

Germán pediría la devolución de su cuaderno y solo después de arrancar las hojas me di cuenta que podía haberle dicho que estaba extraviado. Me puse nerviosa y actué compulsivamente.

—Tampoco entiendo por qué le entregó los cuadernos a Benilde Roos.

—Pensé que alguien más podría llegar a conocer la existencia del cuaderno y que en tal caso, era mejor que estuviera en poder de otra persona. Una vez en manos de Benilde, nadie podría acusarme de arrancar las hojas.

—¿Esa es la única razón?

—No. Después del asesinato de Germán comprendí que debía haber denunciado a mi hermano. Creí que entregando los cuadernos podía ayudar a que lo descubrieran sin verme involucrada, y al parecer es lo único en lo que no me equivoqué. En lo demás fui una ingenua. Mi hermano sabía que Germán, con apuntes o sin ellos, terminaría revelando la identidad de Fullerton. Por eso decidió matarlo. Por eso y porque Germán estaba al tanto de sus otros delitos.

—¿Qué otros delitos?

—Los que se mencionan en los apuntes que saqué del cuaderno.

—¿Recuerda lo que decían esos apuntes?

—No solo lo recuerdo, también se los puedo dar a leer. Fotocopié las hojas antes de entregárselas a Tulio.

—¿Un as bajo la manga?

—Me asustó la reacción de mi hermano cuando supo de la existencia del cuaderno y decidí guardar una copia como protección.

—Hizo bien —dije, y luego de observar a la mujer a los ojos, agregué—: Ahora tendrá que responder las preguntas de la policía.

—Es algo que aguardo desde que murió Reyes. Debo asumir mi responsabilidad.

—Tendrá que contar su historia muchas veces.

—Debí contarle la verdad a Germán, prever que la entrega de las hojas no garantizaba que Tulio se quedaría de brazos cruzados. Tampoco comprendo por qué Germán no relacionó mis apellidos con los de mi hermano.

—Todos cometemos errores. Usted sabe cuáles fueron los suyos y quizás Germán se dio cuenta de la coincidencia de los apellidos demasiado tarde y no tuvo tiempo para enmendar el error.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó Ana Melgoza.

—Leer las fotocopias y llamar a unos amigos.

—Tulio tendrá que responder por sus actos y mi padre se enterará de lo sucedido.

—Siempre es mejor apostar por la verdad.

—Solo me queda una duda, Heredia. ¿Cómo llegó a pensar en los cuadernos?

—No me va a creer, pero lo hice con la ayuda de una psicóloga.

Cerré la puerta de la consulta y pensé que al fin sabía quién era la misteriosa «ella» que mencionaba Reyes en sus anotaciones. Salí a la calle y me puse a caminar sin rumbo fijo, observando a la gente que iba de regreso a sus hogares. Rostros

maquillados, cabelleras teñidas, anteojos oscuros, trajes de diversos colores y diseños. Apariencia, todo era apariencia, engaño, máscara, ocultamiento, mentira. Recordé parte de un poema de Jaime Gil de Biedma que decía:

*«Tras el muerto en el estanque
tras el fantasma en el huerto,
tras la señora que baila
y el hombre que bebe obseso,
tras la expresión de fatiga,
la jaqueca y el lamento
existe siempre otra historia
que no es jamás lo que vemos».*

Germán Reyes había cometido dos errores. Por motivos que ya nadie podría conocer no llegó a relacionar los apellidos de su psicóloga con los del brigadier, y había empleado para su terapia el cuaderno equivocado. Al leer las fotocopias que me entregara Ana Melgoza, supe que junto a las identidades de los torturadores, Reyes había consignado una lista de casos en que ellos eran mencionados. Pero eso no era todo, porque en sus notas existía algo que tenía el aliento de las sorpresas más inesperadas. Gran parte de los apuntes estaban dedicados a reseñar las confesiones de Bernardo Aliaga, un agente de la Dirección Nacional de Inteligencia condenado a veinte años de presidio por el secuestro y asesinato de un dirigente universitario ocurrido a comienzos del año ochenta y dos.

«Nos vimos por primera vez hace dos años, cuando lo visité en el penal con la intención de obtener alguna información que permitiera dar con el paradero de Fullerton —decía Reyes en parte de sus anotaciones—. No me dijo nada en esa oportunidad, pero intuí que conocía el verdadero nombre del torturador y me atreví a dejarle un número telefónico donde ubicarme en caso de cambiar de opinión. No tenía mayor esperanza que ello sucediera, y por eso me sorprendió recibir su recado siete meses más tarde. Cuando lo visité por segunda vez, comprendí de inmediato que Aliaga estaba viviendo sus últimos días. Había bajado más de veinte kilos y apenas conseguía dar unos pasos por su celda. Me contó que tenía un cáncer al hígado y que el tratamiento al que lo sometían no daba ningún resultado positivo. Después, sin que mediara pregunta de mi parte, me habló de su relación con Toro Palacios y Fullerton. Aliaga había sido subordinado de ambos militares en distintas etapas de su paso por los organismos de seguridad. Eso, más la confianza que logró generar en los oficiales, le permitió conocer sus nombres». «Aliaga —escribía Reyes— recordaba los nombres de varios de los detenidos que habían pasado por Villa Grimaldi y me habló de la manera como operaban las distintas brigadas de la DINA, y de la CNI. También, y sin que yo se lo pidiera, se explayó acerca del trabajo de la Dirección de Inteligencia del Ejército, DINE, organismo militar que había sucedido a los dos anteriores. Volví a visitarlo por tercera vez y entonces me habló de la organización que había creado Fullerton con la complicidad de otros oficiales de la Unidad de Negocios de la Fábrica de Materiales y Armamentos del Ejército, y de la Dirección de Logística. Me costó creer lo que decía, pero al relacionar su información con artículos que había leído en la prensa, comprendí que tenía una bomba de tiempo entre mis manos».

La última parte de los apuntes me hizo recordar lo que había dicho Pastrana respecto a las órdenes que debía cumplir, y ya no tuve duda respecto a lo que había motivado el asesinato de Germán Reyes. Preparé mis próximos pasos, pero antes de mover las piezas en el tablero, pensé en cubrir mis espaldas y llamé a Marcos Campbell para darle a conocer los nuevos antecedentes que tenía sobre el escritorio.

Ubicar a Tulio Melgoza fue más difícil de lo que esperaba. Ocupé un día en averiguar donde vivía y otros dos en conocer sus movimientos habituales y saber que pasaba gran parte del tiempo en su despacho, ubicado a pocos pasos del Ministerio de Defensa. Llevaba tres años retirado del Ejército y administraba una empresa de asesoría en seguridad que proveía de celadores, guardaespaldas y choferes a un conjunto de industrias, supermercados, universidades y colegios particulares. Durante la vigilancia que ejercí sobre él, lo vi salir varias veces de su oficina, acompañado de un hombre joven y robusto que supuse sería su secretario o guardaespaldas. Melgoza era rubio, de mediana estatura y se conservaba delgado y ágil. Estaba casado con una abogada que se desempeñaba en el Ministerio de Relaciones Exteriores y tenía dos hijos que habían heredado su aprecio por las botas «lustradas y espantosas» de las que habla Carlos Droguett en su libro «Sobre la ausencia». El mayor había egresado un año atrás de la Escuela Militar, y el otro estudiaba en la Escuela Naval, con lo que se garantizaba la presencia de las armas en la tradición familiar. Al cuarto día comprobé que Melgoza tenía una rutina que podía ayudarme. Todas las mañanas salía de su hogar y antes de dirigirse a su oficina pasaba a una iglesia ubicada a seis cuadras de su casa. Rezaba o meditaba unos minutos y luego seguía su camino. Ese primer viaje del día lo hacía solo, sin custodia y conduciendo él mismo su auto. La iglesia era pequeña. Tenía una puerta principal y otra lateral que la comunicaba con una dependencia parroquial donde vivían dos sacerdotes de avanzada edad. Era el escenario ideal para conversar con el militar y sin darle más vueltas al asunto, ocupé un par de horas en obtener la complicidad de Anselmo, Campbell y Atilio Montegón.

—¡Se volvió loco, don! —exclamó Anselmo cuando le expliqué el plan.

—Chiflado y con ganas de ponerte la soga al cuello —comentó Campbell después de escuchar mi propuesta.

—¿Dónde y a qué hora? —preguntó Montegón con un entusiasmo digno de mejor causa.

Después de releer los apuntes de Reyes, hice mi propio resumen de la información y salí del departamento con la idea de beber una copa y repasar los detalles del plan que pretendía desarrollar al día siguiente.

A simple vista y descontadas las dos ancianas que rezaban de rodillas frente altar, el templo se encontraba vacío. Melgoza llegó a la iglesia a la hora de costumbre. Vestía una chaqueta gris y pantalones azules. De su mano izquierda colgaba un lujoso y reluciente maletín de cuero negro. Miró el interior de la iglesia y se sentó en una banqueta ubicada cerca de la puerta. El vitral sobre el altar emitía una luz que parecía brotar desde un arco iris. Salí de mi escondite al interior de un confesionario, acaricié la Beretta que portaba en el bolsillo derecho de la chaqueta y caminé al encuentro del militar.

—Buenos días, brigadier Melgoza. Antes que todo, sepa que estoy apuntándole con una pistola y que a nuestras espaldas se encuentran dos amigos dispuestos a usar sus armas —le dije, luego de sentarme a su lado y de indicar hacia la puerta principal

de la iglesia por la que acababan de entrar Campbell y Montegón.

—¿Un secuestro? —preguntó con aparente calma.

—Si mira hacia adelante verá a otro de mis amigos —le dije al tiempo que indicaba a Anselmo, de pie junto a la puerta que llevaba a la sacristía de la iglesia.

—Sus amigos no parecen gente de mucho aplomo.

—Perdone el lugar común, pero es sabido que las apariencias engañan.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó.

—Por de pronto, conversar.

—Cualquiera sea el motivo que tenga para importunarme, todavía tiene tiempo para arrepentirse. Salga de la iglesia y le aseguro que ni siquiera me voy a dar la molestia de recordar este incidente —dijo Melgoza con un reflejo burlón en la mirada.

—No creo que esté en condiciones de imponer sus condiciones, Fullerton.

La mención de su antiguo alias descompuso momentáneamente a Melgoza. Hizo una mueca despectiva y volvió a mirar a sus espaldas para comprobar que Montegón y Campbell seguían en sus sitios.

—¿Se trata de eso? —preguntó con un dejo de fastidio—. Debí imaginarlo. ¿Quiénes son ustedes? Rodriguistas trasnochados, miristas o un nuevo grupo de infelices que aún no aceptan la derrota.

—Modere su lenguaje, Fullerton. Mi pistola es sensible a las palabras de grueso calibre —dije y enseguida, sin dar tiempo a la réplica del militar, añadí—: Créame que la tentación de disparar es grande y que mucha gente me lo agradecería. Sin embargo, no estoy aquí para hacer justicia con mis manos. Vine a verificar una historia y a decirle que llegó la hora de que Fullerton muestre la cara.

—¿De qué quiere hablar? —preguntó Melgoza.

—De las investigaciones efectuadas por Germán Reyes. Y no pierda su tiempo negando que lo conoce. Leí los apuntes que él escribió para su psicóloga y conozco parte de la información que recopiló durante los últimos meses.

—¿Ana le habló de esos apuntes? —preguntó el militar, dispuesto a no perder el tiempo con inútiles evasivas.

—Si está pensando que ella lo delató, se equivoca. Solo se rindió a las evidencias y conversamos, tal cual lo estoy haciendo con usted.

—¿Cuál es su relación con Reyes? ¿Es parte del mismo grupo?

—Soy detective privado y fui contratado para investigar su muerte.

—¿Detective privado? No me haga reír, por su aspecto diría que acaba de salir de la cárcel. Hasta donde sé, los policías privados se dedican a investigar adulterios y robos de poca monta.

—Ya le dije que las apariencias engañan, y en lo que a mí respecta, dejaron de preocuparme cuando descubrí que una corbata o una medalla reluciente puede ocultar al peor de los ladrones o asesinos. Pero, qué le puedo decir de aparentar y engañar, si es lo que usted mejor ha hecho en su vida —dije, y luego de mirar a mí alrededor,

agregué—: Conozco el terreno que piso y aunque me gustaría verlo entre rejas, por ahora me conformo con saber los nombres de quiénes asesinaron a Reyes.

—¿Qué le hace pensar que voy a conversar de ese tema con usted?

—Hablé con Pastrana minutos antes de que se arrojara del edificio. Dijo que era un soldado que cumplía órdenes y luego, al leer los apuntes de Reyes, deduje que esas órdenes las recibía de usted.

—Veo que ha recogido varios hilos sueltos, pero también que no tiene cómo unirlos. Muerto Pastrana, no tiene ningún argumento para usar en mi contra.

—Es probable, pero de todos modos mi historia llamará la atención de algunos abogados. Los apuntes de Reyes y lo que averigüé en mi conversación con Pastrana dan de sobra para llevarlo frente a un juez.

—Si es cómo usted dice, ¿por qué se arriesga al venir a conversar conmigo?

—Porfía, vanidad, el nombre da lo mismo, pero deseo saber si he llenado bien todos los recuadros del crucigrama. Usted decide, Melgoza, ¿conversamos al amparo de los santos que nos observan o prefiere un lugar como los que usted empleaba para interrogar a sus víctimas?

—Hablemos, pero le advierto que no saldrá bien parado del lío en el que se metió al venir a esta iglesia.

—Deje que yo resuelva ese problema más tarde. ¿Qué tiene que decirme?

—A veces, como hemos hecho en los últimos años, se puede permitir que el enemigo avance y sienta la ilusión de una victoria.

—¿Me quiere hacer creer que Reyes era un peligro para los que usted representa? Parece que exagera, Melgoza.

—Se convirtió en un peligro para mí.

—Y entonces ordenó a Pastrana que reuniera a sus sicarios para simular un asalto que terminó siendo poco convincente.

—No siempre los operativos resultan como se planifican. Se lo dije a Pastrana cuando analizamos el resultado de la operación.

—Usted debe sentir nostalgia de la época en que podía matar a alguien y luego ir a beber una cerveza con sus secuaces.

—Guarde sus ironías, detective como se llame —dijo Melgoza y luego de mirar a su alrededor, agregó—: Con el transcurso de los días pensé que no había razón para preocuparse. La policía aceptó la idea del asalto y todo parecía ir por buen camino, directo al olvido.

—¿Cómo se llaman los asesinos de Reyes?

—Esa es una información que Pastrana se llevó a la tumba.

—Usted era el jefe superior de Pastrana y él debió informarle cada detalle de los trabajos que realizaba. ¿O me equivoco?

—Pastrana era un soldado obediente.

—Él y usted se conocieron en Villa Grimaldi.

—Correcto.

—Y desde entonces y hasta nuestros días, él siguió trabajando bajo sus órdenes.

—Aunque así fuera, no es algo que le vaya a decir.

—Reyes dedujo que Pastrana estuvo a cargo de diferentes operaciones de protección a los militares que eran requeridos por los tribunales. Su trabajo permitió ocultar a algunos oficiales y enviar a otros al extranjero. También, y esto ya es deducción mía, Pastrana se encargaba de eliminar a los que como Reyes se convertían en molestas piedras en los zapatos.

—¿No pretenderá que le diga que está en lo correcto?

—Más tarde tal vez tenga la oportunidad de negarlo todo, pero mientras estemos en esta iglesia pretendo que me diga la verdad. ¿Cuándo tomó la decisión de eliminar a Reyes?

—¿Qué le hace pensar que fue idea mía? No he dicho que yo decidiera matarlo.

—Todo. Su pasado, la relación con Pastrana, su hermana y los cuadernos de Reyes. Déjese de macanas, Melgoza. Usted y yo sabemos muy bien de qué estamos hablando.

—No hay nada mejor que conocer los puntos del adversario.

—¿Cuándo tomó la decisión de eliminar a Reyes? —volví a preguntar.

—¿Por qué insiste en pensar que fue idea mía?

—Supongo que la decisión la tomó cuando su hermana le habló de los cuadernos o después de investigar a Reyes y darse cuenta que las hojas eran un pelo de la cola. Reyes estaba dispuesto a llegar hasta las últimas consecuencias y no había que ser muy agudo para entender que tenía más información que la mencionada en el cuaderno. Hasta ese momento, su nombre real nunca había sido mencionado en ninguna investigación.

—Tiene razón en lo que dice sobre mi nombre.

—¿Suerte o precaución?

—Si uno de los nuestros llega a los tribunales tiene el compromiso de omitir en sus declaraciones a los camaradas que no están identificados en los procesos. Lo importante es dilatar las investigaciones judiciales. Los acuerdos negociados desde el año noventa en adelante nos aseguran que se cerrarán las causas pendientes, en unos pocos casos con fallos y condenas, y en la mayoría con la aplicación de la amnistía.

—Peca de optimismo, Melgoza. Hoy en día hay varios jueces que se atreven a caminar sobre terrenos pantanosos. Los magistrados lambiscones del pasado están muertos o gozan de las buenas jubilaciones que les dieron a cambio de la complicidad.

—Siempre hay margen para nuevas negociaciones, y la verdad es que las causas por lo que llaman Derechos Humanos me tienen sin cuidado.

—Esperaba que dijera eso en algún momento. Su temor tiene otro origen y sus palabras comprueban la información que leí en los apuntes de Reyes. Lo que a usted le inquietó fue el asunto del tráfico de armas.

—¿Qué sabe sobre ese asunto? —preguntó con cautela.

—Todo —mentí, y enseguida esboqué una sonrisa al intuir que al fin había logrado dar en el clavo que sostenía el andamiaje de Melgoza.

El militar me fulminó con una rápida mirada y luego observó a las ancianas que rezaban frente al altar.

—¿Qué dice? ¿Seguimos conversando o nos dedicamos a otros juegos más violentos?

Melgoza fijó su mirada en un punto sobre el altar y en voz baja, como si hablara consigo mismo, empezó a hurgar en las huellas de la memoria.

El proyecto, de acuerdo a las palabras de Melgoza, surgió cuando el fin del gobierno militar era una realidad innegable y el país se aprontaba a iniciar una lenta recuperación democrática que desde el punto de vista de los militares debía ser minada con ataduras que dificultaran el traspaso del poder a las nuevas autoridades. Melgoza y otros oficiales avizoraban tiempos difíciles, y por eso decidieron montar una serie de operaciones destinadas a juntar recursos para el futuro personal y el de algunas jefaturas que no deseaban abandonar el gobierno con las manos vacías. Había que hacer algo que reportara ingresos sustanciosos. Algo diferente a los asaltos a bancos que en el pasado habían servido para engrosar las bolsas del personal y de paso inculpar a los ocasionales detenidos. Se requerían operaciones de envergadura y alguien, tal vez el mismo Melgoza, pensó que el tráfico de armas sería un negocio lucrativo. En el mundo había varios conflictos bélicos en proceso y otros a punto de estallar. Eso implicaba la existencia de muchos interesados en comprar armas a cualquier costo. El proyecto obtuvo la venia de los superiores, incluido el vetusto dictador, y para su ejecución se conformó un grupo en el que participaron oficiales escogidos de la Unidad de Negocios de la Fábrica de Materiales y Armamentos del Ejército, de la Dirección de Logística y de la Dirección de Inteligencia. Una estructura paralela a la organización formal que se usó para adquirir armas, nuevas o usadas, y luego revenderlas a mayor precio. El grupo hizo las primeras transacciones con narcotraficantes colombianos que necesitaban armas para la contienda que sostenían contra el ejército de su país y las guerrillas de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia.

—La oportunidad de concretar un gran negocio se presentó cuando estalló la guerra separatista en los Balcanes, a comienzos de la década de los años noventa —dijo Melgoza, remarcando sus palabras como si estuviera en medio de una disertación pública y no exponiendo sus culpas frente a un detective de poca monta que le prestaría atención hasta oír toda la verdad que había ido a buscar en la iglesia—. Al producirse la división de Yugoslavia, la mayor parte del ejército de ese país quedó en manos de los serbios, lo que les dio importantes ventajas en su agresión a Croacia y Eslovenia. Los croatas declararon su independencia el año noventa y uno, y para defenderse necesitaron fortalecer la Guardia Nacional, una especie de cuerpo policial que estaba muy lejos de poseer la misma capacidad bélica de las fuerzas serbias. Debido a la prohibición de las Naciones Unidas, los croatas no pudieron comprar

directamente a los países fabricantes de armas y los encargados de gestionar las adquisiciones debieron vincularse con proveedores que operaban al margen de los circuitos legales. Se trató de una carrera contra el tiempo, en la que cualquier arma o pertrecho que se conseguía era útil para defender a la nueva república.

—Y de ese modo llegaron a negociar con su grupo —dije, interrumpiendo brevemente el monólogo de Melgoza.

—La información nos llegó desde la Argentina donde existe una amplia colonia de emigrantes croatas y entre ellos, numerosos nacionalistas ustachas que se refugiaron en ese país después del triunfo del mariscal Tito y sus partisanos, al término de la Segunda Guerra Mundial. A través de esos vínculos, los croatas hicieron negocios con funcionarios que pertenecían al entorno presidencial y con oficiales del ejército argentino. Y luego, cuando la demanda de armas no pudo ser satisfecha por los transandinos, los argentinos ofrecieron a los croatas la posibilidad de adquirir armamentos y suministros en Chile. Hicieron contacto a través de amistades que perduraban desde la época en que los ejércitos combatíamos a la subversión a ambos lados de la Cordillera de Los Andes y el negocio final se materializó por intermedio de una empresa de armamentos europea que solía participar en la feria aeronáutica que todos los años se realiza en Santiago. El trato fue rápido y muy provechoso para nosotros. La venta de trescientas toneladas de armas se concretó por un valor que superaba los siete millones de dólares. Los fusiles, cohetes, granadas y municiones comenzaron a ser despachados hacia países desde los cuales era fácil traspasar el cargamento a los croatas. Los envíos se hicieron simulando el traslado de implementos médicos que salían de Chile en calidad de ayuda humanitaria para los países en conflicto, y todo anduvo bien hasta que uno de los despachos fue descubierto en el aeropuerto de Budapest. La policía local confiscó el material y la prensa no tardó en informar del hallazgo. El gobierno chileno de la época salió a enfrentar el escándalo y después de negociar una investigación con el Ejército, ordenó la baja de algunos oficiales que participaron en las ventas. Nuestro negocio comenzó a tambalear y debimos diseñar una estrategia para evitar que el grueso de la organización quedara al descubierto.

A comienzos del año noventa y dos las cosas se complicaron para Melgoza y su grupo. El encargado de compras en el exterior de la Dirección de Logística del Ejército fue señalado como el responsable de la operación. El oficial, que al parecer no tenía participación en el negocio, pero estaba al tanto de lo ocurrido, se puso nervioso y amenazó con declarar en el tribunal que investigaba el caso. Sus superiores lo llamaron al orden, pero el oficial mantuvo su posición. Fue el momento en que Melgoza recurrió a Pastrana para sacar de circulación al oficial. Primero lo secuestraron y se le trató de convencer para que mantuviera silencio. Y cuando eso no dio resultado, Pastrana ejecutó la segunda parte del plan preventivo. El oficial apareció muerto en un sector rural y las evidencias hicieron pensar que se había eliminado por sus propios medios. El Ejército simuló una investigación y entregó

resultados que confirmaron la tesis del suicidio. Un médico declaró que el oficial padecía una severa depresión y se filtró a la prensa una historia que pretendió poner tierra sobre el asunto.

—El gobierno pidió el nombramiento de un ministro en visita para reactivar la investigación que dormitaba en los tribunales —agregó Melgoza—. El juez citó a declarar a muchos oficiales y no obstante las precauciones del caso, poco a poco aparecieron las contradicciones entre los involucrados. Pese a eso, y a que varios oficiales fueron acusados del tráfico de armas, logramos controlar la situación. Desde el descubrimiento del contrabando y hasta la fecha han pasado más de diez años y las investigaciones judiciales siguen entrampadas.

—Y en todo ese tiempo usted vivió en la más absoluta tranquilidad.

—Tranquilidad no es la palabra precisa. Durante estos últimos años he trabajado arduamente para impedir que se descubran las actividades de nuestra organización. Afortunadamente, todos los involucrados saben comportarse y el que cae asume las culpas que son irrefutables y guarda silencio respecto a los antecedentes que son ignorados por el juez. No ha sido fácil mantener oculto el núcleo de la cofradía —dijo Tulio Melgoza, y luego de una pausa para volver a mirar hacia la entrada de la iglesia, agregó—: Al principio creí que las averiguaciones de Reyes eran una avalancha incontrolable, pero su manera de trabajar, solo y sin compartir mayormente sus hallazgos, lo traicionó. Si la información de Reyes y la confesión de Aliaga salían a la luz, el ministro a cargo de la investigación tendría más antecedentes para condenar a los oficiales procesados, y de paso obtendría datos valiosos para llegar a identificarme. Fue entonces cuando Pastrana recurrió a sus colaboradores.

—Todo parece tan simple y lógico.

—Me he limitado a contarle los hechos principales. Saber demasiado puede ser peligroso para usted —dijo Melgoza—. No soy el único miembro de la organización que permanece en el anonimato.

—Si está pensando aplicarme el mismo tratamiento que a Reyes, olvídalo. La policía está informada de lo que dijo Pastrana antes de morir, y los apuntes de Reyes están en manos de un abogado que los divulgará si llegó a tener algún accidente. Y tampoco eche al saco roto a los amigos que me acompañan.

—Imagino que está de más preguntarle si quiere llegar a un acuerdo económico.

—Dinero sangriento. Es el título de una excelente novela policial. Recuérdelo para cuando vaya a dar a la cárcel.

—No es tan simple como cree. La justicia tiene un paso cansino y cada día que demoremos la investigación será de utilidad para destruir pruebas y acomodar las declaraciones.

—Reconozco que es cierto lo que dice, pero sin perjuicio de eso, su nombre saldrá a la luz y usted tendrá que responder muchas preguntas.

—Soy parte de un engranaje y debo proteger a otras piezas más importantes. Sabré actuar de acuerdo a mis principios —dijo Melgoza con arrogancia—. Ahora, y

si no tiene más que decir, váyase.

—Tengo una última pregunta para usted, Fullerton.

—Tulio Melgoza Imbert, ese es mi nombre —aclaró el militar, interrumpiéndome.

—¿A qué viene diariamente a esta iglesia? ¿Busca el perdón que sus víctimas nunca le podrán dar?

Melgoza bajó la mirada y como queriendo leer su destino, observó un momento las líneas de su mano.

—No tengo de qué pedir perdón —dijo finalmente—. Si fuera necesario, no dudaría en hacer lo mismo otra vez.

Me puse de pie y me reuní con Campbell y Montegón en la puerta de la iglesia. Caminamos hasta el auto del periodista y al rato se nos unió Anselmo. Encendí un cigarrillo y fumé en silencio hasta que vimos salir a Melgoza de la iglesia.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Montegón—. ¿Lo seguimos? ¿Le pegamos un tiro? ¿Llamamos a la policía?

Arrojé el cigarrillo por la ventanilla del auto y ordené el nudo de mi corbata.

—Los invito a beber unas cervezas —dije.

—¿Cervezas? —preguntó Anselmo.

—O lo que quiera cada uno de ustedes —repliqué—. Y también sería bueno invitar a Cotapos. Estoy seguro que le interesará la historia que me propongo contar.

—¿Se enteró del fin que tuvo el señor Hernández? —preguntó Feliz Domingo apenas me vio salir de ascensor—. No es que quiera ser general después de la batalla, pero ese hombre siempre me dio mala espina. Su mal carácter, sus salidas nocturnas, la manía de preguntar si alguien lo había venido a visitar. Era fácil darse cuenta que ocultaba algo bajo el poncho.

—Leí algunos diarios —respondí sin ganas de alentar el parloteo del conserje que parecía especialmente alterado con lo sucedido a Pastrana—. Decían que era un oficial del Ejército en retiro dedicado al narcotráfico y que sus rivales lo arrojaron desde lo alto de un edificio en construcción.

—¿Usted cree todo lo que dice la prensa?

—Los programas hípicas y los resultados del fútbol suelen ser exactos. Pero en materia de columnas de opinión, noticias políticas y críticas literarias, tengo mis dudas.

—Respecto al señor Hernández tengo una teoría distinta a la que aparece en los diarios —dijo el conserje, al tiempo que fruncía el ceño—. Creo que era un estafador y lo atraparon en una de sus martingalas.

—Da igual. Nuestros dichos no cambiarán la suerte de nuestro vecino.

—Tampoco puedo decir que lamente mucho su muerte.

—Mal hecho, Feliz Domingo. No has oído decir que todos los finados son buenos.

—Félix, señor Heredia. Con equis.

—Equis, de xerógrafo, xifoides y xilotila. Si continúo equivocándome con tu nombre se me acabarán las palabras con equis del diccionario.

—Memoria, señor Heredia. Lo importante es ejercitar la memoria.

—Tendré en cuenta tu consejo, Félix.

—Gracias, señor Heredia. Se ve que usted es un caballero —dijo el conserje, y enseguida, sin darme tiempo para seguir mi camino, agregó—: Van a poner en arriendo el departamento que usaba el finado. Ayer vino la dueña con unos obreros y dispuso que le dieran un retoque a la pintura de las habitaciones. Es de esperar que esta vez consiga un inquilino que sea una persona decente. Que no sea narcotraficante, estafador...

—Ni detective privado —acoté, interrumpiendo al conserje—. La clientela del barrio no alcanza para mantener a dos metiches al mismo tiempo.

Cotapos y Terán me esperaban en el taller del Centro Cultural América. Habían transcurrido dos semanas desde mi conversación con Melgoza, y la noche anterior me había llamado el abogado para concertar la cita. Durante unos días la prensa ventiló profusamente el asunto del tráfico de armas, pero al cabo de la primera semana lo había relegado a un lugar secundario de la crónica roja y luego reemplazado por la noticia de la aparición de los restos de un hombre descuartizado en los alrededores de

Puente Alto. Cuando llegué al taller encontré a tres muchachos pintando pancartas y lienzos con las consignas usadas en las funas. En uno de los lienzos leí la leyenda: Brigada Germán Reyes.

—¿Leyó algún diario esta mañana? —me preguntó Cotapos apenas ocupé la silla ubicada frente al escritorio de Terán.

—No. ¿Qué pasó? ¿Estalló la paz en el mundo?

—Todos dan cuenta de un comunicado del Ejército en el que la institución expresa su apoyo a la labor de los tribunales para esclarecer las responsabilidades de los acusados en el proceso por el tráfico de armas. No parece gran cosa, pero es más de lo que esperaba de los militares.

—Probablemente influyó lo que escribió su amigo —intervino Terán, indicando el diario mural donde estaba pegada la crónica publicada por Campbell en su revista.

—No le dé tanta importancia a las palabras. Solo llegó el momento en que no se puede seguir tapando el sol con un dedo —acoté.

—Hice mis averiguaciones en tribunales y la mano viene pesada para Melgoza —agregó Cotapos—. Tendrá que enfrentar tres procesamientos. Con los antecedentes que presenté se abrirá una investigación por la muerte de Reyes. Si los secuaces de Pastrana son identificados y hablan, es probable que sea condenado como autor intelectual del asesinato. También su nombre será añadido a los procesados por el asunto del tráfico de armas. La causa está bien avanzada. El juez instructor cerrará la investigación en unos días más y procederá a presentar los cargos. Hasta ahora hay varios militares con orden de arraigo y a esa lista debería sumarse Melgoza. Y por último, están las causas por atropellos a los Derechos Humanos en las que aparece mencionado. Lo llamarán a declarar y confío que esta vez no escapará. Reyes habría estado contento con el resultado de su trabajo, y usted también debería estarlo con el suyo, Heredia.

—Tuve algo de suerte, nada más.

—No se reste méritos —agregó el abogado y enseguida, endureciendo la expresión de su rostro, preguntó—: ¿No ha tenido problemas?

—¿De qué tipo?

—Estoy pensando en la venganza de Melgoza.

—Creo que el hombre tiene otras preocupaciones.

—Debería tomar precauciones —agregó Terán.

—No es necesario. Si intenta algo en mi contra, lo más probable es que sea más adelante y que tenga éxito.

Me detuve frente al quiosco y Anselmo me entregó un fax en el que Griseta daba los detalles de su regreso a Santiago en un bus que arribaría al terminal Los Héroes. Invité a Anselmo a comer al Rey del Pescado, y mientras dábamos cuenta de unas reinetas a la plancha con ensalada de apio, le hablé de la reunión con Cotapos y Terán.

—Quién se iba a imaginar que teníamos de vecino a un malulo, don.

—Estamos rodeados de tipejos con pasados oscuros. Por eso mucha gente sigue con miedo de expresar sus opiniones.

—Félix me contó que la policía inspeccionó la bodega que ocupaba Pastrana en el subterráneo del edificio. Tenía una colección de esposas, pistolas y armas blancas. ¿Qué me dice?

—Hay que mirar con atención a los vecinos. Nunca se sabe que hay detrás de una sonrisa amable.

—Leí en la prensa que el Ejército no moverá un dedo a favor de Melgoza.

—Pasó la época en que podían defender lo indefendible.

—Hay quienes piensan que los militares han cambiado en los últimos años.

—Callan y saludan cortésmente, pero en el futuro pueden volver a mostrar los dientes. No espero mucho de ellos. Están adiestrados para mantener el orden de los poderosos. Nuestra historia está llena de ejemplos que confirman mis palabras.

—Cualquiera que le oye diría que les tiene rencor.

—Desconfianza, Anselmo. Una vez nos jodieron la vida y eso no lo olvido.

Por la tarde, después de una siesta que me sirvió para espantar los fantasmas del pescado y el vino blanco compartido con Anselmo, visité a la hija de Julio Suazo. La encontré en la tienda de costuras y aprovechando que su jefa había salido a comprar materiales, la puse al tanto de las acusaciones contra Melgoza. No se podría probar que Suazo había sido asesinado por el oficial o algunos de sus hombres, pero al menos respondería por su labor de torturador. La mujer escuchó en silencio y luego soltó unos lagrimones que enjugó rápidamente con un pañuelo. Me dio las gracias por la información, volvió a prestar atención a la bastilla que remendaba y pareció sumergirse una vez más en el mundo de recuerdos y dolor en el que habitaba. Me despedí de ella y me encaminé hacia la casa de Virginia Reyes para realizar la visita que tenía pensado hacerle antes de conocer la existencia de las hojas arrancadas en el cuaderno de su hermano. Al igual que en mi primera visita, la encontré en el jardín, afanada en el cuidado de sus flores y plantas. Me ofreció un refresco, nos sentamos junto a una mesa, bajo el parrón sombrío, y hablamos de sus plantas y de un viaje al sur del país que pensaba realizar en compañía de unas amigas. Deduje que no deseaba abordar de inmediato el motivo de mi presencia en su casa o que tal vez necesitaba hablar con alguien para ahuyentar la soledad que revoloteaba a su alrededor.

—Descubrí a los responsables de la muerte de Germán —le dije cuando sentí que había pasado demasiado tiempo y era hora de saldar las cuentas con la verdad.

—Lo sé y también supuse que usted vendría antes a mi casa. Leí algunas noticias en la prensa que mencionaban a mi hermano, como al pasar, entre una serie de otras cosas relacionadas con tráfico de armas, negocios raros y muertes. ¿Qué es todo eso, Heredia?

—Es una historia larga y llena de detalles que no he podido esclarecer completamente. Un iceberg del que solo podemos sospechar su profundidad.

La mujer movió la cabeza para expresar su conformidad con mis palabras y siguió

escuchando mi informe.

—Uno de los responsables está muerto, otro deberá enfrentar a la justicia y los dos restantes siguen en el anonimato, pero no pierdo la esperanza de que la policía los capture a la brevedad.

—Jamás pensé que Germán pudiera enredarse en un asunto tan tenebroso —dijo Virginia Reyes cuando dejó de hablar.

—Nunca sabemos que tan cerca podemos estar del horror.

—Ahora solo quiero que se haga justicia.

—No es mucho lo que puedo hacer al respecto. Mis posibilidades en este caso llegan hasta obtener un poco de verdad.

—¿No es lo mismo?

—A veces la verdad y la justicia caminan por veredas opuestas.

—Me gustaría que mi hermano estuviera aquí para conversar de esos asuntos que nunca nos atrevimos a tratar.

—Eso es algo que ya no puede remediar.

—De pronto nos damos cuenta que el tiempo pasó y que hemos hecho muy poco para ser felices.

—El problema es que nadie nos enseña el negocio de vivir.

Virginia Reyes respiró hondo para contener un sollozo y observó el patio en el que crecían sus plantas y flores. Busqué mis cigarrillos en la chaqueta y evité mirarla por un instante.

—Disculpe, pero olvidé que no lo contraté para oír lamentaciones —dijo de pronto la mujer y luego, mientras despejaba los cabellos que caían sobre su frente, agregó—: Usted debe tener otras cosas que hacer. Ya es hora de que hablemos de sus honorarios.

—Si lo prefiere, puedo volver en otra ocasión.

—No es mucho, pero peor es mascar lauchas —dijo a Montegón, al tiempo que dejaba ocho billetes de diez mil pesos sobre la mesa que nos reunía.

Estábamos en el restaurante Rimbaud, acompañados de una botella de vino y con toda la noche por delante. Desde el ventanal que estaba a nuestro lado podíamos ver las luces de la plaza Bulnes y del palacio de gobierno. La oscuridad nos hacía un guiño desde la calle y a ratos se escuchaban los pasos presurosos de la gente que regresaba a sus hogares.

—Admiro su sangre fría. De haber estado en su lugar, en la misma iglesia le pegaba un tiro a Melgoza —dijo el detective, mientras guardaba los billetes en una roñosa billetera de cuerina azul que sacó del bolsillo interior de su chaqueta.

—Su muerte habría provocado más silencio alrededor de sus crímenes. En cambio ahora tendrá que enfrentar a un juez interesado en sus recuerdos.

—Sus palabras tienen sentido, pero no me convencen totalmente.

—El caso ya escapó de nuestras manos, Atilio —dije, tuteándolo por primera vez desde que nos conocíamos—. Y gracias por tu ayuda. El trabajo habría sido más

difícil si no te hubiera tenido cubriéndome las espaldas.

—Hace mucho tiempo que nadie me daba las gracias por algo.

—Creo que nos merecemos un brindis a nuestra salud —dije, acercando un vaso de vino a mis labios.

—Decidí no trabajar más para empresas que husmean en las vidas de sus empleados. Arrendé un local a la entrada de la Gran Avenida, en una especie de centro comercial venido a menos donde funcionan algunas peluquerías, tiendas de ropa usada y un boliche de fotocopias. No es gran cosa. Un cuartucho de cuatro por cuatro en el que pienso instalar mi oficina. Tendré de vecinos a un abogado y a una anciana que se gana la vida vendiendo inciensos y poleras con imágenes diabólicas. Con un par de casos al mes estaré sobrado de cariño.

—Escribe un par de novelas y te parecerás a Hammett.

—¿Quién es ese tipo?

—Un sujeto que trabajó como rompehuelgas al servicio de la agencia de detectives Pinkerton, en los Estados Unidos. Hasiado de esa pega, se puso a escribir relatos basados en sus experiencias y le fue bien.

—Lástima que no le guste tener socios —dijo Montegón sin mostrar interés por la historia que le acababa de contar—. De todos modos, si alguna vez necesita ayuda o le sobran clientes, acuérdesese de mí.

—Pierde cuidado, no olvidaré tu ayuda —dije.

Montegón acercó su vaso al mío y brindamos por los encantos de la noche.

—¿Qué siente cuando resuelve un caso? —preguntó un rato después.

—Doy vuelta la hoja y a otra cosa mariposa.

—No embrome, Heredia. Dígame la firme.

—Exprimes tus sesos durante unos días, dejas los pies en la calle y de pronto se acaba el misterio. No tienes más en qué pensar. Víctimas, huellas, sospechosos, culpables. Todo se integra al borroso dibujo del pasado.

—Vista así no parece una ocupación muy atractiva.

—Pero lo es, sobre todo cuando las dudas te hacen palpar el corazón. Luego, una vez que el misterio deja de ser tal, el encanto desaparece y se transforma en una serie de explicaciones más o menos razonables. Es como la vida, que sin dudas y misterios, pasa a ser un amasijo de días repetidos.

—¿Le gusta su trabajo?

—Mucho, pero últimamente he pensado en tomar un descanso.

Montegón tomó su copa de vino y la alzó con gesto ceremonioso.

—Brindemos por nuestra sociedad que nunca fue y por los detectives que gastan sus utilidades en copas.

—Y por la muerte que no se cansa de trabajar y nos mantiene ocupados.

No podía recordar el momento en que me habían arrastrado hasta ese lugar. Estaba vendado, sujeto a una silla. Desde otra habitación llegaban los sones de una marcha militar, machacona e insistente, y los gritos de una mujer a la que alguien le hacía una pregunta que no quería o no podía responder. Deseaba dormir, pero unos golpes en el pecho me mantenían despierto y pendiente del dolor. Mis labios estaban reseco y la presión de la venda sobre los ojos crecía a medida que el infierno se prolongaba. Sabía que nadie estaba al tanto de mi paradero y que a los pocos que más tarde se inquietaran por mi ausencia les cerrarían las puertas o les mentirían a través de informes y oficios escritos con la tinta de la infamia. Quería dejar de escuchar la marcha militar; la voz que entraba a la celda, el silbido imperceptible del puño que surcaba el aire hasta impactar en mi rostro. Me parecía estar reviviendo el testimonio de otras víctimas de los guerreros del odio. Golpes a mansalva, inmersiones en aguas pútridas, descargas eléctricas, simulaciones de ejecuciones, violaciones, desgarros de genitales, suplicios que la razón se resistía a detallar. Tal vez lograría sobrevivir, pero mis pasos se harían fantasmales. Temería las miradas de los extraños, el brusco frenar de un vehículo a la mitad de la noche, y el miedo quedaría instalado en mis sentidos como la huella de un hierro candente. Nada sería igual y sin embargo deseaba seguir aferrado al mezquino haz de luz que la venda me permitía percibir. Vivir era todo lo que deseaba.

De pronto el sol iluminaba la habitación y a mí alrededor todo parecía en calma, con la silenciosa paz de una mañana de domingo. Pero los rastros de la pesadilla continuaban intactos, feroces y despiadados, recordándome que el horror seguía instalado en la mesa familiar, en el miedo a ciertas palabras o en la prepotencia del guardia uniformado que vigilaba la entrada del supermercado o la fábrica. Su eco renacía en el discurso de los que llamaban a olvidar el pasado o en la orden que doblegaba voluntades por la sola necesidad de conservar un trabajo. El horror estaba en mi cuerpo, en mi maltrecha conciencia que me obligaba a revivir la pesadilla mientras atisbaba por la ventana el paso de unos perros.

Acogí a Simenon entre mis brazos y mientras la pesadilla se hacía más difusa logré recordar el momento en que me había despedido de Montegón.

—Por un momento pensé que estaba en manos de Melgoza o de alguno de los suyos —dije a Simenon.

—Estás en casa y nadie ha venido a preguntar por ti. Estás cansado y con apetito. Nada que no puedas superar con un buen desayuno.

—Tienes razón. Como dice un poema de Jaime Sabines: «¡Carajo! Estoy cansado. Necesito morirme una semana».

No tenía algo que hacer. Había tomado desayuno y estaba frente a mi escritorio revisando cuentas atrasadas y un alto de artículos de diarios que había guardado por alguna razón que no recordaba. Historias de crímenes y noticias insólitas que de vez

en cuando ocupaban unas líneas en la prensa. En medio de los recortes encontré un poema manuscrito de David Bustos, del que me llamaron la atención unos versos que decían: «Tengo un sonido de navaja en mi cabeza. Un vino mal servido. Un gato que hace crujir sus uñas en el cristal». Intenté ordenar los recortes y al poco rato me rendí y los dejé sobre el escritorio, entregados a las fauces del polvo. Después deambulé por el departamento, abrí un par de libros y me acosté a oír un disco de Ben Webster al que tenía especial afecto desde que lo había escuchado con Griseta, en una lejana tarde de reconciliación. La resaca de la noche anterior me volvió a pasar la cuenta y me dormí arrullado por la música.

Desperté poco antes de la hora anunciada por Griseta para su regreso. Tomé mi chaqueta y cerré la puerta del departamento con más violencia de la aconsejada. El Chevy Nova se portó bien. Arrancó apenas le di contacto y se deslizó con prestancia hasta el terminal Los Héroes. Llegué media hora antes de que el bus estacionara en el andén número siete del rodoviario. Griseta venía sentada en la parte delantera del transporte. Observé su rostro apoyado en la ventana y agité mis manos para saludarla a la distancia. Venía cargada con dos bolsos que dejó en el suelo cuando me vio llegar a su lado. La ciudad rugía a mis espaldas, el pasado anidaba en mis recuerdos y no estaba seguro de querer escuchar a la próxima persona que entrara en la oficina a contratar mis servicios. Cualquier cosa podría suceder en el futuro, pero en ese momento solo me importaba besar a la mujer que tenía en mis brazos.

Al día siguiente regresé al City. Saludé al mozo que siempre me atendía y avancé hasta la mesa donde estaba el Escriba, leyendo el libro *Hombre muerto* de Guillermo Reidemann, poeta al que él había conocido cuando ambos eran estudiantes universitarios y solían encontrarse en las reuniones de un grupo literario de nombre nerudiano.

—¿De qué se trata? ¿Cuál es la urgencia? —preguntó apenas terminó de contarme la historia de sus años en la universidad—. ¿Tienes alguna buena anécdota que contar?

—Por el contrario, quería comunicarte que decidí poner punto final a nuestro acuerdo. Me escribieron Myra y Patricia, dos amigas que tú no conoces, para indicarme una serie de contradicciones en las que has incurrido al pasar al papel las historias que te he contado. Por ejemplo, en una de las novelas dices que Griseta es morena, y en la siguiente, colorina, como corresponde a la realidad.

—Las mujeres suelen teñir sus cabellos.

—En una de las novelas, ella estudia sociología, y en otra trabaja de psicóloga.

—Si mal no recuerdo, en algún momento me dijiste que ella había cambiado de carrera en la universidad.

—En un lado dices que Anselmo se retiró de las carreras de caballos por una fractura al brazo; y en otro, por la fractura de su rodilla derecha.

—Hasta dónde sé, sufrió la fractura de ambas extremidades. No nos vamos a preocupar por uno que otro detalle médico.

—También me dicen que no eres muy preciso con los datos acerca de mi edad y la de Griseta.

—Tú sabes que el tiempo es algo relativo.

—En una de tus primeras novelas, el cura que me cuidó en el orfanato se llama Jacinto, y en la más reciente, John Brown.

—Supongo que habrás conocido a más de un cura en el orfanato. ¿No te estará fallando la memoria y me deseas cargar los muertos? Y por lo demás, nadie está libre de pecados y como dice Chandler: «Todos los escritores del género detectivesco comenten errores y ninguno sabe nunca tanto como debiera».

—Prefiero no seguir con mis reclamos, Escriba.

—Todo eso se pueda arreglar en el futuro, Heredia. ¿Qué me dices de la idea de investigar otros casos? He sabido de varios negociados de narcotráfico en el ambiente de la hípica y también de un par de casos de extorsión entre ejecutivos de la televisión, los semidioses de la estupidez.

—No me interesa. Estoy en plan de descanso.

—Otra vez con esa cantinela. Has dicho lo mismo ciento de veces. Incluso en una ocasión te fuiste a la playa y a los seis meses estabas de regreso, con la cola entre las piernas —dijo el Escriba, y enseguida, con un tono de complicidad en su voz, agregó—: Te tengo un buen asunto para investigar. Me contactó una persona que vive en Temuco y desea descubrir al asesino de su primo. La víctima pertenecía a un grupo de mapuches que lucha por la recuperación de sus tierras. Al parecer fue asesinado por los guardias de una empresa maderera que explota los bosques de la región.

—Parece un buen caso, pero...

—No insistas con la idea del retiro. Los tipos como tú...

—Mueren de viejos o de un balazo. He leído esa frase en a lo menos treinta y tres novelas.

—¿Por qué quieres cerrar la oficina? ¿Por qué quieres retirarte? —dijo el Escriba, preocupado—. Eres el mejor detective que se puede conseguir por unos pocos pesos en todo Santiago y sus alrededores.

—¿Quién habló de cerrar la oficina? ¿Me has oído mencionar la palabra retiro?

—Hablaste de descansar...

—Eso significa que pondré en la puerta de mi oficina un letrerito que diga «no se atiende en las próximas cinco semanas», y luego me encerraré a leer la veintena de novelas que mantengo sobre el velador.

—O sea que regresarás a las andadas y volverás a contarme tus historias.

—Respecto a las historias, no te ilusiones.

—Conversemos del asunto con calma. Algo tendrás que contarme en el futuro.

—No apueste todas tus monedas a eso, Escriba —respondí, al tiempo que miraba a una morena de curvas seductoras que entraba por la puerta del bar.

San Miguel, 2006.



RAMÓN DÍAZ ETEROVIC, (Punta Arenas, Magallanes, Chile, 1956). Ha publicado los libros de poemas *El poeta derribado* y *Pasajero de la ausencia*; los libros de cuentos *Cualquier día*, *Obsesión de Año Nuevo*, *Atrás sin golpe* y *Ese viejo cuento de amar*; y las novelas *La ciudad está triste*, *Nadie sabe más que los muertos*, *Ángeles y solitarios*, *Correr tras el viento*, *Nunca enamores a un forastero*, *Los siete hijos de Simenon*, *El ojo del alma* y *El hombre que pregunta*. Es autor de la novela infantil *R y M investigadores* y de la antología *Crímenes Criollos. Cuentos policiales chilenos*. También es coautor de las antologías *Contando el cuento*; *Andar con cuentos, joven narrativa chilena*; y *Cuentos en dictadura*.

Desde 1982 y hasta 1995 editó la revista literaria *La Gota Pura*. En la actualidad es colaborador habitual de las revistas *La Calabaza del Diablo*, *Punto Final* y *Libros & Lectores*.

Su obra ha sido reconocida en numerosos premios literarios, tales como el Premio del Consejo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura a la mejor novela del año 1995 y el Premio Municipal de Santiago, en los años 1982, 1994, 1996 y 2002. Fue finalista del Premio Casa de las Américas, Premio Dashiell Hammett, de la Asociación Internacional de Escritores Policiacos, y del Premio Planeta Argentina de Novela. El año 2000 obtuvo el Premio Las Dos Orillas, del Salón del Libro Iberoamericano de Gijón.

Algunas de sus novelas y relatos han sido traducidos al croata, portugués, francés, griego, holandés, alemán e italiano; y sus cuentos están incluidos en más de treinta

antologías publicadas en Chile, España, México. Bulgaria. Colombia, Puerto Rico, Italia. Croacia, Portugal, Alemania, Argentina. Ecuador y Estados Unidos.